La magia de tu ser
Johanna Lindsey

La Magia de tu Ser

Johanna Lindsey



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

Londres 1819

La cantinera no dejaba de suspirar, porque aquellos tres atractivos caballeros, jóvenes lores se diría, no parecían querer de ella más que las bebidas que les había servido, a pesar de sus esfuerzos por ofrecerles otra clase de favores. Aun así, no dejaba de revolotear alrededor de la mesa, con la esperanza de que alguno de ellos cambiara de opinión, sobre todo el rubio de ojos verdes y sensuales, que prometían innumerables placeres. Derek, así oyó que lo llamaron, había cautivado su corazón en el instante en que cruzó la puerta. Nunca había visto a un hombre tan apuesto..., al menos hasta que el más joven de los tres entró detrás de él.

Era una verdadera pena que fuera tan joven, porque la experiencia que hasta el momento había tenido con muchachos de esa edad había sido tristemente insatisfactoria. Y sin embargo, había un brillo malicioso en sus ojos que le hizo preguntarse si a pesar de su corta edad no sabría ya cómo complacer a una mujer. Era el más alto y corpulento de los tres, y tan atractivo, con su pelo del color de la noche y sus ojos azul cobalto, que no le hubiera importado tener la oportunidad de comprobarlo.

El tercer miembro del grupo, que parecía ser el mayor, no era tan buen mozo como sus dos amigos, aunque no era un ejemplar nada despreciable, y si quedaba algo eclipsado era sólo por los dos rompecorazones que le acompañaban.

Ajenos a los lascivos pensamientos que despertaban -algo que, por otra parte, no era nuevo para ellos-, el sesgo de su conversación cambió repentinamente cuando uno de ellos hizo esta observación:

- ¿Cómo lo hace, Derek? -preguntó Percy algo molesto. Se refería a Jeremy, el más joven de los tres, primo de Derek.

- Ha bebido tanto como nosotros y sin embargo ahí lo tienes, tan sereno como si no hubiera probado una gota.

Los primos Malory se sonrieron. Lo que Percy ignoraba es que a Jeremy todo lo que sabía sobre mujeres y bebida se lo habían enseñado unos piratas. Pero eso era algo que no podía salir de la familia, así como tampoco el hecho de que su padre, James Malory, vizconde de Ryding, había sido el líder de esos mismos piratas en una época en que se le conocía como «Halcón». A Percival Alden, o Percy, como le llamaban sus amigos, nunca se lo contarían, desde luego. El bueno de Percy no sería capaz de guardar un secreto ni para salvar su propia alma.

- Mi tío James me pidió que le aguara las bebidas -mintió Derek con una expresión perfectamente grave-. Si no a este jovencito no le dejarían venir conmigo.

- ¡Dios, qué terrible!

Ahora el tono de la voz de Percy era compasivo. Le había tranquilizado enormemente saber que su joven amigo no estaba bebiendo realmente. Después de todo, él era el mayor, tenía veintiocho años, y lo lógico era que aguantara mejor el alcohol. Aunque, a decir verdad, Derek, con sus veinticinco años, siempre lo avergonzaba cuando se trataba de beber en serio. Y el joven Jeremy los había superado a ambos... o al menos eso era lo que había pensado al principio. ¡Qué triste debía de ser tener por padre a un libertino reformado que no te perdía de vista e incluso acudía al resto de la familia para tenerte bien controlado!

Al menos Derek nunca decía una palabra cuando Jeremy desaparecía con una joven de buen ver del brazo; así que no le aguaban toda la diversión. Percy no pudo recordar ni una sola vez, en el año que Jeremy llevaba bajo la tutela de Derek, en que el joven no hubiera encontrado alguna mujer deseable con quien compartir unas horas de intimidad, ya fuera que estuvieran en una taberna, en alguna costosa casa de Eros o en una de las muchas reuniones sociales que continuamente tenían lugar. El joven tenía una suerte increíble cuando se trataba

de mujeres. Mujeres de todas las edades, lo mismo prostitutas que damas, todas encontraban irresistible al joven Malory.

En ese aspecto se parecía a su padre, James, y a su tío, Anthony Malory. Los dos hermanos Malory, los menores de los cuatro que eran, habían convulsionado la ciudad en su día, con los escándalos que provocaron sus amoríos. Derek, el único hijo del mayor de los Malory, tenía la misma suerte cuando se trataba de mujeres, aunque era mucho más juicioso y discreto para elegir sus aventuras, de manera que los pocos escándalos en los que se había visto involucrado nada tenían que ver con mujeres.

Después de pensarlo, Percy llamó a la cantinera y le susurró algo al oído. Los dos primos lo observaban, sabían exactamente qué estaría diciendo: ordenaba la próxima ronda... moviendo los hilos, supuestamente con discreción, para que esta vez no pusieran agua en la bebida de Jeremy. Casi se echan a reír los primos, pero Derek, viendo que la joven ponía mala cara y estaba a punto de decirle a Percy que no se había puesto agua en ninguna de las bebidas, le guiñó un ojo con gesto de complicidad para que comprendiera que estaban gastándole una broma y le siguiera la corriente. Ella comprendió.

Y cuando finalmente se retiró, sonrió. Derek tendría que ocuparse de que la hermosa joven recibiera su recompensa, aunque no como seguramente ella hubiera querido. Cuando entraron ella había hecho uso de todos sus encantos intentando llamar su atención, pero como él ya tenía un compromiso había preferido no responder.

Venían con frecuencia a la taberna, pero esta joven era nueva. Más adelante tal vez probaría con ella; todos lo harían si duraba lo bastante en el trabajo, pero no esa noche, ya que era demasiado tarde, habían asistido a la fiesta de inauguración de la temporada en casa de los Shepford.

A él y a Jeremy se les había ordenado que acudieran al baile, porque en él se haría la presentación de Amy, su prima más joven en sociedad. A Amy ya se le había permitido acudir a algunas reuniones sociales, pero no a bailes, y no desde luego vestida con el lujo con que vestía esa noche. Todos quedaron impresionados, al menos los hombres de la familia, y todo el clan Malory estaba allí. ¿Cuándo demonios se había convertido la dulce y traviesa Amy en esa belleza tan arrebatadora y deslumbrante?

Era una buena pregunta para distraer la mente de Percy de su confabulación con la camarera. Conociéndolo como lo conocía, y con los años que hacía que eran compañeros de aventuras, se puede decir que lo conocía más que bien, Derek tenía la certeza de que Percy contaría lo que acababa de hacer, simplemente porque no era capaz de guardar ningún secreto, ni siquiera los suyos.

Así que, para distraer a Percy, Derek le mencionó el tema a su primo.

- De un tiempo a esta parte Amy siempre te escoge como acompañante cuando sus hermanos no están disponibles. ¿Por qué no nos avisaste de que había cambiado tanto?

Jeremy se encogió de hombros.

- No ha cambiado tanto. Es sólo que la ropa que tía Charlotte insistía en ponerle escondía lo que había, pero ya hacía mucho tiempo que lo que habéis visto estaba ahí. Sólo había que fijarse...

Derek casi no pudo contener la risa.

- ¡Santo Dios, hombre! ¡Pero si es tu prima! Se supone que no debes fijarte en esas cosas con una prima.

- ¿A no? -Jeremy parecía realmente sorprendido-. Por las campanas del infierno, ¿dónde está escrito eso?

- Probablemente en el libro de tu padre -respondió Derek con una mirada sugestiva.

Jeremy suspiró.

- Supongo que sí. Con Regan siempre me armaba un escándalo si se me ocurría admirarla más de lo que él consideraba necesario.

Regan también era su prima, y los hermanos Malory mayores la habían educado, aunque sólo Jeremy y su padre la llamaban Regan. A Derek no le importaba que la llamasen

Librodot

así, pero sí a su padre y a sus otros dos tíos. El resto de la familia la llamaba Reggie, aunque su verdadero nombre era Regina, y se había casado hacía varios años con el mejor amigo de Derek, Nicholas Edén.

- Pero yo no he dicho en ningún momento que esté interesado en Amy -aclaró Jeremy-, sólo me he fijado en que se le han rellenado los lugares que tenían que rellenarse.

- Yo también lo he notado -dijo Percy inesperadamente-. Llevo mucho tiempo esperando el momento oportuno, esperando a que creciera, para poder cortejarla.

Cuando oyeron esto los dos primos se incorporaron con una cierta alarma, y en eso se parecían tanto a sus padres que era asombroso. Derek exclamó:

- ¿Por qué querrías hacer una tontería semejante? Con Amy no podrías librarte de mis tíos. No lo dudes ni un momento. ¿Realmente quieres tener a Anthony y James Malory, por no mencionar a mi padre, observando cada movimiento que haces?

Percy se puso un poco pálido.

- ¡No, por Dios! ¡No se me había ocurrido pensar en eso!

- Pues piénsalo.

- Pero yo creí que sólo era con la esposa de Nick, con Reggie, con quien se tomaban tanto interés. No molestaron con las hermanas mayores de Amy, Clare y Diana.

- Clare no atrajo a rufianes como tú, Percy, así que no había por qué preocuparse. Y a tío Edward le gustó la primera elección de Diana, y por eso se casó en cuanto tuvo la edad. Además, a diferencia de Reggie, ellas tienen un padre que se preocupa por ellas, así que sus tíos no creyeron que tuvieran que inmiscuirse.

Percy se incorporó al oír esto.

- Bien. Entonces basta con que consiga la aprobación de lord Edward y ya está, ¿no?

- No cuentes con eso. Amy se parece demasiado a Reggie para que Tony y James no la vigilen, como hicieron con ella antes de que se casara con Nick.

Derek sonrió y miró a Jeremy.

-¿Viste que cara pusieron esta noche? Los ha dejado de piedra. Creo que es la primera vez que veo a tu padre quedarse sin habla. Jeremy rió.

- Yo ya lo había visto antes, pero tienes razón, supongo que tendría que haberle avisado.

- Y a mí -reiteró Derek.

Jeremy arqueó una ceja, imitando a la perfección uno de los tics de su padre, y dijo francamente:

- No creí que fueras tan obtuso como para no darte cuenta de lo que ha crecido Amy. Mi padre tiene excusa, porque su nueva esposa lo mantiene distraído, pero tú...

- No la veo casi nunca -protestó enérgicamente Derek-. Es a ti a quien llama para que le acompañes cuando no tienes clases, no a mí.

Pensando que estaba por comenzar una seria discusión, Percy se aventuró a hacer una sugerencia:

- Me encantaría cargar con esa responsabilidad si se presenta el caso.

- Calla, Percy -dijeron los dos primos a la vez.

Pero Derek recordó que estaban intentando disuadirle de su repentino interés por Amy, de modo que volvió al asunto que esperaba le haría cambiar de opinión.

- Qué sorprendido se quedó el tío James al verla, ¿verdad?

Jeremy cayó en la cuenta.

- ¡Oh, sí! Oí que mi padre suspiraba antes de decirle a Tony: «Aquí vamos otra vez».

- ¿Y qué respondió el tío Tony?

Jeremy sonrió al recordar la escena.

- Eso te lo dejo a ti, viejo, que no tienes otra cosa que hacer en la cama más que dormir.

A Percy le pareció divertido y se rió, pero Derek se sonrojó. Ambos habían comprendido qué quería decir aquello, ya que Georgina, la joven esposa de James Malory, estaba en un estado muy avanzado de su embarazo, y de hecho esperaba dar a luz esa misma semana. Jeremy ya le había contado anteriormente a Derek que el médico había advertido al

marido que no la tocara por el momento. Y también en esa ocasión se sonrojó Derek, porque a su nueva tía la había conocido en una taberna del muelle, cuando ella se arrojó a sus brazos y él tenía la sana intención de llevársela a la cama... hasta que Jeremy le informó de que a quien intentaba seducir era a su nueva tía.

En todo caso, las palabras de Jeremy sorprendieron a Percy, porque lo único que se le ocurrió preguntar fue:

- ¿Será ésa la razón por la que el nombre de tu padre figura otra vez en el libro de White?

Por toda respuesta Jeremy dijo:

- No sabía que hubiera hecho ninguna apuesta.

- Él no -le aclaró Percy-. Pero están apostando a que iniciará o será responsable de al menos tres peleas antes del final de la semana.

Jeremy se puso a reír a carcajadas, pero Derek lo reprendió con disgusto:

- No tiene ninguna gracia, Jeremy. Cuando el tío James se mete en una pelea, por lo general la pobre víctima no puede marcharse por su propio pie. Mi amigo Nick lo sabe de primera mano, y casi se pierde su propia boda con Reggie porque tu padre lo dejó inútil para una semana.

Jeremy se puso serio. Nick había hecho que mandaran a su padre a la cárcel por aquel incidente, y fueron unos momentos en que los ánimos estuvieron muy muy caldeados, por mucho que él ya lo hubiera olvidado. Percy, sin saber que había despertado unos recuerdos desagradables para los primos, tenía curiosidad.

- ¿Es ésa la razón por la que tu padre está de tan mal humor, porque él y Georgina no pueden... ya sabes?

- No, eso no tiene nada que ver -respondió Jeremy-. Mi padre ya sabía que tendría que abstenerse algunos días. ¿Acaso no pasó por lo mismo su hermano Tony hace apenas dos meses? No, lo que hace que despedace a cualquiera que se pone a tiro es la carta que George recibió la semana pasada de sus hermanos. Por lo visto van a venir para cuando nazca el niño, así que podrían aparecer en cualquier momento.

- ¡Dios Santo! -exclamaron Derek y Percy a la vez. Y Derek agregó:

- Ahora me explico por qué ayer casi me saca los ojos sin razón.

- Nunca había conocido a un hombre que detestara tanto a sus cuñados como James Malory detesta a esos tipos de América -comentó Percy.

- Sí. Le gustan menos que Nick, que ya es decir.

- Exacto -añadió Jeremy-. Lo único que George puede hacer es intentar evitar que se maten cada vez que están en la misma habitación.

Estaban exagerando... un poco. La verdad era que James había firmado una semipaz con sus cuñados antes de que regresaran a América, pero no de muy buen grado, sólo lo hizo por Georgina... y porque pensó que nunca volvería a verlos. No eran tan terribles, esos americanos. Derek y Jeremy habían salido con los dos Anderson más jóvenes mientras estuvieron en Londres. Y no se llevaban mal, al menos con Drew, que era el más revoltoso. Boyd, el más joven, era demasiado serio para disfrutar. Pero había un hermano en particular a quien James no soportaba, el que había querido colgarle cuando lo tuvieron a su merced en América el año anterior. A ése James nunca lo aceptaría, pasara lo que pasara.

- Me alegro de no tener que estar en tu casa el mes que viene -dijo Derek.

Pero Jeremy hizo una mueca.

- No sé qué decirte. Yo creo que va a ser muy entretenido. No pienso perdérmelo.

2

En el otro extremo de Londres, en su casa recién comprada en Berkeley Square, Georgina y James Malory habían acordado dejar el tema de la inminente llegada de los hermanos de ella, al menos durante el resto de la noche, ya que parecía que en ese tema no podían, ni podrían jamás, ponerse de acuerdo.

Georgina comprendía los sentimientos de su marido. Después de todo, sus hermanos le dieron una paliza tremenda y lo encerraron en una celda. A Warren, el más temperamental, lo hubiera colgado alegremente con la excusa de que él era el pirata que había atacado dos de los barcos de su compañía, la Skylark, cosa que por otra parte era cierta, pero que no venía al caso.

Eso era sólo una excusa, porque la verdadera razón de que quisiera acabar para siempre con James Malory era que se hubiera comprometido con Georgina y lo hubiera anunciado públicamente en una reunión a la que había acudido medio Bridgeport, su ciudad, en Connecticut.

Sí, Warren tenía buena parte de la culpa de que aún existiera tanta animosidad entre James y sus hermanos. Pero James también tenía su parte de responsabilidad. Había sido él quien provocó primeramente la hostilidad con su lengua viperina. Y según descubrió cuando la llevó consigo a Inglaterra, lo había hecho a propósito para conseguir que sus hermanos le obligaran a casarse con ella, cosa que hicieron, si bien eso no significaba que hubiesen renunciado a su objetivo de colgarle, al menos no Warren.

Georgina también comprendía la posición de Warren. Sus hermanos despreciaban a los ingleses ya antes de la guerra de 1812, a causa del bloqueo marítimo impuesto a los barcos americanos sobre Europa y que había costado a la compañía Skylark tantas de las rutas comerciales que habían establecido con el continente. Y también estaban los muchos barcos que los ingleses habían asaltado cuando buscaban arbitrariamente desertores con los que engrosar sus filas. Warren tenía en su mejilla izquierda una cicatriz de uno de esos asaltos, en que los ingleses insistieron en llevarse a varios de su tripulación y él trató de impedirlo.

No, ninguno de sus hermanos soportaba a los ingleses, y la guerra no había hecho sino acentuar esos sentimientos. De modo que no era tan extraño que James Malory, un vizconde inglés, conocido calavera en Londres en otros tiempos, además de ex pirata, no les pareciera suficientemente bueno para su única hermana. Si ella no hubiera amado a su esposo con locura, de ninguna manera hubieran permitido que se quedara con él cuando finalmente pudieron localizarla en Londres. Y James lo sabía, razón de más para que no pudiera sentirse muy apegado a ellos.

Pero esa noche James y ella no volverían a mencionar el asunto. Era un tema demasiado delicado, y James y Georgina habían aprendido a dejar los temas delicados fuera del dormitorio. No es que no pudieran tener una discusión en esa habitación, o en cualquier otra, pero en el dormitorio tenían tendencia a relajarse y pasarlo bien, y eso le quitaba la emoción a cualquier pelea.

Justo habían estado pasándolo bien, muy bien, y James aún tenía a Georgina en sus brazos y mordisqueaba por aquí y por allá, cosa que probablemente acabaría arrastrándolos a otro rato de diversión. A ella le parecía encantadoramente divertido que James y su hermano Anthony, ambos libertinos reformados de la peor calaña, y a quienes se había recomendado que se abstuviesen de hacer el amor con sus esposas durante la última etapa de sus embarazos, encontraran divertido hacer creer a los amigos y los parientes que estaban siguiendo las indicaciones del médico aunque lo detestasen.

Incluso habían conseguido engañar a Jeremy, el hijo de James, que como consuelo les dijo:

- Bueno, ¿qué son dos semanas comparado con el tiempo que pasábamos en alta mar?

Resultaba cómico pensar que Jeremy, que seguía uno a uno todos los pasos de su padre, no se hubiera dado cuenta del engaño. Tenía que haber comprendido que dos maestros en el

arte del amor como eran su padre y Anthony sabrían cómo eludir los consejos del médico para satisfacerse a sí mismos y a sus esposas.

En todo caso, James había disfrutado de la farsa de aparecer ante los demás como un marido sensato, igual que Anthony antes que él, o al menos hasta que llegó la carta de América. Ahora no era fingido su mal humor, y nadie podía escapar a él, tan certera e indiscriminadamente restañaba el látigo de su ironía. Georgina también había sentido algunos de sus coletazos, pero hacía tiempo que había encontrado la manera perfecta de revolverse: no haciendo nada, eso era lo que más sacaba de quicio a su esposo.

Ahora no estaba enfadado. Ni siquiera pensaba en la inminente llegada de sus cuñados, cosa que hubiera arruinado su buena disposición. Simplemente se sentía el hombre más feliz del mundo cuando podía tener cerca a su George, y en ese momento la tenía muy cerca. Sus manos y sus labios se deslizaban ociosamente por su cuerpo, mientras sus pensamientos divagaban por los acontecimientos de la noche pasada y la fiesta a la que habían acudido.

Un estúpido baile. Antes de casarse nunca se hubiera dejado atrapar en una cosa así, pero ahora consideraba que debía hacer algunas concesiones. Los mayores, como él y Anthony llamaban a sus otros dos hermanos, habían insistido en que fueran, aunque eso no era ningún problema, ellos nunca habían obedecido a sus hermanos mayores y no iban a empezar ahora. Pero Georgina también había insistido. Y eso fue lo que pasó, que fue para complacerla.

Al final resultó que se lo pasó bien, aunque seguramente influyó mucho ver cómo Anthony no dejaba de vacilar y criticar a todos y cada uno de los gallitos que se desvivían por llamar la atención de su sobrina Amy, especialmente después de que él le dijera:

- Esta te la dejo a ti, compañero. Al fin y al cabo tú no estabas cuando Reggie hizo su debut. Lo que es justo es justo, y Reggie a mí ya me dio suficientes preocupaciones, sobre todo después de comprometerse con aquel presuntuoso de Edén. Ni siquiera me dejó pegarle un tiro, y ahora ya es demasiado tarde, porque se han casado.

Había otros motivos para que a James le disgustase de aquella manera Nick, aparte de que se hubiera casado con Reggie, pero eso es otra historia. Reggie decía que se había enamorado de él por lo mucho que le recordaba a sus queridos tíos Anthony y James, y eso no hizo más que empeorar las cosas, porque nadie que se pareciera a ellos era bueno para Reggie. Pero no pudieron encontrar nada malo en la forma en que la trataba, al menos no ahora, aunque durante el primer año de matrimonio lo había echado todo a perder. Ahora, sin embargo, Nicholas era un esposo ideal. Que a ellos no les gustase era sólo cuestión de principios.

Y he aquí que ahora se presentaba en sociedad otra de sus sobrinas, y aunque James y Anthony no habían intervenido en la educación de ninguna de la hijas de Eddie, como hicieran con Reggie, que perdió a sus padres cuando sólo tenía dos años, Amy se parecía tanto a Reggie, con su cabello oscuro y sus ojos celestes, que bien podrían haber sido hermanas. Este caso era totalmente distinto. Desde luego, había despertado los instintos protectores de Anthony, por mucho que él intentara negarlo. Y a James no le gustó lo que sintió cuando vio a todos aquellos caballeros y jovencitos atropellándose para llamar la atención de Amy. En realidad había empezado a pensar que tal vez sería mejor si Georgina no le daba una niña tan adorable y preciosa como Judith, la pequeña de Anthony y Roslynn.

- ¿Estás despierta? - preguntó James perezosamente.

- Yo y el bebé.

James se incorporó y empezó a masajear el prominente estómago de su esposa. Cuando el bebé dio una patadita. James la sintió justo en su mano. Sus ojos se encontraron con los de su esposa, y ambos sonrieron. A James lo conmovía hasta el alma sentir a su hijo moverse.

- Esta ha sido suave - dijo ella. La sonrisa de James se hizo aún mayor.

- Eso quiere decir que estará preparado para el matrimonio a una edad temprana.

- ¿Preparado? Creí que querías una niña.

- He cambiado de opinión esta noche. Creo que prefiero dejar las preocupaciones por las hijas para Tony y Eddy.

Georgina sonrió. Conocía bien a su marido y sabía exactamente en qué estaba pensando en ese momento.

- Amy estaba excepcionalmente encantadora esta noche, ¿verdad?

El no respondió a eso, pero dijo:

- Lo que no entiendo es cómo puedo no haberme dado cuenta, siendo que ha pasado más tiempo en esta casa en los últimos meses que en su propia casa.

- Sencillamente, lo tuviste delante todo el tiempo, pero no veías. Eres su tío, y se supone que no debes reparar en que a una sobrina tuya se le están rellenando los lugares adecuados, y menos aún con esos vestidos tan infantiles que le hacía llevar tía Charlotte, que no dejaban ver absolutamente nada.

Sus grandes ojos verdes se abrieron desmesuradamente ante otro pensamiento repentino.

- ¡Dios mío! ¿Crees que Jeremy lo había notado y por eso se ha mostrado tan solícito en lo de ser su acompañante?

Georgina rió y trató de darle una palmada, pero no pudo alcanzarlo por la barriga.

- Eres terrible, James. ¿Por qué insistes en atribuirle esas inclinaciones lujuriosas a ese dulce joven? Por el amor de Dios, sólo tiene dieciocho años.

James arqueó una de sus rubias cejas, un gesto afectado que Georgina antes detestaba, pero que ahora le resultaba adorable.

- ¿Dulce? ¿Mi hijo? Un bribón de dieciocho años que parecen treinta, eso es lo que es.

Sí, era cierto que Jeremy parecía mayor. Ya era más alto que su tío Tony, algo más que su propio padre, y también era de una complexión más robusta, lo cual le hacía bastante atractivo comparado con otros jóvenes de su edad. Pero no le iba a decir semejante cosa a su padre, que tan orgulloso estaba de él.

- No creo que tengas que preocuparte por Jeremy y Amy. Sé que se han hecho muy buenos amigos, y tienen casi la misma edad. Ella cumplirá los dieciocho dentro de unas semanas. Me sorprende que Charlotte no la haya hecho esperar esas semanas para su presentación oficial.

- Eso seguro que es cosa de Eddy. Es muy blando cuando se trata de sus hijas, que es justo lo que menos le conviene a Amy en estos momentos.

Ahora fue Georgina quien arqueó las cejas.

- ¿También piensas ocuparte personalmente de esta sobrina?

- De ninguna manera - dijo secamente- . Los chicos son mi especialidad, y dentro de poco estaré demasiado ocupado con nuestro hijo para pensar en la hija menor de Eddy.

Georgina no estaba tan segura. Había oído lo en serio que se tomó la educación de Reggie, tanto como cuando en su época de pirata le prohibieron verla a ella y su reacción fue raptarla y tenerla en alta mar durante meses, cosa que hizo que sus hermanos lo repudiaran durante años. Pero Reggie era la sobrina favorita, seguramente porque había sido como una hija para ellos, así que era probable que dejaran que fuera Eddy quien se ocupara de su hija, que bien le había ido con los otros cuatro... o tal vez no.

- Y ahora que ya no quieres tener una hija ¿qué pasará si la tenemos de todas formas?

El la besó en medio de la barriga y sonrió, diciendo con tono jocoso:

- Seguiré intentándolo, George. Puedes estar segura.

Y ella tendría que pasar mucho tiempo en la cama, cuando él se esforzase por lograrlo esa segunda vez de la que podía estar segura.

3

Una manzana más al norte de Berkeley Square, Amy Malory se preparaba para acostarse. Estaba sentada ante el espejo de su tocador, cepillando sus largos cabellos negros y observando cómo su madre, Charlotte, ayudaba a Agnes a arreglar su vestido para guardarlo, mientras parloteaban y parloteaban de la carrera que se había hecho en las medias, de un rasguño en el zapato, de lo mucho que había ensuciado sus guantes amarillos...

Había estado pensando en hablar con su padre para que le asignaran su propia criada. Claire y Diana, sus hermanas mayores, las habían tenido, y se las llevaron cuando se casaron. Pero Amy siempre había tenido que compartir la criada de otros, y la única que quedaba ahora era la vieja Agnes, que había estado con su madre desde que era niña. Preferiría tener a alguien que no fuera tan autoritaria, que no la regañara ni le diera tantas órdenes. Ya era hora y... Amy no podía creer que estuviera pensando en tantas tonterías después de haber pasado el día más emocionante de su vida.

En realidad había habido otro aún más emocionante, un día que jamás podría olvidar, un día que no dejaba de recordar una y otra vez desde los seis meses que hacía que ocurrió. Fue el día en que conoció a los hermanos de Georgina Malory y tomo la arriesgada decisión de que se casaría con uno de ellos.

No había cambiado su empeño desde entonces, aunque no podía imaginar cómo se las arreglaría para conseguirlo, ya que el hombre que quería había regresado a América y no lo había vuelto a ver.

Era curioso, lo que había hecho del presente día algo tan especial para Amy, aparte de que había podido finalmente incorporarse al mundo de los adultos y de que su presentación había sido un rotundo éxito, era que había oído a tío James y tía George discutiendo sobre una carta donde los hermanos Anderson anunciaban su vuelta a Inglaterra para el nacimiento del bebé de su hermana. Aquello había acabado de alegrarle el día a Amy.

¡Iba a regresar!

Esta vez tendría la oportunidad de deslumhrarlo con su inteligencia y su encanto, de hacer que se fijara en ella, porque desde luego no lo hizo cuando la conoció. Probablemente ni recordaría que los habían presentado. Pero ¿por qué iba a hacerlo? Ella había estado muy apagada y seria por lo que le hacía sentir, así que seguramente no se había mostrado muy elocuente.

El hecho era que Amy había madurado en cuerpo y alma hacía algunos años, de modo que aquella espera obligada hasta que los adultos la consideraran en serio había sido una continua frustración, porque la paciencia no era una de sus virtudes. La timidez y el recato que se le suponían no tenían nada que ver con su verdadera naturaleza, y cuando quería podía ser muy atrevida y descarada. De todas formas, quería a su familia, y mantenía su temperamento exaltado lo más acallado que podía para no decepcionarlos con su atrevimiento. Ese comportamiento estaba bien para los hombres, y bien que lo aprovechaban en su familia, pero en las damas se consideraba algo completamente inapropiado. Jeremy había empezado a sospechar, pero ella apreciaba particularmente a su primo, y como se habían hecho muy buenos amigos, no siempre se sentía obligada a ocultarle su verdadera naturaleza.

Tampoco pensaba ocultarle su verdadera naturaleza al hermano de la tía George, no esta vez. Pensaba ser todo lo audaz que pudiera con él, si es que no volvía a quedarse muda por los sentimientos perturbadores que despertaba en ella, porque tendría muy poco tiempo. El no regresaba a Inglaterra para quedarse, sólo se trataba de una visita. Así que no tendría muchas oportunidades para intentar acercarse a él, y por lo que sabía, necesitaría aprovechar al máximo cada minuto de que pudiera disponer.

Hacer averiguaciones sobre su futuro esposo, y Amy estaba segura de que lo sería, fue sencillo. Sólo tuvo que intimar con su tía George, que tenía cuatro años más que ella. Empezó a visitarla cuando ella y el tío James aún vivían en Picadilly, con el tío Tony. Y cuando llegó el momento en que se pusieron a amueblar su nueva casa en Berkeley Square, también ofreció

Librodot

su ayuda. En cada visita desviaba sutilmente la conversación hacia los hermanos de Georgina, de modo que ésta se ponía a hablar sobre ellos sin que ella tuviera que hacer ninguna pregunta directa.

No quería que descubrieran el interés particular que tenía en ese asunto, que le dijeran que era demasiado joven para casarse con el hombre que había escogido. Quizás en aquel momento lo era, pero ya no. Y Georgina, que añoraba a sus hermanos, estaba encantada de poder hablar de ellos, y le explicaba anécdotas de su infancia, sus travesuras, y también las aventuras y desventuras que pasaron cuando se hicieron hombres.

Amy había aprendido que Boyd era el menor de los hermanos, con veintisiete años, y que era serio como un anciano. Drew, con veintiocho, era el picaro y el seductor de la familia. Thomas tenía treinta y dos años, y la paciencia de un santo, y no había nada que pudiera hacerle pestañear, ni siquiera el tío James, cuando le obsequió con su mejor disparo. Warren acababa de cumplir los treinta y seis, y era cínico y arrogante. Un presumido, y un grosero cuando se trataba de mujeres, según su hermana. Finalmente estaba Clinton, que con sus cuarenta y un años era el jefe de la familia, severo y juicioso, y se parecía en cierto modo a Jason Malory, el jefe de la familia Malory y tercer marqués de Haverston. De hecho, se llevaron muy bien cuando se conocieron, obviamente por lo mucho que tenían en común siendo como eran quienes debían ocuparse y mantener a raya a un buen número de hermanos menores.

Amy se había sentido algo deprimida cuando se dio cuenta de que, de los cinco hermanos, y todos eran excepcionalmente atractivos, ella había ido a escoger precisamente el menos adecuado. Aunque en realidad ella no lo había escogido, fue lo que le hizo sentir, lo que le indicó que aquél era su hombre. Nadie, ni los otros hermanos ni ningún otro hombre, ni siquiera en esa noche en que tuvo a sus pies a todos los jóvenes disponibles de la alta sociedad, la había hecho sentir de esa manera. Y por lo que había oído contar a la tía George y a la tía Roslynn de lo que sintieron cuando conocieron a sus maridos, Amy supo qué era lo que ella sentía. No había solución. Pero se sentía bastante optimista y, después de su aplastante éxito de esa noche, confiaba en que no tendría problemas... tal vez algunos, vaya, o muchos, pero los superaría si podía llegar a él, y ahora podría.

- Ya está - dijo su madre, acercándose para cogerle el cepillo- . Debes de estar agotada, no creo que hayas dejado ni una pieza por bailar.

Amanecería en una hora, pero Amy no estaba cansada. Estaba demasiado excitada para poder dormir. Pero si lo decía, su madre se quedaría con ella y hablaría durante horas, así que asintió, con la esperanza de tener aún unos minutos para meditar tranquila antes de que la venciera el cansancio.

- Sabía que causaría sensación - dijo Agnes desde el guardarropa, moviendo su cabeza gris de arriba abajo- . Sabía que avergonzaría a sus hermanas mayores, Lotte. Ha sido una suene que las tuvieras casadas antes de que ésta se presentara en sociedad. ¿No te lo dije?

Agnes no sólo mangoneaba en las cosas de Amy. Charlotte también se llevaba su parte, pero nunca se quejó ni pensó en poner a la sirvienta en su sitio. Sus pecas estaban descoloridas, era regordeta como un querubín y sus dedos no eran ya ágiles, pero llevaba tanto tiempo con ellos que era como de la familia.

Amy suspiró. Estaba bien imaginar que cambiaba a la vieja Agnes por su propia criada, pero ella sabía que nunca podría hacer eso, porque heriría los sentimientos de la anciana. Charlotte tenía el ceño ligeramente fruncido por las observaciones de Agnes cuando sus ojos encontraron los de su hija en el espejo. A sus cuarenta y un años, aún se la podía considerar una mujer atractiva, con su pelo, aún sin una cana, y sus ojos castaños, que habían heredado todos sus hijos excepto Amy. Ella, al igual que Anthony, Reggie y Jeremy, tenía el pelo y los ojos negros de su bisabuela por parte de padre, que se rumoreaba que fue una gitana. Una vez el tío Jason le contó confidencialmente que no era un rumor, que era verdad. Charlotte nunca supo si estaba bromeando o no.

- Supongo que tus hermanas habrán estado un poco celosas esta noche - comentó Charlotte- , sobre todo Clare.

- Clare es demasiado feliz con su Walter para recordar que tardó dos años en encontrarlo - y la paciencia de su hermana había resultado muy lucrativa, porque Walter iba a heredar un importante título- . ¿Qué podría envidiarme a mí cuando ella se va a convertir en duquesa, madre?

- Sí, tienes razón.

- Y aunque no lo vi por mí misma... - Amy estaba resentida porque a ella la habían hecho esperar hasta casi los dieciocho, mientras que Diana se presentó en sociedad con diecisiete y medio- , he oído que Diana tuvo tantos admiradores como yo. Es sólo que luego se enamoró del primero que llamó a su puerta.

- Perfectamente cierto - suspiró su madre- . Lo cual me recuerda que mañana, bueno, en realidad hoy, nos vamos a ver invadidos por todos esos jóvenes esperanzados a los que deslumhraste en el baile. Debes dormir un poco, si no no sobrevivirás hasta la hora del té.

Amy sonrió.

- Oh, duraré, madre. Pienso disfrutar de cada minuto del ritual del cortejo hasta que el hombre que quiero se me lleve.

- Qué manera tan vulgar de decirlo, hija mía. Empiezas a hablar como el muchacho de James.

- Por las campanas del infierno, ¿tú crees?

Su madre se rió.

- Ya basta. Y no dejes que tu padre te oiga imitar a Jeremy o discutirá con su hermano, y ya sabes que a James Malory no le gusta ni el ridículo, ni las sugerencias ni los consejos bien intencionados. Te juro que aún me resulta difícil creer que son hermanos, son tan distintos.

- Padre no se parece a ninguno de sus hermanos, pero a mí me gusta como es.

- No me extraña - replicó la madre- , con lo indulgente que es contigo.

- No siempre, si no no habría tenido que esperar... No le dio tiempo a acabar de hablar, porque su madre se inclinó sobre ella y la abrazó.

- Eso ha sido cosa mía, querida. Pero no puedes culparme por querer tener un poco más a mi pequeña. Habéis crecido todos tan deprisa, y tú eres la última. Después del éxito de esta noche sé que algún joven «se te llevará» cualquier día. Y quiero que así sea, desde luego, pero preferiría que no fuera tan pronto. Creo que te voy a añorar mucho cuando te cases y te vayas de casa. Ahora duerme un poco.

El abrupto final de la confesión de su madre sorprendió un poco a Amy, hasta que vio que estaba a punto de echarse a llorar y salió corriendo de la habitación, llevándose a Agnes consigo. Amy suspiró, sintiendo a la vez esperanza y temor ante la posibilidad de que las palabras de su madre pudieran cumplirse. Su madre la iba a añorar mucho de verdad si ella conseguía su objetivo, ya que tendría que irse a América y dejar un océano entero entre ella y su familia para poder estar con el hombre al que quería. Hasta ese momento no se había parado a pensar que eso pasaría.

Pero así son los sentimientos. Por qué no se habría fijado en un inglés.

Librodot

4

- ¿Por qué Judith? - preguntó James a su hermano, refiriéndose al nombre que le habían puesto a su hija- . ¿Por qué no algo más musical, como Jaqueline?

Estaban en el cuarto de los niños, donde con más frecuencia podía encontrarse a Anthony cuando estaba en casa. Hoy tenía a su hija toda para él, porque su esposa Roslynn había ido a visitar a su amiga lady Francés. Nettie, esa vieja escocesa regañona, que se había hecho indispensable para su esposa y se había convertido también en la niñera de Judith, acababa de salir de la habitación por las amenazas de su señor. A veces Anthony tenía que ser un poco duro en su casa, si no las mujeres le pasarían por encima. James estaba inclinado a creer que Roslynn lo hacía de todas maneras.

- Déjalo ya - fue la respuesta de Anthony a la pregunta de su hermano- . Para que puedas reírte llamándola Jack, ¿no? ¿Por qué no le pones tú Jaqueline a la tuya cuando nazca y así podré ser yo quien la llame Jack?

- Le pondría Jack directamente, no habría necesidad de abreviar nada.

Anthony resopló.

- No creo que a Georgina le hiciera mucha gracia.

James suspiró y prefirió descartar la idea antes de que se le hiciera más atractiva.

- Supongo que no.

- Ni a sus hermanos - agregó Tony con terquedad.

- En ese caso...

- Lo harías, ¿verdad?

- Cualquier cosa con tal de molestar a esos patanes - dijo James con absoluta sinceridad.

Anthony rió y la niña, que estaba en sus brazos, se asustó un poco. Pero no lloró, sólo agitó las manos. Su padre le tomó una y llevó sus diminutos dedos a los labios antes de volver a mirar a James.

Los dos hermanos eran como la noche y el día. Anthony era un poco más alto y mucho más delgado, con el cabello negro y los ojos azul celeste, mientras que James, como sus otros dos hermanos, era corpulento, rubio y con los ojos verdosos. Judith había heredado cosas de los dos, de la madre tendría el precioso cabello rojizo, de su padre tenía ya los ojos color cobalto.

- ¿Cuánto tiempo crees que se quedarán los yanquis esta vez? - preguntó Anthony.

- Demasiado - fue la respuesta irritada de James.

- Seguramente no más de un par de semanas.

- Eso espero.

Anthony podía ponerse a fastidiar a su hermano con la visita de sus cuñados... y muy mal tenía que estar para no hacerlo, porque no había nada que les gustase más a los dos que azuzarse sin misericordia. Si bien es cierto que ante un enemigo común siempre se ayudaban, los americanos aún no habían llegado...

Anthony todavía tenía la sonrisa en la boca cuando especuló:

- Supongo que querrán alojarse con vosotros ahora que tenéis vuestra propia casa.

- Muérdete la lengua, hermano. Ya es bastante malo que tenga que dejarles entrar en la casa. Creo que rompería algunas cabezas si tuviera que verlos cada día. No podría evitarlo.

- i0h, vamos! No son tan malos. Hay un par de ellos con los que me llevé espléndidamente, y tú también. Y a Jason le cayó bien Clinton enseguida. Jeremy y Derek lo pasaron muy bien con los menores.

James arqueó las cejas con un gesto que presagiaba alguna desgracia si su hermano no cambiaba rápidamente de tema.

- ¿Se llevó alguien bien con Warren?

- No puedo decir que así fuera.

- Ni nunca lo será.

Con aquello debía haber acabado la conversación, pero Anthony no solía aceptar las sugerencias sutiles.

- Hicieron exactamente lo que tú querías, viejo, te hicieron casar con su hermanita. Así que ¿cuándo piensas perdonarles la zurra que te dieron?

- La zurra la esperaba, pero Warren se pasó de la raya cuando quiso involucrar a mi tripulación. Nos hubiera colgado a todos de haber podido.

- Una reacción muy normal cuando uno se enfrenta a unos piratas despreciables - respondió Anthony bruscamente.

James dio un paso hacia su hiriente hermano, pero se detuvo al recordar que tenía a la niña en brazos. La sonrisa de Anthony se hizo aún más amplia ante la expresión de disgusto de su hermano, porque fuera lo que fuese lo que se le había pasado por la cabeza, tendría que esperar. Y Anthony aún no había terminado.

- Por lo que he oído tienes que agradecer a los dos hermanos menores y a George que Warren no se saliera con la suya.

- Eso no viene al caso... Creo que deberíamos hacer una visita a Knighton's Hall - agregó James- . Nos vendrá bien el ejercicio.

Anthony soltó una carcajada.

- ¿Qué cuentas tienes que arreglar, hermano? Creo que prefiero no hacer ejercicio contigo, me quedo por ahora con el boxeador que me entrena, gracias.

- Pero eso no tiene ninguna emoción.

- No importa, a mi mujer le gusta mi cara como la tengo. No creo que lo apreciara mucho si me cambiaras la nariz de sitio con esos martillos que tienes como puños. Además, no quiero que descargues toda esa rabia antes de que lleguen los yanquis. Estoy deseando ver los fuegos artificiales.

- No serás bienvenido - dijo James con rudeza.

- George me dejará entrar - dijo él confiado- . Le caigo bien.

- Te tolera porque eres mi hermano. Anthony arqueó una ceja.

- ¿Y tú no puedes hacer lo mismo en lo que respecta a sus hermanos?

- Ya lo hice. Aún están vivos, ¿no?

Cuando James volvió a casa le sorprendió ver que fue Amy quien le abría la puerta. No la había visto desde su primer baile la semana anterior - y gracias a Dios era el único al que él tendría que acudir- , pero Georgina le había mencionado que la había visitado hacía unos días. Y dado que él no había llamado a la puerta, la conclusión que sacó es que ella había estado esperando su llegada, y por tanto, que algo sucedía.

Pero James no era un hombre que se impresionara con facilidad o que sacase conclusiones precipitadas, de modo que se limitó a preguntar:

- ¿Dónde está Henri? ¿Tiene Artie el día libre? No me fijé cuando me fui.

Henri y Artie habían sido miembros de su tripulación en sus tiempos de pirata. Pero habían estado tanto tiempo con él, que cuando decidió vender el Maiden Anne, prefirieron quedarse antes que enrolarse en algún barco desconocido. Era imposible imaginar a dos mayordomos más inverosímiles, y sin embargo, compartían el trabajo y se divertían escandalizando a las confiadas visitas con sus toscos modales.

- Hoy le toca a Artie - respondió Amy mientras cerraba la puerta- , pero ha ido a buscar al médico.

El hombre se puso rígido un instante, y, antes de que saliera corriendo hacia las escaleras, Amy se le adelantó:

- Está en la sala.

El se detuvo abruptamente.

- ¿En la sala?

- Tomando el té.

- ¡Tomando el té! - exclamó; corrió a la sala y se detuvo en la puerta al ver a su esposa- . George, ¿qué demonios crees que estás haciendo? Deberías estar descansando en la cama.

- No quiero estar en la cama, y estoy tomando el té - oyó Amy que respondía Georgina con una calma admirable.

Pero la respuesta volvió a enojar a James.

- Entonces no vas a tener el niño aún.

- Sí, pero también quiero tomar el té. ¿No querrías acompañarme?

James permaneció en silencio un momento, digiriendo lo que acababa de escuchar.

- George, esto no es lo que se debe hacer - dijo, y entró en la sala- . Ahora mismo te vas a la cama.

- ¡James, bájame! - oyó Amy- . Ya tendré bastante tiempo para estar en la cama dentro de poco, gritando como una condenada. Haré lo que debo hacer, pero no hasta que esté preparada. Y ahora bájame...

Se produjo un abrupto silencio, y Amy, tras dudar unos instantes, porque nunca había visto a su tío reaccionar de aquella manera, se acercó a la puerta de la sala. Lo que vio fue que Georgina tenía otra contracción, y su marido parecía bastante descompuesto. Se había sentado, pero no había soltado aún a Georgina; la sostenía con fuerza, y estaba tan pálido como el sofá color marfil en el que estaba sentado.

- ¿Cuándo empezaron los dolores? - preguntó él cuando ella volvió a respirar normalmente.

- Esta mañana.

- ¿Esta mañana?

- Si lo que quieres es saber por qué no te lo dije esta mañana antes de que te fueras, escúchate a ti mismo y tendrás tu respuesta. Y ahora haz el favor de bajarme, James, quiero acabarme mi té. Amy lo acaba de servir.

- ¡Amy! - gritó- . ¿Qué demonios te crees que estás haciendo? ¿Qué es eso de servirle el té...?

- No te atrevas a desquitarte con Amy - le dijo su mujer, dándole un golpe en el hombro- . Lo que yo quería era ponerme a limpiar, pero ella me convenció para que en vez de eso tomara el té. Si no piensas tomar el té con nosotras, bebe algo al menos, pero deja de gritar.

James soltó una mano y se la pasó suavemente por el pelo. Circunstancia que aprovechó Georgina para soltarse y coger su té, como si fuera un día corriente y no el día en que iba a dar a luz.

Después de un rato. James dijo:

- Lo lamento. Con Jeremy no tuve que pasar por esto. Creo que preferiría que me los dieran cuando ya están medio crecidos y me dijeran entonces que son míos. Es mucho mejor.

A Amy le dio lástima, y comentó:

- Pues yo querría estar con ella todo el rato. Pero sé que después alguien lo encontraría inadecuado (por eso de que soy aún tan inocente), así que he mandado llamar a mi madre y a la tía Roslynn, y a Reggie. Ellas se asegurarán de que se hace todo lo que se tiene que hacer.

Georgina se calmó lo suficiente para agregar:

- Ésta es aún la parte fácil, James. Te sugiero que bebas algo para entonarte un poco o que te vayas antes de que empiece la parte difícil de verdad. Si prefieres esperar en el club lo comprenderé perfectamente.

- Estoy seguro de que lo comprenderías, pero estaré aquí por si me necesitas.

Amy sabía que diría eso, y Georgina también, porque se inclinó para besar a su marido. Y en ese momento alguien llamó a la puerta.

- Deben de ser la tropas, que empiezan a llegar - dijo Amy.

- ¡Aja! - exclamó James con alivio- . Charlotte te hará acostar, George, ya lo verás.

- Charlotte ha tenido dos hijos y tres hijas, James, así que comprenderá perfectamente mis sentimientos... y si no dejas de insistir en lo de la cama pienso tener el niño aquí mismo, ya lo verás.

Amy salió de la habitación con una sonrisa en los labios. Según Georgina, el tío James había llevado el embarazo muy bien, ¿quién iba a pensar que se desplomaría al final? Tal vez debiera haber mandado llamar también al tío Anthony, aunque seguramente vendría con la tía

Roslynn. James se había burlado de él el día en que nació Judith, porque se sintió bastante descompuesto mientras duró. Ahora le tocaba a él ver cómo se comportaba su hermano en las mismas circunstancias.

Pero cuando abrió la puerta, no había nadie de su familia allí, eran los hermanos de Georgina, y Amy volvió a quedarse sin habla.

5

- Hola.

Amy tenía delante a Drew Anderson, que la estaba obsequiando con una sonrisa deslumbrante.

- Amy, ¿verdad? No, espera, lady Amy; tu padre es un conde o algo por el estilo. Derek dijo que el rey le otorgó el título hace unos años por algún servicio que le hizo. ¿Es eso?

Amy estaba sorprendida de que la recordara, y sólo pudo balbucear:

- Consejo financiero. Mi padre tiene muy buen ojo cuando se trata de dinero.

Amy sospechaba que había heredado esa habilidad de su padre, y por eso nunca apostaba con la familia, porque rara vez perdía.

- Ya podríamos tener todos esa suerte - continuó Drew, y después que sus ojos la hubieron recorrido de arriba abajo, añadió complacido- : Pero cómo has crecido. Estás hermosa como un cuadro.

Sus palabras halagadoras no la perturbaron como hubiera sucedido con cualquier otra joven de su edad. Drew era el que tenía un amor en cada puerto, y según su hermana, no había que tomarlo en serio. Pero en ese momento la estaba convirtiendo en el centro de atención, incluida la de él, y no era. Ésa la forma en que había imaginado su próximo encuentro.

Miró fugazmente al esposo que había elegido, pero en él no detectó más que impaciencia, cosa que quedó de manifiesto cuando dijo:

- ¡Por el amor de Dios, Drew! Te recuerdo que no estás solo, guárdate tus galanterías para cuando lo estés.

- No es una mala idea, Drew - añadió su hermano Boyd, y continuó fríamente- : Me gustaría que, ya que estamos aquí, pudiéramos al menos ver a Georgie.

Drew, fiel a su naturaleza, no se mostró en absoluto arrepentido. Pero para Amy la situación fue un poco embarazosa, sobre todo cuando pensó en el motivo de su visita y en que ella no hacía sino estorbarles el paso en aquellos momentos. Peor aún, vio que la irritación que le provocaba su hermano se prolongaba también hacia ella, a juzgar por el disgusto con que la miró. Era injusto, y Amy decidió no mencionar lo inoportuno de su llegada, ni que iban a tener poco tiempo para ver a su hermana, antes de que tuviera que excusarse y salir corriendo para tener a su bebé.

Con toda la dignidad de que fue capaz en semejantes circunstancias, Amy se echó a un lado y dijo:

- Pasen, caballeros. Sean bienvenidos «al menos por un miembro de la familia».

Entraron, una verdadera montaña de hombres desfilando ante Amy. Dos de ellos medirían un metro ochenta, pero los otros tres lo superaban en sus buenos diez centímetros. Dos tenían el cabello castaño oscuro, como Georgina, mientras que los otros lo tenían de un tono tirando a dorado. Dos eran de ojos castaño oscuro, otros dos los tenían de un verde tan claro que recordaba al de la lima recién cortada del árbol, y sólo Drew los tenía tan oscuros que eran negros. Todos eran tan atractivos que ninguna chica hubiera sido capaz de mantener la compostura delante de ellos.

Una vez que estuvieron en el vestíbulo, Drew gritó con su mejor rugido de capitán:

- ¿Georgie, dónde estás?

- ¡Vaya una suerte más condenada! - se oyó la voz de James desde la sala.

Y acto seguido llegó la voz de Georgina:

- Aquí, Drew... y tú compórtate, James.

Los hermanos se dirigieron hacia el salón al oír la voz de su hermana. Amy, olvidada por el momento, y contenta por ello, los siguió en silencio y se sentó en un lugar desde donde pudo observar discretamente los abrazos y los besos de la bienvenida... al menos entre los Anderson. James también se había retirado del grupo, y se quedó junto a la chimenea con los brazos cruzados y la expresión cada vez más sombría. Pero, sorprendentemente, no rompió la paz, pues no deseaba turbar la alegría de su esposa. Nadie lo saludó. Algunos de los hermanos parecieron pensar en ello, pero al ver su expresión poco amigable desistieron.

Amy observaba atentamente a Georgina. Iba teniendo contracciones, pero no se notaba si no era porque se ponía ligeramente rígida a veces o porque se interrumpía un instante si le daban mientras estaba hablando. James no lo notó, si no se hubiera puesto hecho una fiera. Los hermanos tampoco lo notaron, y era evidente que Georgina no deseaba que lo hicieran, no todavía. Los había echado demasiado de menos para despedirlos justo cuando acababan de llegar.

Amy también observaba a los hermanos, no podía evitarlo, mientras se disputaban la atención de su hermana. Amy sabía que no era frecuente que estuvieran todos juntos con Georgina, ya que eran hombres de mar, capitanes de sus propios barcos, excepto Boyd, que no estaba aún preparado para una responsabilidad así. Le gastaron bromas sobre su tamaño, sobre su acento inglés, y ella correspondió también burlándose de Warren y Boyd, que no se habían cortado el pelo desde la última vez que ella los vio. Cada uno a su manera le demostraba lo mucho que la quería. Hasta al taciturno de Warren se le salía la ternura por los ojos cada vez que miraba a su hermana.

Dos veces los interrumpió James, llamando a Georgina por su nombre, o su versión de él, poniendo el tono de advertencia en cada palabra que decía. Pero ella le respondía en cada ocasión «Todavía no. James», y continuaba con lo que estaba diciendo. Sólo Thomas, el tercero de los hermanos empezó a preocuparse por el comportamiento de James, los otros hacían lo posible por ignorarle.

Y luego volvieron a llamar a la puerta. Esta vez seguro que se acababa la reunión, o al menos eso debió de pensar James, por la cara de alivio que puso.

Georgina no sintió el alivio que su esposo, y dijo a Amy:

- Aún no estoy lista, Amy. ¿Podrías ocuparte?

Al oír estas palabras algunos de los hermanos se extrañaron y el intuitivo de Thomas preguntó:

- ¿Lista para qué?

Georgina ignoró la pregunta y continuó con otra cosa. Pero Amy había comprendido perfectamente y le sonrió para tranquilizarla y hacerle saber que haría lo que pudiera. Tres de los hermanos observaron cómo se retiraba, pero no el que a ella le hubiera gustado que lo hicera.

La recién llegada era Roslynn. Y como Anthony estaba con ella cuando llegó la noticia, había decidido acompañarla. Considerando quién era, Amy sabía que no era necesario mencionar los deseos de Georgina.

Pero tenía que intentarlo de todas formas, así que le susurró:

- Los hermanos de la tía George acaban de llegar, pero ella no quiere que sepan todavía que ya le han comenzado los dolores, así que si pudierais evitar mencionarlo hasta que...

Roslynn asintió con la cabeza, pero Anthony se limitó a hacer una mueca. Cualquiera que conociera a Anthony sabía que no mantendría la boca cerrada si lo que tenía que decir podía provocar un alboroto con el que él pudiera divertirse.

Amy suspiró y los condujo a la sala de todas formas. Al menos lo había intentado, y así se lo indicó a Georgina la mirada que le lanzó cuando entraron en la sala. Georgina ya conocía a Anthony, igual que al resto de la familia Malory, y no se sorprendió de que las primeras palabras que salieran de su boca fueran:

- De modo que piensas establecer una nueva moda, ¿eh, George? Dar a luz con toda la familia reunida en la sala.

Georgina le lanzó una mirada fulminante a su cuñado y le contestó:

- No tengo ninguna intención de hacer eso, pedazo de asno.

Ella podía haber justificado la observación de su cuñado como la de un pobre hombre no hecho a las cosas de las mujeres, y estaba a punto de intentarlo. Pero su hermano Thomas era muy diestro cuando se trataba de leer entre líneas y comprendió en seguida.

- ¿Por qué no dijiste nada? - le reprochó gentilmente.

- Pero, ¿qué demonios pasa aquí? - preguntó Warren.

Librodot

- Nada - insistió Georgina.

Pero Thomas, a su manera, era tan malo como Anthony, y dijo con calma:

- Va a tener el niño.

- Pues claro que...

- Ahora, Warren - le aclaró, y le preguntó a su hermana- ¿Por qué no estás en la cama?

- ¡Gracias a Dios! - James lanzó un profundo suspiro- La primera cosa sensata que oigo decir a un Anderson.

Y entonces pasó lo que tenía que pasar, todos los hermanos se pusieron a reprenderla al mismo tiempo, y Anthony se hizo a un lado y se puso a reír.

Al final Georgina explotó:

- ¿Es que no podéis dejarme que tenga a mi hijo cuando quiera? ¡Y tú, Warren, bájame!

Pero Warren, que la había hecho levantar del sofá, no era su esposo y no pensaba respetar sus deseos. Siguió caminando sin responder y Georgina sabía que era inútil decir nada. James salió rápidamente detrás de ellos, y Amy, consciente de la especial antipatía que sentía por ese Anderson en particular, imaginó que habría un tira y afloja en la escalera. Saltó de su asiento para detenerlo y le dijo:

- ¿Importa cómo llegue mientras llegue?

James apenas si la miró.

- No pensaba detenerlo, querida niña, pero es el único de los hermanos de quien no se puede esperar que le sirva de ninguna ayuda a George cuando esté en su cuarto. Su respuesta a la terquedad de George ya has visto que no es más que la de aflojarse el cinturón.

Amy deseó que su tío no hubiera dicho eso, y esperaba que no fuera más que el desagrado que sentía por Warren lo que había puesto esas palabras en su boca, no la verdad. ¿De verdad pensaba ese hombre que una buena zurra es la mejor solución para la terquedad? ¿Una zurra? Estúpidos, estúpidos sentimientos, que le habían hecho desear a ese hermano precisamente. ¿Por qué no a Drew, que se había fijado en seguida en lo mucho que había crecido y en lo hermosa que estaba? Podría soportar un marido que tuviera un amor en cada puerto, pero esto, y más sabiendo como sabía que, además, Warren trataba a las mujeres con la más fría de las indiferencias...

Ya arriba, James se detuvo ante la entrada del dormitorio principal, que Warren había sabido encontrar perfectamente sin que su hermana dijera nada. Y observó cómo el hermano acomodaba las almohadas en la espalda de la hermana, y cómo la arropaba gentilmente con las mantas. James hubiera deseado que no la quisiera tanto, ni ella a él. Aquello le ataba por completo las manos, no podía tratar a ese tipo como él hubiera querido.

Y escuchó también cómo le decía, en un tono grave pero tierno:

- No te enfades, Georgie. Este no era momento para alternar con la familia.

Pero ella aún estaba demasiado enfadada.

- Lo que no se os ha ocurrido pensar es que esto puede tardar horas, y yo hubiera preferido no tener que pasarlas todas en una habitación calurosa (es verano, por si no os habíais dado cuenta) sin otra cosa que hacer que sentir el dolor.

Warren palideció cuando las palabras de su hermana le hicieron reparar en el sufrimiento por el que iba a tener que pasar en breve.

- Si algo te sucede, lo mataré.

Georgina se tomó eso tan en serio como las amenazas de su marido de matarlo a él, pero aún así dijo:

- Justo lo que necesitaba escuchar ahora. Dentro de poco podrás tú escuchar lo mucho que te aprecio yo, así que te sugiero que esperes a bordo de tu Nereus. Te mandaré avisar cuando esto termine.

- Yo me quedo - fue su obstinada respuesta.

- Preferiría que no lo hicieras - insistió ella- . No me fío de que tú y James estéis en la misma casa ahora que no puedo separaros.

- Me quedo.

- ¡Entonces quédate! - dijo ella exasperada- . Pero prométeme que no habrá peleas, y lo digo en serio, Warren. Quiero que me lo prometas. En un momento como éste no puedo preocuparme por vosotros.

- Muy bien - accedió él de mala gana.

- Y eso significa que no responderás a nada de lo que James pueda decirte. Hoy no es dueño de sí mismo.

- De acuerdo - asintió de mala gana.

Sólo entonces logró que ella sonriera.

- Y no te preocupes. Estaré bien.

Él asintió y se dirigió hacia la puerta, aunque se detuvo en cuanto vio que James estaba allí. James, por su parte, había estado cavilando sobre la libertad de acción que le daba aquella promesa, pero comprendió que probablemente no estaría en condiciones de aprovecharla. Maldita suerte, para una vez que tenía la posibilidad de vengarse a gusto del tipo, y seguramente no notaría siquiera que estaba allí. Y aunque seguía sintiendo lo mismo por él, no podía darle ni un mísero puñetazo, no con Georgina allí tumbada, oyéndolo todo. De modo que se sorprendió a sí mismo diciendo:

- Nunca pensé que pudiera tener algo que agradecerte, Anderson, pero gracias. A mí no me hubiera hecho caso.

A Warren también le sorprendió que eso fuera todo lo que James tenía que decirle, así que respondió fríamente:

- Tenías que haber insistido.

- Sí, bueno, en eso no nos parecemos nada tú y yo, viejo. Yo no puedo discutir con una mujer embarazada, no si es mi embarazada. Me podía haber pedido que demoliera la casa con mis propias manos y la hubiera complacido alegremente.

- La indulgencia no siempre es buena - replicó Warren con desaprobación.

- Habla por ti, yanqui. Para mí ha sido muy beneficiosa.

Warren enrojeció al ver cómo James estaba utilizando sus palabras.

- Cuando es por su maldito bien...

- i0h, déjalo ya, Anderson! - saltó James impaciente- .Ya lo sé. Y te aseguro que ella no hubiera permanecido abajo mucho más por mucho que lo deseara. Aunque no te guste, tienes que reconocer que cuido muy bien de mi esposa. Y ahora vete, quiero estar un momento con ella antes de que empiece todo.

Fiel a su promesa, Warren se limitó a obedecer y salió de la habitación. James se encontró mirando a su esposa, que no parecía nada contenta con él.

El arqueó las cejas y preguntó con expresión inocente:

- ¿Qué pasa?

- Podías haber sido un poco más amable con él.

- He sido todo lo cortés que podía, George, y tú lo sabes. Bueno, ¿y qué puedo hacer por ti antes de que llegue Charlotte y me eche?

- Podrías venir a la cama y sufrir conmigo - respondió malhumorada- . Y abrazarme. James. Estoy un poco asustada.

El la complació de inmediato, disimulando su propio temor para tranquilizarla.

- Ya sabes que en esto de tener niños no hay nada que temer.

- Para tí es muy fácil decirlo - replicó Georgina.

- Vienes de una buena casta - le recordó su marido- . Tu madre tuvo seis y no pasó nada, y por el tamaño que tienen ahora cuando nacieron debían de ser enormes, excluyendo la presente, claro.

- No me hagas reír. James.

- Esa era la idea.

- Lo sé, pero ahora me duele.

- Georgie...

- Shhh, estoy bien. Aún duele poco, y tienes razón, vengo de buena casta - suspiró dramáticamente- . No es más que lo que las mujeres tenemos que pagar por nuestro placer, pero me gustaría ver alguna vez a un hombre sufrir lo mismo por el suyo.

- Cállate la boca, Georgie. ¿Es que quieres ver el fin de la raza humana?

Ella rió ahora que podía otra vez, estaba entre contracciones.

- No sé. Creo que tú sí podrías soportarlo, aunque no puedo decir lo mismo de los otros hombres de tu familia. Y de los de la mía también te puedes olvidar, aunque todo el mundo sabe que Drew es capaz de levantarse riendo después de que lo derriben de un puñetazo. Sí, creo que también él aguantaría bien el dolor. Por supuesto, sólo sois dos entre miles, así que estoy de acuerdo contigo. Nuestra raza se extinguiría sin remisión si dependiera de vosotros los hombres.

- No presumas tanto, George - se quejó James.

- Sólo estoy diciendo las cosas como son, y que las mujeres no tenemos elección. Después de todo, no nos veréis como las responsables del fin...

- Está bien, querida - dijo secamente, y agregó con más ternura- : ¿Te sientes mejor?

- Sí.

6

Warren Anderson andaba caminando de un lado a otro por la sala, mirando continuamente el reloj que había encima de la chimenea. Eran las cuatro menos cuarto de la mañana. Si Georgina no acababa pronto, iba..., iba... no sabía a qué. A aplastarle la cara a James Malory, seguramente. La idea no estaba mal, pero no, no podía. La maldita promesa. De todas formas, James Malory probablemente ni lo hubiera notado, tan nervioso estaba. Su aspecto era incluso peor que el de Warren, que era como el mismo infierno.

¡Dios!, cómo se alegraba de no haber estado en casa cuando la esposa de Clinton tuvo sus dos hijos. En ambas ocasiones se encontraba en uno de sus viajes por la China, que solían prolongarse de dos a cuatro años, dependiendo del humor del jefe militar. Pero la línea Skylark ya no navegaría más a China, no después de que el poderoso señor Zhang Yat- sen faltara a su palabra en una apuesta y manifestara su voluntad de no volver a ver a un Anderson jamás. Aquella noche, en el Cantón, Zhang trató de poner fin a sus días, enviando a sus secuaces tras Warren y Clinton, que en aquella ocasión estaba con él, para que le llevaran sus cabezas y el valioso y antiguo jarrón que Warren le había ganado en el fatal juego de la suerte.

Si Warren no hubiera estado tan borracho aquella noche, no habría apostado su barco contra aquel jarrón que no tenía precio, pero lo había hecho, y pensaba conservarlo. Clinton, que deseaba el jarrón tanto como Warren, era de la misma opinión. Pero conservarlo, aunque fuera lo justo, les había costado su ruta comercial con la China. Uno no podía disgustar a alguien como Zhang, que era como un dios con el poder que ostentaba sobre su pequeño reino, y vivir para contarlo. Zhang prometió aquella noche que pondría sus cabezas en una bandeja si les ponía las manos encima, pero gracias al oportuno rescate de su tripulación, los hombres de Zhang fracasaron en su ataque al muelle.

Sin embargo, Warren no iba a echar de menos los viajes a China. Estaba harto de aquellas largas travesías y de tener que pasar tanto tiempo fuera de su hogar. Tal vez si hubiera estado más en casa, Georgina no se hubiera aventurado a buscar un novio en Inglaterra, para acabar encontrando a James Malory. Pensar en el mortal enemigo que había dejado en la otra punta del mundo, no consiguió quitarle a Warren de la cabeza a su hermana durante mucho rato.

Las cuatro de la mañana.

¿Cuánto más podía durar? Alguien, posiblemente aquella jovencita, Amy, había dicho que los dolores empezaron a las diez de la mañana anterior, y que no se lo había dicho a su esposo porque no quería preocuparle, de modo que él se fue y se enteró cuando regresó por la tarde, justo antes de que llegaran ellos. Dieciocho horas. ¿Cómo podía durar tanto? Algo iba mal, seguro, por mucho que el doctor saliera de vez en cuando y dijera que todo estaba bien.

Warren caminaba por la sala. James Malory caminaba por la sala. De vez en cuando se cruzaban, porque caminaban en dirección opuesta. Pero se esquivaban y continuaban caminando, sin intercambiar palabra, sin casi mirarse.

Drew también caminaba de un lado a otro, pero en el vestíbulo, porque él y Warren se habían enfadado, como sucedía con frecuencia. Clinton estaba sentado, pero sus dedos no podían estar quietos, y no dejaban de golpetear sobre sus piernas, sobre sus brazos, sobre los brazos de la silla. El tampoco había estado en casa para cuando nacieron sus hijos, de modo que esto era nuevo para él. Aun así, lo llevaba mucho mejor que los demás, con la excepción de Thomas.

Boyd estaba recostado en el sofá, muerto para el mundo. Se había bebido él solo una botella de brandy más fuerte del que estaba acostumbrado a beber. Warren lo había intentado, hubiera querido poder emborracharse, pero llevaba la copa olvidada en la mano.

Thomas estaba arriba, aguardando en el corredor ante la puerta de Georgina para poder ser el primero en saberlo cuando todo acabase. También eso lo había intentado Warren, pero al primer grito que llegó desde detrás de la puerta, se puso a sudar y a temblar como una hoja, y Thomas lo había arrastrado escaleras abajo.

Librodot

De eso hacía ya cinco horas. Su hermana estaba pasando literalmente un infierno y todo por culpa de James Malory. Warren avanzó hacia su cuñado, pero vio que Anthony Malory lo observaba con sus aristocráticas cejas arqueadas con curiosidad. Su promesa. Tenía que recordar su maldita promesa.

Durante toda la noche, Anthony había permanecido cómodamente sentado en una silla junto a la chimenea, observando, retrepándose de vez en cuando, con una copa de brandy en las manos que sólo olía a ratos y que en varias ocasiones había intentado colocar en manos de su hermano. Pero no funcionó.

James le repitió varias veces categóricamente que no pensaba probar ni «un maldito trago» y así lo hizo. Anthony quiso también empujarlo a hablar, azuzándolo con el tipo de observaciones mordaces que Warren no hubiera escuchado sin que corriera la sangre. James lo ignoraba, pero, de vez en cuando murmuraba para sí mismo cosas como «maldito sea el infierno», «no volveré a tocarla», una vez «Dios, por favor» y otra «sácame de aquí y pégame un tiro» a su hermano.

A Warren no le hubiera importado hacerlo. Pero Anthony se limitó a reír y le dijo a su hermano:

- Yo sentí lo mismo, viejo, pero tú lo olvidarás, igual que ella. Puedes estar seguro.

Otros tres Malory habían llegado después de que Warren subiera a Georgina a su habitación. Edward, el hermano mayor, había venido con su esposa, Charlotte, que subió directamente arriba y no había aparecido desde entonces. Y Regina Edén, otra sobrina, llegó después que ellos, y también se encerró arriba, aunque bajaba periódicamente para asegurarle a su tío que todo estaba bien, que George lo estaba llevando «admirablemente», aunque la última vez también dijo «aunque no te gustaría oír lo que piensa de ti en estos momentos».

Edward jugó a las cartas con su hija durante un rato, pero ahora seguía solo, ajeno a la tensión que reinaba en la habitación. Había pasado por eso demasiadas veces para sentirse alterado. Su hija Amy estaba acurrucada en una silla, bien despierta, con el mentón apoyado en la palma de su mano. Ella se había ocupado de que sirvieran algo de comer, y un refrigerio más tarde, a media noche, pero nadie hizo más que picotear un poco, y algunos ni eso.

Amy era una bella muchacha, más aún, era hermosísima. Las veces que se le había ocurrido mirarla, ella había bajado la vista rápidamente, como si lo hubiera estado observando.

Lástima que fuera una Malory... ¿Pero en qué demonios estaba pensando? Era demasiado joven para él. Era más del estilo de Drew, y ella lo preferiría, sin duda... si conseguía superar el obstáculo de sus tíos para llegar a ella.

Las cuatro y cuarto.

A pesar de lo mucho que a Warren le gustaban los niños, no pensaba volver a pasar por esto nunca más. Y no es que pensase casarse tampoco. Las mujeres eran las criaturas más pérfidas de la tierra. No se podía confiar en ellas, no se podía creer en ellas. Si no tuviera la necesidad primaria de estar con alguna de vez en cuando, no querría volver a oír nada de ellas nunca más.

Su hermana era la única excepción, la única mujer que le importaba, y si algo le pasaba...

Otro Malory había llegado más tarde, durante la noche, el hijo de James, Jeremy. Se había emocionado al enterarse de la noticia, porque era aún demasiado joven para pensar en las complicaciones que podía haber en un parto, en el riesgo, para pensar que no había nada de qué alegrarse hasta que la madre y el niño hubieran salido sanos y salvos de la experiencia. Pero al ver el semblante trasnochado de su padre, se serenó en seguida, y partió diciendo:

- Enviaré a por Connie.

Y no volvió a aparecer. Sin duda, la sala era en esos momentos un lugar muy deprimente para un joven de su carácter inquieto.

Warren no se inquietó al oír el nombre «Connie», que en este caso no era el de una mujer, sino de un hombre, el mejor amigo de James Malory, según había oído Warren... y un

ex pirata. Warren había conocido a Conrad Sharpe en casa de Anthony, la noche en que él y James olvidaron supuestamente sus diferencias por el bien de Georgina. Y un cuerno, como diría su cuñado.

Las cuatro y media.

En ese momento entró en la sala Regina, seguida por Drew y Thomas. Estaba demasiado ansiosa por comunicarle la noticia a su tío para detenerse y decirle algo a ellos. Pero la sonrisa que puso cuando miró a su tío les hizo saber lo que habían estado esperando. Empezaron las manifestaciones de alegría, y Amy se despertó, incluso Boyd, que estaba medio borracho en el sofá. Pero James no se movió, permaneció en silencio, conteniendo la respiración, él necesitaba más que una simple sonrisa, necesitaba oír las palabras.

Regina comprendió perfectamente, fue directamente hacia él, lo abrazó y dijo:

- Tienes una niña... y la madre está bien, las dos están bien.

Y cuando él la abrazó, ella gimió ligeramente, porque la apretó demasiado en su alegría.

La dejó ir con una risa en los labios y miró a su alrededor buscando a su hermano Anthony.

- ¿Dónde está esa maldita copa?

Aún la tenía en la mano. James la cogió y bebió, y luego la dejó sobre la chimenea y abrazó a su hermano. Él al menos podría resistir el abrazo, aunque a duras penas. Pero él también se quejó:

- ¡Por Dios, James! - y cedió- . Está bien, es mejor que te desahogues antes de que subas a ver a George. Y no llores, por el amor de Dios, James. Yo lo hice, pero no hay necesidad de que los dos nos comportemos como asnos.

James volvió a reír y le dio unas palmadas a su hermano en la espalda. Estaba tan feliz que a Warren le dolía mirarlo.

Nunca los había visto, ni pensó, ni quiso verlos así. Pero en esos momentos en que compartían el mismo alivio por la misma mujer, no había el más mínimo indicio de animosidad entre ellos.

Cuando James se volvió y le vio, él exclamó:

- Ni se te ocurra - refiriéndose a su repentina obsesión por repartir abrazos.

Pero mientras lo decía la sonrisa no desapareció de sus labios, la misma sonrisa que tenía desde que Regina les comunicara que madre e hija estaban bien. James correspondió a la sonrisa y se adelantó para estrecharle la mano.

Las felicitaciones continuaron, y más abrazos y palmadas en la espalda. Al final James trató de escaparse para ir a ver a su esposa, pero Regina le aseguró que no había prisa, ya que Georgina se había dormido en cuanto acabó el parto, y que Charlotte y el médico se estaban ocupando de la niña.

Entonces apareció Roslynn, cansada pero sonriente, y se fue derecha a los brazos de su esposo, mientras le decía a su cuñado:

- Es preciosa, James, una Malory sin ninguna duda. Puedes estar seguro de que ésta no se parecerá a Anthony - lo cual era lo mismo que decir que la recién llegada era rubia.

James, que ya se había recuperado de la emoción, respondió:

- Lástima, esperaba que podría fastidiar a George con eso.

- ¿Y darle otra razón para que no quiera recibirme en su casa? - protestó Anthony.

- No necesita que le dé ningún motivo, mi querido muchacho. Tú te las sabes arreglar sólito.

- Creo que se está emocionando demasiado, Ros - le dijo a su esposa con buen humor- . Es mejor que nos vayamos a casa.

Pero entonces llegó Charlotte con un bulto en los brazos, cruzó la habitación y lo puso en brazos de James. Se produjo un profundo silencio, pero James ni se dio cuenta, tan embobado se quedó mirando a su hija. Nunca se había visto una mirada así en el rostro de un hombre, o al menos no los que estaban en la sala, una mirada que rebosaba tanto amor que resultaba enternecedor.

Librodot

Todos se sentían estrechamente vinculados a aquella niña, y todos se reunieron alrededor de ella, porque su padre era el primero en querer compartirla.

Anthony, acordándose de la reciente conversación que había tenido con James, fue el primero que preguntó:

- ¿Y qué nombre le vas a poner a esta preciosidad? - Anthony pensó que estaba forzando a su hermano a retractarse de una de sus más atrevidas fanfarronadas, pero éste le miró un momento, miró a los Anderson y dijo-

- Jack.

Por supuesto, hubo muchas protestas, algunas bastante acaloradas, pero James se mantuvo firme y finalmente dijo:

- Me permito recordaros de quién es hija la niña, y quién tiene aquí más derecho para decidir su nombre.

Y la discusión se acabó. La nueva Malory se llamaría Jack, a pesar de que era una niña y de que en el registro figuraría como Jaqueline. Esto siempre y cuando la madre no tuviera nada que objetar.

Librodot

7

- ¿Dónde estuviste anoche, Jeremy?

Amy le hizo la pregunta a su primo cuando éste se presentó en el comedor para desayunar. Se estaba sirviendo el desayuno, a pesar de que eran las dos del mediodía, porque nadie se había molestado en levantarse pronto, y eso fue lo que Amy pidió cuando se levantó.

- No pensé que volvería a verte por aquí tan pronto - dijo él, evitando la pregunta.

- En realidad no me he ido - respondió mientras le servía el café, pero se detuvo para preguntarle- : ¿Prefieres té?

- Lo que tengas me va bien. No soy especial. Y ¿qué quieres decir con que no te has ido? ¿Aún no te has ido a dormir?

Dado que ella llevaba un vestido diferente al que tenía cuando la vio la noche anterior, éste de color melocotón, y lucía tan fresca como esa fruta, la confusión de su primo era total.

- Le prometí a la tía George que me quedaría y me encargaría de la casa mientras ella se recupera. Tal como están las cosas, con el ama de llaves que se fue el mes pasado y la que la sustituyó, que no cumplía adecuadamente, y tuvisteis que echarla la semana pasada, alguien tiene que ocuparse de que las cosas se hagan. ¿O es que pensabas ofrecerte voluntario?

Jeremy lanzó un bufido.

- Ni loco. Pero ¿no eres un poco joven...?

- Cuando resulta que la mayoría de las jóvenes de mi edad son arrojadas al mundo del matrimonio, instruidas para manejarse bien en sus propias casas, ¿por qué crees que habría de ser yo diferente?

Jeremy se sonrojó por la expresión inquisitiva con que lo miró su prima.

- Yo no he dicho eso.

- Mejor que no lo hicieras - replicó ella- , si no te hubiera abofeteado aquí mismo.

Jeremy le dedicó una de sus más encantadoras sonrisas para aplacar su mal humor, que raras veces descargaba en él. Era una Malory después de todo, y más de la mitad de la familia era conocida por su temperamento. Que su padre fuera una excepción a la regla, no significaba que ella también lo fuera. Cada día aprendía nuevas cosas sobre ella, desde que se habían convertido en tan buenos amigos. En ese momento le dijo, fingiendo sorpresa:

- Si te vas a mudar aquí..., no significará eso que todos esos patanes que estuvieron persiguiéndote la semana pasada van a invadirnos la casa también ¿verdad?

- No si tú mantienes la boca cerrada y no le dices a nadie a dónde he ido.

Ahora él estaba realmente sorprendido.

- ¿De verdad quieres evitar todo el éxito que conseguiste en ese baile?

- ¡Cielos, sí! Lo que yo esperaba era que por fin me trataran como a una adulta, no las expectaciones que despierta una presentación en sociedad. Quizá mis hermanas contaron afanosamente los pretendientes que tuvieron, pero yo no estoy interesada...

- ¿Por qué no? - preguntó Jeremy, demasiado impaciente para esperar a que terminara- . ¿No te quieres casar?

- Por supuesto que sí.

- ¡Ah! Aún no has conocido al tipo adecuado y vas a esperar hasta que aparezca.

- Así es... - mintió ella, no deseando aún admitir la elección que había hecho, ni siquiera ante él.

- ¿Es por eso que te ofreciste a ayudar a George, para poder esconderte?

- Me he encariñado mucho con tu madrastra, Jeremy. Me hubiera ofrecido para ayudarla aunque hubiera tenido mil cosas más interesantes que hacer. El médico dijo que tiene que permanecer en cama al menos una semana, y como yo soy la única que por ahora no tiene otras responsabilidades, parecía lógico...

- No es necesario que des tantas explicaciones - la cortó él, un poco incómodo, pues parecía que la había ofendido- . Ya lo he entendido - y volvió a sonreír para suavizar su quisquillosa respuesta- . Será un placer tenerte bajo el mismo techo.

Amy arqueó una ceja, igual que hacían su padre y su tío.

- ¿Lo será? ¿Incluso cuando no te deje esquivar preguntas que quieras evitar?

- Lo habías notado, ¿verdad?

- No he podido evitarlo.

Jeremy rió.

- Bueno, ¿cuál era la pregunta?

- Adonde fuiste. Pensamos que habías ido tú mismo a Haverston a buscar a Connie.

- Mandé a Artie, aunque, ahora que lo pienso, será bastante difícil que ese viejo lobo de mar consiga encontrar por tierra la granja de Connie. Será culpa de George si se pierde. Si hubiera esperado hasta la semana que viene para tener el bebé como se suponía, Connie hubiera estado aquí, porque tenía planeado venir a Londres para el nacimiento.

- ¿Qué está haciendo en el campo, de todas maneras?

- Viendo si se puede salvar algo de la pequeña propiedad que tiene cerca de Haverston. Ha estado tanto tiempo fuera, que seguramente todo son ruinas y maleza. Aunque ahora tiene el dinero y el tiempo necesario para arreglarlo, ya que no va a volver a navegar.

- ¿Vas a añorar eso tú también, Jeremy, ir a navegar con tu padre?

- ¿Qué voy a echar de menos? Nunca pasé el tiempo suficiente en el Ma.id.en Anne como para acostumbrarme. En mi primera batalla me hirieron y mi padre y Connie me llevaron a recuperarme a las Indias Occidentales. Además - agregó con una sonrisa decididamente maliciosa- , me estoy divirtiendo bastante últimamente para echar de menos nada.

- Demasiado, diría yo, a juzgar por las veces que te han expulsado de la escuela.

- Por las campanas del infierno. No irás a empezar como George, ¿verdad? No hace más que martillearme los oídos con sus sermones, y eso no es nada comparado con mi padre y con Connie. Cualquiera diría que ya no se acuerdan de lo que era tener dieciocho años.

Amy sonrió ante su tono quejumbroso.

- Estoy segura de que tu padre sí lo recuerda. Fue ésa la época en que te engendró, aunque él no se enterase hasta varios años después. Y por lo que he oído decir de la época en que estaba por convertirse en el mayor libertino de Londres, acostumbraba tener una chica distinta por las mañanas, al mediodía y a la noche, y eso todos los días. ¿Es ésa la clase de diversión a la que te refieres?

- Maldición, Amy. Se supone que no debes mencionar cosas como ésas... ¿Y dónde demonios lo has oído?

Ella se rió, porque él se había sonrojado.

- Reggie, por supuesto, ya sabes cómo le gusta hablar sobre sus dos tíos favoritos. Claro está que el tío Jason y mi padre no tuvieron grandes aventuras de las que pudieran fanfarronear, aunque sé un par de cosas sobre el tío Jasón que nadie más sabe.

- ¿Qué es?

- No puedo decirlo.

- Vamos, Amy, sabes que tarde o temprano conseguiré sacártelo, así que da lo mismo si me lo confiesas directamente.

- No, esto no. Lo prometí.

- Me gusta eso. Te contaré todos mis secretos...

El sonido brusco que ella hizo lo cortó en seco.

- No me cuentas ni la mitad de las cosas. Y lo que estás haciendo otra vez es arreglártelas para no decirme por qué te fuiste anoche. ¿No crees que tu padre hubiera apreciado que estuvieras junto a él en un momento como ése? Le superaban en número, ¿sabes?

- Tony estaba aquí - se burló Jeremy- . Y tengo entendido que tu padre puede echar un buen cable si es necesario.

- ¿Puede? - replicó ella sorprendida- . ¿Dónde has oído eso?

- No importa - respondió él, devolviéndosela por no haberle explicado el secreto del tío Jason- . Además, olvidas que mi padre ya luchó solo contra los hermanos, y hubiera ganado si ellos no hubieran jugado sucio.

- ¿Por qué estás hablando de peleas? No me refería a eso cuando dije que le superaban en número.

- Porque le conozco. Estaba deseando poder descargarse con alguien, y siempre me toca a mí. No tenía ganas de que descargara su ansiedad sobre mí precisamente cuando me sentía tan contento por él, así que me fui.

- Se contuvo bastante bien. Aunque a ratos estuvo a punto.

- No te imaginas cuánto. No lo había visto así desde que quería la sangre de Nicholas Edén.

Amy nunca había oído la historia completa, sólo trozos.

- ¿De verdad eran tan enemigos?

- Mi padre sólo quería despedazarlo, pero él, mientras, se casó con nuestra prima. No creo que le perdone nunca eso.

Amy había presenciado varias escaramuzas verbales entre James y el marido de Reggie, así que supuso que era verdad. Pero en esos momentos, James tenía nuevos oponentes para sus escaramuzas, los hermanos de Georgina. Al pensar en los hermanos, Amy recordó las veces en que había observado a Warren sin que él lo notara. Había sido un placer para ella, aunque hubiera preferido que las circunstancias fueran otras. Él estaba tan distraído como James. Era evidente que Warren quería mucho a su hermana, así que, después de todo, sí que era capaz de sentir alguna emoción, a pesar de todos los indicios que parecían indicar lo contrario.

- ¿Interrumpo?

Amy balbuceó al reconocer aquella voz profunda. El estaba allí, junto a la puerta, con su metro noventa de hermosura. Su corazón empezó a latir descontroladamente. No podía mover la lengua.

Fue Jeremy quien respondió a la pregunta, y con mucha alegría:

- En absoluto, yanqui. Ya me iba.

8

Jeremy no bromeaba cuando dijo que se iba. Se puso un par de salchichas en un bollo de pan y se marchó de la casa. Warren lo observó detenidamente. Amy observó a Warren, y su mente empezó a dar vueltas ante la repentina e inesperada idea de que se habían quedado a solas.

Pero no del todo, tuvo que recordarle a su agitado corazón. No, había criados en la casa. Henri acababa de dejar entrar a Warren, así que andaría por allí, en alguna parte. Aun así, en ese momento estaban solos, y no podía creer que Jeremy la hubiera dejado de aquella manera.

Por supuesto, si hubiera sido otra persona, Jeremy no la hubiera dejado. Pero entre ella y Warren había lazos familiares en cierto modo: la hermana de él era tía de Amy por su casamiento. Por eso no vio nada malo en dejarlos solos, sin carabina. No sabía lo que ella sentía por Warren.

Los ojos de él se volvieron entonces hacia ella y su fijeza la puso nerviosa. Tenía hoyuelos en la cara, aunque era difícil adivinarlos... Amy nunca lo había visto sonreír. Nariz recta, pómulos marcados, mandíbula prominente. Sus ojos tal vez tuvieran el color de la primavera y el estío, pero en su severo semblante parecían fríos. Sus cabellos dorado oscuro habían sido una maraña de rizos indómitos, pero ahora los tenía demasiado largos, y Amy suponía que la largura ayudaba a controlar los rizos.

Su cuerpo era esbelto, como el del tío Tony, pero no se podía decir que fuera flaco en absoluto. Era más alto que Anthony; sus hombros más anchos, sus brazos musculosos. Y estaba allí de pie, con las piernas separadas. - Amy había notado que todos los Anderson lo hacían, como si estuvieran intentando mantener el equilibrio en la cubierta de un barco.

También su tío James se ponía así en alguna ocasión

Warren vestía informalmente en esa ocasión, con chaqueta negra y pantalón gris, y una camisa blanca, sin chaleco, ni corbata. Otra cosa en común con sus tíos, ellos tampoco usaban corbata. Tenía un aspecto bastante rústico, muy en la línea de lo que Amy imaginaba que tenía que ser un capitán de barco americano.

Amy necesitaba decir algo, pero no se le ocurría nada, no podía pensar con él allí, mirándola. Lo irónico es que había estado esperando que una oportunidad así se presentara, y había imaginado mil cosas que podría decirle, palabras sutiles que le hicieran comprender el aprecio que sentía por él. Ni una sola se le ocurrió en esos momentos.

- ¿Desayuno? - dijo bruscamente- . ¿Quiere desayunar?

- ¿A esta hora?

La noche anterior, cuando finalmente se retiraron Warren y sus hermanos, ya pasaban de las cinco. Amy oyó que se alojaban en el hotel Albany de Picadilly, y aunque no estaba muy lejos, calculaba que entre una cosa y otra, no se habría acostado antes de las seis. Sólo habían pasado ocho horas, y Amy pensó que el tono insultante de sus palabras estaba fuera de lugar. Pero ése era Warren, el cínico, el que odiaba a las mujeres, el que odiaba a los ingleses, el que odiaba a los Malory, y también el hermano con peor temperamento. Nunca conseguiría llevarse bien con él a menos que tuviera todo eso muy presente e ignorara sus insultos ocasionales y sus poco acogedoras maneras.

Amy se levantó para retirarse de la mesa.

- ¿Supongo que ha venido a ver a George?

- ¡Demonios! ¿Ha conseguido él que toda la familia la llame así? - preguntó.

Ella ignoró el tono de su voz, aunque dijo:

- Lo siento. Cuando tío James la presentó como George, ella no le corrigió. Tardé un tiempo en enterarme de que ése no era su nombre, pero para entonces... - y se encogió de hombros, como diciendo que ya era un hábito y no había nada que hacer- Usted tampoco la llama Georgina de todas formas, ¿me equivoco?

Aquella observación pareció contrariarle. O tal vez era simplemente que cuando se sentía incómodo tenía ese aspecto. Sí, seguramente estaba incómodo, porque «Georgie» no

era un apelativo mucho más femenino que «George». No había sido ésa su intención. Maldita sea, no le estaba saliendo nada bien.

Decidió que, para ser prudentes, tal vez fuera mejor que evitara el nombre que a él le disgustaba, así que dijo:

- Mi tío y mi tía aún duermen. Tuvieron que madrugar porque Jack pidió su primera ración de comida, pero luego siguieron durmiendo.

- Ten la amabilidad de no llamar a mi sobrina por ese nombre deplorable.

Aquello era más que un tono grosero, era ira. Y resultaba bastante aterrador experimentar en carne propia el mal genio de Warren, especialmente después de lo que había sugerido la noche anterior su tío sobre su cinturón. Sus ojos se posaron sin quererlo sobre el cinturón. Era ancho, y estaba hecho de cuero grueso. Imaginó que debía de hacer bastante daño...

- ¿Qué demonios estás mirando?

Amy se sonrojó, y hasta pensó en esconderse debajo de la mesa, pero en vez de eso, lo que hizo fue decir la verdad.

- Su cinturón. ¿De veras lo hubiera utilizado para doblegar los caprichos de su hermana?

Su expresión se oscureció aún más.

- Veo que tu tío ha estado contando cosas. Ella se armó de valor e insistió.

- ¿Lo hubiera hecho?

- Eso, niña, no es de tu incumbencia - respondió con determinación lapidaria.

Amy suspiró. No debiera haberlo mencionado. Aunque era obvio que él pensaba ser desagradable dijera lo que dijera. Por el momento, optó por cambiar de tema.

- Veo que tiene un problema con los nombres. A mi tío Tony le sucede lo mismo... a todos mis tíos, en realidad. Todo empezó con mi prima Regina. La mayor parte de la familia la llama Reggie, pero el tío James tenía que ser diferente y la llama Regan. Ahora ya parece que se han acostumbrado, pero antes sus hermanos se ponían furiosos cuando oían ese nombre. Es curioso que tenga usted eso en común con mis tíos.

Acababa de darle una muestra velada de su ironía, y la expresión de disgusto de él, comparada con la de los Malory, no era nada. Pero Amy no se rió, ni siquera se sonrió. En vez de eso, prefirió ofrecerle una señal de paz.

- Si le sirve de consuelo, a su hermana casi le da un ataque esta mañana cuando supo lo que el tío James había hecho. Dijo que ella pensaba llamar a su hija Jaqueline, Jackie a lo sumo, y que podía pudrirse en el infierno si no le gustaba.

- Eso debería hacer, pudrirse...

- Sea un poco más agradable, Warren... ¿Le importa si le llamo así?

- Sí, sí me importa - dijo secamente, probablemente porque no le había gustado que le hiciera aquella sugerencia- Deberías llamarme, señor Anderson o capitán Anderson.

- Yo creo que no. Es demasiado formal, y usted y yo no vamos a ser formales. Así que tendré que pensar en otra cosa, si Warren no le gusta.

Cuando terminó, Amy le dedicó una sonrisa picaruela y salió de la sala, consciente de que lo acababa de dejar sin habla. El muy perverso ya había decidido que su relación con ella sería «formal»... y no es que tuvieran ninguna relación por el momento, pero ya la tendrían. Ella simplemente tendría que demostrarle que no iba a ser así.

Después de subir unos cuantos escalones, Amy se volvió y vio que Warren se había acercado a la puerta y la miraba desde allí. Ella estaba lo suficientemente molesta para decirle:

- Si quiere, puede subir a ver a Jack al cuarto de los niños. Si no, tendrá que esperar a que George se levante.

No esperó a que respondiera, sino que siguió subiendo y, cuando casi había llegado arriba, oyó que él decía con resentimiento:

- Me gustaría ver a la niña.

- Venga entonces. Le llevaré junto a ella.

Amy esperó a que él la alcanzara, y cuando iba a volverse para continuar, él la cogió del brazo. Warren no notó el suspiro que a ella se le escapó cuando la cogió, porque había empezado a decir algo:

- De todas formas, ¿qué es lo que haces tú aquí?

- Estoy aquí para ayudar a su hermana hasta que se haya repuesto y el médico diga que puede volver a sus quehaceres.

- ¿Por qué tú?

- Me gusta su hermana, y resulta que somos buenas amigas. ¿No se avergüenza por el modo deplorable en que me ha tratado?

- No - dijo, aunque la rigidez de su expresión se había suavizado ligeramente y había aparecido una pizca de calidez en su mirada. Aun así añadió- : ¿Y tú no eres demasiado insolente para la edad que tienes?

- i0h, Dios mío, no sonría! - exclamó con pretendida alarma- . Podrían vérsele los hoyuelos.

Él rió entonces, pero pareció sorprenderse a sí mismo, porque se detuvo abruptamente y hasta se sonrojó. Amy no quiso incomodarlo y se volvió para llevarlo a la apenas iluminada habitación.

La adorable recién llegada estaba profundamente dormida. Estaba tumbada boca abajo, con la carita hacia un lado y su pequeño puño cerca de la boca. Las pocas pelusillas que había en su cabeza eran de color rubio claro. Sería interesante saber si sus ojos iban a ser verdes o marrones, pero por el momento eran azules, como los de la mayor parte de los bebés.

Warren se acercó a Amy para observar a la niña. Eso de tenerlo para ella sola - Jack no les hacía caso- la impresionaba. Teniendo en cuenta el tamaño de sus respectivas familias, y que Warren no estaría mucho en Inglaterra, sabía que aquélla sería probablemente la única vez que estarían solos.

Esa certeza añadía un cierto sentimiento de desespero a su ánimo, que no sabía cómo manejar. Cuando miró a su lado y vio de nuevo esa tierna mirada que él reservaba a tan pocas personas, le preguntó:

- ¿Le gustan los niños?

- Me encantan - dijo sin mirarla, y probablemente sin querer, porque añadió- : No te decepcionan ni te rompen el corazón... hasta que se hacen mayores.

Amy no sabía si se refería a su hermana, a la mujer que una vez había amado, o a ambas; así que calló y se limitó a disfrutar por el simple hecho de estar tan cerca de él. Drew y él se parecían mucho, a pesar de los ocho años que se llevaban, pero sus personalidades eran completamente diferentes. Uno de los objetivos de Amy era romper el caparazón de frialdad que rodeaba el corazón de Warren y averiguar si dentro había un poco del encanto de Drew. Esperaba también poder encontrar al hombre tierno, el que tanto se preocupaba por su única hermana y estaba embobado mirando a su hija en esos momentos.

Pero Amy sabía ciertas cosas sobre él. Sabía que lo habían herido. Le habían destrozado el corazón, y eso lo había convertido en una persona fría, desconfiada y cínica. No sabía cómo lo haría, pero conseguiría hacer que él quisiera darle otra oportunidad al amor.

De pronto se oyó a sí misma diciendo:

- Te deseo, Warren Anderson.

Definitivamente, había conseguido llamar su atención, y antes de morirse de la vergüenza - porque, aunque normalmente era atrevida, no lo era hasta ese extremo- intentó corregirse:

- Permíteme que me explique. Quiero que nos casemos primero, pero después aceptaré lo que venga.

El no dijo nada al principio. Esta vez lo había sorprendido de verdad. Pero su cinismo no tardó en reaparecer.

- Malo - dijo- . Lo primero sonaba bien, lo otro no. No tengo ninguna intención de casarme, nunca.

- Lo sé - suspiró. La sinceridad no le estaba funcionando nada bien ese día- . Pero espero hacerte cambiar de opinión.

- ¿De veras? ¿Y cómo piensas hacerlo, niña?

- Haciendo que dejes de verme como a una niña. No lo soy y tú lo sabes. Soy lo suficientemente mayor como para casarme y formar mi propia familia.

- ¿Cómo de mayor?

- Dieciocho - era sólo una pequeña mentira, los cumpliría en dos semanas.

- Vaya, pues sí que eres mayor - se burló Warren- . Cuando seas mayor aprenderás que a las damas que son tan descaradas como tú no se las trata como a damas durante mucho tiempo. ¿O era eso lo que esperabas? No eres mi tipo, la verdad, pero llevo un mes en alta mar y estoy un poco necesitado en estos momentos. Llévame a tu cama.

Él estaba tratando de escandalizarla, y ella lo sabía, así que no se ofendió, ni se sintió intimidada por estar hablando de semejante tema.

- En cuanto estemos prometidos.

- El típico anzuelo - dijo como indicando que debía haberlo imaginado- . Os enseñan pronto a las niñas en este país por lo que veo.

- Eso no era ningún anzuelo - dijo ella suavemente- . Era una promesa.

- Entonces tomemos una muestra de lo que prometes.

La tomó por el cuello para atraerla hacia sí. No la cogió por ningún otro sitio, ni falta que hizo. Ella deseaba más el beso de lo que él deseaba aleccionarla - eso era lo que ella creía- de modo que se le tiró al cuello y lo agarró con fuerza. Y cuando sus bocas se encontraron, fue exactamente lo que ella había imaginado, un beso que pretendía escandalizarla, profundamente erótico y sensual.

Pero ella también tenía una sorpresa para Warren. Estaba bastante familiarizada con los besos, ya que, sin que su familia lo supiera, había estado practicando durante los últimos años.

No había quedado excluida de las fiestas y los encuentros, simplemente había asistido como niña hasta que la presentaron en sociedad. Se consideraba aquello como una experiencia aleccionadora, una manera de que los niños mayores pudieran ver cómo se esperaba que se comportaran cuando fueran adultos. Había otros niños y niñas, y alguna vez incluso algún niño que le hacía gracia y con el que acababa en algún rincón apartado o en el jardín, en algún lugar más apartado aún.

Había un niño en particular que tenía más experiencia que todos los otros juntos, pero es que a él le había enseñado una mujer mayor que intentó seducirle, o al menos eso es lo que él decía.

En todo caso, la preparó para lo que Warren tenía en mente, aunque no para lo que le hizo sentir. En eso simplemente no había punto de comparación. Amy ya sabía de antes que Warren era su hombre, el único con quien pensaba hacer el amor, pero al sentir su cuerpo pegado al de él, sentir su boca... no pudo evitar dejarse llevar. No pudo evitarlo. Había soñado con esto, lo había deseado fervientemente, y ahora que parecía que él...

Cuando Warren le introdujo la lengua en la boca, la suya estaba allí para responder, para explorar también. Con un gemido se agarró a él más fuerte, y sintió que podría morirse de gusto cuando él la rodeó con sus brazos y sus cuerpos quedaron aún más unidos. Amy había sentido la sorpresa de él, luego su aceptación por lo que ella le daba, y finalmente cómo se daba cuenta de lo que estaban haciendo, cosa que hizo que se detuviera bruscamente.

- ¡Dios mío! - exclamó, y la alejó de él.

Ahora su respiración era tan agitada como la de ella, y su mirada había perdido por completo la frialdad. Estaba ardiendo, de deseo esperaba Amy, aunque no estaba muy segura, ya que su expresión parecía más disgustada por momentos, consigo mismo y con ella.

- ¿Dónde has aprendido a besar así? - le preguntó Warren con tono áspero.

- He estado practicando.

- ¿Qué más has estado practicando?

Sus palabras insinuaban lo bastante como para ofenderla un poco.

- No lo que estás pensando - replicó- . Soy perfectamente capaz de partirle la cabeza a cualquiera que intente algo más que besarme.

- No te recomiendo que pruebes eso conmigo - le advirtió, aunque menos severamente, ya que al menos había recuperado la compostura.

- Nunca se me ocurriría hacerlo - dijo ella, recordando el cinturón.

- Y no es que tenga ninguna intención de hacer nada más contigo - añadió rápidamente él, por si a ella se le había ocurrido pensar otra cosa- . De hecho, lo que quiero es advertirte que te mantengas alejada de mí.

- ¿Por qué?

A él no se le escapó la decepción de la pregunta, y exclamó con enfado:

- ¡Pero si eres una niña!

Amy estaba furiosa.

- ¿Acostumbras besar a las niñas como me has besado a mí?

El color que encendió el rostro de Warren podía distinguirse incluso en la penumbra del cuarto de los niños. Amy no se quedó allí para regodearse. Dio media vuelta y abandonó la habitación con aire digno.

9

- Esa muchacha, Amy - dijo Warren como de pasada- . Entiendo que te has hecho amiga suya.

Georgina no advirtió el leve rubor que acompañó las palabras de su hermano. Tenía a Jaqueline en la falda y, comprensiblemente, a él no le dedicaba más que alguna mirada ocasional.

- Es más bien al revés - respondió Georgina- . Aquí soy yo la forastera, ¿recuerdas? Pero ¿por qué lo preguntas?

- Me sorprendió volver a encontrarla aquí.

- ¿No te ha comentado que se quedará hasta que el médico y James decidan que ya puedo retomar mi rutina habitual?

- A propósito, ¿cómo te sientes?

Ella rió.

- ¿Cómo demonios te parece que me siento? Como si acabara de tener un niño.

- Georgie, no tienes por qué hablar como ellos sólo porque vivas con ellos.

- ¡Por el amor de Dios, Warren, es que voy a tener que vigilar cada palabra que digo delante de ti! ¿No te basta simplemente con ver que estoy feliz, que he tenido una niña hermosa y sana y que soy afortunada por tener un marido al que amo? No todas las mujeres tienen esa suerte, ¿sabes? Se casan para complacer a sus familias, pero no son sus familias las que después tienen que ser desgraciadas.

Lo comprendía perfectamente, era sólo que no veía cómo era posible que un hombre como James Malory la hiciera feliz. Él no lo podía soportar, ni su grotesco sentido del humor.

Malory no era lo suficiente bueno para ella, de ningún modo. Pero mientras la hiciera feliz, cosa que era evidente por el aspecto que tenía, él mantendría la paz. Sin embargo, a la primera señal de discordia que hubiera entre ellos, Warren estaría encantado de separarles y poder llevarse a su hermana de vuelta a América, que es adonde pertenecía.

- Lo siento - dijo Warren, que no había pretendido disgustarla.

Y ya que parecía un tema lo bastante seguro y del que ella estaba deseando hablar, mencionó otra vez a Amy:

- ¿No es un poco joven esa muchacha para asumir tus responsabilidades?

Ella lo miró incrédula esta vez.

- Debes de estar bromeando. ¿Ya has olvidado que yo tenía sólo doce años cuando asumí la responsabilidad de nuestra casa?

Lo había olvidado, pero insistió.

- Eras muy madura para tener doce años.

Ella resopló. Ya volvíamos con la cabezonería de siempre.

- Y Amy es muy madura para tener diecisiete, lo cual...

- ¡Diecisiete!

- Bueno, no hay por qué alarmarse - respondió, algo extrañada por su reacción- . Cumplirá los dieciocho en un par de semanas. De hecho, acaba de tener su fiesta de presentación en sociedad, todo un éxito para ella, por cieno - entonces rió- . Debías haber visto lo malhumorado que se puso James porque no se había dado cuenta de lo mucho que había crecido hasta esa noche.

- ¿Y por qué tendría que haberlo notado? Ella no es su hija, lo cual no quiere decir que no pudiera serlo.

Georgina arqueó una ceja, otro hábito detestable que había aprendido de su esposo.

- ¿Estás insinuando que es demasiado viejo para mí? - preguntó ella algo divertida- . Te aseguro que no lo es.

En realidad Warren sólo lo había dicho por Amy, pero prefirió dejar el tema antes de que Georgina empezara a inquietarse.

- Sólo era un comentario.

Permanecieron en silencio durante un momento, mientras ella dejaba cuidadosamente a la niña sobre la cama, a su lado. Warren contemplaba fascinado cómo le acariciaba el rostro y los brazos, como si nunca tuviera bastante.

Georgina suspiró antes de decir:

- Supongo que pronto se casará.

- ¿La niña? - preguntó él con incredulidad. Risas.

- No, tonto, Amy. La echaré mucho de menos si se traslada al campo, como pasó con sus hermanas cuando se casaron.

- Si te preocupa estar sola, puedes venir a casa - le sugirió él.

Ella lo miró sorprendida.

- Estaba sola más a menudo en casa de lo que nunca me he sentido aquí, Warren. ¿O es que acaso olvidas que tú y mis demás hermanos no estabais nunca?

- Pero es diferente ahora que ya no tenemos la ruta de China.

- Ninguno de vosotros se queda nunca mucho en casa, entre viaje y viaje, sea cuál sea vuestro destino. Hasta Boyd navega con su barco, aunque aún no sea capitán. Y además, no estaba preocupada por sentirme sola. Eso es algo que nunca sentiré, porque mi esposo pasa más tiempo en casa conmigo que en ningún otro sitio.

La expresión de disgusto de su hermano ya fue suficiente explícita, y aun así dijo:

- Porque no tiene responsabilidades, ni un trabajo decente, ni...

- Basta ya, Warren. ¿Lo vas a condenar sólo porque es rico y no necesita trabajar? Porque si es así, estás criticando justamente lo que todo americano sueña con conseguir, lo que nuestros ancestros hicieron posible. Adelante. Te desafío.

- No es eso lo que quise decir. Es cierto que yo también tengo más dinero del que puedo gastar, pero no me quedo en casa sentado sin hacer absolutamente nada con mi vida, ¿no?

- James tampoco. Administraba una próspera plantación en las Indias Occidentales antes de regresar a Inglaterra. Y antes de eso era capitán de su propio barco...

- ¿Estás sugiriendo que ser pirata es un trabajo duro?

- No siempre hacía de pirata. Y no vamos a discutir sus días de pirata, porque no le conocíamos, ni siquiera podemos adivinar qué motivaciones tenía. ¡Por el amor de Dios! Tú apostaste tu honor, tu barco y tu vida por un maldito jarrón, y casi la pierdes cuando ese jefe militar quiso recuperarlo.

- ¡Un maldito jarrón que no tenía precio!

- Sigue siendo una estupidez tan grande como...

- No, ni de lejos es tan grande como...

Ambos se detuvieron al mismo tiempo, cuando se dieron cuenta de lo que estaban haciendo. Estaban levantando demasiado la voz, y Jaqueline se puso a llorar. Ambos se pusieron colorados por lo engorroso de la situación y dijeron «lo siento» al mismo tiempo.

James había subido las escaleras corriendo al escuchar las voces, y llegó justo para escuchar las disculpas. Expresó sus sentimientos al respecto con suficiente claridad:

- Si vuelves a levantarle la voz, maldito yanqui, voy a lavar el suelo con tu...

- No es necesario que entres en detalles. James - interrumpió ella rápidamente- . Sólo nos hemos dejado llevar un poco. Warren no está acostumbrado a que le lleve la contraria, nunca lo había hecho antes, ¿comprendes?

Otra mala costumbre que le había enseñado su marido, pero Warren no pensaba decir nada esta vez. Y ya que no tenía intención de llegar a las manos con su cuñado - no hasta que se hubiera puesto a la altura de sus habilidades pugilísticas, cosa que tenía pensado trabajar mientras estuviera en Londres- no tuvo más remedio que darle la razón a su hermana.

- Ella tiene razón, Malory, y ya me he disculpado. No volverá a suceder.

Una de las cejas de James se levantó de esa manera detestable que indicaba con toda claridad que no creía una palabra de lo que le estaba diciendo. Pero Warren se sintió aliviado al ver que iba hacia la cama y alzaba a su hija en brazos.

- Vamos, Jack, buscaremos algún lugar tranquilo - dijo mientras salían de la habitación.

10

Georgina esperó a que su esposo hubiera cerrado la puerta para decirle en voz baja a su hermano:

- Ni una palabra sobre cómo la llama, ¿me has oído?

- No pensaba decir nada, pero ya que has sacado el tema, sé que a ti tampoco te gusta el nombre que le ha puesto a tu hija.

- No, pero yo sé cómo manejarlo, y conozco su terrible sentido del humor.

- ¿Cómo?

- Ignorándolo. Deberías intentarlo, Warren - señaló fríamente- , Un poco de autocontrol haría maravillas con tu carácter.

- Te estás volviendo tan insoportable como él.

- Le encantaría oír eso.

Su cara se ensombrecía por momentos.

- Dime una cosa, George. ¿Tienes siquiera idea de por qué es James siempre tan provocativo y terco?

- Sí, pero no voy ni a intentar explicarte las circunstancias que le hicieron como es, del mismo modo que no le explicaría a él qué te ha hecho ser tan implacable y temperamental. Si realmente quieres saberlo, ¿por qué no se lo preguntas tú mismo?

- Lo haré - refunfuñó.

- Bien. Y aclaremos una cosa. Respecto a lo que estábamos hablando cuando nos interrumpieron, lo que quería decir es que James no es un holgazán como tú pretendes. Ahora que ha regresado a Inglaterra, ha despedido a los administradores de sus tierras y se ocupa de ello él mismo. También se ocupa de las inversiones que durante años ha hecho en su nombre su hermano Edward. Y hasta está haciendo gestiones para comprar una flota de mercantes.

- ¿Para qué? - preguntó su hermano con cara de espanto.

- Te aseguro que no lo sé - Georgina hizo una mueca- Posiblemente para competir con sus cuñados. Posiblemente porque es algo en lo que yo podría participar, como consejera. Por supuesto, si alguien le pidiera que formara parte de la línea Skylark...

Warren se empezaba a sentir furioso de nuevo, y no sabía si su hermana estaba bromeando o realmente quería que su esposo participara del negocio de la Skylark. Pero la idea de meter a un inglés, a cualquier inglés, en el negocio de la familia, le resultaba espantosa, por no hablar del hecho de que no podía soportar a aquel hombre en particular.

- Esa idea hubiera estado bien si te hubieras casado con un americano y no con un extranjero.

Esta vez ella no se molestó.

- ¿Vamos a empezar otra vez, Warren? - y entonces suspiró- . Ya está hecho, Warren. Por favor, acostúmbrate.

Warren se levantó de la silla en la que había estado sentado la última hora, y se acercó a la ventana para mirar fuera. Dándole la espalda a su hermana, le respondió:

- Lo creas o no lo estoy intentando, Georgie. Si no me provocara tanto... y también creo que es porque me disgusta pensar que ahora que voy a tener más tiempo para estar en casa tú no vas a estar, ni siquiera cerca.

- iOh, Warren, te quiero incluso con ese carácter tan imposible que tienes! - dijo con voz tierna- . Pero ¿no se te ha ocurrido pensar que tú y los demás seguramente vendréis más a Inglaterra ahora que Clinton ha restablecido el comercio con Inglaterra? Es probable que te vea tanto como antes, o incluso más.

Pero para poder verla tendría que ver también a James Malory. No era lo mismo.

- A propósito, ¿cómo va eso? - preguntó ella cambiando de tema.

- Esta mañana Clint y los demás fueron a buscar algún lugar apropiado para instalar una oficina. Se supone que yo también tendría que estar buscando, pero quería tener la oportunidad de verte a solas antes de que viniéramos todos esta tarde.

- ¿Quieres decir que la Skylark tendrá una oficina en Londres? - preguntó entusiasmada.

Librodot

Warren se volvió y comprobó que su expresión parecía tan complacida como le habían sonado sus palabras.

- Fue idea de Drew. Ya que vamos a tratar de nuevo con los ingleses, podemos aprovechar y emplear toda nuestra flota en esta ruta.

- Claro. Y para eso necesitáis una oficina. Pero ¿quién la va a llevar?

- Yo - respondió Warren, tomando la decisión en aquel mismo instante, aunque no sabía muy bien por qué- . Al menos hasta que podamos traer a alguien de Estados Unidos - se corrigió.

- Podríais contratar a un inglés...

- Es una compañía americana...

- Con una oficina en Londres...

Warren empezó a reír. Lo estaban haciendo otra vez. Y ella también sonrió al darse cuenta. Entonces llamaron a la puerta y Regina Edén asomó la cabeza.

- Veo que te has levantado, tía George - dijo Regina- . Te he traído los nombres que te prometí. En realidad no llegué a entrevistar a estas mujeres, porque Meg se empeñó en que sólo ella cuidaría de mi Thomas. Pero estas dos venían muy bien recomendadas, aunque no te puedo garantizar que aún estén disponibles.

- Le daré los nombres a James - respondió Georgina, que parecía saber exactamente de qué hablaba Regina- . Está decidido a hacer todas las entrevistas personalmente. «Sólo lo mejor para mi Jack», dice, como si yo no supiera qué es lo mejor.

- Típico de un nuevo padre. Pero ¿de verdad crees que es prudente que le dejes hacer a él las entrevistas? Acabará ahuyentando a las buenas niñeras, y entonces ¿dónde...? Oh, perdona, Amy no me dijo que tenías una visita.

- No se preocupe, lady Edén - dijo Warren adelantándose- . Tengo negocios que atender, ya me iba.

Se inclinó para besar a su hermana y le dijo:

- Te veré esta tarde... George.

10

- ¿He oído bien? - preguntó Regina después que Warren hubo cerrado la puerta.

Georgina hizo una mueca, algo sorprendida también por el cambio de su hermano.

- Creo que era su manera de decirme que lo va a intentar.

- ¿El qué?

- Llevarse bien con James.

- Eso es imposible. Ese hermano tuyo es demasiado irascible para apreciar los sutiles matices del humor del tío James.

- ¿Sutiles?

- De acuerdo, tal vez sutiles no sea la palabra más indicada - concedió Regina.

- Tirar piedras sería más exacto.

Regina rió.

- No es tan terrible.

- No, con la gente que quiere no. Nosotros nos llevamos algún morado de vez en cuando, pero a la gente que no le gusta la aplasta. Y la gente con la que se enfada realmente acaba en la fosa. Yo misma lo he visto, así que hablo con conocimiento de causa. Y Warren desde luego siempre se las arregla para fastidiar a James, haga lo que haga.

- Debe de ser por toda esa inquina que se tienen. Supongo que no puede evitarlo. Te juro que cada vez que lo veo tengo la sensación de que va a estallar. Esta ha sido la primera excepción. Tendrías que mantenerlo separado de tío James mientras esté aquí.

- Esperaba que la familiaridad haría que Warren fuera algo más tolerante, pero creo que tienes razón - suspiró- . No es sólo James el que hace aflorar lo peor de Warren, ¿sabes? Desde hace un tiempo parece que está enfadado con la vida, y empieza a no hacer distinciones con quién se desquita. Drew quien suele llevarse la peor parte; hasta llegaron a las manos un par de veces en los días antes de que James llegara para... hundirme.

- Para casarse contigo - le recordó Regina con una sonrisa- . Si no hubiera puesto tu reputación por los suelos, tus hermanos nunca hubieran permitido que os casarais.

- Otra cosa, ¿ves? Warren está enfadado porque quiero seguir casada con James, cuando fue él quien me obligó a casarme. Y está dejando que su amargura de antes se añada a la de ahora - Georgina suspiró de nuevo- . Sé que tiene buena intención... a su manera. Es sólo que insiste en protegerme, y yo ya no necesito su protección.

- A mí esto me suena a que necesita poder tener una familia propia que cuidar y proteger - sugirió Regina- . Hay hombres que no son felices si no se sienten útiles.

- Me gustaría que hubiera alguna posibilidad, pero Warren está demasiado herido para volver a confiar en una mujer. Dice que nunca volverá a casarse.

- Todos lo dicen. Pero «nunca» es una palabra que cambia de sentido con el paso de los años. Mira tío James, juró que nunca se casaría y mira...

Georgina rió.

- Yo no los compararía. Tu tío, como señalaste, no quería casarse, pero era por todas las esposas, de otros maridos, que se acostaron con él. Mi hermano, en cambio, se enamoró de una mujer y le pidió que se casara con él. Se llamaba Marianne, y era increíblemente hermosa, o eso me parecía entonces. A Warren también se lo parecía, imagino. Los cinco meses que la cortejó fueron uno de los periodos más largos que pasó en casa desde que se convirtió en capitán de su propio barco. Y era una delicia tenerlo en casa.

- ¿A ese gruñón?

- Ahí está, Reggie. Warren no era así antes. Era tan encantador y divertido como Drew. Tenía su genio, siempre lo ha tenido, pero no le salía con tanta facilidad ni del modo en que se muestra ahora. Podía perfectamente estar riendo contigo un rato después de haberte tenido que tirar de las orejas por alguna cosa. Los enfados no duraban, no había malos sentimientos, ni amargura... ¿No te he hablado de esto antes?

- A mí no.

Georgina frunció el ceño.

Librodot

- Pensé que... Se lo habré contado a Amy. Desde luego James no quiere oír nada que tenga que ver con Warren. Sólo con oír su nombre...

- ¡George! - la interrumpió Regina muerta de curiosidad- . Te estás saliendo del tema. ¿Tengo que entender que Warren y Marianne no se casaron?

- Así es - respondió Georgina con amargura- . Ya estaba todo preparado para la boda, faltaban unos días tan sólo, y entonces... Marianne la suspendió. Le dijo a Warren que no podían casarse, que había decidido aceptar otra oferta, a pesar de que era a él a quien quería. Oh, lo dijo todo muy bonito, se inventó la excusa de que quería a un marido que pudiera estar en casa más tiempo, no como un capitán de barco.

- Por lo que he oído ahora es perfectamente normal que las mujeres naveguen con sus esposos, y hasta hay quien tiene y cría los hijos a bordo.

- Eso es cierto. Pero Marianne dijo que ella no estaba hecha para viajar por el mar, y mucho menos para vivir en él.

- Lo dices como si no lo creyeras.

Georgina se encogió de hombros.

- Yo sólo sé que ella venía de una familia pobre, o mejor dicho, de una familia que atravesaba por muy malos momentos, y que dejó a mi hermano para casarse con alguien de la familia más rica del pueblo, uno de los descendientes de los padres fundadores de Bridgeport. Steven Addington fue el heredero que más la atrajo.

- Pero tu hermano no es precisamente pobre, y si ella realmente le amaba... tal vez sus motivos eran sinceros. No creo que me gustase enamorarme de un marino, sobre todo si me enfermara cada vez que pusiera los pies en un barco.

- Estaría de acuerdo contigo, si eso hubiera sido todo. Pero el hombre con quien se casó... bueno, él y Warren eran enemigos desde la infancia, rivales, de los que acaban odiándose a muerte cuando se hacen mayores.

- Eso no estuvo nada bien por parte de ella, entonces.

- No, desde luego. Cualquier otro hubiera estado bien. Pero aún no está todo. Ella y Warren habían sido amantes, y cuando rompió con él estaba embarazada.

- ¡Dios santo! ¿Y él lo sabía?

- Te aseguro que si lo hubiera sabido las cosas habrían ido de un modo muy diferente. Pero él no tenía ni idea, y no se enteró hasta un mes después de que ella se hubiera casado con Steven. Para entonces ya se le notaba. Ya ves, ella lo sabía y aun así se casó con otro. Eso fue lo que más le hirió, que le negaran la oportunidad de criar a su propio hijo. Tal vez no lo parece, pero Warren adora a los niños, así que el golpe fue doble, o mejor dicho, triple. Perder a su hijo, perder a la mujer que amaba, y perderla por un hombre al que despreciaba.

- Pero ¿no tenía él derechos legales sobre el niño?

- Eso es lo que pensó al principio, seguir la vía judicial, hasta que ella le dijo que negaría que el niño era suyo, y que Steven la apoyaría y declararía ante quien fuera que era de él.

- Aun así, supongo que era del dominio público que ella y Warren... me refiero, que después de cinco meses de cortejo...

- Es verdad. Pero Steven pensaba mentir, diría que él y Marianne eran amantes, que él había sido el único amante de Marianne, que discutieron y por eso Marianne se volvió hacia Warren, pero que reflexionó, etc. Hasta pensaba dar fechas y lugares concretos en los que hizo el amor con ella, en la temporada en que salía con Warren. Teniendo a los dos en contra era evidente que Warren no tenía nada que hacer.

- ¿Hay alguna posibilidad de que lo que Steven dijo sea cierto?

- No... al menos eso es lo que cree Warren. De todas formas, no ayudaría nada a mi hermano que lo fuera, a menos que lo creyera, y ni aun así, porque no haría más que añadir más decepciones y más mentiras a las que él pensaba que había. El niño - lo llamaron Samuel- no aclaró nada, porque no se parecía a ninguno de los dos, sólo a ella. Yo lo vi sólo una vez, y me rompió el corazón no poder reclamarlo como mi sobrino, así que imagino que para

Warren debió de ser mucho peor. Nunca le he preguntado si llegó a verlo. Como comprenderás, es un tema que no nos gusta tocar... su reacción I nunca es agradable.

Regina agitó la cabeza.

- Debe de estar volviéndole loco saber que un hombre al que desprecia está educando a su hijo.

- Lo enloquecía - dijo Georgina con voz apagada y triste- , hasta que Samuel murió hace tres años. Dicen que fue un accidente, pero Warren tiene sus dudas.

Regina se sentó en una silla que había junto a la cama.

- Nunca pensé que llegaría a decir una cosa así, George, pero creo que estoy empezando a sentir lástima por tu hermano. Tal vez debiera invitarle a cenar. Él y Nicholas deberían conocerse mejor, ¿no crees?

- ¡Estás loca! - exclamó Georgina con los ojos desorbitados- . Esos dos tienen demasiado en común... desprecian demasiado a mi esposo. Estoy intentando terminar con su animosidad, no buscarle a Warren un aliado con el que pueda enfrentarse a James.

- Pero mi tío James puede defenderse solo, si no no lo hubiera dicho.

Y una de sus cejas negras se levantó a la manera de los Malory.

- ¿Lo dudas?

Georgina conocía a su esposo, y no lo dudaba, pero no era eso lo que esperaba conseguir durante la visita de su familia.

- En realidad, tu otra sugerencia no me parece tan mala. Voy a pensar seriamente en buscarle a Warren otra persona a quien proteger. Podría volver a enamorarse. A veces hay algún que otro milagro, ¿no?

11

Warren tardó unos momentos en darse cuenta de que se había detenido en la parte superior de la escalinata, y se había quedado mirando a Amy Malory, que arreglaba unas flores en el vestíbulo de la entrada. Se detuvo porque no quería molestarla; no quería tener que hablar con ella, no estaba seguro de poder controlar su temperamento si volvía a tenerla cerca. Sin embargo, no se movió de las escaleras, aunque sabía que ella podía mirar en cualquier momento hacia arriba y verlo.

No tenía otro lugar adonde ir, claro. Supuso que su cuñado estaría con la niña, así que no podía ir a ver a su sobrina... Y se había sentido incómodo en presencia de Regina Edén, después de advertir el parecido que guardaba con la joven Amy, los mismos ojos celestes, el mismo cabello negro... la misma belleza perturbadora, pero combinados de manera diferente, así que tampoco podía regresar a la habitación de su hermana.

Y en cuanto a las otras habitaciones del piso de arriba, estaban ocupadas, sin duda, por el hijo de James, por Amy, temporalmente, por los sirvientes de la casa, aunque también es cierto que había otro piso con habitaciones encima de éste.

Era una casa grande, mucho más hermosa de lo que Warren hubiera esperado. Pero había sido muy poco realista por su parte pensar que su hermana pudiera vivir en un lugar feo - cosa que le hubiera dado una excelente excusa para llevársela- , y menos siendo como era que estaba casada con un lord inglés. Que la hubiera encontrado la última vez viviendo en casa de su cuñado no significaba que su esposo no pudiera darle un buen acomodo. Era obvio que James Malory no tenía ningún problema con eso.

Consciente ahora de lo que estaba haciendo, permitir que una chiquilla condicionara sus movimientos, aun así, Warren siguió sin moverse. ¿Sabía ella que estaba allí? No, parecía demasiado tranquila, demasiado serena, cosa que no dejaba de ser curiosa. La gente de su edad estaba normalmente demasiado llena de energía para estarse quieta, nunca transmitían una sensación de serenidad, y eso tenía un efecto calmante sobre el que miraba... al menos sobre Warren. Para su sorpresa, se dio cuenta de que era un placer observarla, y seguramenteera ésa la razón por la que seguía allí en vez de dedicarse a sus asuntos.

Aún no podía dar crédito a lo que había sucedido entre él y Amy Malory. Había pensado que era una joven inocente, y las jóvenes inocentes no le atraían en absoluto. ¿Cómo era posible que aquellas tres palabritas que le susurró le hubieran causado aquel efecto, le hubieran hecho ignorar quién era y desear probarla, y agarrarse a la primera excusa que se le ocurrió para hacerlo? ¿Excusa? Ella se merecía que le dieran aquella lección, era sólo que no salió como él esperaba. En vez de eso, descubrió dos cosas: que ella no era la jovencita inocente que él creía... y que le gustaba con delirio lo que probó.

Al recordar esos momentos su sangre empezó a palpitar con fuerza otra vez, y se sintió furioso por el influjo que veía que la joven tenía sobre él. Ella era joven, dulce, la clase de muchacha con la que uno se casaría, mientras que a él, las mujeres que le gustaban era maduras, mundanas, las que tenían perfectamente asumido que en el interés por ellas no había nada honorable. Cuando las dejaba, las olvidaba, y nunca se preocupaba de si dejaba tras de sí algún tipo de expectación.

Nunca fue más cierto aquello de que ojos que no ven corazón que no siente.

Finalmente, ella retrocedió para juzgar su trabajo, retocó una flor, y se volvió para irse. Warren pensó en retroceder para que ella no le viera, pero perversamente cambió de idea y se quedó donde estaba. Amy lo vio entonces y se detuvo. No sonrió, ni pareció tampoco sorprendida, pero sus mejillas empezaron a teñirse de rubor.

Bien. Al fin había un poco de arrepentimiento en su cara por su actuación anterior. No le extrañaba que no fuera inocente si tenía por costumbre eso de ir arrojándose en brazos de los hombres como había hecho con él. Y de eso no tenía ninguna duda, seguro que no había sido el único a quien había dicho tan infames palabras. Pero eso no hizo que su creciente irritación por la muchacha menguara.

Librodot

Warren bajó las escaleras sin prisa, sin apartar sus ojos de Amy. Ella no evitó su mirada, pero se sonrojó aún más. Warren estaba lo bastante enojado para hacérselo notar cuando llegó abajo y estuvo cerca de ella:

- ¿Creo detectar un cierto bochorno en tu expresión? Es lógico.

Ella pareció sorprendida, aunque sólo un momento, porque en seguida apareció en su cara una de sus muecas traviesas mientras le decía:

- No es bochorno. Si me he puesto roja es porque al verte he recordado lo mucho que me gustó besarte. Avísame cuando quieras que probemos otra vez.

La audacia, el descaro de aquella muchacha, no pensaba que tendría que volver a experimentarlos, así que lo único que se le ocurrió decir fue:

- ¿No te he avisado ya?

- ¿Y si yo no quiero hacerte caso?

Esa muchacha no era normal. Con la cara de pocos amigos que le estaba poniendo, lo lógico hubiera sido que huyera despavorida, pero ahí seguía, desafiándole. Warren no estaba acostumbrado a estas cosas. Las mujeres eran cautelosas con él, o al menos evitaban provocarle. El lo prefería así, y de paso se evitaba la chachara innecesaria. Pero a esa joven, con su mezcla de descaro y picardía, no sabía cómo tratarla. No era nada suyo para que la reprendiera, aunque en esos momentos hubiera deseado que así fuera, sólo temporalmente.

- Supongo que tendré que hablar con tu padre - le dijo en respuesta a su desafío.

Para asustarla. Pero no lo consiguió.

- Tarde o temprano se enterará de que te quiero a ti. Así que ya que estás, podrías pedirle de paso mi mano..., para acelerar un poco las cosas.

Era incorregible. Warren tuvo ganas de sacudirla... no, no era eso lo que realmente tenía ganas de hacerle. Pero no pensaba volver a dejarse llevar por sus instintos. Sin embargo, tenía que dejar las cosas claras.

- No quiero tu mano para nada. No voy a pedir eso, ni ninguna otra cosa que se te ocurra ofrecerme, pequeña.

Amy se puso tiesa, lo miró con expresión amenazadora, y tuvo el atrevimiento de darle con el dedo en el pecho mientras le informaba:

- Que tú seas tan condenadamente alto no me convierte a mí en pequeña. Por si no te habías fijado, yo soy más alta que tu hermana, y no he oído que a ella la llamaras pequeña.

El ataque lo pilló por sorpresa, pero en seguida se recuperó.

- No me estaba refiriendo a tu altura, pequeña.

Al escuchar esto, Amy se relajó, con un suspiro, y se encogió de hombros.

- Ya lo sé. Te estaba tomando el pelo, porque insistir en nuestra diferencia de edad es ridículo. Sabes perfectamente que hombres mayores que tú se casan con chicas de mi edad. Tú no eres demasiado viejo para mí, Warren Anderson. Y además, desde que me fijé en ti, los chicos de mi edad me parecen tontos e inmaduros. Hay unas pocas excepciones, pero es con parientes míos, y ésos no cuentan.

Era la segunda vez que eludía justo lo que él quería remarcar. A ello volvió.

- No me interesan lo más mínimo tus preferencias. Ni se inmutó.

- Te interesarán. Había pensado en hablarte ahora para evitarte los celos.

Warren estaba sorprendido de no haber perdido aún la paciencia.

- Por eso no tienes que preocuparte. Y ahora, debo insistir en que pongas punto final a este flirteo. No tiene gracia. En realidad estoy empezando a enfadarme mucho.

Amy se limitó a arquear una ceja.

- Tú no eres de los que atienden a las buenas maneras, Warren. Si tanto te molesto, ¿por qué no te has ido?

Que lo ahorcaran si lo sabía. Pero antes de que pudiera decir nada, ella se acercó un poco más a él, demasiado para que sus sentidos no reaccionaran.

- Sé que tienes ganas de besarme otra vez - aventuró con bastante acierto- , pero veo que no lo harás. ¿Ayudaría si tomo yo la iniciativa?

Warren contuvo el aliento. Se lo estaba haciendo otra vez, lo estaba seduciendo con sus palabras y su mirada provocativa. ¡La deseaba. Dios, cómo la deseaba! Nunca había sentido algo tan fuerte, ni siquiera... El solo hecho de recordar a Marianne fue como un jarro de agua fría.

- ¡Ya basta! - exclamó cuando ella trató de abrazarlo.

Y al decirlo la cogió por las muñecas con un poco más de violencia de la necesaria. Vio que ella retrocedía, pero lo ignoró. Había buscado su pasión, pues ya la tenía, pero no la que ella esperaba.

- ¿Qué tengo que hacer para que lo entiendas, niña? - le preguntó con rudeza- . No me interesa.

- Tonterías - se atrevió a contestarle ella- . Enfádate todo lo que quieras, pero al menos sé sincero. Es el matrimonio lo que no te interesa, pero eso ya lo sabía, y ya lo arreglaremos... de alguna forma. Pero no te esfuerces por hacerme creer que no estás loco por mí después de haberme besado como me besaste.

- Estaba intentando enseñarte algo.

Ella hizo una mueca.

- ¡Oh, pues lo lograste, desde luego! Yo disfruté de cada momento, y tú también si eres sincero.

No lo negó, pero estaba tan exasperado que preguntó:

- ¿Por qué me haces esto?

- ¿El qué?

- No te hagas la toma. Estás haciendo lo imposible por seducirme.

Ella le sonrió complacida.

- ¿Y funciona?

Como si ella no lo supiera... aunque tal vez no lo sabía de verdad. Si era así, él no pensaba alentarla con una confirmación.

- Contéstame maldita sea - gruñó- . ¿Por qué sigues insistiendo, cuando te he pedido, te he exigido que te alejaras?

Ella seguía sin dejarse intimidar. Suspiró otra vez.

- Es que soy muy impaciente. Odio tener que esperar por las cosas que son inevitables, y tú y yo...

- ¡No somos inevitables!

- Sí que lo somos - insistió Amy- . Y no veo qué necesidad hay de prolongar esto tanto. Tú te vas a enamorar de mí. Nos vamos a casar. Vamos a ser increíblemente felices juntos. Deja que suceda, Warren. Deja que lleve un poco de alegría a tu vida.

A Warren le sorprendió que pareciera tan seria..., y la confianza que demostraban sus palabras era aterradora. Lo hacía bien, tenía que reconocerlo, lo suficiente para que se preguntara con cuántos hombres habría jugado a ese mismo juego antes. ¿Los arrastró hasta el altar antes de reconocer que sólo estaba jugando... o sólo hasta su cama? Pero al final se dio cuenta de que discutir con ella no hacía más que alentarla.

Le soltó las muñecas, casi la tiró, de hecho, para decirle de modo inflexible y definitivo:

- Ya basta. Estás buscando algo que no existe. Hay una única cosa que yo quiera de las mujeres estos días, y no se tarda mucho en conseguirlo.

- No hace falta que seas tan crudo - dijo Amy, con una voz menuda y lastimera.

- Se ve que sí. Mantente alejada, Amy Malory. Que no tenga que decírtelo otra vez

12

El optimismo de Amy quedó bastante maltrecho después que Warren se fue. Y pensar que había creído estar haciendo progresos. Había visto, lo había sentido, que estaba consiguiendo acercarse a él. Pero lo único que consiguió realmente fue ponerse en ridículo.

No tendría que haberle hostigado de aquella manera. Ahora lo veía claro. Debiera haber sido más sutil, despertar su interés, en vez de dejarle caer encima aquella avalancha de sinceridad. Pero estaba el dichoso problema del tiempo.

Uno de los hermanos, Boyd, creía, había mencionado que sólo estarían en Londres una semana, dos a lo sumo. ¿Cómo iba a lograr semejante imposible en tan poco tiempo sin ser tan directa? Pero tendría que buscar otra forma, ya que según parecía, con su sinceridad sólo conseguía enfurecer a Warren, y nunca podría llegar a nada con él si no hacía más que enojarlo.

Lo que hizo que se pusiera definitivamente a la defensiva fue que ella mencionara el matrimonio. Había sido una estupidez por su parte hacerlo, sabiendo como sabía lo apegado que estaba a su soltería... y por qué. Maldita sea aquella americana que le había engañado de aquella manera y le estaba haciendo a ella tan difícil alcanzar su objetivo. Pero aquello era agua pasada; y de hecho, si aquella mujer no le hubiera engañado, ahora Warren estaría casado con ella y Amy no estaría pasando por el problema. Aun así, fue la mención del matrimonio lo que había estropeado las cosas antes, de modo irreparable, seguramente. El daño estaba hecho. El ya sabía lo que ella quería. Lo único que podía hacer ahora era no volver a mencionar el asunto y rogar para que él pensara que ella lo había dejado correr. Así se relajaría y la naturaleza podría seguir su curso... si lo que tenían por delante fueran seis meses y no dos semanas.

Su ánimo estaba definitivamente hundido. Y no mejoró mucho cuando Warren volvió aquella tarde con sus hermanos. Drew coqueteó un poco con ella, pero es que Drew coqueteaba probablemente con todas las mujeres. Warren, por su parte, la ignoró por completo, no la saludó, y no le dijo ni dos palabras en todo el rato que pasaron en la casa.

En esta ocasión Jeremy estaba allí para apoyar a su padre frente al «enemigo», pero no fue necesario. Los Anderson no se quedaron el suficiente tiempo para provocar ningún altercado.

Amy podía adivinar por qué estaban tan ansiosos por irse, aunque hubiera preferido ser un poco más ignorante en este caso. Pero con hermanas casadas, una prima casada y tías jóvenes casadas, que hablaban todas sobre sus hombres y los hombres en general, ella sabía ya más sobre el tema de lo que tendría que saber a su edad. En el caso de los Anderson, ésta era su segunda noche en Londres después de una larga travesía por mar. Habían visitado a su hermana. Habían atendido a sus negocios. Ninguno de ellos estaba casado, y como hombres que eran en todo el sentido de la palabra, ahora se irían a buscar la compañía de alguna mujer.

Aquella certeza era devastadora... e irritante. Amy ya consideraba a Warren como suyo, aunque no fuera exactamente así. De modo que no creía que pudiera soportar saber que estaba durmiendo en los brazos de otra mujer por la noche mientras ella le hacía la corte de día.

Le había dicho que era inevitable que acabaran juntos, pero ya no estaba tan segura, no después de aquello. Tendría que hacer algo, algo drástico quizá, para conseguir que él se fuera a la cama solo y pensando en nadie más que en ella. ¿Pero qué? ¿Y cómo, si no tenía ni idea de adonde podía haber ido?

La forma de averiguar su paradero la supo en cuanto vio que Jeremy se disponía a salir. Corrió al vestíbulo para detenerle

- ¿Tienes un momento, Jeremy?

- Para ti, querida, los que quieras, aunque esta vez tendrá que ser de verdad sólo uno.

- ¿No tendrás prisa?

- No, sólo estoy ansioso - sonrió- . Siempre ansioso.

Ella le devolvió la sonrisa. Estaba siguiendo los pasos de su padre, sin duda, aunque a Amy le resultaba difícil imaginar que su tío James hubiera sido alguna vez tan encantador y

alegre como el pícaro de su hijo. Seguro que seducía de un modo más serio, mientras que Jeremy raras veces se tomaba algo en serio.

- No te retendré mucho. Sólo quería pedirte que antes de cumplir con tus compromisos...

Su elegante atuendo indicaba que iba a ir a una o más fiestas en la ciudad, fiestas a las que con toda probabilidad también Amy había sido invitada, y a las que no pensaba acudir.

- ... intentaras averiguar dónde ha ido Warren esta noche.

Su petición le había sorprendido, a juzgar por la expresión de su cara.

- Y ¿por qué iba a hacer eso?

No había pensado en ello antes.

- George quiere saberlo - fue lo único que se le ocurrió decir- . Tiene un mensaje urgente que no puede esperar.

- Muy bien, pero no esperes que regrese para decírtelo. Enviaré a un mensajero con una nota.

- Estará bien así.

Cuando Jeremy se fue, Amy se sintió fatal. No acostumbraba a engañarle, ni a él ni a nadie de la familia. Alguna mentinjilla inocente de vez en cuando, pero no abiertamente mentiras.

Pero es que Jeremy nunca hubiera hecho lo que le pedía si le hubiera dicho que era ella quien quería enviar el mensaje a Warren y no Georgina. Hubiera querido saber la razón, y no había excusa lo suficientemente buena para la que no hubiera bastado un telegrama al hotel de Warren o que no hubiera podido esperar hasta el día siguiente.

De haber confesado que no quería a Warren en la cama de alguna pícara aquella noche se hubiera sabido en seguida.

Jeremy le habría dado un sermón de una hora, y el resto de la familia hubiera sido informado, probablemente esa misma noche, de su tierna preocupación por el hermano más taciturno de Georgina. Con toda seguridad, la enviarían a toda prisa al campo, a pasar una temporada... al menos hasta que Warren hubiera regresado a América.

Jeremy la informó antes de lo que esperaba. No había pasado ni una hora que ya sabía el sitio, Hell and Hound, una taberna, quizá. No había oído hablar de ella, pero conocía la zona, y no estaba precisamente entre lo mejorcito de la ciudad. Todo lo que tenía que hacer ahora, era pensar un mensaje, algo terrible, conmovedor, algo que asegurara que podría mantenerlo alejado de su pícara...

13

- ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Amy retrocedió ante la voz atronadora de Warren. Hubiera deseado tener una respuesta que no fuera la verdad, pero no fue capaz de pensar en nada, como tampoco había sido capaz de idear ningún mensaje que pudiera hacerle dejar el lugar donde se encontraba. Lo había intentado, en serio que sí, pero no se le ocurrió nada que pudiera funcionar y que garantizara que él no sentiría deseos de matarla en el momento en que descubriera que el mensaje lo enviaba ella y que no era del todo cierto.

Comprendió que no debiera haber venido personalmente. Eso había sido demasiado impulsivo, incluso para ella, y también peligroso e irresponsable. ¿Por qué no habría pensado todo esto antes de cruzar la puerta del Hell and Hound?

Estúpidos celos, pincharla de esa manera, cuando Warren tenía todo el derecho a acostarse con cuantas mujeres quisiera..., al menos hasta que consiguiera un compromiso más serio. Cuando estuvieran casados sí vendría al caso que hiciera locuras como ésa si se le ocurría serle infiel, pero no ahora, porque aún no le pertenecía.

Pero había ido, y justo a tiempo. No tuvo que buscar mucho para encontrar a Warren en el local atestado de humo. Lo vio en cuanto cruzó la puerta, subiendo unas escaleras que había en un extremo de la sala, arrastrado por una rolliza tabernera que le sonreía con la promesa de placeres insospechados.

Amy se puso roja, o mejor dicho, verde, y corrió hacia las escaleras, ignorando las exclamaciones de los pocos clientes que repararon en ella, y se puso casi a gritar el nombre de Warren justo cuando éste estaba a punto de entrar en la habitación de la tabernera. Eso atrajo su atención, sí, y la tabernera le cerró la puerta en las narices, pues pensó que a su cliente acababa de encontrarlo su enfurecida esposa.

Amy podía estar agradecida por la suposición de la muchacha y, imaginaba que él le permitiría explicarse allí, en privado, en el pasillo poco iluminado, en vez de abajo, en una sala llena de espectadores borrachos. Y Warren esperaba esa explicación. Ya se había recuperado de la Impresión inicial, y estaba impaciente y furioso.

- ¿Piensas responderme o te vas a quedar ahí retorciéndote las manos?

Tenía una decisión muy importante que tomar. ¿Qué hacer? ¿Tiraba por lo drástico o continuaba con la idea inicial?. Pero nada de lo que había intentado funcionaba. Lo drástico, entonces, y no hay vuelta de hoja.

- Lo que has venido a buscar a este lugar, me lo puedes pedir a mí.

Ya lo había dicho, y no pensaba retractarse. Pero él no parecía nada sorprendido por aquella decisión tan trascendental para ella. Y ahora que se fijaba mejor, tampoco parecía nada sobrio. Y a medida que se acercaba a ella, su expresión de ira se convertía en mofa.

- ¿Sabes por qué estoy aquí? Sí, claro que lo sabes, descarada promiscua.

Le echó hacia atrás la capa que llevaba para cubrir su delicada figura, descubriendo así el púrpura del raso con que estaba forrada la capa, y el recato de su vestido color lavanda, no muy adecuado para una seductora, aunque Amy ya atraía por su sola belleza. La capucha cayó ligeramente hacia atrás, rescatando su rostro de las sombras, y sus ojos celestes, que semejaban violetas en el fondo púrpura del raso. Si se hubiera puesto algo un poco más revelador, Warren no hubiera podido continuar con su ofensiva línea de ataque.

- ¿Así que quieres ocupar el sitio de la ramera? ¡Ah! Pero tiene que haber condiciones, un maldito compromiso.

Y le pasó el dedo lentamente por la mejilla. Había un deje de arrepentimiento en aquella caricia.

- Me quedo con la puta, que sólo quiere una o dos monedas a cambio, gracias. Su precio es condenadamente alto, lady Amy.

- Sin condiciones - susurró Amy - . Ahora que me he declarado...

- No lo has hecho.

- Claro que lo he hecho - dijo, algo sorprendida por la rápida negativa- . Te dije que quería... te dije que te deseaba.

- Lo que deseas. Eso no dice para nada qué tienes aquí.

Y su mano fue a posarse sobre el corazón de Amy, a pesar de que su seno quedaba por medio, como bien notaron los dos.

- ¿Estás diciendo que me amas?

- No lo sé.

No era eso lo que Warren esperaba oír de una joven que le había dicho que quería casarse con él, y se sintió desconcertado.

- ¿Que no lo sabes?. Ella se apresuró a responder:

- Me gustaría que hubiera tiempo para poder averiguar eso, Warren, pero no vas a estar mucho aquí. Yo sé que te deseo, de eso no hay duda, y sé que nunca había sentido lo que tú me has hecho sentir. También sé que me pone mal pensar que puedas estar en la cama con otra mujer. Pero todavía no sé si te quiero.

Warren había bebido un poco, demasiado para poder hacer frente a lady Amy y su lío de dudas y certezas. Su mano había resbalado del pecho de ella, y dijo en tono tajante:

- Vete. Amy bajó la mirada.

- No puedo, he despedido al cochero. Warren estalló.

- ¿Por qué maldita razón has hecho eso?

- Para que tuvieras que llevarme tú a casa.

- Lo tienes todo bien controlado, ¿eh?... excepto si me quieres o no... así que ya podrás encontrar tú sólita el camino a casa.

- Muy bien.

Y se volvió para irse. El la detuvo.

- Demonio, ¿dónde crees que vas?

- A casa.

- ¿Cómo?

- Pero, tú has dicho...

- Cierra la boca, Amy. Cierra la boca y déjame pensar. No me dejas pensar con tanta palabrería.

Amy no dijo nada, pero al ver que el silencio se prolongaba, y que su expresión se volvía más y más furibunda, se sintió incómoda y pensó que podía sugerir:

- Quizás uno de tus hermanos podría llevarme a casa.

- No están aquí.

Ya lo suponía, por eso no vio ningún riesgo en proponerlo. Cuando entró en el local, en el breve instante en que pudo ojear la parte de abajo antes de localizar a Warren en las escaleras, no le pareció ver a ninguno de los otros Anderson. Y cuando vio a Warren ya no pudo mirar nada más. Pero podía haberse equivocado, y de hecho era eso lo que temía cuando decidió venir en persona a ese tugurio, tener que hacer frente a todos los Anderson.

Pero tenía que haber sabido que Clinton y Thomas nunca irían a un sitio como ése. Y los dos menores también preferirían un lugar donde pudieran estar seguros de no tener problemas. Sólo a Warren no le importaba, y probablemente lo que esperaba era poder tener alguna pelea, además de una mujer complaciente. Una de las cosas que le había explicado Georgina es que siempre buscaba pelea cuando estaba enfadado, daba igual con quién.

En ese momento estaba definitivamente disgustado. Si descubría que sólo había enviado su carruaje hasta la esquina, la mataría... no, la llevaría hasta allí, la arrojaría dentro y volvería con su ramera. Su pequeña mentira lo mantendría alejado de la tabernera al menos por el momento, pero no para toda la noche. El quería tener una mujer, si no, no estaría aquí. ¿Qué tenía que hacer para que la eligiera a ella?

- ¡Demonio! - exclamó al fin, y obviamente ya había decidido qué hacer con ella, porque la cogió del brazo y empezó a arrastrarla por el pasillo.

- ¿Adonde me llevas?

No estaban yendo en la dirección por donde habían entrado, y eso le hizo concebir una leve esperanza a Amy, que se desvaneció en cuanto él dijo «a casa».

Había una escalera por detrás que daba a una bodega y salía a un callejón. Al menos no tenía ningún carruaje esperando allí. El callejón estaba vacío. Amy pensó que tendría que confesar que tenía un carruaje esperándola, pero eso haría que su velada con Warren acabara mucho antes, y cuanto más tiempo estuviera con él aquella noche...

- ¿Por qué no me llevas a tu hotel?

- No.

La llevaba casi a rastras, hacia la calle. Iba tan apurado que ella tenía que correr para poder mantener su paso y no caer. No sabía qué haría si a Warren le daba por tomar la dirección que llevaba adonde el coche la aguardaba, sobre todo si el cochero los llamaba al verla a ella, ya que Amy le había prometido una buena propina, y era probable que lo hiciera.

Para su alivio, Warren tomó la dirección opuesta cuando llegaron a la calle, y no había un solo carruaje a la vista... al menos por el momento. Pero a la velocidad que iba, encontrarían uno en seguida.

Le hizo una sugerencia:

- ¿No podrías ir un poco más despacio, Warren?

Otro «no» igual de tajante.

- Si no lo haces puedo torcerme un tobillo, y entonces tendrás que llevarme a cuestas.

Se puso a caminar despacio de forma inmediata. Pobre hombre, probablemente ya era suficiente tortura para él tener que sujetarla del brazo para llevarla a rastras. No quisiera Dios que tuviera que abrazarla.

Pero ahora que podía caminar a paso normal, aunque él seguía yendo por delante de ella, su mente debió de empezar a cavilar otra vez, porque le dijo:

- ¿Sabe tu tío que frecuentas las tabernas?

- ¿Qué tío?

La miró fijamente.

- Con el que estás ahora.

- Pero yo no frecuento tabernas.

- ¿Y tú que dirías que es Hell and Hound?

- ¿Un nombre horrible?

Warren se detuvo y se volvió hacia ella. Por un momento Amy pensó que la iba a estrangular, pero en vez de eso la soltó y se llevó las manos a la cabeza, exasperado.

Ella decidió confesar.

- Parece que no he sabido llevar muy bien los celos en esta primera ocasión. Lo haré mejor cuando me acostumbre.

El emitió un sonido, entre bufido y risa, y Amy pensó que se estaba divirtiendo, así que añadió:

- Puedes reírte ¿sabes? Prometo que no se lo diré a nadie.

El volvió a agarrarle la mano y siguió caminando. Amy tuvo que correr de nuevo para seguirle el paso.

- ¿Y mi tobillo?

- Me arriesgaré.

Era el colmo. Su futuro marido no tenía arreglo, no tenía sentido del humor, ni del romanticismo... ni sentido de nada. Bueno, pues ella ya había tenido bastante de su mal genio por un día. Tal vez era culpa suya que él estuviera así - a quién pretendía engañar, él siempre estaba así- , pero no tenía por qué aguantarlo más.

Amy consiguió soltarse, y se negó a dar un paso más. Y él se volvió de nuevo, con las manos en las caderas.

- ¿Y ahora qué?

- Ahora nada - dijo muy acalorada- . Vuelve con tu ramera, Warren. Puedo encontrar el camino a casa yo sola, y llegar íntegra.

- Ah, ¿así que tenías pensado llegar a tu casa íntegra?

Su tono era sarcástico, no había duda de que se estaba refiriendo a su último ofrecimiento, pero Amy estaba demasiado alterada para sonrojarse, y en vez de eso volvió a darle más de lo mismo.

- En realidad la idea era que yo dejara de ser virgen esta noche, pero ya que no estás preparado para librarme de esa...

- ¡Para de una vez! Si hubiera creído por un minuto que eras virgen, te hubiera azotado yo mismo por tu comportamiento vergonzoso. Alguien debería haberlo hecho mucho tiempo antes, para evitar que siguieras la tradición de corrupción de los Malory... ¡Amy! ¡Vuelve aquí!

¿Bromeaba? ¿Después de esa reprimenda y sus espantosas amenazas, por no mencionar el insulto a su familia? Se cogió las faldas y corrió de vuelta a la taberna, al carruaje que la esperaba, y al infierno con los Anderson. ¿Que la iba a azotar sólo porque lo deseaba? ¿Como si sus intenciones no fueran honorables? ¿Como si fuera por ahí tratando de seducir a cada hombre que veía? ¿Cómo podía derretir esa capa de hielo que ocultaba su corazón? Él no era un hombre normal con el que se pudiera tratar de una forma normal. Él odiaba a las mujeres, desconfiaba de ellas y las utilizaba sin dejar que se acercaran nunca a él.

Duro, frío, un grosero. Debía de estar loca cuando pensó que podría cambiarlo. Le faltaba experiencia, aunque obviamente él creía que sí la tenía. ¿Que no era virgen? No le extrañaba que no la quisiera... no, en realidad tendría que ser al revés. Ella creía que él la rechazaba porque la creía una joven inocente, pero si lo que pensaba es que no era virgen, entonces ¿por qué rechazar lo que le ofrecía? ... a menos que realmente no la quisiera.

Amy se detuvo al comprender aquello. Miró atrás y vio que Warren venía tras ella. No la cogería, tenía muchos años de práctica, con sus hermanos, que no eran ni tan grandullones, ni tan torpes... ni tan viejos como él. Pero Amy no había contado con un cliente del Hell and Hound.

Casi lo derriba. Él la abrazó en un reflejo, y, afortunadamente, consiguió recuperar el equilibrio antes de que cayeran al suelo. Pero desafortunadamente, se apercibió de lo que sujetaba antes de soltarla.

- Vaya, vaya - dijo el hombre con manifiesto agrado- , ¿qué tenemos...?

No le dio tiempo a terminar. Warren llegó hasta donde estaban y su puño fue a parar directamente a la cara de aquel individuo. Esta vez sí cayó al suelo. Amy chilló, ya que el hombre la había sujetado con más fuerza y cayeron los dos. Y antes siquiera de que intentara soltarse, Warren la agarró por la cintura y la levantó.

El hombre, aún tendido en el suelo, miró a Warren y le preguntó:

- ¿Se puede saber a qué viene eso?

- La señorita no está disponible.

- Pues haberlo dicho - gruñó el otro, pasándose la mano por la mejilla dolorida.

- Eso es lo que he hecho, a mi manera. Y si fuera tú, yo me quedaría en el suelo, si no es que quieres más.

El tipo se había incorporado, pero ante tal amenaza, volvió a tirarse al suelo. Bueno, el inglés parecía bastante poca cosa, y en cambio Warren era bastante corpulento y en aquel momento parecía dispuesto a emplearse a fondo en una pelea. Amy, aprisionada junto a él, podía sentirlo, igual que sintió su frustración al ver que aquel hombre no quería pelear con él.

Empezó a caminar con expresión furibunda otra vez. Como no había soltado a Amy, la joven empezó a preguntarse si había olvidado que estaba cargando con ella. Estaba a pumo de recordárselo cuando desde atrás les llegó otro gruñido:

- Un condenado americano - el hombre lo supo por su acento- . ¿Es que no os habéis enterado? La guerra se ha acabado. - Y entonces gritó aún más fuerte- : Y si yo hubiera estado allí os hubiéramos picado las crestas.

Warren se volvió, y al verlo el hombre se puso en pie y salió corriendo. Amy se hubiera reído si le hubiera quedado aliento. Por lo visto su futuro esposo no podría obtener ningún

Librodot

tipo de satisfacción esa noche. Siguieron caminando. Para mayor seguridad de su estómago, Amy decidió llamarle la atención.

- Si es que piensas seguir cargando conmigo, al menos podrías darme la vuelta para que yo también lo disfrute.

La dejó caer. El muy condenado la dejó caer. En otras circunstancias, su temperamento de Malory la hubiera hecho estallar, pero cuando alzó sus ojos para mirar a Warren vio que él parecía tan sorprendido como ella de verla en el suelo.

- ¿Debo entender eso como un no?

- ¡Maldita sea, Amy! ¿No puedes tener un poco de seriedad?

- No creo que te gustara, si no es que tienes ganas de ver a una mujer dando gritos. Aunque pensándolo bien, supongo que es eso lo que quieres - dijo con disgusto.

- ¿Y eso qué quiere decir? - preguntó él mientras la ayudaba a ponerse en pie, pero al notar su recelo, preguntó- ¿Te he hecho daño?

- No finjas ahora preocupación por mi trasero, cuando te estabas muriendo de ganas de golpearlo.

- No.

- ¿No qué?

- Que nunca te haría daño.

- ¿Y pretendes que me crea eso de un hombre que piensa que las mujeres nunca son demasiado mayores para recibir una zurra? - se burló Amy.

Warren frunció el ceño.

- Veo que te has hecho demasiado amiga de mi hermana, ¿me equivoco?

- Si te refieres a que sé cosas de ti que preferirías que no supiera, sí. Algún día te alegrarás por ello, porque son esas cosas que sé de ti las que me hacen pensar que no eres una causa completamente perdida, aunque poco te falta, y que aún te quedan una o dos cualidades que podrían salvarse.

- ¿De verdad? Y supongo que tú me dirás cuáles son.

- No - dijo, con una sonrisa traviesa- . Dejaré que seas tú quien adivine qué es lo que me fascina.

- Preferiría que me consideraras una causa perdida.

- Lo sé - suspiró- . Y hace sólo unos minutos te lo hubiera concedido, no lo dudes.

- ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

- Esa espléndida demostración de celos que me has dejado presenciar - dijo, orgullosa.

- ¡Oh! Eso no eran celos

- Claro que sí. Y nada de lo que digas o hagas me hará pensar otra cosa. ¿Sabes por qué?

- Me da miedo preguntarlo.

Ella se lo dijo de todas maneras.

- Porque me he declarado. Y aunque no estés aún dispuesto a admitirlo, tus instintos ya han aceptado que soy tuya.

- Qué estupideces dices, hija. Sólo tenía ganas de golpear a aquel hombre. Tenía ganas de pegar a alguien desde que desembarqué, siempre me pasa cuando sé que tengo que ser civilizado con mi cuñado.

Amy rió.

- A mi tío James le encantaría oír eso. Pero yo sé que elegiste a ese individuo en particular porque me estaba abrazando.

El se hizo el indiferente.

- Piensa lo que quieras.

- Lo haré, Warren. Puedes estar seguro. Y a propósito- dijo, poniendo una voz más seductora- Eso de mi virginidad y tu contención es sólo un recuerdo ya. Porque tú sabes cómo puedes probar si aún lo soy, ¿verdad?

Ya fuera por el modo ardoroso con que lo dijo, o el desafío implícito en sus palabras, el hecho es que Amy tuvo lo que deseaba. Warren le agarró la cabeza con las manos y ella tuvo

que aceptar su beso, quisiera o no. Pero lo quería, oh sí, no podía haber duda a juzgar por la voracidad de su respuesta.

Ella también lo rodeó con sus brazos, y sus lenguas se entrelazaron con frenética desesperación. Un remolino de furia y deseo, de frustración e inexperiencia, unidos en la dulce urgencia de la pasión.

El tiempo y el espacio perdieron su sentido en esa tormenta erótica, una tormenta delicada, tan fácil de escalar como abrupto fue su final. Cuando Warren la tomó por las nalgas para oprimirla contra su pene, el gemido de placer de ella rompió el hechizo.

Se separaron de inmediato, aunque el fuego aún era intenso. El le dio la espalda, como si el solo hecho de verla pudiera destruir sus defensas. Ella se quedó allí, jadeando, con los puños apretados, intentando controlar su deseo de suplicarle, llena de frustración. Pero comprendía que no era el momento de presionar. El era un hombre inconstante en todas sus pasiones, y tendría que ir con cuidado para conseguir lo que deseaba. Y lo conseguiría, ahora estaba segura. El problema era que la paciencia no era una de sus virtudes.

- ¡Jesús! Me hubieras dejado que te tomara aquí, en medio de la calle.

El no se volvió para hacer la pregunta. Amy ignoró su tono poco caballeroso y dijo sinceramente:

- Parece que no tengo vergüenza cuando se trata de ti.

El pareció ponerse rígido, así que Amy optó por hablar en tono menos serio.

- ¿Supongo que no querrás reconsiderar tu decisión y llevarme a tu hotel?

- ¡No!

Amy retrocedió ante la furia de su respuesta.

- ¿A algún otro hotel?

- ¡Amy!

- Estoy bromeando, por el amor de Dios. En serio, Warren, creo que tendremos que hacer algo con tu sentido del humor.

Warren se volvió y le dijo secamente:

- Mi sentido del humor, y un cuerno, es tu sentido de la propiedad lo que está mal. Y creo que mi «contención», como tú la llamas, ha quedado ampliamente demostrada. No puedes ser tan descarada y seguir siendo virgen.

- ¿Por qué? Soy una chica joven, saludable, y tengo sanos instintos. Y no soy yo, obtuso, eres tú quien me hace querer devorarte.

- Una palabra provocativa más y... i

- Oh, sí, ya sé. Me azotarás. Si no vas con cuidado, Warren, aún podría decidir dejarte.

Librodot

14

Amy no estaba segura de por qué lo hizo. Posiblemente porque Warren no conocía bien Londres y podían haberse perdido con facilidad. O posiblemente porque cuanto más caminaban más enfadado parecía. No aparecía ningún coche que pudiera liberarlo al fin de su carga, y Amy sabía que si estaba tan disgustado, no podría llegar a ningún sitio con él esa noche. Así que, cuando ya se habían alejado unas cuatro manzanas, Amy confesó que el carruaje que la había traído quizá la esperase en las inmediaciones del Hell and Hound.

Warren no se tomó la noticia demasiado bien. Por decirlo suavemente, casi le da un ataque, y se puso a acusarla de mentirosa, conspiradora y otras tantas prácticas engañosas. Ella no se molestó en negarlas. Bueno, tampoco podía hacerlo, porque en parte eran verdad. Ni Warren la hubiera dejado, seguía y seguía farfullando mientras desandaban el camino que habían hecho.

Para cuando llegaron al carruaje, que seguía esperando en la esquina de la taberna, Amy estaba convencida de que Warren la arrojaría adentro y eso sería todo. Y la arrojó adentro. Pero él entró detrás y le gruñó la dirección al cochero.

Iban el uno frente al otro en medio de un silencio sepulcral mientras el coche seguía avanzando, porque él no había vuelto a decir una palabra desde que cerró la portezuela, ni parecía que tuviera intención de hacerlo. A Amy no la incomodaban los gritos y la ira. También ella se dejaba llevar cuando la provocaban. Pero su natural travieso no aguantaba bien el silencio, no más de unos minutos. A decir verdad, él la ponía más nerviosa cuando callaba que cuando le gritaba. Al menos si le gritaba sabía exactamente qué le estaba pasando por la cabeza.

Así que dejó que su naturaleza siguiera su camino. Desafortunadamente, seguía teniendo la misma única cosa en su cabeza, y su broma no sonó como una broma, no a los oídos de Warren.

- Los carruajes como éste son muy adecuados, ¿no crees? Piensa que seguramente no volveremos a tener oportunidad de estar tan solos de nuevo... al menos hasta que te des por vencido y me lleves a tu habitación.

- Cierra la boca, Amy.

- ¿Estás seguro de que no quieres aprovechar estos suaves y confortables asientos? Mis tíos nunca hubieran dejado pasar una oportunidad así.

- Cierra la boca, Amy.

- Mis primos tampoco. Derek y Jeremy le hubieran subido las faldas...

- ¡Amy!

- De verdad, lo hubieran hecho - le aseguró- . Y no se hubieran parado a pensar en la edad o en la inocencia, o en la falta de ambos, como buenos libertinos que están destinados a ser.

- Yo no soy un libertino.

- Ya me he dado cuenta, por desgracia. Si lo fueras no estaría sentada aquí, sola, ¿no es cierto? Estaría sentada en tu regazo, con las faldas levantadas, o tus manos intentando levantarlas sin que yo me diera cuenta...

Warren volvió a gruñir y se llevó de nuevo las manos a la cabeza. Amy sonrió para sí, satisfecha por haberlo escandalizado otra vez, hasta que él le dijo despreciativamente.

- Hasta las cosas que dices te traicionan.

- Tonterías. Da la casualidad de que en mi familia hay un buen número de mujeres casadas que a veces olvidan que yo no lo estoy. Hasta tu hermana me ha explicado un par de cosas sobre el tío James que me parecen fascinantes. ¿Sabías que la llevaba a su cabina, en el barco, a pleno día, para...?

- ¡Y un cuerno!

- Sí lo hacía - insistió Amy- , y eso fue antes de que se casarán.

- No quiero oír nada más.

- Pareces un mojigato, Warren.

- Y tú pareces una puta del puerto.

- Bueno, lo intento. Después de todo, eso era lo que buscabas esta noche, ¿no? Sólo estoy tratando de ser útil.

Warren no dijo nada, pero la miró fijamente. Por un momentó Amy pensó que iba a cogerla. Aunque hubiera sido para pegarle, Amy se hubiera conformado con eso. Sentiría su contacto otra vez, y, definitivamente, cada vez que se tocaban había algo electrizante entre ellos. Pero él no se movió. Estaba dejando su autoestima por los suelos.

- Sé lo que piensas - dijo con cierto disgusto- . Pero ya te puedes olvidar. Tendríamos que adentrarnos en el campo para que pudieras encontrar una buena vara. Y yo no dejaría de gritar como un demonio si me pusieras una mano encima para otra cosa que no fuera darme placer. Claro que... - agregó pensativa- , imagino que también gritaré cuando sienta placer. No sé. Todavía no he pasado por ese tipo de experiencia. Tendremos que esperar a ver cómo reacciono.

Esta vez él se inclinó hacia ella, con los puños apretados. Por primera vez, Amy advirtió el tic en la cicatriz de su mejilla. Hubiera deseado saber si finalmente lo había azuzado lo bastante para que le hiciera el amor o le partiera el cuello. Era evidente que una de las dos cosas había decidido, y como no estaba muy segura de cuál sería, Amy prefirió no arriesgarse.

- Está bien, tú ganas - se apresuró a decir- . Si es silencio lo que quieres, tendrás silencio.

Amy miró por la ventanilla, conteniendo el aliento, esperando que aquello lo tranquilizase. Y después de unos tensos minutos, finalmente oyó cómo volvía a acomodarse en su asiento. Amy suspiró para sus adentros, pero esta vez había estado demasiado cerca para poder calmarse. Aquel mal genio era un verdadero problema, y le iba a poner las cosas muy difíciles, aunque no para siempre. Una vez que hubiera empezado a interesarse por ella, ya no tendría que preocuparse por su mal genio. Lo conocería lo suficiente como para poder manejarlo, evitarlo o simplemente ignorarlo, pero tendría la seguridad de que no tenía nada que temer de él. Quizá torturaría sus oídos ocasionalmente, pero no su trasero.

Acabarían llevándose maravillosamente, Amy estaba segura. Pero mientras tanto tendría que ingeniárselas para trazar una línea que le permitiera saber hasta qué punto podía provocarlo sin riesgo de que él la intimidara, como acababa de suceder. Retirarse sería el peor error que podría cometer, no quería que pensase que ella era como las otras mujeres, que siempre iban con tanto cuidado por su temperamento.

Georgina le había dicho que las mujeres se sentían atraídas por Warren, aunque siempre eran cautelosas. El ya se había acostumbrado a que fuera así, las mantenía a la distancia suficiente para que no pudieran llegar nunca a su corazón. Amy quería que a ella la viera de un modo diferente. Tenía que romper sus defensas, y nunca lo conseguiría si él pensaba que podía intimidarla como hacía con las otras mujeres.

También tendrían que hacer el amor. Eso era imperioso debido al poco tiempo de que disponían. Amy había pensado que sería suficiente con conseguir que él se sintiera atraído por ella, pero obviamente la cosa no había funcionado. Su voluntad era demasiado fuerte. No, hacer el amor sería lo único que le permitiría acercarse lo bastante a él para demostrarle que ella no era otra Marianne, que nunca le haría daño, que podía hacerle feliz. Durante ocho años había sido desdichado, y se había convencido a sí mismo de que estaba bien así. Ella estaba decidida a enseñarle otro camino, a devolver la risa y el amor a su vida.

Un repentino bache en el camino, o algún otro obstáculo, hicieron que el coche saltara, sacando a Amy de su ensimismamiento. Entonces reparó por fin en el paisaje que pasaba ante sus ojos. Se sintió confusa unos momentos; luego alarmada, no por ella, sino por su compañero, al que evidentemente no le iba a hacer ninguna gracia. Desafortunadamente, le tocaba a ella darle la noticia.

Pero no había más remedio. El tenía que estar preparado, aunque tal vez también debía decírselo para saber que no había ningún problema.

- Warren... creo que el carruaje no está yendo adonde le indicaste.

Miró por la ventanilla, pero como no estaba familiarizado con Londres, lo que vio no le dijo nada.

- ¿Dónde estamos, entonces?

- Si no me equivoco, éstos no son los árboles de ninguno de nuestros espléndidos parques, es la carretera que sale de Londres, y no nos coge precisamente de camino para ir a Berkely Square.

Sorprendentemente, su voz estaba calmada cuando le preguntó:

- ¿Es posible que el cochero me haya entendido mal?

- Lo dudo.

La miró con cara de sospecha.

- ¿No será cosa tuya? ¿Algún nido de amor que esperases poder usar esta noche, en las afueras de la ciudad?

Amy hizo una mueca. No pudo evitarlo.

- Lo siento. A lo más que aspiraba era a poder acabar en la cama de la habitación de tu hotel.

- Entonces, ¿qué significa esto?

- Lo mejor que se me ocurre es que nos van a robar.

- Tonterías. En la zona en la que estábamos sé que los robos son muy frecuentes. No tendría ningún sentido que nos sacaran de la ciudad.

- Cierto. Pero los robos de este tipo también son muy frecuentes, y permiten que los ladrones saqueen un carruaje, caballos, y nuestras bolsas. Normalmente los coches de alquiler no son un blanco, la carne de sus caballos no suele ser muy buena, ni los equipajes, así que no sacarían mucho de su venta. Pero mi cochero ha estado sentado demasiado rato en el mismo sitio, pueden haberle preguntado, y haberle ofrecido una parte.

- ¿Estás sugiriendo que no es tu cochero el que va ahí arriba?

- Sí, seguramente. Pudieron deshacerse de él, y alguien de su tamaño se puso su capote para no despertar sospechas. Y, odio decirlo, pero es probable que haya más de uno. Estos ladrones suelen actuar en grupos de dos o tres. Los otros se habrán subido al techo, para que no los viéramos, o esperarán en algún camino desierto. Sólo espero que al cochero sólo lo golpearan, que no lo hayan matado.

Esta vez Warren parecía realmente preocupado.

- Si yo fuera tú, en estos momentos estaría más preocupada por ti misma.

- No creo que corramos un serio peligro. No sé cómo serán vuestros ladrones en América, pero aquí procuran no matar nunca a nadie. El alboroto que eso provoca no es bueno para nadie. Han llegado incluso a entregar a alguno de los suyos para acabar con los controles.

- Amy, ¿por qué me cuesta tanto creer todo esto?

- ¿Porque no te has dado cuenta de lo ingeniosos que son nuestros ladrones? - sugirió.

Su mirada le dijo que en esos momentos no estaba para bromas.

- Prefiero pensar que el cochero no entendió bien lo que le dije, y eso puede arreglarse en seguida.

Y para arreglarlo, picó primero en el techo para llamar la atención del cochero, y luego abrió la puerta lo bastante para gritarle al hombre que se detuviera. Pero en vez de eso, el cochero azuzó más a los caballos y Warren cayó sobre su asiento al tiempo que la portezuela se cerraba bruscamente.

- Bueno, esto lo aclara todo - señaló Amy.

- ¡Maldita sea! Si no estuvieras aquí, podría saltar.

- Eso está bien, hombre, culparme a mí por evitar que te rompas el cuello.

- Ya eres bastante culpable de que esté aquí, para empezar.

- ¿Preferirías que estuviera aquí sola? - preguntó arqueando una ceja.

- Preferiría que te hubieras quedado en tu casa. Así ninguno de los dos estaría aquí.|

Le hubiera gustado tener algo que responder a eso, pero como no lo tenía, cambió de tema.

- No llevas mucho dinero, ¿verdad?

- ¿Para ir adonde fui? No soy estúpido.

- Entonces no te pongas terco - le sugirió de un modo razonable- . Les entregas el dinero y no te harán daño.

- No es así como yo hago las cosas, niña.

Sintió verdadero pánico cuando oyó aquello

- Warren, por favor, sé que estás deseando pelearte esta noche, pero no lo intentes con esos tipos. Estarán armados...

- Yo también lo estoy

- ¿Lo estás?

Warren se levantó las perneras de sus pantalones para sacarse una pistola de una bota y un cuchillo de la otra El temor de Amy se convirtió en pánico.

- ¡Deja eso!

- iNi lo sueñes!

- ¡Americanos! - en ese momento era evidente que no tenía muy buen concepto de ellos- . No tengo ninguna intención de quedar atrapada entre las balas mientras tú juegas a hacerte el héroe, y si te hieren verme obligada a hacer algo estúpido, como buscar venganza. No tengo ganas de que me maten esta noche, gracias

- Tú te quedarás en el carruaje - fue todo lo que respondió.

- No lo haré.

- Lo harás.

- Te juro que no lo haré. Me quedaré a tu lado cariño mío

- Maldita sea! ¿Por qué no puedes ser sensata como todas las mujeres y te escondes debajo del asiento? Ni siquiera me molestaría si te pusieras histérica.

- Tonterías. Los hombres odian a las histéricas, y entre los Malory no hay ninguna.

Antes de que pudiera responder a eso, el coche frenó tan bruscamente que Warren casi se cae. La pistola se escapó de sus manos y Amy intentó agarrarla, pero él la alcanzó primero.

- ¿Se puede saber qué pensabas hacer con ella?

- Tirarla por la ventana - la mueca de disgusto de él le indicó que no le había gustado la idea, así que añadió- Mira, si la tiras, haré lo que me pidas.

Después ya buscaría la manera de deshacer la promesa, porque ya podía imaginar lo que le pediría Warren, no volver a verla. Y él lo pensó un momento. No había tiempo para más.

- ¿Cualquier cosa? - quiso asegurarse.

Ella asintió y le dijo que sí.

- Muy bien.

Volvió a esconder su cuchillo en la bota, pero la pistola se la puso en el cinto del pantalón, a la espalda, de manera que no quedara a la vista pero a mano por si la necesitaba.

- Y súbete la maldita capucha - añadió, aparentemente no muy satisfecho con el trato que acababa de hacer- . No hace falta que vayas exhibiéndote.

En cualquier otro momento, ese comentario irónico la hubiera alterado, pero ahora se limitó a obedecer, y en ese mismo instante se abrió la portezuela y una pistola mucho más grande y vieja que la de Warren apareció.

- ¡Fuera! - fue lo único que dijo el ladrón, cubierta la cara con una bufanda, aunque su pistola fue mucho más explícita, y los dos bajaron al instante.

Warren salió primero, y lo hizo con exagerada lentitud, sin duda esperando alguna oportunidad para poder disparar. Pero los ladrones no le dieron esa oportunidad, y al final no le quedó más remedio que volverse y ayudar a Amy a bajar. En realidad sí tenía oportunidades, sólo estaba siguiendo el consejo de Amy por el momento, y ella se alegró de que lo hiciera, especialmente cuando vio que los ladrones eran cuatro. Dos de ellos estaban esperando el carruaje. Ninguno era corpulento, así que las dimensiones de Warren

Librodot

probablemente los impresionaron un poco. Pero en seguida se recuperaron, ellos iban armados.

- No hay necesidad de perder el tiempo. Déme el dinero y usted y la dama pueden irse.

- ¿Y si no lo hago? - preguntó Warren con desdén.

Amy gimió para sus adentros. Hubo un momento de silenció, y entonces el hombre que había hablado antes dijo:

- Bueno, todos sabemos qué pasará si no lo hace, míster.

Se oyeron unas risitas ante la observación del ladrón, y a Amy no le gustó nada. Quizá se había equivocado en lo que le había dicho a Warren. Después de todo siempre había algún mal bicho cuando los ladrones normales no seguían las normas.

Arrojó inmediatamente su bolsa. Uno de ellos la cogió y la sopesó en sus manos Amy casi pudo sentir su sonrisa cuando notó lo que pesaba.

- Muy agradecido, milady.

- De nada.

- ¡Demonio! - musitó Warren, fastidiado por su educación en un momento como aquél

Amy aún estaba más fastidiada por los modales de él y se lo hizo saber dándole un codazo en las costilla. Después de mirarla, Warren rebuscó en sus bolsillos para tirar cualquier moneda que pudiera tener. Para tirársela a ellos, más concretamente.

Amy sintió haberle pegado, pero Warren aún no había terminado.

- Por lo visto vengo preparado para proveer a las ratas de cloaca. No sacaréis nada más de mí

Había conseguido que se molestaran, por lo menos el líder.

- Le quitaremos también la ropa a ella, si se ponen tonto míster -le advirtió

Otro le preguntó a Amy:

- ¿Qué hace una dama tan fina con un yanqui?

- Pensar en cometer un asesinato - contestó tan sinceramente que todos se echaron a reír- Así que si no les importa caballeros, querría seguir en ello.

Y no esperó a que le dieran permiso para irse. Se alejó con toda la cara arrastrando a Warren de un brazo, en la misma dirección por la que había venido. Por un momento pensó que eso sería todo lo que tendría que hacer, hasta que el jefe de la banda les gritó:

- ¿Está segura que no tiene alguna otra chuchería que agregar al botín, milady?

Ella se puso rígida, pero eso no era nada comparado con la violencia que podía sentir Warren. No haber hecho nada estaba fastidiándole de veras. Simplemente, no era su natural eso de agachar la cabeza, ni siquiera cuando tenía cuatro pistolas apuntándole.

Pero Amy era mucho más pacífica, y antes de que él pudiera decir o hacer nada, ella dijo:

- No, y si no quieren tener que habérselas con los Malory de Haverston, por lo que han hecho esta noche, se conformarán con lo que han sacado.

Tal vez no habrían oído hablar de los Malory de Haverston, pero el nombre de Malory era por sí solo bien conocido aun por los ciudadanos de las capas más bajas de la población en Londres. Anthony Malory se había encargado de eso durante sus días de libertino entre prostitutas, juego y duelos.

Amy no se equivocó, porque los ladrones no dijeron una palabra más. Pero eso no impidió que siguiera arrastrando a Warren, no estaría tranquila hasta que estuvieran bien lejos de allí.

Habrían caminado una media milla, cuando Warren dijo:

- Ya puedes dejar de destrozarme el brazo, pequeña. No voy a volver atrás.

- Por fin sale algo sensato de tu boca - murmuró para sí.

- ¿Qué dices?

- Nada.

Lo soltó y siguió caminando delante de él, casi corriendo, con las prisas por volver a la ciudad. Según sus cálculos, aún faltaban un par de millas antes de que llegaran a las afueras

Librodot

de Londres, y para cuando llegara a casa... No quería ni pensarlo. No había planeado estar fuera tanto tiempo. Le había dicho a Artie que se retiraba, con la esperanza de que no la molestarían. Pero aun así, aún tenía que entrar en la casa sin que nadie la viera, y cuanto más tarde fuera, más silencioso estaría todo y más fácil sería que la oyeran.

- ¿No será por todas estas maravillosas varas que nos rodean que estás tan calladita?

Ya habían recorrido quizás otra milla cuando Warren dijo eso... justo detrás de ella. Amy esperaba que aquello fuera un brote algo retrasado de humor, pero lo dudaba.

- Una vara recién cortada no es de tan buena calidad - le informó sin volverse siquiera- . Necesita una maduración que sólo el tiempo...

- Una vara recién cortada nos serviría perfectamente, estoy seguro.

Ella se volvió.

- Olvídalo Warren. No he hecho nada para merecer...

- ¿Que no has hecho nada? Si no fuera por ti, mi cuerpo no estaría tan... necesitado. No me hubieran robado, y no estaría en este miserable camino.

- Esto es un ejercicio espléndido, no llevabas tanto dinero y en cuanto al otro problema ya sabes qué puedes hacer... si no fueras tan obstinado.

- Está bien.

Se apartó a un lado del camino, entre los matorrales de que tanto había hablado. Amy no esperó a ver cómo rompía una varilla, salió corriendo.

Librodot

15

La luz de la luna se filtraba a través de las nubes, y se veía claramente el camino, así que no era difícil esquivar los baches y los surcos de las ruedas de los carruajes. Y el camino estaba seco. No llovía desde hacía tres días, así que tampoco había peligro de resbalar y caerse en un charco de barro. La única preocupación de Amy era que pudiera atraparla aquel loco que pretendía desahogar su frustración en ella, desahogarse físicamente, aunque no en el modo en que Amy querría. No podía permitir que lo hiciera. Después se arrepentiría, aunque tenía la impresión de que ella lo sentiría más que él... al menos su trasero lo sentiría.

En todo caso, estaba convencida de que ganaría esa carrera, y más teniendo en cuenta que no había nadie en el camino que pudiera ponerse por medio, como le pasó antes. Pero Warren había tenido el tiempo suficiente para serenarse, así que no se sentía nada torpe, y no tuvo problemas para alcanzarla. En unos instantes su mano ya le había cogido la capa, luego el brazo. Y al hacerla volverse, ella tropezó y los dos perdieron el equilibrio y cayeron. Amy se quedó sin aliento cuando sintió el cuerpo de él aterrizar sobre ella. Cuando el daño se calmara, seguramente descubriría que se había roto un hueso o dos, si es que no se los había roto todos.

Y él no se quitó de encima. Hizo ademán de hacerlo, pero al intentar incorporarse, se encontró con los desmesurados ojos de Amy fijos en él, sus labios anhelantes, y con un gemido inclinó su cabeza sobre la de ella. Aquel dulce roce de sus labios hizo que Amy olvidara su malestar. Su falda no era lo suficientemente ancha como para que Warren pudiera acomodarse entre sus piernas, a menos que estuviera levantada, que no lo estaba, pero una al menos sí cupo.

No hizo falta más para que Amy se abrazara a él y siguieran los dos tendidos en el suelo. Qué maravilla era sentir el peso de su cuerpo encima. Era tan diferente de los otros besos, cuando ella había intentado acercarse a él con tan mala fortuna. Era como si se hubieran fundido, tan pegados estaban, y aun así no era suficiente. Ella quería más.

El tenía sus manos sobre ella, una sosteniendo su cabeza, la otra sobre su cuerpo. No había ninguna varilla por ningún sitio, y tampoco es que eso importase mucho ahora. Y luego el beso fue más profundo, y una de sus manos se deslizó hasta su pecho.

Tampoco eso fue como antes, cuando la mano de Warren estuvo sobre su pecho, pero inmóvil. Ahora acariciaba, presionaba, y su pecho cobró vida, se irguió, y luego aquellas sensaciones que le recorrían todo el cuerpo... Ella ya sabía que hacer el amor con ese hombre sería maravilloso, pero saber no es experimentar. Que esto sólo fuera el comienzo hacía que se sintiera más ansiosa al imaginar lo que podría seguir.

Era inconcebible que Warren pudiera luchar contra algo tan maravilloso cuando, a diferencia de ella, sabía exactamente qué le esperaba. Pero ahora no se resistía, estaba dando rienda suelta a su pasión y ella estaba allí para responder.

Warren rodó y ella quedó encima de él. Y sujetándole las nalgas con las manos, para controlar sus movimientos, la presionó contra su pene, y acompañó los lentos movimientos de su cuerpo, contra los que la fina gasa de su vestido no era ningún obstáculo.

Aquellos movimientos la iban a enloquecer. Sus dedos se agarraban al dorado cabello de Warren. Y lo besaba. Besaba su cuello, su mandíbula, mordisqueaba sus orejas, y él seguía presionándola contra su cuerpo, haciéndola moverse sobre él, provocando un contacto abrasador que no sabía que existiera.

Estaban en medio de la calle. Podían perfectamente atropellarlos si venía un coche y no lo oían, cosa bastante probable, entregada por completo como estaba en aquellos momentos a Warren. Pero no le importaba, y apostaba a que a Warren tampoco.

Por desgracia, apareció un coche, y no lo oyeron ni siquiera cuando ya casi lo tenían encima. Suerte que el cochero vio el obstáculo que había en el camino y detuvo el carruaje. La ocupante, una conocida matrona de Londres, asomó la cabeza para ver qué sucedía, pero desde ese ángulo lo que no pudo ver fue cómo Amy y Warren se ponían atropelladamente de pie después de que el cochero tuviera que carraspear varias veces para llamarles la atención.

Librodot

De todas maneras, preguntó:

- ¿Qué sucede, John? Y como me digas que es uno de esos molestos bandidos, lo primero que haré mañana por la mañana es despedirte.

El cochero, que se había divertido al ver a aquellos dos amantes retozones, dejó de divertirse de golpe. Y no por la amenaza de su señora. Le amenazaba con despedirle cada semana, y sin embargo llevaba en ese puesto veinte años. No, pero al recordar a los bandidos se le ocurrió que aquello podía ser un truco para que se detuvieran.

Con un cierto recelo, respondió:

- Todavía no sé exactamente cuál es el problema, lady Beecham.

A Amy se le cayó el alma a los pies cuando oyó ese nombre. Abigail Beecham era una condesa viuda, una agria anciana, cuya única ocupación parecía ser en esos días recoger chismes con que alimentar los cotilleos. Sin duda era la peor persona que podía haber aparecido, y si la reconocía, Amy ya podría ir pensando en preparar sus maletas y marcharse a China. Tenía que correr a esconderse entre los matorrales. Y lo que menos falta le hacía era oír que Warren hablaba educadamente porque había visto a Abigail Beecham y su coche, su salvación.

- Tranquilo, buen hombre - dijo Warren a John, el cochero- Nos acaban de robar.

- ¿Qué pasa? ¿Qué pasa? Venga aquí donde pueda verle.

Warren se disponía a hacerlo, pero Amy lo detuvo furiosa.

- ¡Me reconocerá en cuanto me vea! Y por si no sabes lo que eso significa, te recuerdo que los matrimonios forzados son algo que se practica en nuestras respectivas familias.

- Tonterías - se burló él, indiferente al riesgo- . Súbete la capucha.

No podía creerlo. Al condenado no parecía importarle la seriedad y el riesgo que comportaba esa situación. Es más, la empujó delante de él, hacia las luces del coche, y la mirada escrutadora de Abigail Beecham.

- ¿A quién estás escondiendo ahí, joven? - quiso saber la anciana.

Warren miró por encima de su hombro, porque Amy realmente se escondía, pegada a él, con la cara oculta en su espalda.

Como la frustración sexual, la vejación y las ganas de vengarse estaban en su lista de prioridades, respondió secamente:

- Mi amante.

- La vistes con finos trapos - señaló Abigail con escepticismo.

- Un hombre puede gastar su dinero como le plazca - respondió él desafiante.

La vieja dama sonrió, pero dejó su respuesta para otra ocasión.

- Parecen maltrechos.

- Lo estamos - respondió Warren- . Nos robaron el dinero y el transporte.

- ¿Bandidos?

- De la ciudad - aclaró- . Nos sacaron de Londres.

- ¡Es escandaloso! Bueno, suban y podrán contármelo todo.

- Olvídalo - susurró Amy a su espalda- . No puedo correr ese riesgo.

- ¿Qué murmura esa joven?

Antes de que Warren pudiera responder, Amy le advirtió:

- No te ha creído. Y se está muriendo de ganas por ver si me conoce, y ¡me conoce!

- Te estaría bien empleado - fue lo único que respondió, al tiempo que abría la portezuela del carruaje y la echaba dentro.

Amy no podía creer que hubiera hecho aquello. Pero no pensaba tolerarlo. Entró al coche con la cabeza baja, pero se fue derecha a la otra portezuela.

Warren hizo lo mismo, y sólo se detuvo un instante para decirle a la sorprendida dama

- Disculpe, milady. Sólo será un momento.

Alcanzó a Amy varios metros más allá del coche.

- ¿Qué demonios crees que estás haciendo?

- ¡Yo! - dijo furiosa- . Por qué no hablamos primero de ti, porque sé exactamente qué pretendes hacer. No cortaste tu dichosa vara y ahora quieres castigarme con esto por el pequeño problema que te he causado. Bien, pues tendrás que buscar otra manera de hacerlo.

- No pienso volver andando a Londres, cuando tenemos aquí a esta dama que se ofrece tan amablemente a llevarnos.

- Entonces vete con ella, pero sin mí. Si no quieres pensar en mi reputación, piensa en la tuya. Esa dama le va a contar a todo el mundo que me has comprometido, y si crees que podrás salir inmune de eso te equivocas. Y además, yo no te quiero así. Quiero que tú me quieras y me lo pidas.

Amy casi podía oír cómo le rechinaban los dientes.

- Está bien, tú ganas. Nos comprometeremos. Supongo que podrás ir con el cochero. ¿O crees que hay peligro tambien de que te reconozca?

- Y ¿qué le dirás a lady Beecham?

- Que no querías ofenderla con tu carácter inmoral.

Amy sintió ganas de darle un puntapié. Pero en vez de eso, le lanzó una radiante sonrisa y dijo

- No serás un libertino, Warren Anderson, pero eres un sinvergüenza.

16

A diferencia de Warren, que parecía dispuesto a conservar su amargura el resto de su vida, Amy era demasiado exaltada y viva para guardar rencor o estar enfadada mucho tiempo. Así que ya había perdonado a Warren por su odioso comportamiento para cuando lady Beecham los dejó a las puertas del hotel Albany. En realidad, la proximidad al lugar donde había querido estar toda la noche le estaba dando ideas otra vez.

Se le debía de notar, porque Warren la miró y dijo:

- Si lo dices, te pondré sobre mis rodillas aquí mismo. Y no me importa la gente que venga a mirar, no me detendré hasta que me pidas clemencia.

- ¿Qué te hace pensar que no pediría la clemencia en seguida?

- ¿Qué te hace pensar que tengo?

Amy hizo una mueca, en absoluto intimidada esta vez.

- La tienes. Tal vez esté bien escondida, y no es mucha, pero apuesto a que podría arrancarte un poco. Y yo nunca pierdo una apuesta.

El no se dignó responder a eso. La agarró por un brazo y se volvió para llamar a un carruaje que pasaba. Por fortuna, el carruaje de Abigail ya había dado la vuelta a la esquina para ese entonces, porque la impaciencia de Warren le había echado a perder la cautela. Quería deshacerse de Amy, y quería que fuera ya.

Amy lo comprendía. Se lo había puesto muy difícil en vanas oportunidades aquel día, a propósito y como parte de su plan para agotar sus defensas lo más pronto posible; era más de lo que un hombre podía soportar, especialmente con el temperamento de Warren. Así que no podía culparle por su resentimiento hacia ella. Lo raro era que a esas alturas no estuviera echando espuma por la boca. Después de todo, había resultado un día espléndido. Incluso aquellas inesperadas aventuras habían jugado en su favor... bueno, al menos una. Si los ladrones no les hubieran robado y les hubieran dejado en medio del campo, no hubiera podido experimentar ese último banquete de pasión. Y Warren tampoco. Y lo que guardaba más fervientemente en su corazón en el corto trayecto a Berkely Square era que Warren no se había detenido la última vez, ni lo habría hecho, si lady Beecham no hubiera aparecido cuando lo hizo...

Warren indicó al cochero que le esperara. Sólo le quedaban esos momentos para estar con él, y no sabía cuándo podría volver a verlo. Si no se equivocaba, y de la manera en que empezaba a conocerlo no se equivocaría, él trataría de evitarla a toda costa. Pero no podría, no teniéndola alojada en casa de su hermana. Si al menos él también se alojara en la casa. Tendría que mencionárselo a Georgina.

Llegaron a la puerta. Amy se apoyó en ella y miró a Warren. Tenía la expresión ceñuda, como siempre, pero eso no mermaba para nada su belleza. Era más bien como un reto. No era de extrañar que tantas mujeres se sintieran atraídas por él. Pero ella no sería una de ellas. Ella iba a ser la que lo conquistaría. Le hubiera gustado que le diera un beso de buenas noches. ¿Se atrevería a provocarlo una vez más? Ya le había demostrado con creces que era atrevida.

- ¿Te das cuenta - preguntó Amy alegremente- de que fue esta misma mañana cuando te dije que te deseaba? A este paso, ya estarás listo para declararte al final de la semana. Claro está, que también podrías rendirte y pedirme que nos casáramos ahora mismo; así podríamos estar casados ya a final de semana y no simplemente comprometidos. ¿Tú qué opinas, yanqui? ¿Estás listo para rendirte?

- Estoy listo para hablar con tu tío - y su tono no parecía indicar que fuera sobre el matrimonio, sino sobre su comportamiento ultrajante- . Abre la puerta, Amy.

Amy se puso rígida. No había pensado en esa posibilidad.

- ¡No puedes hacerme eso!

- Mírame bien.

- Pero entonces no volverías a verme nunca, y eso no es lo que quieres. A lo mejor crees que sí, pero te aseguro que no es lo que quieres.

- En eso discrepamos. No se me ocurre nada más tentador en este momento.

Librodot

- ¿No?

Ahora fue él quien se puso algo tenso y dio un paso atrás.

Estúpida, estúpida, ¿por qué había dicho eso? Tenía que haberle demostrado que no lo acosaría más... aunque no tuviera intención de hacerlo. Y tendría que ser escrupulosamente honesta con él, de lo contrario no conseguiría nunca ganar su confianza. No se desdijo de su sarcasmo, pero propuso lo que esperaba fuera una oferta razonable.

- Por favor, al menos consúltalo con la almohada. Estás enfadado ahora, pero por la mañana lo verás de otro modo.

- No.

- No es momento para que te pongas a hacer una demostración de lo obstinado que puedes ser - le dijo Amy exasperada- . ¿No quieres siquiera pararte a considerar las consecuencias... lo que supondría que te deshicieras de mí? Por ejemplo, tío James no creerá que eres inocente. Yo le aseguraré que lo eres, pero con lo mal que le caes, seguro que no me creerá. Y no querrás provocarle otra vez, ¿no? Es tan impredecible. Podría gritarte, o golpearte, o hasta echarte, y no dejar que volvieras a ver a George o a Jack nunca más.

- Me arriesgaré.

Lo dijo con tanta indiferencia, que Amy tuvo que contenerse.

- ¿No crees que eso pueda pasar? Tal vez no. A lo mejor lo único que sucederá es que a mí me manden al campo y tú puedas continuar con tus asuntos sin que yo te estorbe con mi encanto. Por supuesto, en un par de días ya estarías muerto de aburrimiento sin el estímulo de nuestras conversaciones. Y tus hermanos, que se enterarán de todo, dirán que no pudiste dominar a una chiquilla, pero supongo que podrás soportar sus burlas.

- Ya es suficiente, Amy.

- ¿Has cambiado de idea?

- No.

- ¡Está bien! Ve y confiésalo todo. Pero piensa que hay una posibilidad que no has tenido en cuenta. Que yo puedo darle a mi familia la versión que quiera. Y lo único que conseguirías con eso es tener a mis tíos vigilando cada uno de tus movimientos - y estaba tan enojada que añadió- : Y otra cosa. Esa idea tuya tan maravillosa puede parecerte tu salvación ahora, pero es la cosa más cobarde que podrías hacer. Si piensas enfrentarte a mí, Warren Anderson, hazlo tú solo.

Amy se volvió, le dio la espalda, y se puso a rebuscar la llave en el bolsillo de su capa. La capa la llevaba bastante torcida, así que el bolsillo no estaba donde tenía que estar. Sólo rogaba que la llave estuviera aún allí, después de tantas caídas y sobresaltos. Aunque, por otra parte, su problema quedaría resuelto, temporalmente al menos, si la llave no estaba. Pero estaba, y ya había decidido que no le volvería a mentir a Warren, ni siquiera a medio mentirle, si podía evitarlo.

Durante esos instantes Warren no dijo una palabra, pero en el momento en que ella metió la llave en la cerradura, la tomó por los hombros.

- ¿Crees que no puedo?

- ¿Que no puedes qué?

- Resistirme a ti.

Ella misma estaba teniendo sus dificultades para resistir la tentación de apoyarse en él, así que dejó de resistirse, y él no la rechazó.

- Creo que lo intentarías con todas tus fuerzas - dijo en un susurro.

- ¿Y ganaría?

- ¿Quieres apostar?

Amy contuvo el aliento, esperando su respuesta. Sabía que si él aceptaba la apuesta estaría sellando su destino, porque ella nunca perdía. Pero la decepcionó.

- No. Apostar sería darle importancia al asunto. Tu des caro me ha pillado por sorpresa, eso es todo. Pero ahora que ya sé qué puedo esperar, sólo tendré que ignorarte.

Amy se volvió antes de que él pudiera retroceder para evitar que pegara su cuerpo al de él.

- ¿Puedes? - le preguntó con voz seductora.

El la dejó. Está bien, tal vez podía... pero no por mucho tiempo.

17

Amy cerró la puerta y se apoyó en ella aliviada. Sonrió para sus adentros, el peligro había pasado. Había conseguido entrar sin que Warren la siguiera, toda una proeza, teniendo en cuenta lo obstinado que era. No estaba segura de cuál de sus observaciones le había hecho cambiar de idea, pero lo importante era que no sacaría a tío James de su cama para hacerle escuchar el relato de los múltiples pecados de su sobrina. Otro día, quizá, pero no esa noche...

- ¿Existe alguna buena excusa para que llegues a casa a estas horas?

Amy se sobresaltó tanto que casi se cae al suelo. Consiguió balbucear:

- Sí... no... ¿Puedo pensarlo y decírtelo por la mañana?

- Amy...

- Estaba bromeando, por el amor de Dios - le dijo a su primo al tiempo que se apartaba de la puerta, agradecida porque fuera él y no su tío quien la había oído llegar- . ¿Y qué haces tú en casa tan temprano?

No dejó que lo desviara del tema.

- Eso es igual. Quiero una respuesta, prima, y la quiero ahora.

Amy puso cara de fastidio y fue hacia la sala.

- Pues si tanto te interesa, acabo de tener un rendez vous secreto con un hombre en el que estoy muy interesada.

- ¿Ya?

Ella lo miró.

- ¿Qué quiere decir ya?

Jeremy se puso cómodo, se apoyó contra la puerta, con los brazos cruzados, las piernas cruzadas, una postura engañosamente tranquilizadora que a tío Tony le gustaba mucho y que Jeremy, que tanto se parecía a él, estaba aprendiendo a la perfección.

- Quiero decir que hace tan sólo una semana que te has presentado en sociedad. No pensé que elegirías tan rápido como tu hermana Diana.

Amy arqueó una ceja.

- ¿Pensabas que sería como Claire, que tardó dos años en decidirse?

- No tanto, pero al menos unos meses sí.

- Sólo he dicho que me interesaba.

- Me alegro de oír eso. Pero ¿por qué tanto secreto entonces?

- Porque no creo que a la familia le guste - admitió.

Jeremy era el único al que podía contarle una cosa así sin miedo a que le diera un ataque. Y él hizo una mueca, como anticipando las malas caras que pondría la familia cuando lo supieran.

- ¿Quién es?

- Eso no te importa.

- ¿Entonces, lo conozco?

- Yo no he dicho eso.

- ¿Lo conozco?

- Probablemente.

- ¿No será un patán maleducado? Sí es así me temo que tendré que oponerme tajantemente.

- No es un patán. Tiene unos principios de lo más elevados.

Jeremy frunció el ceño.

- ¿Entonces cuál es el problema?

De acuerdo, ella había intentado ceñirse en lo posible a la verdad, pero él no parecía dispuesto a dejarla.

- No tiene un centavo - improvisó, para desviar a su primo del rastro.

- Tienes razón. No sería nada apropiado. No sería bueno que tuvieras que vestir con harapos.

- No tendría que hacerlo. Tiene sus proyectos.

Librodot

- Pues ¿cuál es el problema?

- No desea cortejarme hasta que su situación haya mejorado.

Jeremy asintió pensativo.

- ¿Y tú has estado intentando convencerle de lo contrario?

- Exacto.

- ¿Y tuviste que revolearte en el fango para hacerlo?

Amy se sonrojó ante las imágenes que esa pregunta le hizo venir a la cabeza.

- Lo único que hicimos fue andar y hablar. Y me temo que yo estaba tan absorta que tropecé y caí varias veces.

- Tiene que ser muy patoso él para no haber intentado sujetarte... o ¿es que también él se cayó?

Amy aún se sonrojó más ante su mirada de complicidad, y le espetó:

- Aún soy una condenada virgen, si es eso lo que quieres saber.

Jeremy la obsequió con una sonrisa perversa.

- No lo he dudado ni por un momento, querida niña. Ese hombre hubiera tenido que ser un verdadero estúpido para no besarte, así que deja ya de sonrojarte. Yo creo en los besos, ¿tú no?

Ella rió. A veces le resultaba difícil recordar que tenían la misma edad y que él podía entender perfectamente las desbordadas pasiones de la juventud. Y ya que había salido el tema, era el momento perfecto para aprovechar la experiencia de Jeremy.

- Ahora que lo dices - dijo, mientras se quitaba la capa y se acurrucaba en un extremo del sofá- , hay una cosa que tenía ganas de preguntarte. Ven y siéntate conmigo, y permite que me beneficie de tu amplia experiencia.

- ¿Va a doler? - le respondió él al tiempo que se acercaba para sentarse junto a ella.

- En absoluto. Es sólo una cuestión filosófica. Cualquier otra persona a quien se me ocurriera preguntárselo se sentiría demasiado incómoda, pero no tú.

- No pienso explicarte cómo se hace el amor - se defendió indignado.

Amy rió.

- Eso no sería ningún tema filosófico, aunque sí muy pertinente para mi futuro. No, lo que quería saber es qué tiene que hacer una mujer, Jeremy, para que la quieras cuando te has convencido de que no puede ser.

- Entonces ¿no es amable contigo?

- Digamos que es bastante amable.

- Entonces no hay ningún problema.

- Sí lo hay. Imagina que has decidido, por alguna absurda razón que sólo un hombre podría comprender, que no la puedes tocar.

- ¿Qué clase de razón?

- ¿Cómo voy a saberlo? Quizás es alguna cuestión de honor, que es la hermana de tu mejor amigo o algo por el estilo.

- Bueno, por las campanas del infierno, no creo que eso fuera ningún obstáculo para mí.

- ¡Jeremy! - le dijo con fastidio- . Es sólo una suposición. Sea cuál sea el motivo, el caso es que evitas relacionarte con ella. Entonces, ¿qué tendría que hacer ella para hacerte cambiar de opinión?

- No sería difícil hacerme cambiar de opinión a mí, Amy.

Amy no tuvo más remedio que reírse por la cara que había puesto su primo.

- No, ya me imagino que no. Pero olvidemos por un momento que tú estás siempre disponible para todas y cada una de las mujeres del mundo. Imagina que es la única vez en que no puedes actuar según tu costumbre. No vas a tocar a esa mujer. No vas a hacerle el amor, aunque en el fondo de tu alma es la cosa que más deseas en el mundo.

- Eso esperaría, sí.

- Bueno, ¿qué puede hacer ella para conseguir que olvides tus escrúpulos?

- Quitarse la ropa.

- ¿Perdona?

- Puede desnudarse delante de mí. No creo que pudiera resistir eso.

Amy estaba sorprendida.

- ¿Eso es todo?

- Eso es todo.

Suspiró. Temía haber preguntado a la persona equivocada. Jeremy, tan joven, no tenía la fuerza de voluntad y la determinación de Warren.

- Y ahora dime, ¿por qué lo querías saber?. Amy suspiró otra vez, con dramatismo.

- ¿Por qué iba a ser? El hombre que me interesa se niega a hacerme el amor sin que estemos casados.

- ¿Qué?. Le dio unas palmadas en el brazo para tranquilizarle.

- Era una broma, Jeremy.

- De muy mal gusto.

- No dirías eso si te hubieras visto la cara. No consiguió ablandarlo.

- ¿Cuál es la respuesta entonces?

Amy esperaba que su primo hubiera olvidado su pregunta, pero como vio que no, intentó seguir bromeando.

- ¿Quién bromea ahora? ¿O es que vas a decirme que ya no recuerdas la curiosidad que sentías antes de tener todas las respuestas?

La verdad es que no recordaba haber pasado por eso, él había crecido en una taberna, así que prefirió no contestar.

- ¿Sólo era curiosidad?

- Avidez - le respondió con una sonrisa traviesa- . Y ya que estamos, ¿no quieres reconsiderar la idea de explicarme cómo se hace el amor?

- Ni que me maten. ¿Así que se te está resistiendo?

- ¿Quién?

- Tu caballero.

- Yo no he dicho que fuera él.

- No hacía falta. Un hombre inteligente, si es tan prudente.

- Espero que eso no signifique lo que creo.

- No la tomes conmigo ahora - dijo al ver su expresión furiosa- . ¿A mí qué me importa si quieres tener el niño antes de hacer los votos? No soy yo quien tendrá que hacer que el tipo se responsabilice de él.

- Mi padre no...

- Claro que no. Ya tiene a sus dos hermanos menores para que se encarguen de esas cosas. Tendrás suerte si te queda hombre para casarte.

Amy lo miró enfurecida. Era muy típico de Jeremy hacer un comentario como ése. Pero él no conocía la verdadera situación, ni la conocería, porque seguro que tendría muchas más cosas que decir si se enteraba de que el caballero en cuestión era el mismo hombre que su padre detestaba y el resto de la familia apenas toleraba.

Lo que su primo le había dicho era cierto y ella no se había parado a considerarlo antes. Pero la posibilidad de quedar embarazada no cambiaría su idea de hacer el amor con Warren, no al menos hasta que se le ocurriera alguna otra cosa para acelerar un desenlace favorable. El riesgo, sin embargo, hacía imprescindible que las perspectivas fueran algo mejores, y ella ya sabía cómo conseguir eso.

- ¿Hacemos una apuesta, Jeremy?

Él la miró en seguida con cara de desconfianza.

- ¿Qué clase de apuesta?

- Si decido que le quiero, podré conseguir sin necesidad de forzarlo a que se case conmigo.

- Pensaba que sólo te interesaba.

- He dicho si decido que le quiero.

Librodot

- Está bien, pero la apuesta vale sólo si te mantienes fuera de su cama. Si pierdes, no te podrás casar con él.

Los ojos de ella relampaguearon. ¡Si perdía estaría embarazada y no se podría casar con él!

- Eso... eso...

- O lo tomas o lo dejas.

- Está bien - le contestó con el mismo sarcasmo con que él le había preguntado- . Y si gano, tú no tocarás una mujer en...

Se puso derecho de golpe, con expresión desconsolada.

- Sé buena y recuerda que soy tu primo favorito.

- Un mes.

- ¡Un mes!

- Iba a decir seis...

- Uno hemos dicho.

El primo suspiró, pero no habían pasado más que unos segundos cuando ya la estaba mirando con cara perversa otra vez.

- Bueno, ya he hecho mi buena obra del día.

- Sí la has hecho. Acabas de asegurar que lo tendré, si decido que lo quiero, porque nunca he perdido una apuesta.

18

Amy había conseguido lo que quería, aunque ella no lo sabía. Warren se acostó aquella noche pensando sólo en ella. Algunos de sus pensamientos eran sanguinarios, pero considerando el malestar que sentía era normal. Y se acostó solo.

Le sorprendía ver que al dejar a Amy había regresado a su hotel en Picadilly en vez de al Hell and Hound y a la rolliza Paulette. Su descuido había sido censurable, suponía, y el hecho de haber dejado que la jovencita lo disuadiera de lo que tendría que haber hecho... alertar a su familia sobre su escandaloso comportamiento. Pero después de volver al Albany y recordar lo que le esperaba al otro lado de la ciudad, a pesar de ello subió a su habitación en vez de buscar otro coche.

Por descontado, cuando llegó a su hotel ya era muy tarde. Y él y sus hermanos tenían asuntos que atender temprano al día siguiente. ¿Pero cuándo había sido eso un obstáculo para que buscara a una mujer cuando tenía necesidad? Y la necesidad era ciertamente muy fuerte, desde aquella mañana, desde aquel beso. Había sido su intención saciarse esa noche. Le había advertido a aquella niñata exasperante que lo dejara en paz, y pensó que eso sería bastante. Qué poco sabía de la tenacidad de los ingleses. Pero todo eso había sido antes de acabar casi haciéndole el amor a Amy Malory en medio de un camino vecinal.

Aún no podía creer que él hubiera hecho una cosa así, y deseaba no haberla hecho. Hacía tanto que había olvidado el gozo de la pura lujuria, la elevación de los sentidos, el dejarse llevar por el placer. Demasiado tiempo llevaba practicando un amor frío, indiferente, limitándose a satisfacer una necesidad primaria de su cuerpo. Amy le había hecho sentir mucho más, y ahora simplemente, Paulette no parecía lo suficiente seductora para hacer el esfuerzo. Así de simple.

Pero no podría soportar otro día como ése, sintiendo un deseo tan fuerte sin poder satisfacerlo. Y todo por el capricho de una niña de diecisiete años. ¡Cristo Santísimo! ¿Cómo era posible que alguien tan joven pudiera manipularlo de aquella manera, tirando de las cuerdas adecuadas en cada uno de sus encuentros? No era más que una promiscua y una descarada. Era obvio que había descubierto el sexo y le había parecido demasiado placentero para ignorarlo, y, como suele pasar con los jóvenes, se estaba atiborrando lo que podía. Para ella él no era más que un desafío, probablemente el primer hombre que le decía que no. Eso era todo, por eso lo atormentaba de aquella manera. Tenía que habérselo dicho a James Malory. ¿Cómo podía haberse dejado convencer de aquella manera?

- ¿Estás despierto, hermano mayor? - le preguntó Drew cuando entraba.

- Ahora sí.

Drew se limitó a reír ante el tono disgustado de su hermano.

- No pensé que regresarías tan pronto. Te deben de haber dejado bien servido ya a primera hora.

Si al menos lo hubiera hecho, luego le habría resultado más sencillo resistirse a la tentación de Amy. Y se paró de pronto a preguntarse si, de no ser porque compartía habitación con su hermano temporalmente, porque el hotel estaba demasiado lleno, se habría rendido y habría traído a Amy a su habitación. La idea le hizo sentir escalofríos. ¿Tan poca voluntad tenía? ¿O era el atractivo de ella tan poderoso?

La muchacha era un problema, se mirase por donde se mirase, y tenía que poner fin a aquello inmediatamente. Era la sobrina de su hermana, por el amor de Dios. Era una Malory. Apenas si acababa de dejar la escuela. Y el hecho de que se hubiera lanzado al mismo desenfreno que dos de sus tíos antes que ella no venía a cuento. Si ella quería dispensar sus favores a los hombres en general, era asunto suyo, pero él no pensaba colaborar en su caída.

Acabaría quedando embarazada y no sería ni capaz de decir quién era el padre. Pero algún tonto que hubiera caído en sus garras tendría que reconocerlo, y ese tonto no iba a ser él. Tampoco creía que ella quisiera casarse de verdad, y acabar así con la diversión. Seguramente era sólo otro de sus ardides para adular a los hombres, porque ella era

Librodot

terriblemente hermosa. Sí, esa noche ella había demostrado lo poco dispuesta que estaba al matrimonio cuando con tanto esmero se escondió de lady Beecham.

Debería sentirse aliviado. Estaba aliviado. Pero eso no terminaba con el problema. Por muy atractiva que fuera la chica, y por mucho que él la desease, no se dejaría atrapar en sus redes.

- ¿Sabes? - continuó Drew, que se había sentado en el otro lado de la cama que compartían, y estaba ahora intentando quitarse las botas- , a pesar de lo mucho que nos quejamos de los ingleses, hay que reconocerles una cosa. Tienen una ciudad muy complaciente en Londres. Cualquier distracción que puedas desear, la encuentras aquí. Vaya, tienen hasta vicios de los que ni siquiera había oído hablar.

- Veo que te has divertido esta noche - dijo Warren secamente.

- Divertirse es poco. Boyd y yo encontramos a esa exuberante...

- No quiero oírlo, Drew.

- Pero es que tenía un talento excepcional, además de hermosura, con un cabello oscuro adorable, y los ojos celestes. Me recordaba a Amy Malory, aunque no era tan hermosa como ella.

- ¿Por qué tienes que mencionarla a ella?

Drew se encogió de hombros, sin advertir que su hermano se había puesto muy tenso.

- Ahora que lo mencionas...

- Tú lo mencionaste.

- Bueno, pues quien sea... no he podido quitarme a esa cosita linda de la cabeza desde que la volvimos a ver ayer.

- Pues ya te la puedes estar quitando de la cabeza - le gruñó Warren- . Es demasiado joven incluso para tí.

- Y un cuerno - se permitió discrepar su hermano, ajeno aún a las emociones que estaba removiendo en el interior de Warren- . Pero es el tipo de chica con el que uno se tiene que casar, y ésas no son las que a mí me van. Sin embargo - dijo suspirando aparatosamente- , cuando la veo casi me dan ganas de pensar en sentar la cabeza.

Aquello era demasiado para Warren.

- Vete a dormir de una vez. Y si se te ocurre roncar esta noche, te voy a ahogar con la almohada.

Drew miró a su hermano con sorpresa.

- Parece que no estamos de muy buen humor esta noche, ¿eh? Vaya una suerte tener que compartir habitación con el gruñón de la familia.

Fue la última provocación que Warren pudo soportar en un día que había estado lleno de ellas. Se volvió hacia su hermano, y éste acabó tendido en el suelo. Drew se quedó un momento en el suelo, pasándose la mano por la mejilla dolorida, y luego se incorporó un poco para poder ver a su hermano, que seguía sentado en la cama.

- Así que esto es lo que necesitabas - dijo, como si ahora comprendiera perfectamente el malhumor de su hermano.

Sonrió mientras se incorporaba.

- Bueno. Pues nada, estoy dispuesto.

Warren no necesitó que su hermano dijera más. Cinco minutos después ya habían añadido unos dineros más al precio de la habitación, por la rotura de una silla y de la cama. A Clinton no le haría mucha gracia, porque no apreciaba mucho esa propensión de Warren a la violencia. Pero a Drew le daba igual, y siempre le gustaba participar en el ejercicio preferido de su hermano. Lo del ojo morado no importaba tampoco, no estaba tratando de seducir a ninguna dama londinense por el momento.

Warren, sin embargo, no podía sentirse satisfecho con el resultado. Había puesto deliberadamente su boca al alcance del puño de su hermano, y gracias a ese labio partido, le resultaría imposible besar al menos en unos días. Si se daba el caso de que volvía a perder la

cabeza y sucumbía a la seducción de Amy, el dolor en el labio seguro que le haría reconsiderar las cosas.

El esfuerzo físico también había serenado su ánimo por el momento, lo suficiente como para que, ahora que se sentaba en el colchón, que habían colocado en el suelo, recordara que lady Amy le debía una promesa por no haberse enfrentado a los ladrones. Cualquier cosa que pidiera, ése fue el trato. De alguna manera se las había arreglado para hacérselo olvidar después, pero no volvería a olvidarlo. Al fin había encontrado una solución a su problema.

Librodot

19

Los negocios que los Anderson tenían que atender a la mañana siguiente tomaron menos tiempo de lo que pensaban; la oficina que Thomas había encontrado el día anterior recibió el visto bueno de todos, y en una hora ya habían firmado los papeles. Y aunque aquel local de tres habitaciones necesitaba algunas reparaciones, no haría falta más que un carpintero y un pintor, y en unos pocos días estaría listo. Clinton y Thomas fueron a comprar los muebles, Boyd a buscar los trabajadores.

Eso permitió a Warren y Drew disponer de un tiempo libre. Quería ir a Berkely Square y tener unas palabras con Amy, pero no podía hacerlo si tenía a Drew pegado a sus talones. Pensó en tener otra pelea con su hermano para poder librarse de él, pero ahora que ya sabía cómo iba a resolver su pequeño problema se sentía demasiado aliviado para fingir enojo.

Drew, sin embargo, le evitó el problema de tener que decirle que se esfumara, lo cual, conociendo a Drew, no hubiera hecho más que despertar su curiosidad y hacer que le siguiera todo el día. Por lo visto el joven tenía sus planes.

- Voy a ir a ver a un sastre que me recomendó Derek. Ese hombre puede hacer trajes de etiqueta en unos días por un precio muy razonable.

- ¿Y para qué necesitas un traje de etiqueta aquí en Londres?

- Boyd y yo estamos invitados a un baile para el final de la semana. De hecho la invitación nos incluía a todos, pero no pensé que quisieras venir.

- Y no quiero. Y para el final de la semana tú tienes que estar ya navegando.

- ¿Y eso qué importa? Aún me queda tiempo para unas horas de romance.

- Ah, lo había olvidado. Tú eres precisamente famoso por ser de los que besan y luego escapan corriendo, así que, ¿qué más da?

- La mala fortuna de un marinero - sonrió Drew sin el menor asomo de culpa en su cara-. ¿No lo haces tú también?

- No prometo a las mujeres cosas que no pienso cumplir.

- No, porque se sienten tan intimidadas por tu mal genio que no se atreven a hacerte prometer nada.

Warren no mordió el anzuelo, y hasta rodeó con su brazo los hombros de su hermano para decirle

- Si insistes te pondré el ojo sano que te queda a la funerala, para que te haga juego, pero no ahora. Drew se rió.

- Te desfogaste bien anoche, ¿verdad?

- Sí, por ahora sí.

- Me alegra oírlo, pero no creo que dure mucho. A ti el buen humor se te acaba pronto.

Warren observó cómo su hermano se alejaba con el ceño fruncido. ¿Tan difícil era tratar con él? A su tripulación no se lo parecía, seguro, de lo contrario no hubiera podido conservar a los mismos hombres durante tantos años. Tenía su genio, desde luego, y había ciertas cosas que le sacaban de quicio. El eterno buen humor de Drew, por ejemplo. La naturaleza despreocupada de su hermano le molestaba, probablemente porque le recordaba a sí mismo en otros tiempos... antes de Marianne.

Apartó aquella idea de su mente mientras se dirigía hacia Berkely Square. Su estado de ánimo era bueno, y se sentía mejor a medida que se acercaba a la casa. No más días como el de ayer. Ya se había acabado la tentación. Podría volver a disfrutar de la visita a su hermana. Podría concentrarse en la preparación de la nueva oficina de la Skylark. Hasta podría pensar en buscarse una amante para el resto de su estancia en Londres.

Hasta es posible que fuera a aquel baile con sus hermanos para ver qué tenía que ofrecer la ciudad. El ex pirata Henri era el mayordomo que le abrió la puerta, y Warren sólo tardó unos segundos en comprender que había llegado en mal momento. Georgie estaba durmiendo, Jaqueline también, y los otros tres Malory estaban fuera.

Warren estaba desolado, y el buen humor que tenía se vino abajo. Había venido para acabar con su frustración, pero allí seguía. Podía haber esperado, por supuesto, pero su

Librodot

impaciencia hubiera hecho que su humor degenerara más aún, y si Georgie se hubiera levantado se habría desahogado con ella. Así que se fue, pero ¿cómo matar el tiempo en una ciudad que no conocía?

Bueno, había otra cosa que quería hacer. Una hora después, ya había encontrado el centro de entrenamiento que buscaba, llegó a un costoso acuerdo con el dueño y descubrió rápidamente que no sabía casi nada sobre el boxeo. El siempre había sido un pendenciero, y no tuvo nunca problemas... hasta que llegó James Malory.

- Así no, yanqui - se quejó el instructor- . Así sólo conseguirás que tu contrincante se caiga de culo. Si quieres dejarlo tendido en el suelo, tienes que hacerlo así.

Por su carácter Warren no era de los que aceptaban este tipo de críticas, pero lo aguantaría como fuera. Su recompensa sería poder partirle la cara a su cuñado y ser capaz de evitar que su cuñado se la partiera a él.

- Tienes el físico adecuado para poder hacer mucho daño a quien quieras, pero tienes que aprender a sacarle partido. Manten las manos en alto, y utiliza tu derecha.

- Vaya, vaya, qué tenemos aquí - dijo una voz que Warren reconoció al instante- . ¿Te estás entrenando por algún motivo particular, yanqui?

Warren se volvió, y se encontró de frente con James Malory y su hermano Anthony, que se habían acercado al ring. Precisamente las dos personas a quienes menos ganas tenía de ver en aquellos momentos.

- Sí, por uno - repondió con cara de inteligencia.

James hizo una mueca.

- ¿Has oído eso, Tony? Me parece que el tipo este aún quiere mi sangre.

- Pues ha venido al sitio adecuado para aprender, ¿no? - y se volvió a Warren para decirle- : ¿Sabías que Knighton nos entrenó a nosotros? Fue hace algunos años ya, y desde entonces hemos aprendido algunas cosas más. A lo mejor te doy algunas lecciones yo también.

- No es necesario, sir Anthony. No necesito ese tipo de entrenamiento.

- No entiende - dijo en voz baja al volverse hacia su hermano con una sonrisa en los labios- . ¿Por qué no se lo explicas mientras yo voy a recoger el dinero que Horace Billings me debe de la apuesta?

- ¿A qué has apostado esta vez?

- ¿No lo adivinas?

- ¿El sexo de mi hija?

- Su nombre, viejo - rió- . Te conozco demasiado bien.

James sonrió afectuosamente y luego volvió su atención a Warren.

- Tendrías que aceptar su oferta. Es el único hombre que conozco que es capaz de derribarme, aunque no muy a menudo. Y a pesar de lo que puedas pensar, sé que te enseñaría bien sólo por darse el gusto de ver cómo me tumbas. El es así.

Warren había observado a los dos hermanos lo suficiente para saber que decía la verdad. Le hubiera gustado que él y sus hermanos también compartiesen ese tipo de bromas sin necesidad de llegar a las manos.

- Lo pensaré - fue su escueta respuesta.

- Excelente. Yo me ofrecería a enseñarte también, para que pudiéramos enfrentarnos más deportivamente, pero tu hermana me acusaría de buscar venganza o de alguna otra tontería, porque desde luego yo no sería tan blando contigo como Tony. A propósito, tienes ahí un lindo labio partido. ¿Alguien que conozco?

- ¿Para que puedas felicitarle?

James se limitó a sonreír, así que Warren añadió:

- Lamento decepcionarte, Malory, pero sólo fue mi her mano Drew. Tuvimos problemas en la cama que compartimos.

- Lástima - suspiró James- . La idea de que hagas nuevos enemigos mientras estás en la ciudad haría milagros en mi estado de ánimo, de veras.

- Entonces, ten por seguro que no te lo diré si hago algún enemigo nuevo.

La condenada ceja rubia que se arqueó.

- ¿Si haces algún enemigo? Lo harás, yanqui. No puedes evitarlo, eres como un barril de pólvora. Deberías endurecerte un poco, yanqui, te alteras con demasiada facilidad.

El hecho de que no hubiera explotado aún, aunque estaba a punto de hacerlo, le permitió poder hacerle notar con presunción:

- Como puedes ver estoy mejorando.

- Sí, es verdad - concedió James- . Admirable, realmente admirable. Pero ten en cuenta que esta mañana yo estoy de muy buen humor, he contratado a una niñera para Jack.

En otras palabras, James no estaba siquiera intentando provocarle, pero a Warren no se lo pareció, y al oír aquel nombre le rechinaron los dientes.

- Esto me recuerda que Georgie me sugirió que te preguntara por qué le pusiste a la niña Jack.

- Porque sabía lo mucho que te irritaría, mi querido amigo. ¿Por qué iba a ser si no?

Warren se las arregló para dominarse - a duras penas, eso sí- , y puntualizó con un tono suficientemente razonable:

- Ese tipo de perversidades no son normales, ¿lo sabías?

James se rió.

- ¿Es que esperas que sea normal? Dios no lo quiera.

- Está bien. Esta no es la primera vez que te pasas de la raya para fastidiarme. ¿Me puedes decir por qué lo haces?

James se encogió de hombros.

- Es un hábito que parece que no puedo romper.

- ¿Lo has intentado?

- No.

- Los hábitos siempre tienen un comienzo. El tuyo ¿cómo comenzó?

- Buena pregunta. Ponte en mi lugar. ¿Tú qué harías si no hubiera nada en la vida que tuviera interés para ti, si ya no sintieras ningún desafío en perseguir unas faldas, y hasta la perspectiva de batirte en duelo se hubiera convertido en algo sin la más mínima emoción?

- ¿Así que insultas a la gente para ver si estallan?

- No, para ver lo estúpidos que pueden llegar a ser. Tú lo haces muy bien.

Warren se rindió. Para hablar con James Malory se necesitaba la misma paciencia y autocontrol que él poseía, y a Warren no le sobraba ninguna de las dos cosas. Seguramente se le notaba en la cara, porque James agregó:

- ¿Seguro que no me quieres golpear ahora?

- No.

- Me lo dirás cuando cambies de opinión, ¿verdad?

- Puedes estar seguro.

- A veces eres tan divertido como ese presuntuoso de Edén. No siempre, pero tienes tus buenos momentos.

20

Como Henry estaba en el ático acomodando los baúles de mistress Hillary - la nueva niñera acababa de instalarse en el cuarto contiguo al de los niños- , Amy volvió a abrir la puerta cuando llegaron los hermanos Anderson. Esta vez los esperaba. Georgina los había invitado a cenar, y quería que la cena fuera en el comedor, a pesar de las discusiones que había tenido con su marido, que consideraba que aún no estaba lo suficientemente recuperada para salir de su habitación. Pero al final los hermanos se habían comprometido a obligar al marido a que la bajara él mismo.

Esta vez Amy estaba preparada, serena, y sorprendida al ver que Warren no había rechazado la invitación sólo para no tener que verla. Era una posibilidad que Amy temía. Pero al parecer, Warren pensaba fingir que el día anterior no había pasado nada. Se preguntaba cuánto tiempo podría él ignorarla, porque desde luego ella no pensaba ignorarlo a él.

Drew, sin embargo, distrajo su atención de Warren mientras los otros se encaminaban hacia la sala. Le tomó la mano y se inclinó de un modo encantador para rozarle los nudillos con los labios. Y no fue sino hasta que se hubo incorporado que Amy reparó en su ojo morado. Ya había reparado antes en la herida del labio de Warren, y no le resultó difícil imaginar qué había sucedido.

- ¿Duele? - preguntó con gesto compasivo.

- Terriblemente - aunque su expresión burlesca indicaba lo contrario- . Pero podrías besarlo para que me sintiera mejor.

Amy también rió traviesamente.

- Podría ponerte el otro morado también, para que te haga juego.

- ¿Dónde habré oído yo eso antes?

Y la mirada que le lanzó a Warren indicó claramente dónde. Pero Warren no parecía divertirse, y antes de que llegaran a los puños, Amy señaló:

- Espero que tengáis una buena excusa para vuestra hermana. No está en condiciones de tener que preocuparse por sus hermanos.

- No te preocupes, querida. Georgie está acostumbrada a nuestros moretones y a nuestros golpes. Seguramente ni lo notará. Pero por si acaso - se volvió hacia Warren, que aún no había seguido a los otros a la sala- , ¿qué te parece si decimos que nos caímos por las escaleras?

- Dile la verdad, Drew. Georgie ya me conoce.

- Eso haré, sobre todo considerando que lo único que hice fue hacer un comentario inocente... y, ahora que lo pienso ¿cuál fue el comentario que hice para que te pusieras así?

- No me acuerdo - mintió Warren.

- Ahí lo tienes. Estábamos los dos borrachos. Ella lo entenderá perfectamente. Pero deja que se lo diga yo. Tú te pondrías a la defensiva en seguida y nos estropearías la velada.

Drew se fue para cumplir su misión, y Amy se sorprendió de poder quedar a solas con Warren unos momentos. Hubiera jurado que Warren haría lo imposible por evitar aquello, pero no hizo ningún ademán de seguir a su hermano. Amy lo miró expectante, pero como él no dijo nada, optó por romper el hielo con una pequeña broma.

- Qué vergüenza. Mira que desquitarte con él.

- No sé de qué estás hablando.

- Claro que lo sabes. Y seguro que te hubiera gustado más estrangularme a mí que meterte con tu hermano.

- Si no recuerdo mal - dijo escuetamente- , lo que pensaba hacer era azotarte con una vara.

- Tonterías - se revolvió, no dejándose intimidar- . Lo que querías realmente era hacerme el amor, y casi lo consigues. ¿Quieres perseguirme otra vez a ver qué pasa?

La expresión de Warren se estaba volviendo sombría. La conversación obviamente no se estaba desarrollando según había esperado. Corrigió a la muchacha bruscamente.

- Vine esta mañana temprano para recordarte la promesa que me hiciste.

Librodot

Amy estaba perpleja.

- ¿Qué promesa?

- Que harías lo que yo te pidiera. Lo que te pido es que me dejes en paz.

La cabeza le daba vueltas a Amy. Lo había olvidado por completo, así es que no había pensado ningún ardid para poder deshacer la promesa. Si la hizo fue sólo para protegerlo, y era muy poco atento por su parte utilizarla en contra de ella. Aun así, Amy sabía que eso era justo lo que cualquier hombre obstinado haría.

Finalmente se le ocurrió la manera, aunque no fuera nada deportiva. Pero se consoló a sí misma diciéndose que tampoco era muy deportivo que él la obligara a cumplir una promesa que había hecho en un momento de pánico y para beneficiarlo a él.

- Ya pediste lo que querías - dijo finalmente.

- ¿Qué demonios...?

- Lo hiciste. Me pediste que me subiera la capucha, justo después de que dejaras tus armas. Y yo lo hice.

- Amy...

- Lo hiciste.

- Bruja. Sabes perfectamente...

- No te enfades, Warren. ¿Cómo puedo guiarte por el camino de la felicidad si me obligas a desistir?

El no respondió. Estaba demasiado furioso para decir nada. Warren se fue hacia la sala y Amy sintió un enorme fastidio. Acababa de retroceder un buen trecho de lo andado. A los ojos de él, ella había mentido, no se podía confiar en ella. Acababa de reafirmar su opinión sobre las mujeres. ¿No podía ser un poco más difícil su empresa?

La velada transcurrió sorprendentemente bien, a pesar del persistente silencio de Warren. James lo miró y decidió que no tenía más ganas de provocarlo por ese día, así que lo dejó tranquilo. También Georgina lo miró con preocupación, y decidió que tendría que volver a hablar con él, pero no esa noche.

Amy estaba demasiado descontenta después de lo que había hecho. Y no se le ocurría ninguna manera de reconciliarse con Warren más que hacer lo que le pedía, y no pensaba hacerlo. Se sentía demasiado optimista al respecto para darse por vencida, y la apuesta que había hecho con Jeremy aumentaba su confianza. Aunque la situación no parecía muy prometedora por el momento.

Conrad Sharpe había llegado aquella tarde del campo, y él y Jeremy, acompañados de los incisivos comentarios de James, mantenían una animada conversación con los otros cuatro Anderson. También hablaban sobre la nueva oficina de la Skylark. Amy no había oído hablar de ella antes, y para su sorpresa, se enteró de que Warren permanecería en Londres más tiempo del que ella pensaba para ocuparse de la oficina hasta que pudieran encontrar una persona adecuada en América.

Amy estaba entusiasmada, y sintió cómo se aligeraba el agobio de tener que conseguir un milagro en tan poco tiempo... hasta que Georgina sugirió, con bastante razón, que aunque la Skylark fuera una compañía americana, la oficina de Londres se beneficiaría más de la dirección de un inglés, que sabría manejarse mejor con sus compatriotas.

Warren no pareció muy conforme con la idea, pero Clinton dijo que lo pensaría, y Thomas estuvo de acuerdo con su hermana. Pero decidieran lo que decidieran, el caso es que Warren no se iría con sus hermanos, y eso era un punto a favor de Amy. Fuera una semana o dos meses, necesitaría cualquier tiempo extra del que pudiera disponer.

- A propósito, Amy - dijo James, incluyéndola de repente en la conversación- . Hoy he visto a tu padre y me ha dicho que dentro de unos días él y tu madre piensan ir a Bath, a disfrutar de las aguas termales, y luego pasarán unos días en Cumberland. Hay una mina allí y Eddie quiere inspeccionarla para decidir si va a invertir en ella o no.

Era un tema familiar para Amy.

Librodot

- Sí, le gusta conocer personalmente a los propietarios y a los capataces primero. La impresión que saca de ese primer encuentro es siempre acertada y determina en gran medida el tipo de inversión que hará y lo que recomendará.

- Eso he visto - contestó su tío- . Pero estarán fuera varias semanas, querida mía. Estaremos encantados si quieres quedarte con nosotros, pero si quieres ir con ellos pospondrán la partida unos días.

Era enormemente gratificante que le estuvieran pidiendo que tomara una decisión. Tan sólo unas semanas atrás nadie le habría pedido su opinión, sencillamente, le habrían comunicado lo que habían decidido sin tener en cuenta sus deseos. Desde luego, no había nada que decidir, no pensaba dejar Londres mientras Warren estuviera allí.

- Me quedaré aquí si no es problema.

- ¿Qué problema? - intervino Georgina- . Tú y tu toque mágico sois una gran ayuda para mí. Fíjate lo que te digo, Artie y Henn se desviven por cumplir todo lo que tú les ordenas, y en cambio yo tengo que ir siempre detrás de ellos y con malas caras para conseguir que hagan nada. Te tendría aquí conmigo hasta que te casaras si tu madre me lo permitiera, pero claro, no puede ser.

- ¿Decidido entonces? - dijo James.

- No, aún no - le respondió Georgina- . Si te vas a quedar, Amy, insisto en que vuelvas a recibir a tus pretendientes. A tu tío no le importará el revuelo. En realidad supongo que le encantará poder intimidar a tus galanes - y añadió con una sonrisa- : Es para practicar, por Jaqueline, ya sabes. Pero, vaya, supongo que estarás de acuerdo en que no puedes seguir escondiéndote de todas esas conquistas que hiciste en tu baile de presentación.

Amy miró a Warren antes de responder. Una palabra suya, incluso una mirada, y ella inventaría alguna excusa para poder mantenerse alejada de sus pretendientes. Pero él miró deliberadamente para otro lado, como diciendo que no le interesaba lo que pudiera responder.

- Sí, supongo que sí - dijo finalmente.

Pero había mirado demasiado tiempo a Warren, y cuando desvió la mirada se encontró con los ojos acusadores de Jeremy, y el muy condenado exclamó:

- ¡No, él no!

El rubor de Amy confirmó las sospechas de su primo, pero por fortuna nadie reparó en su bochorno, porque todos se giraron sorprendidos a mirar a Jeremy, haciendo la misma pregunta.

- ¿Quién no? - dijo su padre- . ¿De qué estás hablando, jovencito?

Por la manera en que Amy lo miró, no cabía duda de que si revelaba su secreto se lo haría pagar muy caro. Eso no hubiera detenido a Jeremy, pero por consideración a su amistad con su prima, decidió corregir su error... por el momento.

- Lo siento - dijo, y hasta se las arregló para poner expresión de avergonzado- . Me temo que tenía la cabeza en otro sitio. Acababa de recordar que Percy tiene la intención de cortejar a nuestra querida niña.

- ¿Percy? ¿Percival Alden? - quiso asegurarse su tío, y ante la señal de asentimiento de Jeremy añadió- : Por encima de su cadáver.

Lo dijo sin ninguna efusividad, como una mera constatación de los hechos. Jeremy se sonrió, y no se molestó en decir también que él y Derek ya habían advertido a Percy sobre aquella posibilidad.

- Ya me imaginé que dirías eso - fue su único comentario.

Pero al otro lado de la mesa Amy gimió para sus adentros. Si su tío reaccionaba de aquella manera por el inofensivo de Percy, no quería ni pensar en lo que haría si se enteraba de que había elegido a Warren. Lanzó una mirada furtiva a Warren, y vio que sus verdes ojos estaban en esos momentos destellando de furia, posados sobre su tío. De pronto pasó por su mente una idea que no había considerado antes, aunque hubiera tenido que hacerlo. Considerando la animosidad que siempre había entre Warren y su tío, ¿no sería posible que si

Librodot

James le advertía a Warren que se mantuviera alejado de Amy, él hiciera lo contrario? ¿Aunque sólo fuera para enfurecer a su cuñado?

Quiso probar su teoría con bastante malicia.

- Puedes estar tranquilo, Warren, no creo que mi tío me deje tenerte nunca.

Nadie la tomó en serio, claro, y su comentario provocó algunas risitas, hasta en su tío. A Jeremy no le hizo gracia, sin embargo, y a juzgar por su expresión, a Warren tampoco. La pequeña cicatriz de su mejilla saltaba, y tenía el puño apretado sobre la mesa. Amy conocía las señales, y contuvo el aliento, expectante por ver si Warren le seguía la corriente o hacía que la broma se volviera en contra de ella.

- Estoy desolado.

A Warren no se le daba muy bien disimular. Y dijo esto con un tono muy frío, lo cual divirtió aún más a James, e hizo que su hermana lo mirara extrañada.

- Sé amable, Warren - le reprendió con amabilidad- Amy sólo estaba bromeando.

El esbozó una sombra de sonrisa, y Georgina, dándolo por imposible, suspiró y cambió de tema. La comida terminó poco después. Amy y Warren se demoraron para quedarse los últimos en la sala. Jeremy también.

Sin embargo, cuando vio la expresión del yanqui dijo:

- Bueno, ya veo que tendré que esperar.

En cuanto hubo cruzado la puerta, Warren le advirtió a Amy:

- No vuelvas a hacer eso.

Amy retrocedió ante la furia que escondía la aparente tranquilidad de Warren.

- Aún estás enfadado por esa promesa que crees que no cumplí, ¿verdad? Pero no serías feliz si hiciera lo que me pediste.

- Al contrario. Me sentiría extasiado.

- Entonces, mantente alejado de mí unos días y veremos si no me echas de menos - sugirió.

- No lo haré.

- Sí lo harás. La gente me quiere, ¿sabes? Les hago sonreír cuando no tienen ningún motivo para hacerlo. Les gusta tenerme a su lado. Pero para ti será mucho peor, porque sabes que te deseo. Y te voy a amar con locura... algún día. Tú lo sabes. Y llegará el día en que tú no puedas soportar estar lejos de mí, ni de día ni de noche.

- Las fantasías de una niña - dijo, apretando los dientes. Lo estaba haciendo otra vez.

- Cabezón - dijo Amy sacudiendo la cabeza- . Pero ya es hora de que seas un poco feliz. Tienes suerte de que yo haya heredado los instintos de mi padre y sea más cabezona que tú.

- No me parece que eso sea ser afortunado.

- Ya te lo parecerá.

Librodot

21

En el instante en que el último de los Anderson cerró la puerta, Amy subió corriendo las escaleras con la esperanza de poder llegar a su habitación antes de que Jeremy la viera. Deseaba poder evitarlo al menos hasta el día siguiente, pues para entonces ya estaría preparada para recibir el esperado sermón. Pero el muy bribón se le adelantó. La estaba esperando en el pasillo, con los brazos cruzados, casualmente apoyado en la puerta de su habitación.

Por supuesto, Amy podía haberse dado la vuelta y reunirse de nuevo con sus tíos, y subir cuando ellos subieran, y tal vez al oírlos, Jeremy abandonaría su puesto. El problema era que dada la importancia del asunto, cabía la posibilidad de que Jeremy la siguiera abajo y se pusiera a discutir la cuestión con ella prescindiendo esta vez de quien estuviera o no presente. Al menos estaba haciendo un esfuerzo por mantener el asunto en privado... por ahora.

Pero incluso así, a Amy le hubiera gustado poder disponer de algo más de tiempo, así que mientras abría la puerta dijo:

- No quiero hablar del tema, de verdad.

- ¡Pues es una lástima! - le dijo él al tiempo que la seguía adentro.

Lo malo de Jeremy, aunque en realidad era una cualidad - no en ese momento- , era que, a pesar de su naturaleza despreocupada, podía ser tan serio como el resto de la familia cuando era necesario. Desde su pumo de vista, ése era definitivamente uno de esos casos.

- Dime que he sacado una conclusión equivocada - le pidió no bien se hubo cerrado la puerta- . Vamos, estoy esperando.

Amy se sentó en el borde de su cama.

- Es mejor que nos tomemos esto con tranquilidad - dijo refiriéndose al tono de su voz y no al tema, aunque en ese momento ambos estaban estrechamente relacionados.

- Eso depende.

A Amy no le gustó cómo sonaba aquello.

- ¿De qué?

- De lo bien que puedas convencerme.

Si era capaz de decir aquello, es que no todo estaba perdido. Amy hizo una mueca.

- Inténtalo otra vez.

Él empezó a dar vueltas por la habitación, y Amy sintió que su confianza se tambaleaba.

- Tienes que ser razonable, Amy, no puedes tenerle.

- Sí que puedo. Pero continúa. Dime por qué crees tú que no puedo.

- Es el peor de todos ellos.

- Ya lo sé.

- Tiene un genio que desafía la razón.

- Eso también lo sé... de buena tinta.

- Nunca se llevará bien con la familia.

- Es una posibilidad.

- Mi padre lo odia a muerte.

- Creo que a estas alturas todo el mundo sabe eso.

- Ese yanqui lo hubiera colgado, ¿sabes?, lo hubiera colgado.

- En eso no estoy de acuerdo. Warren quiere demasiado a George para haber llegado a un extremo como ése.

- En aquellos momentos ella no hablaba precisamente bien de él - le recordó su primo.

- No tenía necesidad. Llevaba a su hijo en el vientre, y eso ya habla por sí solo.

Al final, Jeremy se detuvo y la miró fijamente.

- ¿Por qué, Amy? Dime sólo eso. Es el tipo más desagradable que he conocido nunca. Así que ¿por qué demonios has tenido que escogerle a él?

- No lo elegí yo exactamente.

- ¿Qué quiere decir eso?

- Mis sentimientos eligieron - intentó explicar- . Lo que siento cada vez que está cerca.

Librodot

- ¡Por las campanas del infierno! No me digas que estamos hablando sólo de deseo.

- Baja la voz, demonios. Y sí, parte de todo esto es deseo, sin duda. Pero espero poder desear al hombre con el que me case. Si no también me sermonearías. ¿Me equivoco?

No pensaba responder a eso, no venía al caso.

- ¿Has dicho que parte es deseo? Explícame eso.

- Quiero que vuelva a sonreír. Quiero que vuelva a ser feliz. Quiero curar sus heridas.

- Pues dale un libro de chistes.

El rostro de Amy lo encaró con disgusto.

- Si vas a ser sarcástico...

- Era un consejo sincero. Pensé que lo notarías - insistió indignado.

A pesar de su expresión escéptica, Amy decidió concederle el beneficio de la duda.

- Sus necesidades son reales, Jeremy, compulsivas. No se satisfarán con algo temporal. Y la pasión que él despierta en mí tampoco desaparecerá. Cuando me besa...

- No quiero oír eso.

- Por favor, concede algo de crédito a mis palabras. ¿Crees que lo hubiera escogido a él de haber tenido elección? Es todo lo que has dicho y mucho más. Pero no puedo evitar lo que me hace sentir.

- Sí puedes. Sólo tienes que ignorarle.

- ¡Y tú me dices eso! Un hombre que sale todas las noches de casa para darle gusto a esa cosa que lleva debajo de los pantalones.

Sus mejillas se pusieron coloradas y se quejó:

- ¿Por qué tengo que ser yo el único que siempre comprueba lo brusca que puedes ser?

Amy por fin se sintió en ánimo de sonreír.

- Ya no. Warren también lo ha comprobado de primera mano y tampoco le gusta. Peor para vosotros.

La miró exasperado.

- ¿Y qué dice él de todo esto?

- Que no me tomará.

- Gracias a Dios.

- Pero me desea.

- Claro que te desea. Tendría que estar medio muerto para no fijarse en ti, y no lo está. Pero ¿qué queda cuando la pasión se ha ido? Nada. Él al menos parece ser consciente de eso.

- ¿Estás diciendo que no puedo conseguir que me quiera? - le preguntó con brusquedad.

- ¿Ese besugo? Lo siento, Amy, pero es sencillamente imposible. Acéptalo ahora y te ahorrarás muchos dolores de cabeza.

Ella negó con la cabeza.

- Me imagino que es una suerte que yo tenga fe por los dos.

- Tendrá suerte si mi padre no lo mata cuando se entere de esto.

Amy arqueó una ceja, y su tono sonó claramente amenazador.

- ¿Es que piensas decírselo?

- No te pongas así - protestó- . Sería por tu bien.

- Deja que me ocupe yo de mi bienestar. Y ya que estamos, recuerda también que te he confiado mis secretos, no me gustaría que me traicionaras.

- Demonios - suspiró Jeremy.

- Y recuerda de paso nuestra apuesta, Jeremy. Ves preparándote para tu mes de abstinencia.

- Me obligarías a cumplirla, ¿verdad?

- No lo dudes ni por un momento.

- Vaya, esta pequeña conversación ha hecho maravillas- dijo con expresión desagradable.

- No pongas esa cara. Warren te gustará cuando haya conseguido cambiarlo.

- ¿Es que tienes una varita mágica?

Al otro lado del pasillo, James estaba llevando a Georgina a su cama.

- No quiero que vuelvas a hacer esto - le advirtió mientras la ayudaba a ponerse el camisón- . Es demasiado agotador para ti.

- Tonterías. ¿Que me lleven de una habitación a otra? Para ti sí que ha tenido que ser agotador.

James se incorporó arqueando una ceja.

- ¿Estás poniendo en duda mi virilidad?

- Dios no lo permita. Yo no estoy todavía en condiciones de comprobar lo fuerte e incansable que puedes llegar a ser, James Malory..., pero, no te preocupes, te lo haré saber en cuanto lo esté.

El la obsequió con un fugaz beso, luego apagó las lámparas que la doncella había dejado encendidas. Georgina lo seguía con la mirada por la habitación, un hábito encantador que había adquirido desde que había sido su ayudante en la cabina en el Maiden Anne.

Esperó a que su marido volviera a la cama con su bata.

- Cuando Clinton y los otros se vayan, Warren se va a quedar solo en el Albany.

- ¿Y?

- Que nosotros tenemos una casa muy grande.

- Ni se te ocurra pensarlo, George.

Ella ignoró su tono amenazador.

- Pues lo siento, pero lo he estado pensando. Él es mi hermano, y no veo ningún motivo por el que no pueda quedarse aquí.

- Al contrario. Hay un motivo perfectamente aceptable: que nos mataríamos en dos días.

- Me gustaría pensar que tienes un poco más de paciencia que eso.

- La tengo. Es ese filisteo de hermano tuyo el que no tiene ninguna.

- Está mejorando.

- ¿En serio? Entonces ¿qué hacía tomando clases de boxeo en el Knighton's?

Ella frunció el ceño.

- No toma clases.

- Lamento no poder estar de acuerdo contigo. Lo he visto con mis propios ojos.

- No tienes por qué ser tan sarcástico. Tal vez sólo estuviera haciendo ejercicio.

- Venga George.

- Nada, nada. No hay de qué preocuparse.

- ¿Parezco preocupado?

- Exacto. Yo te he visto pelear. Warren no tiene ninguna posibilidad, ni siquiera con las lecciones. Seguro que ya se ha dado cuenta a estas alturas.

- Ah, pero Tony intenta enseñarle.

- ¿Por qué?

- Porque le divierte hacerlo.

- ¿De veras? - Georgina casi sonrió- . Bueno no es extraordinario que tu hermano siga haciendo cosas para complacerme.

- No lo está haciendo por ti o por tu hermano, querida. Lo hace por mí.

- Ya lo imaginaba.

- Y yo lo aprecio.

- Seguro.

James sonrió y la abrazó.

- Vamos, ¿no irás a sugerir que ponga la otra mejilla si él me ataca primero?

- No, pero espero que te contengas si lo hace.

- Puedes estar tranquila, querida.

Librodot

- No le harías daño a mi hermano, ¿verdad?

- Depende de lo que entiendas por daño.

- ¡Bien! Ya veo que tendré que hablar con él sobre el tema. No parece que vayas a ser razonable.

- No vas a conseguir nada - la avisó- . No estará satisfecho hasta que no pelee conmigo. Cuestión de principios, ya sabes.

- Orgullo, querrás decir. Y eso es algo que no soporto. No entiendo por qué no os podéis llevar bien.

- He sido muy amable con él.

Ella suspiró.

- Ya lo sé, y te estoy enormemente agradecida. Pero hasta tu amabilidad es demasiado para él.

- Si lo que quieres es que no le diga ni una palabra, creo que podré hacerlo.

- No, el problema está en Warren - dijo con pesar- . Por mucho que quiera, me temo que no tiene arreglo, y... Pero ¿cómo nos hemos desviado tanto del tema? Sigo pensando que tendríamos que ofrecerle nuestra hospitalidad a Warren.

- Absolutamente no.

- Pero ya has oído como decía esta noche que va a buscar algo permanente para cuando estén en Londres, así que no sería por mucho tiempo.

- No.

- Entonces me trasladaré yo al Albany para hacerle compañía.

- Pero George...

- Lo digo en serio, James.

De repente, James se rindió.

- De acuerdo, invítalo. Pero no aceptará. No querrá pasar más tiempo conmigo del que yo quiero pasar con él.

Georgina sonrió y se acercó más a él.

- Ya que veo que estás haciendo concesiones, ¿por qué no me ayudas a pensar en una mujer adecuada para dominar el difícil carácter de mi hermano? No se quiere casar, pero una mujer...

- Olvídalo, George, y cuando digo que lo olvides, quiero decir justamente eso. Ni a mi peor enemigo le desearía tenerlo por cuñado.

- Sinceramente, creo que el matrimonio podría favorecerle mucho. James.

- No lo creas.

- Pero...

- ¿Podrías soportar la idea de vivir con él el resto de tu vida?

- Bueno, no, no del modo en que está ahora, pero... James, se está muriendo de infelicidad.

- Pues deja que se muera. No habría nadie que se lo mereciera más.

- Quiero ayudarle - insistió ella.

- Si puedes ser tan cruel de encasquetárselo a alguna pobre e inocente mujer, allá tú.

- Eso no tiene gracia. James Malory.

- No pretendía ser gracioso.

22

- ¿Qué demonios estás haciendo aquí? - preguntó Anthony a su hermano James cuando lo encontró a un lado en la pista de baile.

- Yo podría preguntarte lo mismo.

Anthony puso cara de disgusto.

- A mi amorcito le encanta bailar, ya deberías saberlo. No sé cómo lo hace, pero me arrastra a una de estas cosas cada dos por tres. Y ¿cuál es tu excusa?

- Amy - dijo, haciendo un gesto con la cabeza al pasar junto a ellos el amasijo de color azul del vestido de Amy- Nuestra pequeña decidió en el último momento que quería venir a la fiesta y no hubo forma de disuadirla.

- Y con Eddie y Charlotte fuera de la ciudad te ha tocado a ti acompañarla. ¿Y solo? ¿George no se ha recuperado todavía?

- No del todo. Pero sí estaba lo suficientemente bien para bombardearme con palabras como deber, responsabilidad y práctica. Así que ¿qué podía hacer yo? Aunque si hubiera sabido que tú ibas a estar aquí, hubiera delegado semejante placer en ti. Y bueno, ya que estás...

- Ah, no - rió Anthony- . Yo ya cumplí con mi parte ocupándome de vigilar a Reggie. Me temo que ahora te toca a ti.

- Te acordarás de esto, asno estúpido, ya lo verás - fue la agria respuesta de James.

Anthony le puso una mano sobre el hombro.

- Anímate, viejo. Al menos él está aquí para entretenerte.

James siguió la mirada de su hermano, hasta el otro extremo de la pista, donde estaba aquel alto americano. Warren tenía un aspecto bastante diferente vestido de etiqueta... casi parecía civilizado. Era alentador ver que se estaba divirtiendo tan poco como él, pero eso no mejoró su ánimo. Hubiera preferido estar en casa con su mujer.

- Ya lo he visto - comentó con desagrado- . Y yo que pensaba que mi suerte había cambiado, después de que no apareciera por casa durante esta última semana.

- Eso me lo puedes agradecer a mí. Me atrevería a jurar que cada noche cae rendido en la cama, muerto de cansancio y dolor. Le estoy sometiendo a un entrenamiento muy duro.

- ¿Así que ha estado de acuerdo en que lo entrenaras?

- ¿Lo dudabas? Está decidido a mejorar, y con las aptitudes que tiene... no te extrañe que la próxima vez que os enfrentéis te derribe, viejo.

- Pues a ti, mi querido muchacho, hace tiempo que nadie te derriba. Me gustará mucho remediar eso.

Anthony rió.

- Esperemos un poco más, hasta que nuestras esposas nos comprendan un poco mejor. Ros se pone tremendamente quisquillosa cuando hago algo que no aprueba.

- Lamento decírtelo, pero así sólo me vas a poner más nervioso.

- ¿Y qué diría George?

- Seguramente me lo agradecería. No eres precisamente de las personas que más le agradan.

Anthony suspiró.

- Y ¿qué he hecho ahora?

- Te has ofrecido para entrenar a su hermano.

- Y ¿cómo se ha enterado ella de eso?

- Tal vez porque yo se lo mencioné.

- Vaya, eso está bien - se quejó Anthony- . ¿Es que no sabe que le estoy haciendo un favor?

- Los dos sabemos a quién le estás haciendo el favor, y te aseguro que yo lo aprecio mucho, aunque ella no.

Anthony sonrió de repente.

- Espero que recuerdes eso cuando todo haya terminado, porque el tipo no lo hace mal en absoluto. Desde luego que no tiene los puños de hierro que tienes tú, pero sabe asestar buenos golpes cuando le dan la oportunidad. Yo mismo he vuelto a casa con varios moratones esta semana.

James no parecía preocupado.

- ¿Cuánto crees que falta para que considere que ya está preparado?

- Yo diría que un mes, pero con su impaciencia, no creo que pueda convencerle de que espere tanto. El tipo es un verdadero polvorín, y aunque estoy seguro de que le encantaría descargarse contigo, tengo la sensación de que no eres tú el único responsable de toda esa rabia que tiene acumulada.

- ¿Eh?

- Lo he pillado alguna vez pensativo, con cara de besugo, y los dos sabemos lo que significa eso.

- Pobre chica - replicó James- . Alguien debería advertirle.

- Lo haría encantado si supiera quién es, pero no me lo dirá. Se pone furioso cada vez que se me ocurre bromear sobre eso. A propósito, yo diría que ésa será tu única ventaja cuando haya acabado con él, su ira

- Sí, ya estoy familiarizado con eso, y con su incapacidad de controlarla.

- Sí, ya lo supongo. Pero me pregunto a quién está dirigida ahora.

James siguió de nuevo la mirada de su hermano, para encentrar a un sombrío Warren que definitivamente estaba mirando a alguien en la pista de baile. Había demasiadas parejas bailando en esos momentos para que pudieran ver a quién miraba, pero la curiosidad de James se había despertado.

- ¿Crees que será su amada? - preguntó en voz alta.

- ¡Que me aspen si no lo es! - sonrió- . Esto se pone interesante.

- Si se decide a hacer algo más que fruncir el ceño.

- ¿Dónde está tu fe, viejo? La noche es joven. Seguro que acabará bailando con ella... o intentará partirle la cara a su pareja.

James suspiró.

- Lamento decirlo, pero seguramente nos estamos equivocando.

- Y un cuerno - protestó Anthony- . ¿Por qué íbamos a equivocarnos?

- Porque lo que nosotros pensamos es que está celoso, y según George sus sentimientos no van por ahí.

- Eso es absurdo.

- Lo plantaron una vez y no más.

- Sí, eso explica muchas cosas. Pero, de todas formas, ¿por qué está tan enojado ahora? ¿O es que ya has tenido algún encontronazo con él esta noche?

- Me temo que el mérito no es mío en esta ocasión. He hablado con alguno de sus hermanos, porque todos están aquí, pero él se ha mantenido lejos de mí.

- Tipo listo, considerando el genio que tienes tú también.

- Veo que tú no has corrido a esconderte.

Anthony rió.

- Todavía me gusta vivir peligrosamente.

- Dirás más bien que estás cansado de vivir.

- Te gusta demasiado mi esposa para hacerle daño a su esposo favorito.

- Siento desilusionarte. Pero si sería capaz de partirle la cara al hermano favorito de mi esposa, ¿qué te hace pensar que...?

- ¿Por qué no dejamos esto por ahora? - le cortó Anthony, que en ese momento tenía la atención puesta en otro sitio- . Parece que nuestro amigo va a hacer un movimiento.

Ambos observaron cómo Warren se abría paso entre las parejas que bailaban. Pudieron seguirle entre la multitud de gente que había en la pista por su altura, pero no tuvieron tanta

suerte con su objetivo, no pudieron ver a qué pareja interrumpía. Unos instantes después, un joven caballero abandonaba la pista con cara de pocos amigos.

- Bueno, ¿puedes ver tú quién es la desafortunada señorita en la que está interesado? - preguntó James.

- No puedo ver nada más que la cabeza de él. La pista está demasiado llena. Pero ten paciencia, tarde o temprano tendrán que pasar por aquí... ¡Maldito sea! ¡Lo mataré!

James pudo ver el vestido azul al mismo tiempo que Anthony. Éste hizo ademán de tirarse a la pista, pero James lo detuvo.

- Espera - le dijo James divertido- . Antes de sacar conclusiones precipitadas, recuerda que nuestra Amy es demasiado joven para él. ¡Por favor! ¿De verdad crees que apuntaría sus malévolos deseos hacia una criatura tan inocente?

- ¡Le estás defendiendo!

- Terrible ¿verdad? - James coincidió- . Pero según George, trata a las mujeres con indiferencia, y sólo elige a las que pueden tolerarla, no a vírgenes. Por más que me gustase pensar que es un depravado, no lo es.

Eso sólo tranquilizó ligeramente a su hermano.

- Entonces, ¿qué hace bailando con Amy?

- ¿Y por qué no iba a hacerlo? Seguramente es la única mujer que conoce aquí aparte de tu esposa.

- ¿Y por qué no ha esperado a que acabe el baile?

- Me imagino que será porque no había otra manera de acercarse a ella entre bailes. ¿O es que no te has dado cuenta de que tiene incluso más admiradores que antes, y que no ha dejado la pista desde que llegamos?

Anthony suspiró.

- Bueno, bueno. Supongo que eso tiene sentido.

- Más del que estás pensando, i

- Y supongo que está mucho más que interesado.

- Estás suponiendo demasiadas cosas esta noche, ¿no crees? ¿Qué quieres decir ahora?

- Bueno, es obvio, ¿no? Está utilizando a Amy, que es la mujer más guapa de la sala, después de mi esposa claro, para darle celos a la mujer que quiere.

- Lamento tener que volver a desilusionarte, Tony, de verdad, pero no tiene por qué ser una mujer o los celos lo que le haya hecho estar tan sombrío. Se enfada con sus hermanos con tanta facilidad como con los demás. Tal vez está ahora enfadado con alguno de ellos.

- Pero ellos no estaban bailando. Están en la sala de juegos, jugando a cartas, y el otro está allí, hablando con la antigua querida de Edén.

- Tienes razón.

El hombre frunció el ceño y trató de localizar de nuevo a Warren y Amy entre los bailarines. Y añadió:

- Ahora sí que has despertado mi curiosidad. Estoy tentado de ir y preguntarle...

Pero no llegó a terminar la frase. Finalmente había localizado a Warren y a Amy, y la negrísima expresión del yanqui iba únicamente dirigida a una persona, a Amy. Con una voz tranquila pero no por ello menos expresiva. James añadió:

- Es hombre muerto.

Anthony también lo había visto.

- Así que es Amy a quien le ha estado lanzando todas esas miradas asesinas. Pero ¿por qué?

- ¿Y a ti qué te parece, idiota?

- ¿Quieres decir que yo tenía razón? Espera.

Ahora fue Anthony quien tuvo que sujetar a James, no por salvarle el pellejo a Warren, sino para poder tener algo que arrancarle el también.

- Creo que soy yo quien tiene derecho a dar el primer golpe, hermano.

- Puedes hacer lo que quieras con lo que quede.

Librodot

- No me dejarías nada - señaló Anthony- . Y ahora que lo pienso, no creo que podamos despedazarlo aquí, es posible que haya a quien no le haga gracia que manchemos la sala de sangre. Y además, como varias veces has dicho tú mismo esta noche, podríamos estar equivocados.

- Más le vale a ese yanqui - respondió James inflexible.

23

- ¿Estás bailando conmigo porque quieres, Warren, o es sólo que tienes algo que reprocharme? -preguntó Amy.

Warren no respondió a su pregunta, o más bien, la respondió indirectamente.

- ¿Es que tienes que flirtear con todos los hombres?

Amy rió complacida.

- ¿Contigo mirando? Pues claro que sí. Es para que veas la diferencia.

- ¿Qué diferencia?

- Entre como es ahora, antes de que me cortejes, y como será cuando sólo tenga ojos para ti. Seguro que eso te gustará más. Y no me pongas esa cara tan larga. La gente puede pensar que estás enfadado conmigo. ¿Lo estás?

- Me da exactamente igual lo que hagas - le aseguró.

- Tonterías - respondió ella con un bufido muy poco femenino- . Pero está bien. Yo puedo decir la verdad por los dos, y comenzaré con la mía. Te he añorado terriblemente. Ha sido muy cruel por tu parte dejar de visitarnos para probar tu teoría.

- Pero la he probado, ¿no?

- No seas tan presuntuoso. Lo único que has demostrado es lo tozudo que puedes ser. Pero la verdad es que tú también me has añorado. ¿No quieres hacerme feliz y admitirlo?

¿Hacerla feliz? Increíblemente, sentía la imperiosa necesidad de hacer justamente eso. ¡Dios santo, aquello era una locura! ¿Y qué si la había añorado, o al menos había pensado en ella demasiado en los días que no la había visto? Era una chica divertida... cuando no estaba intentando seducirlo. Pero ¿de círselo? No, no podía desviarse de su decisión de desalentarla en lo tocante a su posible relación.

Entonces ¿por qué estaba bailando con ella? Porque estaba exquisita con aquellas ropas. Porque adornada con perlas y sedas parecía mayor. Porque había sentido deseos de matar a su última pareja de baile por sujetarla demasiado cerca. Porque no podía evitarlo.

Ella se cansó de esperar su respuesta.

- Cada vez tienes peor cara. ¿Te cuento un chiste?

- No.

- ¿Te puedo besar?

- No.

- ¿Te digo dónde puedes encontrar el interruptor para apagar la luz?

El sonido que salió de labios de Warren fue bastante horrible, medio risa, medio quejido, pero en aquel momento sonó como música celestial a oídos de Amy.

- Mucho mejor - le sonrió ella- . Pero aún no he conseguido arrancarte ninguna sonrisa. ¿Servirían algunos elogios? Tienes un aspecto maravilloso esta noche. Y me gusta lo que te has hecho en el pelo - se lo había peinado hacia atrás- . ¿Te lo vas a cortar?

- ¿Y parecer así más inglés?

- ¡Ah! ¿Así que ése es el motivo de que lleves esos pelos tan poco elegantes? Debí haberlo imaginado.

Y tras unos instantes de silencio, volvió a preguntar:

- ¿Y bien?

- ¿Y bien qué?

- ¿No me piensas devolver los cumplidos?

- No.

- Ya lo suponía, pero al menos valía la pena intentarlo.

- Amy, ¿por qué no te estás calladita? - sugirió Warren.

- Con el silencio no se llega a ningún sitio.

- Te sorprenderías.

- Ah, tú únicamente quieres abrazarme. ¿Por qué no lo dijiste antes?

Warren gruñó. ¿Por qué no podía dejarlo de una vez? A menos que...

Librodot

- Estás embarazada, ¿verdad? - dijo por fin.

- ¡¿Qué?!

- Y él no quiere casarse contigo. Por eso estás tan desesperada por encontrar a alguien que pique. Un suspiro.

- Realmente, no sé cómo es que no me pongo furiosa contigo, Warren Anderson. Debe de ser que ya te amo. No encuentro otra explicación.

El se puso algo rígido.

- ¿No decías que no?

- Dije que no estaba segura. Pero ¿por qué otro motivo iba a aguantar que me trataras tan mal sin defenderme?

- Por lo que yo he dicho - insistió- . Y no te esfuerces por negarlo.

- No, no lo haré - dijo en un tono de voz que él no le había escuchado antes- . Dejaré que descubras la verdad por ti mismo. Pero mientras tanto, creo que he cambiado de opinión, me voy a poner furiosa contigo.

Se soltó de sus brazos y.se alejó. El se quedó allí unos instantes, sin acabar de creerse que ella hubiera podido perder la cabeza. Bueno, así estaba mejor. No podría seducirle si no le hablaba, ¿no es cierto? Al infierno con eso. Quería oírle decir que no estaba embarazada... o reconocerlo. Le sorprendió descubrir lo mucho que significaba para él.

Se dispuso a seguirla, pero no llegó más allá de la salida de la pista de baile, donde James y Anthony lo agarraron cada uno por un brazo para arrastrarlo en otra dirección. Warren protestó. No estaba de humor para tener que aguantar a esos dos ahora, ni sus quijotadas. Pero parecía que tenían prisa por llegar a algún sitio, y en llevarlo a él con ellos.

Warren no imaginaba qué podían querer. Seguramente sólo necesitaban un cuarto jugador para una partida de cartas. Aunque tratándose de James Malory podía ser por algo tan tonto como que no le gustase el corte de su chaqueta.

De acuerdo, podía dedicarles un momento. Si sus tíos estaban allí, entonces seguro que Amy no se iría a ninguna parte. Pero la verdad es que no era el corte de su chaqueta lo que preocupaba a James Malory cuando lo entraron en la sala de billar vacía. En cuanto la puerta estuvo cerrada, arrojaron a Warren contra la pared. Anthony se quedó junto a la puerta para asegurarse de que nadie entraba, y, mientras, James cogió a Warren por las solapas de su traje.

- Tienes un segundo para convencerme de que no tienes los ojos puestos en mi sobrina, yanqui.

En otras circunstancias, Warren no hubiera dicho nada, se hubiera limitado a defenderse con sus puños. Pero ése era el marido de su hermana. Era también el hombre al que no había tenido la oportunidad de golpear... todavía. Y la razón por la que James parecía estar tan enfurecido era tan ridicula que Warren casi se echa a reír.

Tenía gracia. La chica no dejaba de perseguirle y ahora le querían tirar de las orejas a él.

- No los tengo - dijo enfáticamente.

- ¿Y por qué será que no te creo?

- ¿Es que es un crimen bailar con ella?

- Es un crimen mirarla como tú lo estabas haciendo.

Warren se lamentó. Ella había intentado advertírselo. ¿Por qué tenían que ser estos dos quienes se dieran cuenta? La excusa que les dio era bastante plausible.

- Tengo muchas cosas en la cabeza, Malory. La manera en que miro a la gente normalmente no tiene nada que ver con ellos.

Cosa que era cierta, aunque no en este caso. Jesús, le estaban haciendo sentir como a un jovencito inexperto al que habían pillado con los pantalones bajados. Y lo único que él había hecho era intentar alejar a la chica. Y pensar en ella más de lo que debía. Y casi hacerle el amor en medio de un maldito camino. Las imágenes volvían a su cabeza, cálidas e intensas.

- Odio tener que reconocerlo - dijo Anthony- , pero es posible que esté diciendo la verdad. James.

- Sí, con este tipo sí es posible - pero aún algo escéptico insistió- : ¿Así que no te atrae nada?

- Yo no he dicho eso - se oyó decir Warren, casi defendiéndola.

- No tenías que haber dicho eso, yanqui.

Y lo arrojó otra vez contra la pared por aquella pequeña verdad. Se golpeó la cabeza y su mal genio empezó a resentirse.

- ¿Quieres que niegue que es increíblemente atractiva? Tendría que estar ciego para no darme cuenta. Y ahora quítame las manos de encima.

No le quitó las manos de encima todavía, pero su tono de voz fue más suave cuando le dijo:

- Es demasiado joven para que lo notes.

Warren estaba de acuerdo, pero como era James quien lo había dicho, le contestó:

- No eres tú el más indicado para decir eso. Georgie era pocos años mayor que Amy cuando te fijaste en ella. Y tú eres mayor que yo.

Los cuatro años que se llevaban Amy y Georgina eran más que unos pocos años, y James sólo tenía un año más que Warren, así que la comparación no convenció a ninguno de los Malory.

- Quizá necesita un pequeño cambio en la manera en que ve las cosas - sugirió Anthony- . Que le empañemos un poco la vista para que no vea lo que no tendría que ver. Me encantará ocuparme de eso, viejo, si te preocupa lo que pueda decir tu mujer.

- En absoluto, eso no sería suficiente.

Tampoco lo era para Warren.

- Esto es ridículo - explotó al fin- . Os he dicho que no me interesa esa chica. Pero si lo que queréis es proteger su supuesta virtud, lo que tendríais que hacer es ponerla bajo llave. A lo mejor así podría estar tranquilo de una vez.

- ¿Y qué demonios significa eso? - quiso saber James.

- Significa que tu sobrina se me tira encima cada vez que tiene la oportunidad.

- ¡Espera! Déjame que me ría un poco antes de que lo mates.

A su hermano no le hacía tanta gracia.

- ¿Estás loco? ¿Crees que podemos tragarnos una excusa como ésa, yanqui? ¿O es que te estás engañando a ti mismo y te gusta pensar que las sonrisas y las miradas de una joven inocente son algo más que una manifestación de amistad?

Warren suspiró. No debiera haber dicho eso. Maldito mal genio. Y se sentía como si hubiera traicionado a Amy, aunque él nunca dijo que fuera a mantener su vergonzoso secreto. Sin embargo, si le hubieran creído, habría tenido justo la ayuda que necesitaba para mantenerse alejado de Amy. No le creyeron. Su papel de Miss Inocencia tenía ofuscada a toda la familia.

- ¿No creéis lo que he dicho?

- Evidentemente que no - le respondió James.

- Entonces acepta lo que dije antes y olvidemos esto, Malory.

- ¿Después de que has intentado mancillar el buen nombre de Amy? Imposible, querido muchacho. Quiero oír cómo te retractas de tus palabras, o si no no vas a poder volver por tu propio pie a tu hotel.

Esa amenaza tenía que tomarla muy en serio. Cuando James fanfarroneaba no había por qué preocuparse, no era propenso a dejarse arrastrar por la violencia. Era cuando se ponía serio, después de fanfarronear, cuando era de verdad temible. Después de todo, parecía que Warren iba a tener que pelear con él. Y...

- No lo hubiera dicho si no fueras tan provocativo, Malory. Pero ya que lo he hecho, hubiera preferido que me brindaseis un poco de ayuda en vez de mostraros tan escépticos. ¿Por qué crees que no he vuelto a visitar a mi hermana el resto de la semana? ¿Por qué crees que he rechazado su oferta de trasladarme a vuestra casa cuando mis hermanos se vayan

Librodot

mañana? Me daría miedo dormir bajo el mismo techo que Amy, y no podría dormir por el miedo a que se me colara en la cama...

Se apartó justo a tiempo. El puño de James se estrelló en la pared que había detrás de él, rozándole una oreja. Los tres oyeron el crujido de la madera, y en la cortina de seda apareció una mancha de sangre de los nudillos de James.

- Ya te dije que estaba mejorando - le dijo Anthony con uno de sus tonos más secos.

Pero en el descuido, la puerta se abrió lo justo para que Amy se colara dentro. Y no le hizo falta mucha imaginación para saber qué estaba pasando.

Miró a Warren y a su tío, y a este último le preguntó:

- ¿No le habrás hecho daño, verdad?

- ¿Lo parece, gatita? - le preguntó Anthony.

- Sólo estábamos teniendo... una discusión - agregó James, soltando a Warren, al que aún tenía sujeto por las solapas, y dándole un par de palmaditas, como si no pasara nada- . Nada que pueda interesarte, querida. Así que vete...

- No me trates como si fuera una niña, tío James. ¿Qué ha hecho esta vez para que quieras pegarle?

- Manchar el nombre de alguien a quien tú conoces bien. Estaba a punto de disculparse, así que si te vas y sigues bailando, nosotros podremos acabar con esto.

Amy no se movió. Miró a Warren y le preguntó:

- ¿Se lo has contado?

El dolor que había en su mirada le llegó a Warren hasta las entrañas. No era de extrañar que él lo hubiera sentido como una traición. Era así como ella lo veía. Pero el dolor de su mirada desapareció en unos segundos, y en vez de eso lo que ahora mostraban sus ojos era una determinación inflexible.

- Bueno, no pasa nada - dijo- . Lo hubieran descubierto cuando hubiéramos anunciado nuestro compromiso.

- ¿Qué? - exclamaron los dos tíos a la vez.

- ¿Olvidaste decirles que nos vamos a casar? - preguntó Amy con una expresión de completa inocencia en los ojos.

- No nos vamos a casar, Amy - dijo él, su rostro más sombrío a cada instante que pasaba.

Amy se volvió hacia su tío James.

- ¿Ves con lo que tengo que enfrentarme? Se desdice a cada momento. Pero ya se decidirá - y volviéndose a Warren añadió- : ¿Qué les has dicho, entonces? ¿No será esa absurda idea de que estoy embarazada?

- ¿Qué? - volvieron a exclamar sus tíos, mientras el rostro de Warren se ensombrecía un poco más.

- Es lo que él cree - explicó con aire inocente- . No lo estoy, por supuesto, pero es demasiado cínico para aceptar mi palabra. Además, prefiere creer cualquier razón antes que la simple verdad, que le deseo - y ante las miradas incrédulas de los tres añadió- : ¿Tampoco te ha dicho eso? Entonces supongo que se habrá limitado a confesar que he estado tratando de seducirlo.

- ¡Amy! - exclamó su tío Anthony. Y James:

- Esto no tiene ninguna gracia, jovencita. ¿Qué diablos crees que haces al venir aquí con esos despropósitos absurdos?

Al oír eso Warren se puso a reír.

- Cada vez más ridículo. No te van a creer más de lo que me han creído a mí. Así que es mejor que te vayas, niñata, y me dejes con mi pequeña ventaja.

- Te he dicho que no me llames así, y no me pienso ir a ninguna parte.

Pero durante unos momentos la ignoraron. Anthony quiso saber:

- ¿Qué ventaja?

- Los nudillos destrozados de James.

- Tiene razón - reconoció Anthony.

- Eso es lo de menos - dijo James, quitándole importancia al asunto.

Y en este punto, Amy volvió a la carga, insistiendo:

- No va a haber ninguna pelea, u os aseguro que tía George se enterará. Y no creo que le haga mucha gracia que golpeéis a su hermano sólo porque ha dicho la verdad. Tía Roslynn se enterará de que tú no hiciste nada para detenerles, tío Anthony. Y creo que tío Jason también debería saber...

- Con las dos primeras bastaba - dijo Anthony al ver la expresión de disgusto en el rostro de su hermano- . En realidad con George ya hubiera sido suficiente. ¿Desde cuándo ha estado Reggie dándote lecciones para que aprendas a manipular a la gente?

- No estoy manipulando a nadie. Esto es, hablando claro chantaje. Pero tened en cuenta que estáis amenazando la integridad física del hombre con el que quiero casarme.

- ¡Dios santo! ¿No estarás hablando en serio? - le preguntó su tío Anthony, temiendo que así fuera.

Amy no tuvo oportunidad de responder. Warren se le adelantó para reiterarse:

- No me casaré - y mirando a James repitió con más énfasis- : ¡No!

- Sí lo hará - le corrigió Amy, con su eterna seguridad, pero entonces les advirtió- : Pero no hay que forzarlo. No lo quiero si le obligáis. El lo sabe, pero todavía no se ha dado cuenta de que estamos hechos el uno para el otro. Ahora, caballeros, voy a dejarles. Y espero no ver ninguna señal en él después, tío James.

- ¡Santo Dios, Anderson! - dijo Anthony en cuanto Amy hubo cerrado la puerta tras de sí- . Te compadezco.

- Yo no - gruñó su hermano- . ¿Qué le has hecho para que esté tan empeñada en conquistarte?

- Yo no he hecho nada.

- No puedes tenerla a ella, yanqui.

- No quiero tenerla.

- Eres un maldito embustero.

Warren estaba a punto de estallar otra vez.

- Entonces deja que te lo diga de otra forma. No la tocaré. Y seguiré desalentándola. Es todo lo que puedo hacer.

- Ya lo puedes jurar, yanqui. Y esto seguro que no lo notará.

El puñetazo que le dio en el estómago fue tan inesperado que no le dio tiempo a esquivarlo. Le acertó de lleno y Warren sintió como si le acabaran de arrancar el estómago. Lo dejó doblado y sin aliento.

Ni siquiera se dio cuenta de que los Malory salían. Fuera ya de la sala de billar, Anthony le dio un codazo a su hermano.

- Ahora me viene a la cabeza que este yanqui es mucho más corpulento y resistente que Edén. ¿Cómo puede ser que no matases a aquel cachorro con golpes como ése?

- Porque a él no le daba fuerte. Cuestión de principios. Y en aquella época no sabía que tenía los ojos puestos en una de nuestras sobrinas.

- Ah, eso explica porque tu pariente americano no lo va a tener tan fácil.

- Justo - dijo James, pero entonces frunció el ceño, pensativo- . Sigo pensando que la chiquilla nos estaba tomando el pelo. No puede querer a ese presuntuoso. Es algo que supera a la razón. ¿Y además reconocerlo? ¿Delante de él?

- Ya sé qué quieres decir. En nuestros días, las mujeres preferían dejar que el hombre tuviera la duda. Nunca manifestaban claramente lo que querían.

- ¿Y cuánto tiempo hace que pasaron nuestros tiempos?- le preguntó con frialdad- . Aún es así, pedazo de burro. Lo cual no explica por qué Amy se ha comportado así.

- Lo que es seguro es que no ha heredado ese descaro de Eddie. Chantaje, y sin pestañear. Y la chica lo decía en serio.

- No importa. ¿Crees que el americano era sincero?

- Lo que parecía sincero eran sus ganas de hacerte enfadar - sonrió su hermano.

- Tú eres quien se está esforzando por hacerme enfadar. El sólo estaba igual de encantador que de costumbre.

- Entonces, sólo tenemos que esperar, a ver qué pasa, ¿no?

24

Warren estuvo jugando a las cartas con Clinton y dos ingleses el resto de la noche. No entendía muy bien el juego, y ésa fue la excusa que puso por haber perdido doscientas libras, antes que su falta de atención. Y pensar que había ido allí para buscarse una mujer. Pero, después de que Amy llegara, no había tenido ojos para ninguna otra.

Ella aún estaba en la pista, bailando con sus docenas de admiradores. Y seguro que a partir de esa noche la irían a visitar a su casa. Su propia hermana había insistido. El sólo esperaba que alguno de ellos llamara la atención de Amy y desviara sus ansias de él.

- Otra vez no, yanqui - se quejó un hombre sentado a la izquierda de Warren, y no por primera vez.

Warren bajó la mirada a las cartas arrugadas que tenía en las manos.

- Discúlpenme - dijo, y se levantó de la mesa.

Dirigiéndose a su hermano, añadió:

- Vuelvo al hotel.

- Es lo más sensato, considerando tu humor.

- No empieces otra vez, Clinton.

- No tengo ninguna intención de hacerlo. Te veremos por la mañana.

Habían acordado visitar a Georgina todos juntos una vez más antes de partir a la mañana siguiente, ya que ella todavía no estaba en condiciones de ir a despedirlos al muelle. Warren había sido incluido en aquellos planes; en cualquier caso, él pensaba excusarse. Como él no partiría, podía ver a su hermana más tarde. En realidad, tan pronto como ella estuviera recuperada, la iría a buscar y las llevaría, a ella y a la niña, a dar un paseo. Sería agradable tenerlas para él solo, sin tener que preocuparse por las interrupciones del resto de los habitantes de la casa. Pero, por lo demás, sería prudente que se mantuviera alejado de Berkeley Square.

Warren rodeó la pista de baile para salir. No trató de localizar a Amy y a su bandada de pretendientes, pero quizá debiera haberlo hecho, porque hubiera advertido que ella no estaba allí. Lo esperaba en el vestíbulo, parcialmente escondida detrás de unos helechos.

El borde de aquel vestido azul y sus zapatos a juego fue lo que llamó su atención. No pensaba detenerse. Pero ella no le dio aquella opción, de todas maneras, ya que saltó delante de él y le bloqueó el paso.

- Supongo que ahora estarás todavía más furioso conmigo, ¿verdad? - fue su pregunta.

Habría que decir en su favor que en su voz había una cierta cautela. Pero eso no lo aplacó.

- Podrías decirlo así. De hecho, sería altamente conveniente para ti que yo no volviera a verte más.

Por alguna razón inexplicable, aquella respuesta hizo desaparecer la cautela de su mirada y devolvió el brillo picaro a sus ojos de color cobalto.

- Oh, querido, eso suena espantoso. Bien, ya que estamos confesando nuestros sentimientos, debes saber que yo también estoy disgustada contigo. No tenías por qué haberles dicho nada sobre nosotros, Warren.

- Nosotros no, tú.

- Es lo mismo - contestó ella bastante alegremente- . Espero que sepas que ahora no me van a dejar tranquila.

- Bien. Quizás ellos te puedan inculcar algo de sentido común. Dios sabe que a mí no has querido escucharme.

- Ellos insistirán en que eres bastante inapropiado, pero eso ya lo sabíamos.

- Yo lo sabía. Tú lo has ignorado.

- Por supuesto que lo he ignorado. El buen juicio no tiene nada que ver con los sentimientos que tú despiertas en mí.

- Por Dios, no empieces otra vez con eso.

Él la apartó a un lado. Ella corrió y volvió a bloquearle el camino.

Librodot

- Todavía no había terminado, Warren.

- Yo sí.

- ¿Te das cuenta de que les has dado la ocasión de que hablen con mi padre y lo convenzan de que no nos dé su aprobación?

- ¿Quieres decir que algo bueno ha resultado de esta noche? - replicó él.

- No te hagas tantas ilusiones. Eso significa únicamente que quizá tengamos que fugarnos.

- No te emociones, Amy, pero, dime, ¿qué ha pasado con lo de enviarte al campo? Pensé que ésa era tu principal preocupación.

Ahora ella ya no parecía tan segura de sí misma.

- Todavía es una posibilidad, pero no necesitas preocuparte por eso. Regresaría inmediatamente.

- ¿Y que te volvieran a mandar para allá?

- Seguramente, pero regresaría otra vez.

- Esperemos que me haya embarcado para la tercera vez.

Ella sacudió la cabeza con ligero disgusto.

- Sé que estás haciendo todo lo que puedes para que me enfade contigo, y vigila, porque lo estás haciendo admirablemente. Pero, afortunadamente para ti, por la mañana ya te habré perdonado.

- No voy a devolverte el favor.

- Seguro que sí.

Finalmente, él suspiró de pura exasperación.

- ¿Cuándo vas a entenderlo de una vez, Amy? Deberías estar rechazándome, no alentándome.

- Dime dónde está escrito.

- Sabes bien que tu comportamiento es desvergonzado.

- Lo supongo, pero no me mostraría tan descarada con nadie más que contigo. ¿No te lo había dicho?

Sí, se lo había dicho, pero él seguía sin creerla. Y si no estaba embarazada...

- Esperas cazarme con lo del niño, ¿no es cierto? Es por eso que estás tan determinada a meterte en mi cama.

Por Dios que rápido era en el ataque.

- ¿Por qué tiene que haber un motivo? Sin duda sabes lo deseable que eres. ¿Por qué no puedo quererte simplemente por ti mismo?

- No soy en absoluto deseable.

Había pasado años reafirmando su concepto de sí mismo.

- Ah, pero yo voy a arreglar todo eso. Será un placer estar a tu lado, serás tan encantador como Drew, tan paciente como Thomas. No podemos hacer gran cosa con ese genio que tienes, excepto asegurarnos de que no haya ninguna razón para que aparezca. Así que, ya ves, puedes ser todo lo arisco que quieras ahora, no importa. Ver cómo serás cuando nos hayamos casado es lo que espero con impaciencia.

Warren estaba asombrado por la seguridad que ella demostraba. Tuvo que librarse de la sensación de que ella tenía algún tipo de magia capaz de lograr tales maravillas.

- Nadie puede ser tan optimista, Amy.

- Si pudieras ver lo bueno de las personas como yo lo hago, no lo dudarías.

Ella se apartó para dejarlo pasar. Esta vez, Warren no iba a intentar decir la última palabra. Ella siempre se las arreglaba para decirla. Pero aún no se había alejado más de un metro cuando ella le gritó:

- He venido esta noche sólo porque sabía que estarías aquí. No estés lejos tanto tiempo otra vez, o ahora que estás solo en el Albany tendré que ir a verte allí.

La idea lo horrorizó. ¿Amy, en una cama cerca de él? Lo primero que tendría que hacer al día siguiente sería empezar a buscar otro hotel.

- Ya podemos irnos, tío James - dijo Amy cuando se reunió con él ante la mesa de los refrescos.

- Gracias a Dios- replicó James, aunque luego se paró a pensar y añadió- ¿Por qué tan pronto?

- Porque Warren se ha marchado.

James puso los ojos en blanco y fue a buscar las capas. Tendría que hablar con esa pequeña descarada, y de camino a casa sería el mejor momento. Y no pensaba dejar que ella lo escandalizara como había hecho antes, de forma que él no había podido meter baza. No podía imaginar de dónde había sacado ese descaro.

Los hijos de Eddie siempre se habían comportado ejemplarmente; se preguntaba si no sería la influencia de Jeremy la culpable de que Amy se hubiera apartado del camino correcto. Sin duda, tenía que ser eso. Esos dos habían callejeado demasiado a menudo, y la habilidad de aquel joven picaro para comportarse con toda la desvergüenza había hecho mella en la impresionable muchacha.

James seguía siendo de esa opinión cuando llegó el carruaje, y en el momento en que la puerta se cerró detrás de ellos, le dijo a Amy:

- Jeremy va a tener que responder por esto, desde luego que responderá.

Amy, desde luego, no tenía ni idea de qué estaba él hablando.

- ¿Por qué?

- Por la exhibición de increíble descaro que nos has hecho esta noche.

- ¿Qué tiene que ver él con eso?

- Obviamente lo has aprendido de él.

Ella sonrió cariñosamente a su tío.

- Tonterías. Siempre he tenido tendencia a decir lo que pienso. Es sólo que hasta ahora me había reprimido.

- Deberías haber seguido reprimiéndote.

- En otras circunstancias lo hubiera hecho, pero la situación con Warren requiere franqueza.

- No hay ninguna situación con ese patán incivilizado. Tendrás que admitir que todo fue una comedia, sólo para salvarle el pellejo por alguna estúpida razón, como que sientes lástima por él. Adelante. Lo comprenderé perfectamente. No vuelvas a mencionarlo siquiera.

- No puedo hacer eso, tío James.

- Claro que puedes. Inténtalo - dijo con bastante desesperación.

Amy sacudió la cabeza.

- No sé por qué te lo tomas tan mal. Tú no tendrás que vivir con él.

- Ni tú tampoco - insistió James- . No se me ocurre ningún otro hombre más inadecuado...

- El es bastante adecuado - le interrumpió ella- . Es sólo que a ti no te cae bien.

- Eso no hace falta discutirlo, pero no tiene nada que ver con el asunto - había llegado el momento de exponer los hechos desnudos- . Además, él no te quiere, querida. Yo mismo le oí decirlo.

- Pues resulta que yo sé que eso no es verdad.

James se inclinó hacia delante en su asiento, preparado para presentar batalla, aunque el culpable no estuviera presente.

- ¿Cómo demonios lo sabes? - preguntó.

Amy ignoró las señales de batalla.

- No importa cómo lo sé. El caso es que es la bola y la cadena que vienen conmigo lo que él no quiere. Pero voy a hacer todo lo que esté en mi poder para hacerle cambiar de opinión y hacer que quiera casarse conmigo. Si fracaso, no debe ser por tu interferencia. Sj fracaso tiene que ser sencillamente porque él no me quiera. Esa será la única razón que aceptaré. De otro modo, no pienso dejar de intentarlo, aunque tenga que seguirlo a América. Así que no trates de detenerme, tío James. En realidad, no va a servirte de nada.

Librodot

Ser anulado de esa forma no casaba excesivamente bien con la naturaleza de James. Demonios. Por supuesto, podía sencillamente matar al interesado. Pero eso no le gustaría nada a George. Ella nunca lo perdonaría. Mil demonios.

- Tu padre no dará su consentimiento, querida niña, de eso puedes estar segura.

- Después de que tú hayas hablado con él, seguro que no.

- Entonces, ya puedes ir olvidándote de él.

- No - dijo ella con firmeza- . Esto es desafortunado, pero ya lo esperaba.

- Maldita sea, Amy, ese hombre es demasiado viejo para ti. Cuando tú tengas su edad, él andará tambaleándose con un bastón y con la espalda lisiada.

Ella rió encantada.

- Vamos, tío, sólo es dieciocho años mayor que yo. ¿Esperas andar tambaleándote dentro de dieciocho años?

Como James estaba en la flor de la vida, ciertamente no lo esperaba. En realidad, dentro de dieciocho años Jack empezaría a atraer a los hombres y él esperaba espantarlos a todos.

- De acuerdo, él no andará tambaleándose, pero...

- No insistas en la diferencia de edad, por favor. Ya he oído bastante sobre el tema de boca de Warren.

- Entonces, ¿por qué no escuchas a tus mayores?

Ella le lanzó una mirada de disgusto. James se sentía orgulloso por la ocurrencia. Pero Amy lo descartó rápidamente.

- La edad es algo secundario y que no se puede corregir. Prefiero concentrarme en los muchos defectos de Warren que sí pueden corregirse.

- ¿Eres capaz de reconocer sus defectos?

- No soy ciega.

- Entonces, ¿qué demonios ves en ese hombre?

- Mi futura felicidad - dijo ella sencillamente.

- ¿Dónde encontraste tu bola de cristal? Amy se rió.

- Quizá te gustará saber que Warren dijo casi exactamente lo mismo.

- Por Dios, no puede haberlo dicho. Yo no pienso lo mismo que ese maldito rufián.

- Él diría lo mismo, estoy segura.

Los ojos de James se entrecerraron con sospecha. ¿Acaso no acababa de igualar ella el marcador por aquello que él había dicho sobre los mayores? Después de todo, ella era una Malory. Era lógico que devolviera el golpe. Casi sentía lástima por el condenado yanqui.

- Muy bien, querida, pero supongo que no tendrás intención de andar intercambiando agudezas conmigo, ¿no es así?

Ella le devolvió una mirada consternada.

- El cielo no lo quiera. Me derrotarías en cuestión de segundos.

- Efectivamente.

Amy dejó a un lado el tono teatral y añadió fríamente:

- Pero en determinación, estoy a la altura de cualquiera de la familia.

James gruñó para sus adentros. Aquello no estaba yendo nada bien.

- Amy...

- Mira, tío James, no va a servir de nada que sigas con el tema. Desde que conocí a los hermanos Anderson hace seis meses, he sabido que Warren es mi hombre. No es un capricho. Hubiera sido preferible un inglés, ciertamente, pero esto no tiene nada que ver con elección, sino con sentimientos. Creo que ya me he enamorado de Warren.

- Maldita sea - fue lo único que dijo James.

- Mis sentimientos. Me va a hacer sufrir mucho hasta que acceda.

- No diré que lo siento - gruñó James.

- Ya lo imaginaba.

Y entonces le dedicó una de sus traviesas sonrisas.

- Pero anímate, tío. Yo lo voy a hacer sufrir mucho, mucho más.

Librodot

Librodot

25

- ¿Amy y Warren? - preguntó Georgina incrédula.

- Sí, me has oído bien - respondió su esposo mientras seguía caminando pesadamente por la habitación.

- Pero ¿Amy y Warren?

- Exacto. Y debes saber también que lo mataré con sólo que vuelva a mirar en la dirección en que ella esté, George - le prometió.

- No, no lo harás. Y deja que aclaremos algo, es ella quien lo quiere a él, no al revés.

- ¿Es que no me estoy explicando lo suficientemente claro? ¿Quieres que te haga algún dibujo para que lo entiendas mejor?

- Escúchame. A mí no me pongas ese tono de Malory, James Malory. A mí esto me resulta mucho más que simplemente escandaloso.

- ¿Y crees que a mí no?

- Pero tú has tenido tiempo de asimilarlo...

- No hay tiempo suficiente en el mundo para digerir una cosa como ésta. ¿Qué demonios le voy a decir a mi hermano?

- ¿A cuál?

La miró con seriedad por aquella deliberada torpeza.

- ¿El hermano con el que ella vive? ¿Su padre? ¿Crees que lo puedes entender ahora?

Ella ignoró su ironía.

- No veo qué importancia puede tener eso ahora. Dijiste que a ella no le importa si tiene permiso o no. Aunque tampoco es que podamos decir que simplemente ocurrió y que esperábamos que fuera sólo un capricho temporal. ¿Desde que lo conoció? No me extraña que siempre me estuviera animando a hablar de mis hermanos.

- ¿Así que tú has contribuido a este lío?

- Inocentemente, te lo aseguro. No tenía ni idea de esto, James. Y aún sigue resultándome difícil de creer. ¿La dulce Amy acosando a Warren?

- No hay necesidad de que lo digas de un modo tan fino. Está intentando seducirlo. Ella misma lo reconoció, y según palabras textuales de tu hermano se le «tira encima» cada vez que lo ve.

- Pues entonces ¿por qué estás tan enfadado con él si resulta que no es más que un espectador inocente en todo esto?

- Porque me niego a creer que no haya hecho nada para alentar a la chica. Está completamente convencida de que conseguirá lo que quiere.

- ¿El optimismo de los jóvenes, quizá?

- Eso quisiera creer, pero me temo que no sea así.

- Entonces estás diciendo que ella... que ellos... que tarde o temprano acabarán...

- Dios mío, George, no des tantas vueltas - la cortó impaciente.

- ¿Crees que acabará en su cama?

- Exactamente. Y lo que yo quisiera saber es si se casaría con ella después de haberle arrebatado la inocencia.

- No creo que ésa sea la cuestión en este caso. El problema en realidad sería la aversión que Warren siente ante la idea del matrimonio.

- Bueno, esto es lo que hay.

- Estoy horrorizada. James. Si llega el caso, se casará con ella, por supuesto. Yo misma me encargaré de ello si no lo hace tu familia.

- Ella no lo querrá si es a la fuerza.

- ¿Por qué no? Así es como yo te conseguí, y estoy más que satisfecha con el resultado.

- Sí, pero ella no lo quiere de esa manera, gracias a Dios.

Y de repente se detuvo y sonrió.

- Quizás ésa sea la solución. Obligaremos a Warren.

Georgina lo miró fijamente.

- Pero si él no ha hecho nada todavía.

James se encogió de hombros.

- Es evidente que la ha comprometido de alguna manera. Con un poco de coerción se podría averiguar.

- ¡Ah, no! No vas a pegar a mi hermano otra vez.

- Sólo un poquito, George - intentó bromear- . Sobrevivirá.

- Sí, y querrá volver a ver tu cuello en la horca. Olvídalo, James.

- ¿No crees que eso sería justicia divina?

- Cuando no esperas que desemboque en el matrimonio, no, no me lo parece. Creo que sencillamente, tendrás que confiar en que Warren sea capaz de continuar resistiéndose a Amy. Tarde o temprano tendrá que darse por vencida.

- Y un cuerno. Ya ha hecho planes para seguirle a su casa si es necesario.

- ¿Escaparse? Oh, querido, eso no estaría nada bien. ¿Servirá de algo si hablo con ella? Al fin y al cabo soy yo quien mejor conoce a Warren.

- Sin duda, pero no servirá de nada.

- No servirá de nada que intentes convencerme, tía George - le decía Amy al día siguiente, mientras tomaban el té.

Georgina se recostó en el sofá, donde la había aposentado su marido antes de abandonarla a su desagradable tarea. Considerando que había visto a Amy varias veces antes ese día y no había hecho ni dicho nada que pudiera hacerle sospechar que estaba al corriente de su situación, le resultó un poco desconcertante oír aquellas palabras, y más cuando ella lo único que había dicho era «¿Puedes servir el té?».

- ¿Es que ahora sabes leer la mente?

Amy rió.

- ¿Leer la mente? ¿Varitas mágicas? Parece como si últimamente me hubiera convertido en una hechicera, ¿verdad?

- ¿Perdona?

- No hace falta leer la mente para saber qué estabas pensando, sobre todo considerando la manera extraña en que me miras desde esta mañana, y eso por no mencionar algunos descuidos muy divertidos que has tenido. Y como no me he levantado con dos cabezas esta mañana, es evidente que tío James te ha explicado lo que sucedió, y ahora te toca a ti aleccionarme. ¿Es eso?

- Lo siento, Amy - dijo Georgina, que se había sonrojado ligeramente- . No me di cuenta de que te estuviera mirando de un modo extraño.

- Oh, no importa. Por supuesto, a Boyd le pareció algo raro que le besaras en la nariz y le dijeras «Te veré mañana».

- Yo no hice eso. ¿Lo hice?

- Lo más gracioso es que intentó explicarte que mañana estaría en medio del océano, pero no le estabas prestando atención. Se marchó murmurando no sé qué de que este clima vuelve loca a la gente.

- iOh, para, Amy! - Georgina no pudo evitar reírse- Te lo estás inventando.

- Te lo juro. Es una suerte que Warren no estuviera aquí para oírle, si no, se hubiera obsesionado con la idea y seguro que hubiera hecho que tus hermanos volvieran con sus barcos para ver si era el clima el culpable o tu marido.

A Georgina ya no le pareció tan gracioso.

- ¿Es ésa tu forma de decirme que crees que conoces a Warren tan bien como yo?

- Al contrario. Pero el lado bueno de tu hermano es muy predecible, y su preocupación por ti es una de sus mejores cualidades. ¿Vas a añorar mucho a tus hermanos?

Dos de los tres barcos en que habían llegado ya se habían hecho a la mar.

Librodot

- Desde luego, pero los espero dentro de unos meses, cuando vuelvan con el nuevo encargado para la oficina de Londres.

- ¿No has podido convencerles de que contraten a un inglés?

- No.

- Bueno, seguro que Warren será más favorable a la idea, así podrá zarpar antes él también.

- No es de los que se suben por las paredes cuando tienen que pasar un tiempo en tierra - le dijo Georgina.

- Me alegra oírlo, pero yo me refería a su deseo de escapar de mí, no al de volver al mar.

La expresión de Georgina era verdaderamente serena.

- Amy, no quiero ver cómo te hacen daño.

- Y no lo verás. Mi romance va a tener un final tan feliz como el tuyo.

- El mío no ha sido precisamente un lecho de rosas, con mi hermano y mi marido siempre tirándose los trastos a la cabeza.

- Ha sido un lecho de rosas. Es simplemente que las rosas tienen espinas - Amy sonrió- . Yo prefiero los narcisos.

- Lo que tú te vas a llevar son matalobos - le advirtió Georgina, aunque la muchacha se lo tomó a broma y ella tuvo que esperar un instante a que dejara de reír- . Lo he dicho en serio.

- Lo sé - dijo aún sonriente- . Pero cuando acabe con él estará más suave que un guante.

- Desde luego no se puede negar que eres una Malory - se quejó su tía.

- Sólo estaba tratando de animarte, tía George. No deberías preocuparte por esto. Él sabe cuidarse solo.

- Sabes perfectamente que por quien estoy preocupada es por ti. Amy, cariño, conozco a mi hermano. No se casará contigo.

- ¿Ni aunque me ame?

- Bueno... no... quiero decir... eso sería diferente claro, pero...

- No me digas que no puede ser, tía George - la interrumpió Amy- . Resulta que tengo una bola de cristal que me dice todo lo que es posible, y una de esas cosas es que Warren abra su corazón para mí. Desde luego que con lo tozudo que es, se resistirá hasta el amargo final. Lo espero.

- En eso tienes algo de razón. El final va a ser muy amargo... para ti.

Amy hizo un gesto de impaciencia.

- Vaya unas esperanzas que me das. Supongo que es una suerte para mí que el amor escuche al corazón en lugar de a los consejos, por muy bien intencionados que sean.

- ¿Estás sugiriendo que me guarde mis opiniones para mí?- dijo Georgina algo ofendida.

- Por supuesto que no - se apresuró a asegurar Amy- Pero me gustaría que entendieras que ya soy lo suficientemente adulta para tomar mis propias decisiones. Después de todo, es de mi vida de lo que estamos hablando, y de mi futuro. Y si no hago todo lo que esté en mi mano por conseguir al hombre con el que quiero compartir mi vida, entonces no será sino culpa mía, ¿no es así? Hubiera preferido que el noviazgo se desarrollara de la forma habitual y que fuera él quien diera los pasos adecuados, pero las dos sabemos que eso es imposible con un hombre como tu hermano. Por eso lo estoy haciendo a mi manera, y si no funciona, no funciona, pero al menos lo habré intentado.

- Vaya parrafada - dijo Georgina.

- Deplorable, ¿verdad? - sonrió Amy.

- Picarona - sonrió también Georgina- . Nunca sé cuándo hablas en serio.

- Tu hermano tampoco. Lo tengo bastante desconcertado, te lo aseguro.

- De acuerdo, de acuerdo. Pero dime una cosa. ¿Por qué no te has dado ya por vencida? Si no he entendido mal, él te ha rechazado más de una vez.

- Eso no quiere decir nada - dijo Amy quitándole importancia.

Librodot

- ¿Qué te hace pensar eso?

- La manera en que me besa.

- ¿Te besa? - Georgina se incorporó en su asiento- . ¿Supongo que no te refieres a un beso de verdad?

- Cien por cien real.

- ¡El muy canalla!

- No pudo evitarlo...

- ¡ El canalla!

- Yo lo provoqué...

- ¡El muy bribón! ¿No habrá hecho nada que te comprometa, verdad?

- Bueno... si quieres que hablemos de los aspectos técnicos...

- Eso lo aclara todo. Tendrá que casarse contigo - dijo Georgina con determinación.

Amy también se incorporó espantada.

- Espera un momento. No me refería a ese tipo de tecnicismos. Lo que quería decir era simplemente que nos hemos encontrado en algunas situaciones que serían muy del gusto de las cotillas, todas obra mía.

- No intentes disculparlo - dijo Georgina, aún indignada.

- No lo hago. - Pero Amy lo pensó mejor y añadió- Al menos no hasta que estemos casados. Entonces sí que mentiría por él si fuera necesario. Pero eso ahora no viene al caso. No va a haber ningún casamiento forzado. ¿No te dijo eso tío James?

- Lo mencionó, sí, pero eso no cambiaría nada, si mi hermano ya ha...

- No lo ha hecho... todavía. Pero cuando lo haga, y puedes estar segura de que así será, eso sólo será entre él y yo. Además, tía George, me lo tendrá que pedir, si no no diré que sí. Es así de simple.

- Nada es así de simple, no cuando mi hermano está de por medio. Oh Amy, no sabes dónde te estás metiendo - Georgina suspiró- . Un hombre tan frío y amargado. Nunca podrá hacerte feliz.

Amy rió.

- Vamos, tía, tú estás pensando en cómo es ahora, pero no será así cuando yo acabe con él.

- ¿No?

- Por supuesto que no. Voy a hacer que sea feliz. Voy a devolverle la alegría a su vida. ¿No quieres eso para tu hermano?

La pregunta impresionó a Georgina y le hizo reconsiderar su posición. Le hizo también recordar la conversación que había tenido con Reggie el día después del nacimiento de Jaqueline, cuando llegó a la conclusión de que lo que Warren necesitaba era una familia por la que preocuparse. El optimismo de Amy le resultaba contagioso de repente. Si alguien podía operar ese tipo de milagro en su hermano, ésa era aquella muchacha alegre, vivaracha, traviesa y hermosa que se había empeñado en darle la clase de amor que necesitaba.

A James le iba a dar un ataque, pero su esposa acababa de cambiar de bando.

26

- Mueve esas piernas. No te quedes ahí esperando a que te rompan la nariz - Warren saltó para esquivar a Anthony- Mejor, viejo, pero tienes que estar alerta para cosas como ésta.

Anthony se movió con agilidad hacia la izquierda, y Warren hizo lo propio, y recibió un tremendo derechazo. Pestañeó al sentir que el dolor se extendía de su nariz a su cerebro. No estaba rota, pero casi. Y no era el primer puñetazo que Anthony le propinaba innecesariamente y con fulminante precisión. Warren ya había tenido suficiente.

- Si no puedes dejar tus sentimientos personales para después de la lección, Malory, será mejor que lo dejemos ahora mismo. Tenía que haber imaginado que algún motivo había para que te presentases hoy.

- El hombre aprende de la experiencia, ¿no lo sabías? - dijo Anthony con cara inocente.

- También se aprende con la repetición, la memorización y otros métodos menos dolorosos.

- Oh, bien. Supongo que puedo dejar la parte divertida para mi hermano. Volvamos a lo nuestro, Anderson.

Warren volvió a levantar los puños con cautela, aunque al menos este Malory cumplía sus promesas. La lección resultó agotadora, pero fue eso, una lección, no una exhibición.

Cuando Warren finalmente cogió la toalla, estaba agotado. Había pensado buscar un nuevo hotel esa tarde, pero decidió dejarlo para otro día. Lo único que necesitaba era una cama y un baño, el orden le daba igual. Lo que menos falta le hacía era la alegre charla de Anthony, aunque comenzó de un modo bastante inocente.

- ¿Cómo va con la nueva oficina?

- Los pintores acaban mañana.

- Conozco a una persona que sería un espléndido administrador - dijo el servicial Anthony.

- ¿Para que me pueda ir antes? - conjeturó Warren con acierto- . Lo lamento, pero Clinton decidió en el último momento que al menos tendría que haber un americano al frente, así que no me puedo ir hasta que regresen con uno.

- ¿Eso significa que vas a abrir tú la oficina en cuanto esté en condiciones?

- Ésa es la idea.

- No te imagino detrás de un escritorio rodeado de facturas y cosas por el estilo. Uno con el cuaderno de navegación encima sí, pero no con todos esos papeles y cosas burocráticas desparramados por encima. Pero, según tengo entendido, ya lo has hecho antes.

- Todos tuvimos que pasar por eso, hasta Georgie. Así lo decidió nuestro padre, quería que conociéramos las dos caras del negocio.

- Quién lo hubiera dicho - Anthony parecía impresionado, hasta que lo estropeó al decir- : Pero apuesto a que no te gustaba nada.

Eso era cierto, pero Warren no se lo había dicho nunca a nadie, y no iba a hacerlo ahora.

- ¿A qué viene esto ahora, sir Anthony?

Anthony se encogió de hombros.

- A nada en particular, viejo. Sólo me preguntaba por qué os habéis molestado en abrir la oficina en Londres antes de tener un administrador. ¿Por qué no dejarla cerrada por el momento?

- Porque ya se han asignado los nuevos puertos de destino, desde la oficina central, a todos nuestros capitanes. Los barcos de la Skylark empezarán a llegar este mes, y necesitan cargamentos que les estén esperando, comerciantes con los que...

- Sí, sí, estoy seguro de que todo eso es muy interesante - le interrumpió Anthony impaciente- . Pero no podéis tener oficinas en todos los puertos a los que llegan vuestros barcos.

- En las principales rutas sí.

- ¿Y qué sucede con los puertos que no quedan dentro de esas rutas? Estoy seguro de que vuestros capitanes tienen experiencia en la adquisición de cargamentos por su propia cuenta.

Warren se puso con rapidez la camisa y la chaqueta, aunque cada músculo de su cuerpo le suplicaba que fuera más despacio. No lo hizo. Ya había oído lo bastante de la conversación como para saber adonde quería llegar Anthony, y quería acabar de una vez.

- Vayamos al grano, por favor - sugirió- . No voy a dejar tu país por el momento. Eso no lo puedo cambiar. Pero os he dado a ti y a tu hermano todas las garantías posibles sobre vuestra sobrina. Incluso estoy evitando a mi hermana para no tener que verla. ¿Qué más queréis que haga?

Con esos ojos tan oscuros y demoníacos, Anthony podía conseguir que su expresión fuera completamente desalentadora cuando se ponía tan serio.

- No queremos que le hagas daño a la pobre muchachita, Anderson. No nos gustaría nada que pasara eso.

Warren sacó una conclusión equivocada.

- ¿No estarás sugiriendo que me case con ella? - preguntó aterrado.

- ¡Dios me libre! - le aseguró Anthony, tan aterrado ante la idea como él- . Pero es de lógica pensar que cuanto antes te vayas, antes te olvidará.

Y antes podría olvidarse Warren de ella.

- No hay cosa que desee más, pero no puede ser.

Anthony se rindió por el momento, pero no sin antes quejarse:

- ¿Por qué demonios tuviste que ser tú quien se quedara en Inglaterra?

Warren se encogió de hombros.

- Ninguno de nosotros quería ese cometido, pero yo me ofrecí voluntario.

- ¿Por qué?

Que lo colgaran si lo sabía.

- Me pareció una buena idea en ese momento.

- Bueno, pues esperemos que esa decisión no se revuelva contra ti.

Fueron las últimas palabras de Anthony las que se revolvían en la cabeza de Warren en el camino de regreso al Albany. ¿Por qué había tomado esa decisión? No era algo propio de él hacer esas cosas. Había sorprendido a todos sus hermanos. Y Amy ya se le había declarado para entonces, aunque sólo hiciera unos minutos. Quizás es que no le dio importancia a sus palabras. O tal vez sí.

Aún estaba pensando preocupado en esto cuando llegó al hotel y se dirigió a su habitación a lo largo del pasillo, y se encontró de repente cara a cara con el caudillo chino que había visto por última vez en un mugriento antro en Cantón, y que había mandado a dos docenas de sus hombres a terminar con sus días y los de Clinton. ¿Zhang Yat-sen en Londres? ¡Imposible! Sin embargo, allí estaba, vestido con la bata de mandarín de seda que siempre se ponía para hacer negocios o ir de viaje.

La sorpresa de Warren se acabó cuando empezó la de Zhang, que finalmente lo reconoció. Al instante, Zhang hizo ademán de coger una espada que no llevaba. Y Warren se alegró de ello, porque las espadas no eran precisamente lo que mejor se le daba. Considerando además que fuera donde fuera, los guardaespaldas de Yat-sen nunca estaban muy lejos,

Warren decidió que lo mejor era salir por piernas de allí, y eso fue lo que hizo. Tendría que mandar a alguien a pagar la cuenta y recoger sus cosas, pero que lo ahorcaran si pensaba volver al Albany estando ese chino loco hospedado también allí.

Dios, aún no podía creer que Zhang estuviera en Londres. Aquel hombre despreciaba a los extranjeros, y hacía negocios con ellos en Cantón porque podía sacar beneficios, pero de otro modo no quería tener nada que ver con ellos. Y con los pocos con los que se relacionaba, quedaba más que manifiesto ese desprecio. Así que, ¿por qué iba a quedar a su merced al dejar su pequeño mundo, donde su poder era absoluto siempre y cuando no atrajera la atención del emperador?

Sólo una enorme cantidad de dinero podía haberlo atraído hasta allí... o un asunto personal. Y por muy modesto que fuera, Warren tenía la ligera sospecha de que aquel maldito y antiguo jarrón que él y Clinton se habían llevado de Cantón era ese asunto personal.

Una herencia familiar, fue lo que Zhang dijo que era cuando lo presentó como garantía de la apuesta en el juego de azar que él y Warren jugaron. Warren apostó su barco, que era lo que Zhang deseaba y lo que pretendía conseguir cuando entró en aquel antro que de otro modo no hubiera pisado jamás. Zhang quería el barco de Warren por dos motivos: porque había decidido que tendría su propia flota mercante y así no tendría que tratar directamente con los extranjeros; y dos, porque sentía un desagrado especial hacia Warren, que nunca había mostrado la deferencia adecuada en su presencia, y esperaba que si perdía su barco, sus viajes a Cantón se acabarían.

Zhang perdió su jarrón. Y si Warren no hubiese estado un poco borracho, habría notado que Zhang no parecía muy afectado por la pérdida, porque esperaba recuperar su jarrón a la mañana siguiente... junto con su cabeza, con toda seguridad. No consiguió ninguna de las dos, porque su tripulación y la de su hermano acudieron a rescatarlos en el muelle aquella noche, pero se hicieron un importante enemigo, y aquello puso fin a su lucrativa ruta comercial con la China.

Warren y Clinton, que se encargaban normalmente de aquella ruta, no sintieron especialmente la pérdida. Eran viajes demasiado largos, que les obligaban a permanecer lejos de casa durante varios años. A Warren no le gustaba mucho la ruta inglesa que la iba a sustituir - los años de guerra y la amargura de esos años eran difíciles de olvidar, tanto como la cicatriz que llevaba en la cara- . Pero Georgina estaba allí, desgraciadamente, y ya que pensaban visitarla periódicamente, de paso podían obtener las ventajas que permitiera el comercio con la isla.

A Warren le habían superado por amplia mayoría en la decisión de establecer la oficina en Londres. Pero había sido un perfecto estúpido al ofrecerse voluntario para quedarse hasta que todo estuviera en marcha. Y ahora tenía a un serio enemigo en Londres - aparte de sus cuñados- que estaría encantado de arrancarle la cabeza. Como diría su cuñado, maldita sea.

27

Amy se estaba poniendo frenética. Hacía casi una semana desde la última vez que vio a Warren, en aquel importante baile. Estaba tan segura de que esta vez no podría mantenerse alejado, pero eso era exactamente lo que estaba haciendo. Y el tío James no le había vuelto a decir una palabra sobre el tema. Ni Georgina. Los dos iban a la suya como si no les preocupase su determinación de conquistar a Warren, y eso preocupaba mucho a Amy. ¿Sabían ellos algo que ella ignoraba?

¿Habría cambiado Warren de planes y habría dejado ya Inglaterra?

Esta última posibilidad la decidió a ir directamente a la hermana de Warren a preguntarle:

- ¿Dónde está? ¿Sabes algo de él? ¿Ha zarpado su barco?

Georgina estaba en esos momentos en su escritorio, ocupada con las cuentas de la casa. Ya había retomado la mayoría de sus obligaciones, de modo que Amy disponía aún de más tiempo para preocuparse. Georgina dejó su pluma:

- Supongo que te refieres a Warren - preguntó, y ante la mirada furiosa de Amy añadió-: Una pregunta estúpida, ¿verdad? Y no, Warren no se ha ido aún. Pero está bastante ocupado, buscando y dando instrucciones al nuevo personal de la oficina.

Parecía razonable, más que razonable.

- ¿Sólo es el trabajo? ¿Nada más?

- ¿Qué pensabas?

- Que me estaba evitando.

- Lo siento. Pero seguramente también está haciendo eso.

- ¿Sabes algo de él?

- Me envía una nota de vez en cuando.

Georgina hubiera querido poder decir algo más, pero ese bribón de su hermano la estaba evitando. Ahora estaba de acuerdo en que Amy era la mujer ideal para él, pero tal vez no debiera habérselo dicho a James. No se lo había tomado muy bien. De hecho, le había dicho que si ayudaba a Amy de la manera que fuera, se divorciaría de ella. Y no es que Georgina creyera semejante cosa, pero que se lo hubiera dicho era señal de que se pondría con ella muy furioso si le llevaba la contraria en eso.

Así que por el momento no iba a hacer nada. Amy tendría que continuar con su empresa como había empezado, sola. Pero Georgina rezaría por ella.

- ¿Dónde está la nueva oficina de la Skylark, de todas formas? - preguntó Amy de repente.

- Cerca de los muelles. En un lugar donde no es recomendable que vayas, así que olvídalo.

Realmente, Amy no tenía intención de ver a Warren en la oficina, rodeado de todos sus empleados. Sólo lo había preguntado por curiosidad. Pero Georgina tomó su pregunta por el lado equivocado.

Notó su mirada pensativa.

- No vas a ir allí, Amy.

- No, no iré.

- ¿Lo prometes?

- Absolutamente.

Lo que no pensaba prometerle era no buscar a Warren en cualquier otro sitio, lo cual dejaba un único lugar conocido donde poder buscarlo: su hotel. Por suerte no había ningún peligro en ir allí, como con el Hell and Hound. Warren se alojaba en un hotel respetable, en una zona respetable de la ciudad. Incluso Amy y su madre habían almorzado allí alguna vez.

Por supuesto, Amy nunca había estado allí sola, ni de noche, que era el momento del día en que con más probabilidad podría encontrar a Warren. Pero seguía sin haber nada escandaloso en lo que pensaba hacer. Su único problema sería salir y entrar de la casa sin que nadie la viera, especialmente ahora que Georgina no pasaba las tardes confinada en su

Librodot

habitación. También estaba el problema de la habitación. Amy no conseguía recordar el número. Drew lo había mencionado la noche en que vinieron todos a cenar, cuando se burlaba de Boyd por haber olvidado el número de la suya. Todos tenían la habitación en el segundo piso. Bien, si no lo había podido recordar para cuando llegara al hotel, no tendría más que ir llamando a las puertas. Preguntarle al conserje estaba completamente descartado, eso convertiría algo inocente en algo escandaloso.

Amy no perdió tiempo debatiéndose en la duda de si debía ir o no. Se había decidido y no pensaba cambiar de idea. Pero sí dedicó bastante tiempo a pensar en lo que le diría a Warren cuando le abriera su puerta. Un simple hola no bastaría. «Imaginaba que tendrías otra aventura» no estaba mal, pero Amy se inclinaba más por la sinceridad, por recordarle que le había prometido que lo iría a buscar si continuaba evitándola.

También se esmeró mucho con su aspecto, porque tenía mucho tiempo que matar hasta que su tío y su tía se decidieran a retirarse. El traje de calle con la chaquetilla color marina a juego no llamaría la atención, pero Amy le quitó el lazo del escote, dejando la zona mucho más al descubierto de lo que acostumbraba. Nada que Warren no hubiera visto ya, seguro, pero no en Amy.

Eran necesarios los refuerzos. Warren seguramente no estaría de acuerdo, pero ella tenía que hacer algo para romper sus defensas. El la deseaba. Sólo había que hacerle olvidar un rato que el matrimonio estaba de por medio. Claro que todos sus preparativos resultarían inútiles si no podía meterse en su habitación, y existía la fuerte probabilidad de que Warren le cerrara la puerta en las narices en cuanto la viera. Tal vez debiera ponerse las botas de montar y poner el pie en la puerta.

Llegó al hotel Albany justo después de la una de la madrugada. Warren habría tenido tiempo suficiente para sus correrías y ahora ya estaría en la cama. Un pensamiento desagradable le pasó por la cabeza junto con otro agradable... los alejó los dos de su mente y se apresuró por las escaleras hacia el segundo piso.

Los dos empleados que había en recepción apenas si repararon en ella, dando seguramente por sentado que sería un huésped que regresaba a su habitación. Lo que Amy había esperado. Nada de preguntas. Ya tendría que dar bastantes explicaciones dentro de unos momentos.

Había recordado el número de la habitación. Se detuvo un instante ante la puerta. La idea de que él estaría en la cama la asaltó de nuevo. ¿Sería eso una ventaja? Si podía tentarlo antes de que estuviera del todo despierto... su corazón empezó a latir con fuerza en su pecho. Esa noche, iba a suceder esa noche...

Tocó lo suficiente en la puerta para asegurarse de que se despertaba. No esperaba que la puerta se abriría con tanta rapidez, junto con otras cuatro de las habitaciones contiguas.

Amy empezó a sonrojarse pensando en todos aquellos huéspedes a los que al parecer había molestado, pero su bochorno se tornó confusión cuando al mirar a derecha e izquierda sólo vio a bajitos orientales que se apiñaban en el pasillo y a otro en la puerta que tenía ante ella.

- Lo siento - dijo, antes de que la empujaran al interior de la habitación que tenía que haber sido de Warren.

La soltaron, pero la puerta se cerró detrás de ella. Amy se volvió para enfrentarse al pequeño culpable - no media más que ella- , pero se encontró con que eran dos. El otro había estado escondido tras la puerta. ¿Estaban vigilando algo? ¿Por eso habían abierto tan rápido? ¿Y las otras puertas? ¿También aquellos hombres vigilaban algo? Dios, Dios, ¿dónde se había metido?

Esta gente debía de haber alquilado el piso entero para su uso, lo que significa que el gerente del hotel habría tenido que pedir a Warren si podía trasladarse a otra habitación para poder acomodar a estos huéspedes. ¿Cómo iba a encontrar ahora la habitación sin preguntar en recepción?

- Creo que me he...

- Cállese, señorita.

- Pero me he...

- ¡Cállese, señorita! - insistió el mismo individuo.

Amy estaba indignadísima. Estaba a punto de golpear a aquel tipo cuando desde la cama llegó una voz mucho más disgustada de lo que hubiera sido la suya, hablando en dialecto oriental. Amy miró y vio a otro hombre oriental, sentado. Era joven... o tal vez no, era difícil decirlo. Llevaba una especie de saco blanco de seda que le cubría del cuello a lo que se veía por fuera de su cubrecama. Una larguísima trenza le caía sobre el hombro. Su voz sonaba enojada, pero sus ojos se fijaron en Amy con interés.

Amy apartó sus ojos de él para volver al tipo que había sido tan rudo con ella.

- Mire, siento haber despertado a su señor - susurró- ¿Puedo irme ahora? Es obvio que he cometido un error.

La respuesta le llegó de la cama. Y Amy se sentía demasiado incómoda para volver a mirar hacia allí. Fuera quien fuera aquella persona, evidentemente había turbado su sueño. El aún estaba en la cama. La situación era completamente indecorosa.

El pequeño hombre que había sido tan rudo se dignó dirigirle la palabra otra vez.

- Soy Li Liang, señora. Y hablaré en nombre de mi señor. ¿Está buscando al capitán americano?

Amy pestañeó. No podían ser parte de la tripulación de Warren. No, la idea era demasiado absurda. Pero tal vez supieran adonde lo habían trasladado, y eso la salvaría del viaje a recepción.

- ¿Conocen ustedes al capitán Anderson? - preguntó ella.

- Sí, es conocido por nosotros. ¿También es conocido por usted?

¿La verdad o una mentira? Y si una mentira, ¿prometida o esposa? Ellos no la conocían, así que era probable que no la volvieran a ver y pudieran echarle en cara las mentiras que había dicho. Una mentira, entonces, para ahorrarse más bochorno.

- Es mi prometido - bueno, lo sería...

Unas palabras más llegaron desde la cama, antes de que Li Liang dijera

- Nos complace mucho saber esto. Quizás usted podrá decirnos dónde encontrarlo.

Amy suspiró. Tendría que ir a recepción.

- Yo iba a preguntarles lo mismo. Esta era su habitación, como ya sabrán. Supongo que se habrá mudado a otra habitación.

- Ya no duerme en este hotel.

- ¿Ha cambiado de hotel? - Y añadió casi para sí misma- ¿Por qué no me lo dijo su hermana?

- ¿Conoce a su familia?

Ella advirtió la excitación en la voz de aquel individuo, aunque no comprendía el motivo.

- Sí, ciertamente. Su hermana está casada con mi tío.

Se oyó otra vez hablar al señor de la cama. Li Liang dijo:

- Eso nos complace aún más.

- Está bien, me rindo. ¿Por qué les estoy haciendo tan felices?

Pero en lugar de una respuesta, tuvo otra pregunta.

- ¿La hermana sabrá dónde encontrar al capitán?

- Seguro que sí - se quejó Amy- . Y me hubiera ahorrado muchos problemas si se hubiera molestado en mencionármelo. Ahora creo que me marcharé y dejaré que su señor siga durmiendo. Lamento mucho haberle molestado.

- No puede marcharse, señorita.

Amy se puso algo tiesa. Eso la hacía aún un poco más alta frente al chino, y una mayor altura iba siempre de la mano de una mayor arrogancia. Evidentemente aquel hombre no conocía a los ingleses tan bien como creía.

- ¿Cómo ha dicho?

Se lo repitió.

- Se quedará aquí hasta que el capitán se reúna con nosotros.

Eso la despistó.

- ¿Le están esperando? ¿Por qué no lo dijeron?

Li Liang parecía disgustado ahora.

- Esperamos que venga cuando se entere de que está usted aquí. Primero deberá ser informado.

- Oh, está bien. Vayan a buscarlo, supongo que puedo esperar un rato.

Verlo entre aquel gentío no era lo que ella tenía pensado.

- Pero, pensándolo mejor, creo que puedo esperar y verlo en otra ocasión.

Dio un paso hacia la puerta, y los dos pequeños hombres le cerraron el paso. Amy se estaba enfadando.

- ¿Lo he dicho demasiado rápido para ustedes? ¿No me han entendido?

- Queremos que le envíe un mensaje a la hermana del capitán para que ella le informe de dónde está usted.

- Un cuerno voy a hacer eso. ¿Molestar a tía George a estas horas de la noche? A mi tío no le gustaría, y no es la clase de hombre con el que conviene estar enemistado.

- También mi señor es terrible cuando se enfada.

- Estoy segura. Pero esto es algo que puede esperar a una hora más decente - dijo con tono razonable- . ¿O es que no se ha dado cuenta de que es medianoche?

- La hora no tiene importancia.

- Mejor para ustedes si no les importa la hora. Pero el resto de la gente vivimos según las horas que marca el reloj. No hay trato, señor Liang.

El hombre perdió la paciencia.

- Obedecerá o...

Una avalancha de palabras en ese dialecto oriental lo interrumpió. Amy miró hacia allá. El señor estaba aún allí, en la misma posición, recostado, pero no había nada agradable en su expresión, Amy dijo vacilante

- ¿Quizás alguien debería explicarme de qué va todo esto?

El señor respondió, y Li Liang tradujo.

- Soy Zhang Yan- set. El americano robó un tesoro de mi familia.

- ¿Robarlo? Eso no es propio de Warren.

- Prescindiendo de cómo lo obtuviera, estoy deshonrado hasta que sea devuelto.

- ¿No podría simplemente pedírselo?

- Ya lo intenté, pero parece que necesita algún incentivo adicional.

Amy se puso a reír.

- ¿Y piensa que yo voy a ser ese incentivo? Siento decirlo, pero estaba exagerando un poco cuando dije que soy su prometida. Espero que algún día lo seré, pero por el momento él se me está resistiendo con uñas y dientes para evitar que nos casemos. En realidad seguro que le encanta si desaparezco.

- Eso es una posibilidad, señorita, si él no viene a buscarla- dijo Li Liang con tono amenazador.

28

Amy empezaba a tener serias dudas sobre si negarse a cooperar con sus nuevos conocidos, cuando la metieron en un baúl y la llevaron hasta un barco anclado en el puerto. La palabra «desaparecer» empezó a cobrar un nuevo sentido. Ciertamente tenía que preguntarse si aquellos individuos no hablaban más en serio de lo que ella había pensado en un principio.

La mención de los títulos de su familia tampoco la había llevado muy lejos. Los ladrones ingleses quizá se impresionaran, pero estos orientales no parecían entender que el marqués de Haverston era alguien a quien uno no querría tener como enemigo. Las amenazas sobre las terribles consecuencias si no la dejaban marchar habían sido ignoradas también, así que ella se había vengado burlándose cuando le hablaron de los instrumentos de tortura que podían emplear para que ella soltara la lengua. Para dar una idea, látigos y uñas arrancadas, y así por el estilo. No se atreverían. Desde luego, no se le había ocurrido pensar que la retendrían toda la noche y buena parte de la mañana tampoco. Demasiado para volver a hurtadillas a la casa sin que nadie la viera.

Ya que se había metido en aquel lío por causa de Warren, lo menos que él podría haber hecho era compartir aquella desventura con ella, como había pasado la última vez. Pero no, él había tenido que cambiar de hotel en cuanto sus hermanos se fueron. Aun así, incluso estando enfadada con él por lo que ella consideraba como «abandonarla a los lobos», no tenía intención de ayudar a Zhang Yat-sen a encontrarlo.

Hubiera robado o no el tesoro familiar de los Yat-sen, él seguramente rehusaría devolverlo. Podía ser muy testarudo en esas cosas. Y Amy no quería ni pensar cómo reaccionarían aquellos extranjeros si se enfadaban de verdad. No todos eran tan bajitos como Li Liang, y encima eran demasiados. Además, llevarlos hasta Warren sería una traición, y aunque él no hubiera tenido ningún escrúpulo para traicionarla a ella ante sus tíos, no podía hacerle eso.

No, tendría que salir de aquello por su cuenta, sin la ayuda de su futuro prometido. Su familia tampoco iba a poder ayudarla en esa situación. Georgina quizá recordara la conversación que habían mantenido el día anterior y pensara que Amy había ido a buscar a Warren, pero como no lo había encontrado, no tenían manera de dar con ella.

Ahora estaba encerrada en una cabina de minúsculas proporciones, sin más que unas mantas en el suelo, una lámpara - no había ventanas- , un cubo para sus necesidades y el ahora vacío baúl, que continuaba allí después de que la hubieran sacado de él. Desde luego, no podía decirse que estuviera divirtiéndose precisamente. Pero confiaba plenamente en que podría escapar por sus propios medios, siempre y cuando el barco no izara velas y se hiciera a la mar de repente. Incluso había ideado un plan que pensaba poner en práctica cuando le trajeran la próxima comida.

La primera comida, un tazón de arroz y unos vegetales de aspecto muy extraño con una salsa dulce, se la había traído un pequeño y alegre individuo que dijo llamarse Taishi Ning. Parecía delgado como una varita dentro de sus anchos pantalones y aquella túnica atada a su cintura, y su gruesa trenza negra era casi tan larga como él. Igual que Li, Taishi no era más alto que Amy. ¿Sería difícil dejarlo fuera de combate con la ayuda de su tazón de arroz? No, desde luego que no.

De todas formas, Amy empezaba a dudar que tuviera la oportunidad de comprobarlo, mientras las horas pasaban con insoportable lentitud. Había dejado caer su bolso cuando forcejeaba para que no la metieran en aquel baúl, pero todavía conservaba su reloj de bolsillo para ayudarla a controlar el paso del tiempo, y ya había pasado demasiado tiempo sin que nadie hubiera hecho acto de presencia. Seguirían dándole comida, ¿no? ¿O es que la inanición iba a ser el primer método para intentar soltar su lengua?

Era casi de noche cuando Taishi finalmente abrió la puerta y entró con otro tazón de comida, probando que la inanición no formaba parte de la agenda... todavía. Pero Amy no estaba interesada en lo que le había traído esta vez, a pesar de su estómago quejumbroso. Le

Librodot

interesó más ver que no había ningún otro guardia en la puerta. Por lo que parecía, ellos creían que la cerradura era todo lo que se necesitaba para mantenerla a buen recaudo, y que ella no intentaría nada contra Taishi.

Bien, pues se equivocaban.

Era una lástima, sin embargo, porque realmente era un individuo muy agradable, con sus sonrisas cordiales y su pomposo y divertido inglés. Pero Amy no podía dejar que aquello la detuviera. Quizás él no fuera quien la había encerrado allí, pero trabajaba para el que lo había hecho, y salir de aquella situación y volver a casa sana y salva era prioritario. Se limitaría a cerrar los ojos cuando lo golpeara en la cabeza con el pesado tazón de arroz y ya se disculparía después.

- Mile lo que le tlae Taishi, señolita. Comida muy buena. Si no gustal, yo coltal las manos de cocínelo. Yo plometel.

- Eso no será necesario, estoy segura - contestó Amy- Pero no tengo hambre. Puedes dejarla allí encima si quieres.

Señaló hacia el baúl, la otra mano oculta tras su espalda apretando el tazón vacío de arroz. Lo único que necesitaba era acercarse por detrás de él. Y él siguió sus instrucciones. Aquello era demasiado fácil.

Amy contuvo el aliento hasta que Taishi hubo pasado por delante de ella; entonces, levantó el tazón de arroz, cerró los ojos y atacó. Pero, antes de que el tazón alcanzara nada, sintió que la cogían por la muñeca, salió volando por los aires y aterrizó de espaldas en el suelo.

Amy no estaba herida, pero sí muy aturdida. Cuando volvió la cabeza para mirar al enclenque enanito, vio que ni siquiera había derramado el nuevo tazón de comida. Y que le sonreía.

- ¿Cómo demonios has hecho eso? - preguntó, furiosa.

- Fácil. ¿Quelel aplendel?

- No... ¡Yo... no... quiero! - dijo resoplando mientras se ponía de pie- . Lo que yo quiero es volver a mi casa.

- Lo siento, señolita. Cuando el homble venga, puede que sí, puede que no. - El se encogió de hombros para indicarle que no estaba al tanto de lo que pasaría con ella en un caso u otro.

- Pero el hombre no... Warren no vendrá.

- Lord Yat-sen decil que él viene, él viene - insistió Taishi- . No necesital pleocupalse.

Amy sacudió la cabeza con exasperación.

- ¿Cómo va a venir si no sabe adonde fui, ni dónde estoy ahora, si ni siquiera sabe que he desaparecido? ¡Tu lord Yat-sen es un idiota!

- Shhh, señolita, o peldel cabeza - dijo Taishi alarmado.

- Tonterías - se burló Amy- . Nadie va a cortar cabezas sólo por un pequeño insulto. Ahora vete. Quiero estar sola para ponerme de malhumor.

Los dientes de Taishi asomaron en otra de sus sonrisas.

- Es usted muy diveltida, señolita.

- ¡Fuera, antes de que te grite!

El se marchó, todavía sonriendo, pero Amy lo detuvo antes de que cerrara la puerta.

- Siento haber tratado de romperte la cabeza. No es nada personal, lo entiendes, ¿verdad?

- No pleocupalse, señolita. Homble venil plonto.

Ella arrojó el tazón vacío que todavía estaba en sus manos contra la puerta en cuanto se cerró. ¿Que iba a venir pronto? ¿Cuando ella no había dicho ni una sola cosa que los guiara hasta él? Eran todos idiotas. E incluso si hubieran encontrado una manera de localizarlo, Warren no vendría a rescatarla. Estaría encantado de que la hubieran raptado y la hubieran sacado de su vida.

¿Y ahora qué? Obviamente, atacar hombrecitos mañosos estaba descartado. Debería haber arrojado la lámpara contra la mampara mientras la puerta estaba abierta, aunque, con cordiales sonrisas o sin ellas, ella no estaba segura de que Taishi no hubiera cerrado la puerta y la hubiera dejado asarse viva en vez de ignorarla y apagar el fuego.

Bien, el primer plan había sido ciertamente un estruendoso fracaso, no había duda. Pero ella no pensaba rendirse, de ninguna manera. No había sido capaz de vencer a Taishi, era cierto. No solamente hablaba de una forma extraña, también luchaba de una forma extraña. Pero quizás en cuestión de piernas ella sería más buena que él. Seguramente no llegaría más allá de la cubierta, pero un gran grito podría atraer ayuda... o no. Dependía de la hora del día que fuera y de la zona del puerto donde el barco estuviera anclado. De todas formas, definitivamente valía la pena intentarlo cuando le trajeran la próxima comida.

Librodot

29

Se suponía que Warren era el único de la familia con temperamento fuerte, pero, para las cinco en punto de aquella tarde, Georgina estaba bastante alterada cuando volvió a golpear la puerta de la habitación de su hermano en el hotel. Ya había estado allí dos veces ese día. Había ido a la nueva oficina tres veces. Había subido al Nereus dos, pero la tripulación no lo había visto por allí. Incluso había ido al Knighton's Hall, aunque no había entrado. James preguntó por ella.

James había estado todo el día con ella. No había habido forma de que la dejara hacer las cosas a su manera. Amy era un miembro de su familia, y él era el único que iba a despedazar a Warren, después de que Georgina hubiera acabado con él. No había dicho nada más, estaba demasiado furioso para hablar. Pero ciertamente no había sido nada agradable ir de acá para allá con él todo el día buscando a su hermano y a Amy. Y si éste era otro callejón sin salida...

La puerta se abrió al fin. Georgina entró con paso decidido y preguntó:

- ¿Dónde demonios has estado, Warren... y dónde está ella?

Una mirada a la habitación reveló que Warren estaba solo. Georgina se fue derecha a la cama y miró debajo. Warren parecía divertido.

- Te aseguro que limpian debajo de las camas, Georgie - dijo secamente- . Las ventanas están inmaculadas, si quieres echarles un vistazo.

En lugar de eso, ella se dirigió al guardarropa.

- No seas estúpido.

El guardarropa mostraba sólo ropas. Ella se volvió para mirar con ironía a su hermano.

- Amy. ¿La recuerdas?

- No está aquí.

- Pues entonces, ¿dónde la has escondido?

- No la he visto y he hecho todo lo que estaba en mi mano para que las cosas continuaran así - replicó Warren.

Entonces miró a James con un toque burlón.

- ¿Qué pasa, Malory? ¿Es que no confías en mi palabra?

Georgina se interpuso entre ellos.

- Te conviene no hablar con él en estos momentos, Warren. Créeme, te conviene no hacerlo.

Warren ya se había dado cuenta. Algo muy grave debía de ocurrir para que James permaneciera en silencio, y si se trataba de Amy... Empezó a sentirse alarmado.

- ¿Quieres decir que Amy ha desaparecido?

- Sí, y posiblemente ayer por la noche.

- ¿Por qué ayer por la noche? Puede haber salido muy temprano esta mañana, ¿no?

- Eso es lo que he supuesto hasta ahora - replicó Georgina- aunque no tiene demasiado sentido, porque ella siempre me dice adonde va cuando sale.

- Y si saliera para venir a verme, ¿te lo diría? - preguntó Warren.

- No, pero incluso entonces me daría alguna excusa. Tendría que habérseme ocurrido antes, pero estaba segura de que ella te habría ido a buscar a la nueva oficina, y cuando no te encontramos allí, pensé que te habías ido con ella. Pero, si no la has visto... - Se volvió hacia su marido- . Si salió anoche para buscarlo, debe de haber ido al Albany. No le dije que él había cambiado de hotel.

La alarma de Warren creció aún más.

- Ella no sabía cuál era el número de mi habitación, ¿verdad?

- Por lo que recuerdo, Drew lo mencionó la otra noche durante la cena. Sí, debía de saberlo. ¿Por qué?

- Porque Zhang Yat-sen está en el Albany.

- ¿Quién?

- El anterior dueño del jarrón Tang - aclaró Warren.

Los ojos de Georgina se abrieron desmesuradamente.

- ¿El que trató de matarte?

- Sí, y seguro que no viaja solo. Debe de llevar un pequeño ejército con él.

- Cielo Santo, ¿no pensarás que él tiene a Amy?

- El sabía que yo me alojaba en ese hotel. Seguramente averiguó cuál era mi habitación y la tenía vigilada. Era su única esperanza de encontrarme en una ciudad tan grande. Y sé que todavía está en la ciudad. Eso es lo que he estado haciendo hoy, averiguando en qué barco había llegado y si todavía estaba anclado. Pero, si la tienen desde ayer por la noche, ¿por qué no han dicho nada todavía?

- ¿Dónde? ¿Aquí? Ya te lo he dicho, ella no sabe dónde te alojas ahora, y además...

- Los podía haber enviado a tu casa. Sabe que tú podrías encontrarme.

- Si me hubieras dejado terminar, te hubiera dicho que ella nunca haría eso. Te ama, Warren. Y, ya que hablamos del tema...

- ¡Ahora no, Georgie!

- Muy bien, pero ella no va a guiar a nadie hasta ti si piensa que pueden hacerte algún daño.

- ¿Ni siquiera para salvar su cuello?

James intervino en ese momento con una calma fúnebre en la voz.

- ¿Está su cuello en peligro?

- Probablemente. Yat-sen no bromea cuando quiere algo. Utilizará todos los medios para conseguirlo. Dios mío, debería haber sabido que no podría evitar esto.

- Hay algo más que no podrás evitar si le ocurre algo a ella- prometió James.

- Tendrás que ponerte en la fila, Malory. Ellos me quieren a mí. La dejarán marchar en cuanto me tengan.

- Entonces será un placer entregarte. ¿Vamos?

- ¿Nosotros? No hay ninguna razón para que te involucres en este asunto.

- Oh, no me lo perdería...

- Por si no lo has oído bien, James - interrumpió Georgina con irritación- , ha quedado claro que Warren no ha tenido la culpa de todo esto. El no sabía que Amy trataría de encontrarle. Así que podrías cambiar la idea que te has formado de la situación y ayudarle en vez de echarle las culpas.

- Me reservo el maldito derecho de decidir quién es culpable en última instancia, George.

- Eres imposible - espetó Georgina.

- Eso me dices con mucha frecuencia - fue todo lo que él dijo.

Sin embargo, Warren era de la misma opinión que James. Sabía que Amy trataría de reunirse con él. Ella misma se lo había dicho, y él la había creído, ésa había sido la razón por la que había decidido cambiar de hotel, antes incluso de tropezar con el chino. Él podría haber evitado el secuestro dejándose caer de vez en cuando por Berkeley Square, aprovechando los momentos en los que ella no estaba o simplemente ignorándola cuando estaba. Pero no, temía que no podría ignorarla, así que se había mantenido alejado. Maldito deseo... pero el deseo no tenía nada que ver con el temor que ahora sentía por ella...

Veinte minutos después, Warren y James entraron en el Albany, dejando a Georgina fuera, en el carruaje. Cinco minutos más y un mensaje llevó a Li Liang al vestíbulo. Warren recordaba al hombre de sus varias visitas al palacio de Zhang, en las afueras de Cantón. Se rumoreaba que el jefe militar hablaba perfectamente el inglés, pero que no se dignaba hacerlo, y utilizaba intérpretes como Li Liang.

Li Liang se inclinó ceremoniosamente cuando se reunió con ellos.

- Le esperábamos, capitán. ¿Tendrá la amabilidad de seguirme?

Warren no se movió

- Primero dígame lo que quiero oír.

Li Liang no perdió el tiempo aduciendo ignorancia, sino que respondió directamente.

- Ella no ha sufrido ningún daño... todavía. Confiábamos en que su... desaparición... fuera todo lo que se necesitara para traerlo aquí, y estábamos en lo cieno.

Con una mirada a James, añadió:

- Su amigo tendrá que esperar aquí.

- Yo no soy su amigo - replicó James- . Y no voy a esperarlo en ninguna parte.

Li Liang parecía divertido.

- ¿Pensó que un enemigo podría ayudar? - preguntó a Warren.

- Es el tío de la muchacha.

- Ah, entonces, ¿es su cuñado?

Esa pregunta probaba que tenían a Amy, si es que cualquier otra respuesta de Li había dejado alguna duda.

- El mismo. Ha venido para llevarla de vuelta a casa.

- Eso dependerá de su colaboración, por supuesto - dijo Liang.

- Querrá decir del capricho de Zhang, ¿no? - replicó Warren con amargura.

Li Liang se limitó a sonreír y se alejó. Warren rechinó los dientes y los siguió.

- Un tipo muy servicial, ¿no? - observó James a su espalda.

- Sólo es el portavoz de Zhang. Y, ya que estamos, será mejor que tengas la boca cerrada y me dejes manejar el asunto a mí. Conozco a estos chinos. En muchos aspectos, continúan viviendo en la Edad Media, y una de las cosas que no aprecian es la condescendencia, que podría decirse que es tu segundo nombre.

- Oh, tengo la intención de dejar que te las apañes tú solo, viejo, mientras llegues hasta el final.

Warren no dijo nada, y unos momentos después, Li se detuvo ante la puerta de la antigua habitación de Warren. No debería haberse sorprendido. Amy había ido directamente a su guarida.

- Lo tenían todo bien controlado, ¿no es así? - dijo Warren, indicando la habitación.

Li se encogió de hombros.

- Era lógico. Desgraciadamente, para cuando conseguimos tener acceso aquí, sus pertenencias ya habían sido trasladadas.

- La verdad es que soy bastante rápido.

- Ahora quizá preferirá que las cosas hubieran ido de otro modo.

- Si eso es una amenaza contra la muchacha, a su tío no le va a gustar nada.

- Comprenderá usted que eso no nos cause ninguna preocupación.

Desde luego, ellos eran muy superiores en número, y no había forma de averiguar cuántos guardias había en la habitación. Qué no daría por encontrarse a solas con Liang cuando todo esto hubiera acabado.

- ¿Alguna vez le han dicho que es usted un asno pomposo,Liang? - preguntó Warren bruscamente.

- Creo que usted lo hizo en una ocasión anterior, capitán.

- Anuncíeme de una vez - gruñó Warren- , para que podamos acabar con esto enseguida.

El chino asintió y entró en la habitación. James se acercó y apoyó un brazo contra la pared.

- ¿Era eso una amenaza contra Amy? - quiso saber.

Warren negó con la cabeza.

- No. A estos cortesanos les encanta ver retorcerse a los extranjeros, y creo que éste en particular tiene bastante éxito. Pero yo soy el que tiene el as aquí, Malory. Ellos no se arriesgarán hasta que no sepan si tienen mi cooperación o no.

La puerta se abrió de nuevo, dando por concluida su conversación. Uno de los guardias los invitó a entrar en la habitación. Warren localizó a Zhang instantáneamente, reclinado indolentemente en su lecho, con su ropa de cama de seda como único adorno de la estancia. Parecía desnudo sin su pipa de opio en la mano, y sin duda no debía de gustarle aquel

ambiente tan poco lujoso. El corazón de Warren sangraba de pena por él, de eso no había duda.

- ¿Dónde está mi jarrón, capitán? - preguntó Li inmediatamente en nombre de su señor.

- ¿Dónde está la muchacha?

- ¿Tiene intención de negociar conmigo?

- Por supuesto. Así que, ¿qué es lo que quiere, mi vida o el jarrón?

Liang y Yat-sen iniciaron una pequeña discusión en chino. Warren había aprendido bastantes palabras en sus viajes a Cantón, pero ninguna de ellas lo ayudó a captar nada de aquel rápido intercambio. Desde luego, la naturaleza de la pregunta que él había hecho le garantizaba que ellos le harían esperar antes de dar una respuesta. A Zhang le gustaba torturar a la gente aún más que a su intérprete, y además le guardaba un gran rencor a Warren.

- Queremos las dos cosas, capitán - dijo Li finalmente. Warren se rió.

- Estoy seguro de que las quieren, pero ése no es el trato.

- El jarrón por la muchacha, lo cual lo deja a usted sin nada más con lo que negociar.Era un buen intento, pero ya sabían que yo no iba a aceptarlo. Este es el único trato que podemos hacer. Liberan a la muchacha, entonces yo les doy el jarrón y me marcho ileso o de lo contrario estrello el maldito objeto y lo hago pedazos.

- ¿Le gustaría ver a la muchacha devuelta a su familia trocito a trocito?

Warren no mordió el anzuelo, pero James sí. Dio un paso hacia delante con agresividad. Warren intentó detenerlo, pero ya era demasiado tarde. Los guardias de Zhang reaccionaron inmediatamente ante la amenaza a su señor. En cuestión de segundos, James acabó inconsciente en el suelo, el tiempo suficiente para que lo ataran de pies y manos y lo quitaran de en medio. No necesitaron armas, tal era la maestría en las artes marciales que poseían los guardias de Zhang.

Warren sabía que era mejor no intervenir o acabaría en similares circunstancias, y al menos tenía que aparentar que todavía conservaba sus cartas. Y además, no necesitaba la ayuda de James. La fuerza bruta no servía de nada contra hombres entrenados para utilizar sus manos y sus pies para matar.

Una ojeada a su cuñado le indicó que estaba volviendo en sí, así que no estaba gravemente herido. Warren hubiera deseado saber cómo los orientales habían hecho aquello, reducir a un hombre como James con tanta facilidad. Por supuesto, para ser justos, había que reconocer que lo habían tomado por sorpresa. De otro modo, podía haber causado daños considerables... antes de que lo hubieran tumbado.

- Muy entretenido - dijo Warren secamente, volviéndose para mirar a Zhang y Li- . Pero ¿no podríamos volver a los negocios?

- Ciertamente, capitán - Li sonrió- . Estábamos discutiendo la liberación de la muchacha (de una pieza) a cambio del jarrón. Ni más, ni menos.

- Inaceptable, y antes de que perdamos más el tiempo, deben saber que la muchacha no significa nada para mí, y el jarrón aún menos, no es más que una bonita antigüedad. Mi hermano mayor lo aprecia, pero a mí no podría importarme menos. Así que la cosa queda reducida a quién lo quiere más, ¿estamos de acuerdo? Máteme y no tendrá lo que quiere. Haga daño a la muchacha y no tendrá lo que quiere. Déjela marchar y yo le llevaré hasta el jarrón. Tómelo o déjelo.

Li tenía que conferenciar con Zhang sobre esta opción. Warren no lo sabía, pero acababa de confirmar la confesión de Amy de que en realidad él no la quería, lo cual le daba ventaja.

De todas formas, Zhang todavía quería la venganza y el jarrón. Pero como nunca había sido lo que se dice honorable con los extranjeros, podía conceder ahora y tomar todo lo que quería después.

- Puede marcharse, capitán - dijo Li finalmente- . Pero la muchacha quedará en posesión nuestra para asegurarnos de que cumple con su parte del trato.

- Resulta que el jarrón está en América. No puede mantener encerrada a la muchacha todo el tiempo que me llevará ir y volver de allí. Su familia tiene influencias, los descubrirían en cuestión de días.

- ¿Tiene usted la idea errónea de que vamos a permitir que se vaya solo a buscar el jarrón? - preguntó Li, obviamente divertido por la idea- . No, capitán, todos viajaremos juntos en nuestro barco, incluida la muchacha. Usted podrá devolverla a su familia cuando haya cumplido con su parte del trato.

- Está usted loco si piensa que me voy a meter en un barco con esa... esa mujer.

- Eso o ella muere. Y esto da por terminada nuestra discusión. Como usted dice, tómelo o déjelo.

Warren rechinó los dientes. Había jugado sus cartas, pero Zhang seguiría teniendo la mano ganadora mientras tuviera en su poder a Amy.

Librodot

30

Georgina empezó a preocuparse cuando empezaron a llegar carruajes al Albany, poco después de que Warren y James hubieran entrado. Eso no hubiera resultado nada extraordinario, de no ser porque el portero del hotel los dirigía a todos a un hombre que parecía chino. Pronto aparecieron más orientales y empezaron a cargar los carruajes con maletas y baúles.

La prisa con que parecían actuar le pareció más preocupante aún, o para ser exactos, empezó a hacerle sentir verdadero pánico, ya que en su mente bailaban las más descabelladas intrigas. Amy no estaba allí, nunca había estado allí. Warren había vuelto a encontrarse con el vengativo caudillo chino para nada, por culpa de las precipitadas conclusiones de su hermana. El señor chino no quería en realidad el jarrón. Sólo quería vengarse de Warren, así que no había nada que negociar. Su querido esposo no habría movido un dedo para ayudarle, y habrían matado a su hermano y sus asesinos se disponían ahora a abandonar el país.

Georgina no soportaba que la hubieran dejado allí, en ascuas. Que acabara de tener un niño no era razón para que la dejasen en el carruaje. Hubiera preferido mil veces estar con ellos, en primera línea, para saber si había mandado a su hermano a la muerte o a rescatar a Amy.

La actividad disminuyó con la llegada del quinto carruaje, y todos los chinos volvieron a entrar en el hotel. Georgina no podía aguantarlo más. Habían pasado ya treinta minutos, tiempo más que suficiente para llegar a un acuerdo... o cometer algún asesinato.

Bajó del carruaje, pero antes de que tuviera siquiera tiempo de decirle a Albert, el cochero, lo que pensaba hacer, volvieron a aparecer los chinos en masa. Serían al menos unos veinte, pero era fácil distinguir al señor por lo colorido de su vestimenta. Parecía tan inofensivo, en absoluto el tipo de hombre capaz de mandar a sus secuaces a matar, como había hecho en Cantón. Pero el poder que ostentaba en su país era absolutista y ese tipo de poder podía fácilmente desembocar en crueldad y en la indiferencia total por las normas sociales básicas, como «No ejecutarás a la gente sólo porque eres un mal perdedor».

Georgina se quedó inmóvil, en suspenso, mientras observaba cómo los chinos se amontonaban en los cinco carruajes, pero eso no fue nada comparado con el terror que sintió al ver que no salía nadie más del hotel. Entonces apareció Warren, con dos chinos a su espalda, y Georgina casi rió por las estupideces que se le habían pasado por la cabeza. Por lo visto, se iba con ellos, pero al menos no estaba muerto.

Warren miró hacia donde ella estaba justo antes de entrar en el último de los carruajes, e hizo una discreta señal con la cabeza, que no le dijo absolutamente nada. ¿Que no había de qué preocuparse? ¿Que no dejara el carruaje? ¿Que procurara que no la vieran? ¿Qué? Y entonces el alivio que había sentido, se transformó en pánico otra vez, pues se dio cuenta de que no salía nadie más. Miró a la entrada del hotel, expectante, conteniendo la respiración, pero no había señal de Amy, ni de su marido. Y los carruajes empezaron a alejarse, uno tras otro.

Georgina tomó una decisión, la única que podía tomar, ames de que el último carruaje hubiera desaparecido de la vista.

- Albert - le indicó al cochero- , siga a esos coches, el último, sobre todo, que es donde llevan a mi hermano, al menos hasta que sepa adonde van. Entonces regrese aquí inmediatamente. Yo tengo que averiguar qué le ha pasado a mi esposo.

- Pero, milady...

- No me discuta, Albert, y no se entretenga o los perderá.

Entonces salió corriendo hacia el hotel y subió directamente al segundo piso. Los golpes que se oían la llevaron directamente a la antigua habitación de Warren.

- Bueno, ya era hora - oyó en el instante en que abría la puerta- . Maldita sea, ¿qué estás haciendo aquí, George?

Librodot

Georgina se detuvo para dar su segundo suspiro de alivio. Y en seguida se sintió también algo divertida, pues se dio cuenta de que su esposo estaba tirado en el suelo, con las piernas hacia arriba, contra la pared. Por eso había oído ella aquellos golpes.

- Yo podría decirte lo mismo, James... o sea, ¿qué demonios estás haciendo ahí abajo, James?

Dejó escapar un bufido de puro disgusto.

- Intentando llamar la atención de alguien. Supongo que no me irás a decir que me oíste desde la calle.

El tono de su voz le hizo recordar que las últimas palabras que le había dicho fueron «No dejarás ese carruaje por ningún motivo», que es exactamente lo que Albert había intentado recordarle.

- No - dijo, al tiempo que se agachaba para empezar a desatarlo- . Pero vi que todos se iban y sólo faltabas tú. Eso cambia las cosas, ¿no?

- No. Es agradable eso de que tu mujer haga lo que le dices, sí señor.

- Vamos, James, ríndete. ¿Cuándo he hecho yo eso?

- No viene al caso.

- ¿Entonces hubieras preferido que les siguiera? ¿Que me quedara en el carruaje?

- No, Dios santo.

- Así, puedes estar contento de que mandara a Albert solo a hacerlo... ¿o es que tú sabes dónde han ido?

- A los muelles, pero no sé a qué parte. Se van a América.

- ¿Todos?

- Incluyendo a Amy

- ¿Qué?

- Eso es exactamente lo que siento yo.

- Pero ¿por qué no te opusiste?

- ¿Te parece que no lo hice?

- Oh. Pero seguramente Warren...

- Lo intentó, George, tengo que reconocerlo. El hecho es que estaba horrorizado ante la idea de tener que ir en el mismo barco que la niña. Tengo que reconocer que me equivoqué al juzgar a ese presuntuoso... al menos en esto. La verdad es que no quiere tener nada que ver con ella.

- ¿Estás seguro?

- ¡Por favor! No pongas esa voz de decepcionada.

- Haré lo que quiera - respondió con obstinación- . Pero que haya o no haya un romance entre ellos no es lo que más importa ahora. Imagino que navegarán hacia Bridgeport, donde está el jarrón. ¿Crees que los dejarán libres cuando lo recuperen?

- Ese fue el trato...

Georgina frunció el ceño.

- ¿Era un pero lo que me ha parecido percibir en el tono de tu voz?

- Vaya, veo que tu oído ha mejorado notablemente, sí que era un pero.

El sarcasmo venía a cuento por la broma de antes sobre si había oído desde la calle las patadas que pegó en la pared para llamar la atención. El enfado de Georgina se acentuó.

- No intentes esquivar la pregunta, James Malory.

El suspiró, mientras se deshacía de la última cuerda.

- Se llegó a ese acuerdo.

- ¿Que Amy y Warren serían liberados cuando recuperaran el jarrón?

- Sí.

- ¿Pero?

- Dudo que ese señor chino vaya a cumplir su palabra. Se ha esforzado demasiado en conseguir el intercambio del jarrón por Amy. Lo que quiere es el jarrón y una compensación en sangre.

- Bueno, no las puede tener las dos.

James arqueó una ceja ante la insistencia de su esposa.

- Estoy seguro de que se sentirá desolado cuando sepa que no tiene tu consentimiento, querida.

- Vaya un condenado sentido del humor que tienes. Lo digo en serio.

La rodeó con un brazo y salieron de la habitación.

- Lo sé. Y tu hermano seguramente ha llegado a la misma conclusión que yo. Tendrá tiempo de idear algún plan para salvarse a él y a Amy.

- ¿Por qué será que aún me parece estar oyendo un pero?

- Porque no estoy nada convencido de que pueda conseguirlo. Puede echar a perder lo que quiera si se trata de él, pero ahora está de por medio nuestra Amy.

- Warren es más hábil de lo que tú pareces creer.

- No tienes por qué ofenderte, George. No te culpo por venir de una familia de...

- No lo digas - le amenazó- . No estoy de humor para oírte insultar a mi familia. Dime sólo lo que has planeado.

- Impedir que se vayan, por supuesto.

No iba a ser tan fácil, como comprobaron cuando Albert regresó y pudieron volver todos a los muelles. El amarradero que les indicó estaba vacío. James no se tomó este nuevo giro de los acontecimientos muy bien.

Después de lanzar unas cuantas maldiciones, se lamentó:

- Vaya un momento para no tener ningún barco a mi disposición. Debí haber conservado el Maiden Anne para emergencias como ésta.

Georgina no esperaba oír aquello.

- ¿Quieres decir que hubieras ido tras ellos?

- Y lo haré. Pero me va a costar una maldita fortuna encontrar un capitán que esté dispuesto a zarpar inmediatamente, si es que lo encontramos. Y eso si sabe dónde localizar a su tripulación, si tiene suficientes provisiones disponibles...

Se interrumpió otro momento para lanzar otras pocas imprecaciones.

- Será un milagro si consigo encontrar un barco preparado para salir mañana.

Georgina vaciló un momento antes de mencionar:

- Está el barco de Warren, el Nereus. La tripulación navegara a tus órdenes si yo les explico lo que ha sucedido, aunque dudo que estén todos a bordo.

Y más dudoso era que Warren pudiera apreciar que se hubiera entregado su barco a su peor enemigo. Pero James se animó con la idea.

- Si es un buen barco, sin duda habrá alguien a bordo que sepa dónde encontrar a la tripulación.

- En realidad todos los barcos de la Skylark llevan un diario donde se anotan ese tipo de cosas.

- Entonces el único problema serán las provisiones. Oh, Dios, George, creo que me has dado mi milagro. Seguramente seguiré sin poder partir hasta mañana, pero una vez en el mar, podré recuperar el medio día de ventaja que nos llevan con facilidad.

- No atacarás su barco, ¿verdad?

- ¿Con Amy a bordo? - y eso ya fue suficiente respuesta.

- Entonces tendrás que seguirlos hasta Bridgeport.

- Esa es la idea, George. Si el tiempo lo permite, y puedo hacer algunas maniobras ingeniosas, navegaré justo detrás de ellos y no permitiré que dejen el puerto hasta que acepten mis condiciones.

- Tus condiciones incluirán a mi hermano, supongo.

Pero como él no respondía, le dio un codazo en las cos/tillas.

- ¿James?

- ¿Tendrían que hacerlo?

Parecía tan desamparado que ella le dio una palmadita en la mejilla y le dijo:

- No lo imagines como si fuera un rescate...

- ¡Dios me libre!

- ... imagina que estás haciendo una buena acción, como un santo, y dejaré de quejarme sobre lo mal que lo tratas. ¿Trato hecho?

James medio sonrió.

- Si lo pones así...

- No me extraña que te quiera. Es tan fácil llevarse bien contigo.

- Muérdete la lengua, George. ¿Quieres acabar con mi reputación?

Lo besó para demostrarle que no tenía esa intención.

- Y ahora, ¿hay algo especial que quieras que te empaquete mientras tú preparas el Nereus?

- No, pero si Connie está por ahí, envíamelo con las maletas. Se enfadaría mucho si no me lo llevo en esta aventura.

- Te lo vas a pasar muy bien ¿verdad? - le dijo en tono acusador.

- En absoluto, voy a pasar todo el tiempo echándote de menos.

Ella lo miró con expresión dubitativa.

- Entonces tienes suerte de que vaya a ir contigo.

El se disponía a prohibírselo, pero comprendió que sería inútil, y dijo:

- ¿Y qué pasa con Jack?

Georgina gruñó.

- Me había olvidado. Vaya, creo que mis días de aventurera se han acabado... al menos hasta que la niña crezca un poco. Prométeme que tendrás cuidado, James.

- Puedes estar segura.

31

El camarote de Warren no era mayor que el de Amy y, por desgracia, estaba justo al lado del de ella. Podía oírla caminar por su habitación. Amy estaba loca de rabia, porque él había insistido en comprobar que estaba bien, pero no le había dirigido ni una mísera palabra. Simplemente, le pidió a Li Liang que le abriera la puerta de su habitación, al mirar vio que estaba bien e hizo que volvieran a cerrar. De ningún modo hubiera deseado Warren que supieran que su más grande deseo era entrar y abrazarla, asegurarle que la sacaría de aquello... tarde o temprano. Su segundo deseo más urgente hubiera sido darle a Amy una paliza por meterlos en aquel lío. No podía satisfacer ninguno de los dos sin descubrir ante ellos que Amy le importaba más de lo que quería que supiesen.

Amy había empezado a berrear en cuanto Li Liang cerró la puerta, pidiendo que volviera, pidiendo poder hablar con él. Cuando supuso que ya no podía oírla, empezó a llamar a un tal Taishi, y cada diez minutos aproximadamente se ponía a aporrear la puerta y a gritar ese nombre.

Warren podía dar gracias de que ella no supiera que lo habían puesto en el camarote de al lado, porque de ser así, estaría todo el rato intentando hablar con él a través de la pared, y no sabía cuánto tiempo sería capaz de soportar eso. Ya era bastante malo tener que oír su voz, al menos cuando gritaba. Y no dejaba de refunfuñar y hablar consigo misma, aunque no entendía qué decía, sólo algún «maldito» y «espera y verás» de vez en cuando.

Esperaba sinceramente que lo dijera por él y no por el tal Taishi. Era más fácil imaginar a la Amy furiosa que a la Amy seductora, sobre todo después de haberla visto ese breve instante con el pelo desaliñado y un vestido demasido escotado para poder recordarlo con serenidad. Tenía que estar furioso porque la joven se hubiera puesto un vestido como ése para recibirle. No hubiera tenido ninguna oportunidad si se hubiera podido acercar lo bastante para mirar de cerca el escote.

Pero ella lo sabía, sin duda, por eso se lo había puesto. Warren gruñó. Esto no iba a funcionar. Lo sabía. Estar todo un mes encerrado sabiendo que Amy Malory estaba tan cerca pero fuera de su alcance lo volvería tan loco como tener que estar encerrado con ella. Tenía que distraerse de alguna manera, colaborar en las tareas del barco. Dios, hasta limpiaría las cubiertas, lo que fuera. No era su orgullo lo que estaba en juego. Era su cordura.

El movimiento del barco cuando zarpaban del puerto también hizo que Warren quisiera golpear la puerta de su habitación. No esperaba que partieran tan pronto; Zhang ya debía de tenerlo todo listo para cuando capturaron a Amy. Pero ése era el momento más indicado para escapar. ¿Qué podía costar dejar tirado a cualquiera que abriera la puerta, echar abajo la puerta del camarote de Amy y saltar al mar con ella? Podría soportar su compañía lo suficiente para llevarla a casa. Y pronto ya no habría ninguna oportunidad, cuando el barco se hubiera hecho a la mar.

La puerta se abrió antes de que Warren tuviera tiempo de llegar. El hombre, no más grande que Amy, saltó hacia atrás al ver el puño de Warren levantado. Cuando vio el bol de comida, Warren tuvo la sensación de que estaba ante el desconocido Tiashi.

Bajó el puño, para tranquilizar a aquel tipo, al menos hasta que hubiera entrado en la habitación.

- Estaba a punto de aporrear la puerta. Eso es todo.

Era difícil decirlo, pero parecía como si los ojos del chino estuvieran todo lo abiertos que podían estar.

- Ustel glande, capitán. No trata de escapar, ¿okay? Taishi no quelel peleal con ustel.

- ¿Tienes miedo, pequeño hombrecito? - preguntó Warren dubitativo, sabiendo lo mortíferos que podían ser esos individuos que parecían tan inofensivos... si venían de la China- , Veamos.

Warren se adelantó y tomó a Taishi por la túnica, y lo elevó en el aire con un solo brazo. Pero en un abrir y cerrar de ojos Taishi le dobló tanto el dedo que Warren acabó en el suelo, de rodillas, y el chino como estaba al principio.

Librodot

- Lo que había imaginado - se quejó Warren- . Tu capacidad como guardián ha quedado de sobras demostrada. Ya puedes soltar.

Taishi le soltó el dedo, pero se apartó en seguida de él, porque seguía sin fiarse. Debía de ser una broma. El pequeño hombre no estaba acostumbrado a luchar con alguien tan alto. Lo habían entrenado hombres de su mismo tamaño, y Warren, con su altura y lo corpulento que era, debía imponerle cierto respeto, por muy consciente que fuera de la calidad de su formación y sus capacidades.

Pero Warren no dejó que las apariencias lo engañaran. Sabía por propia experiencia que hombres más bajos que él podían hacerle picadillo. James Malory lo había demostrado.

Recordar a James le dio a Warren una idea a la que no pudo resistirse.

- Haré un trato contigo, Taishi - dijo al tiempo que se levantaba del suelo agitando su dolorido dedo- . Yo no te causaré ningún problema si tú me enseñas a luchar.

- ¿Así podía úsala comía Taishi? Es tan diveltido como señolita inglesa, capitán.

El nombre de Amy le hizo esmerarse más para poder hacer el trato con el chino. Las lecciones lo mantendrían lo suficientemente ocupado y agotado para poder apartar a esa fresca de su cabeza, y además le darían una ventaja sobre el inglés que éste no esperaría la próxima vez que se encontraran.

- No soy tan tonto como para pensar que me enseñarás todo lo que sabes, así que ¿por qué te preocupas? Pero si lo prefieres, te diré que no atacaré a mi maestro, te doy mi palabra.

- ¿Entonces por qué quieres aprender?

- Tú posees una habilidad que me gustaría poder usar contra un «ojos redondos» cuando esto acabe. Piénsalo, Taishi. Tú me tienes contento y el señor Zhang estará contento contigo. Si no, intentaré derribar estas paredes y ahogarte con tu trenza al menos una vez cada día, y a lo mejor me salía con la mía.

Al oír esto Taishi dio un bufido, pero no de desprecio. Y no se adentró más en la habitación para colocar la comida sobre la caja con velas que le servía a Warren de mesa. Dejó el bol en el suelo, junto a la puerta y se dispuso a marcharse. Pero Warren no había acabado aún.

- Pide permiso si quieres. Estoy seguro de que tu señor estará encantado ante la idea de que me destroce el trasero todos los días. Hasta es posible que quiera mirar y todo.

Aquello despertó el interés de Taishi.

- Entletenel al señol Yat-sen selía bueno.

Warren preferiría que aquel bastardo no mirara, pero aceptaría lo que fuera.

- Consúltalo con la almohada y dime mañana qué has decidido. Pero en todo caso, he hecho un trato con tu señor que no incluye tener que pasarme todo el viaje encerrado en este camarote. Puedes recordárselo. Estoy disponible para trabajar en lo que...

Unos golpes en la pared y un grito lo interrumpieron.

- ¿Quién hay ahí? ¿Eres tú Taishi? Si eres tú, es mejor que vengas aquí ahora mismo antes de que queme el barco.

Ambos se quedaron mudos mirando a la pared antes de que Taishi preguntara horrorizado:

- ¿Lo halía?

- Claro que no - se burló Warren, aunque el tono de su voz era ahora considerablemente más bajo- . Aunque ha estado haciendo mucho ruido por ahí. ¿Aún no has ido a ver lo que quiere?

- Oldenes de no visital, sólo comida, pero sabel lo que la señolita quiele. Mañana dejal que tlate de lompel cabeza otla vez.

Warren se acercó al chino peligrosamente.

- ¿No le harías daño, cuando intentabas evitar que te rompiera la cabeza, verdad?

Esta vez Taishi saltó hacia atrás y aterrizó más allá de la puerta.

- No lastimal tu señolita - respondió rápidamente- . Pequeño molado aquí - dijo señalando su trasero- . Pelo no se quejó. Quejalse de todo, pelo no de eso.

Warren se dio cuenta de su error demasiado tarde, pero aun así trató de corregirlo.

- Ella no es mi señorita.

- Si usted lo dice, capitán.

- No me des la razón - replicó Warren impaciente- . No es mi señorita de verdad. Y por favor, si te pregunta no le digas que estoy aquí al lado. Me volvería loco con su palabrería, y me desquitaré contigo si lo hace.

Warren no estaba seguro de haber convencido al chino, pero al menos parecía un poco confuso cuando cerró la puerta. Sin embargo, estaba furioso consigo mismo por haber tenido aquel desliz sin siquiera darse cuenta. ¿Cómo podía ser tan estúpido? Lo último que necesitaba era que su carcelero pudiera ir a Zhang a contarle que estaba sin ninguna duda preocupado por el bienestar de Amy. Ojalá no fuera así.

Librodot

32

Amy se apartó de la pared y se acurrucó en su litera sumida en el abatimiento. Le dolía la oreja de haberla tenido presionada contra la dura madera, pero aún le dolía más el corazón. Así que Warren no quería hablar con ella. Aunque en realidad nunca había querido hablar con ella, de modo que no debiera haberse sentido tan herida al oírselo decir. Pero le dolía.

Tenía muchas ganas de llorar. No lo haría, por supuesto. Ella había sabido desde el principio que no sería fácil conquistar a Warren, que tendría que vencer mucha amargura y desconfianza. Y era un hombre de costumbres ya fijadas, y que mantenía a las mujeres a una distancia insalvable. Él no quería ser feliz. Le gustaba sentirse desgraciado. Era demasiado para superarlo...

La mañana siguiente le devolvió a Amy la confianza en sí misma, al menos en lo que se refería a Warren. Ella todavía creía, sinceramente, que hacer el amor con él era la respuesta, el milagro que iba a cambiar su relación, o más bien, que la iniciaría.

En cuanto a sus dudas de la noche anterior, era aquella situación lo que la hundía, la inseguridad. No dudaba ni por un momento que Warren no estaría allí si hubiera tenido posibilidad de escoger. Su tío James seguramente había averiguado lo sucedido y había insistido en que Warren la rescatara.

Aquello no se parecía exactamente a un rescate, sin embargo, aunque ella era lo suficientemente optimista como para suponer que Warren sabía lo que hacía. Aun así, algunas palabras tranquilizadoras no vendrían mal, en realidad serían muy bien venidas. Sólo que Warren no estaba precisamente deseoso de hablar con ella, ni siquiera a través de la pared, el tiempo suficiente para pronunciarlas. El muy testarudo, podría hacer una excepción y romper su reserva.

El movimiento del barco le indicó que estaban en mar abierto. La luz que se colaba por debajo de su puerta le indicaba que estaban en un nuevo día. El silencio en el otro camarote no le indicaba nada. Y empezaba a incubar otro enfado que la acabaría impulsando a aporrear la pared para que Warren la escuchara si no podía controlarse. Pero no quería hacerlo. Si él quería silencio, silencio tendría, y esperaba que eso lo volviera loco.

Pero Taishi recibió una buena dosis de su irritación cuando apareció por allí con más arroz y verduras para su desayuno. Ella echó un vistazo a la comida y dijo:

- ¿Otra vez? Creo que ya ha llegado el momento de que le cortes las manos a tu cocinero. Debe de ser el hombre más poco imaginativo que existe.

- Llena mucho, esto - le aseguró Taishi- . Pone calne sobre los huesos.

- Justo lo que siempre he querido - le respondió ella con sorna- . Y espera un momento - añadió cuando él se disponía a salir- . Antes de que desaparezcas de nuevo, explícame cómo se las arregló el señor Zhang para capturarlo.

- ¿A quién?

- No te hagas el tonto. Al hombre del otro lado de la pared. La otra persona que tú alimentas. El que te ha pedido que no me digas dónde está. Ese mismo.

Taishi le sonrió.

- Decil muchas cosas pala decil tan poco. ¿Sel ése un lasgo inglés, señolita, o lo compalten los capitanes amelicanos, también?

- ¿Qué hay si contestas primero a mi pregunta?

Él se encogió de hombros.

- Nadie le explicó a Taishi nada soble el capitán. Sólo que le diela de comel y lo cuídala. Tendía que pleguntale a él, señolita.

- Trata de traerlo aquí como sea.

El sonrió, moviendo la cabeza en dirección a ella.

- Sel una señolita diveltida. Habel oído que él no quelel hablal con usted. Oldenal hacelo feliz y vela a usted no hacele feliz, pensal Taishi.

- ¿Así que su felicidad cuenta más que la mía?

Su irritación definitivamente estaba creciendo por momentos.

- Supongo que es porque es el único que sabe dónde está el condenado jarrón. ¿Has oído hablar del jarrón?

- Todo el mundo sabel de jalón, señolita. Peltenecel a Empeladol, no a Yat-sen. Lord Yat-sen tenel ploblemas si no lleval de vuelta jalón.

Amy se preguntaba si Warren sabría aquello, pero ciertamente no podía preguntárselo cuando él rehusaba hablar con ella.

- No creo que nadie haya pensado en que Warren es un hombre muy poco cooperativo, y que si está cooperando es sólo porque yo estoy aquí. Pero ¿qué pasaría si yo no estuviera aquí? ¿Cuan cooperativo crees que sería entonces?

- ¿Adonde quiele il a palal, señolita?

- Ya pensaré en algo - dijo ella con impaciencia, y, entonces, dándose cuenta de que él no estaba impresionado ni lo más mínimo con sus capacidades, añadió- : Dejemos eso ahora. Pero en lo que se refiere a verme, debes saber que el capitán es muy obstinado. Tuvimos una pelea de enamorados, eso es todo - mintió ella descaradamente, en vista de que nada de lo anterior parecía haber funcionado- . Estoy segura de que sabes cómo son estas cosas. El cree que no lo voy a a perdonar, y por eso no quiere verme o hablar conmigo ahora, pero yo ya lo he perdonado. Sólo necesito una oportunidad para convencerle de ello, pero ¿cómo voy a hacerlo si vosotros no me dejáis verlo?

El volvió a sacudir la cabeza, indicándole que no la creía. Bien, había valido la pena intentarlo, y quizá, si ella seguía insistiendo en esa historia, acabaría por convencerlo. Mientras tanto, se sentía demasiado frustrada por no haber conseguido nada para seguir siendo amable con el pequeño hombre.

- Ya que eres tan servicial, Taishi - dijo con un tono cargado de ironía- , necesito cambiarme de ropa y un cepillo para el pelo tampoco me vendría mal. Y, por el amor de Dios, un poco de agua para lavarme. Se supone que tienes que cuidar de nosotros, así que podrías empezar a hacer mejor tu trabajo. Soy un rehén, no un prisionero, y por eso exijo un poco de aire fresco de vez en cuando. Te encargarás de eso, ¿verdad?

- Todo lo que se pelmita, lo tendla, señolita.

Ella captó un poco de dignidad herida en la respuesta de Taishi. De modo que ahora tenía que añadir la culpabilidad a las desagradables emociones con las que tenía que enfrentarse. Pero no se disculpó. Ella era la parte ofendida en realidad, retenida contra su voluntad, arrancada de su hogar para ser llevada Dios sabía dónde. ¿Dónde estaría escondido el jarrón? ¿En América? Bien, ella había dicho que iría allí si su campaña para conquistar a Warren lo hacía necesario, pero en realidad no había hecho planes al respecto.

El día transcurrió con un sentimiento de frustración creciente, que se transformó en desolación al caer la noche. Amy se encontró de nuevo apretando la oreja contra la pared, pero no pudo oír nada, posiblemente porque Warren también estaba haciendo lo mismo en aquel momento y el sonido de sus respiraciones no podía traspasar la pared. Finalmente, ella se dio por vencida musitando:

- Warren.

Él la oyó. Apoyó su frente fuertemente contra la pared y apretó los dientes. No podía contestarle. Si lo hacía, iniciaría algo que ya no podría detener. Ella querría hablar con él todos los días. No mucho después, ella volvería con sus insinuaciones sexuales o quizás algo peor, ya que ahora había una pared por medio para ocultar su vergüenza, y eso lo volvería loco.

Pero el tono lastimero de su voz lo estaba matando.

- Amy - contestó finalmente.

Ella ya se había apartado de la pared, de modo que no pudo oírlo.

Librodot

33

Pasaron dos largas y exasperantes semanas para Amy, durante las cuales Warren no quiso comunicarse con ella a través de la pared que separaba sus camarotes, ni accedió tampoco a verla, aunque fuera sólo unos minutos. Le habían dado una muda para que la fuera alternando con su vestido, una túnica negra y pantalón, iguales que los de Taishi, que le sentaban demasiado bien y marcaban casi cada línea de su cuerpo. Pero sólo Taishi la veía con esas ropas, y no estaba interesado en ella en ese aspecto. También le habían dado un peine, aunque había dejado de intentar peinarse porque no tenía espejo, y por ello llevaba el pelo suelto la mayor parte de las veces, o recogido en una trenza.

La semana anterior le habían dado dos baldes más de agua para que se lavara un poco y lavara su ropa. Hoy le tocaba baño otra vez. Y también la dejaban subir a cubierta una hora al día. Para ello se ponía su vestido color lavanda, con la chaquetilla abotonada hasta arriba. Aunque en realidad nadie le prestaba atención. La mitad de la tripulación la formaban chinos, y por lo que pudo ver, la consideraban una mujer fea, con sus ojos redondos, aunque admiraban la largura de sus cabellos negros. La otra mitad de la tripulación eran portugueses, y el capitán, y el barco, pero no hablaban una palabra de inglés.

Amy había visto el barco de Warren, el Nereus, la vez anterior que estuvo en Londres, el día que se marchó, hacía ya tantos meses. Este no era tan grande, pero ella disfrutaba de sus breves salidas, y las esperaba con anhelo, no para poder respirar el aire fresco, sino por la posibilidad de poder ver a Warren en algún lugar de la cubierta. No lo vio nunca, claro. Habría acordado con su buen amigo Taishi que le avisara de la hora en que ella salía, para asegurarse de estar siempre en su camarote.

Le daban todo lo que quería, excepto la cosa que quería más, y parecía que eso no lo conseguiría nunca. Era obvio que Warren pensaba evitarla durante todo el trayecto hasta América, entregar el jarrón para que los liberaran y después despacharla de vuelta a Inglaterra en el primer barco que zarpase, sola. Era lo más seguro para él, un plan que los mantendría a él y a su miserable vida en el mismo sitio en que estaban antes, y a Amy no se le ocurría ninguna manera de cambiar ese plan, excepto una conversación lo bastante picante para derribar el muro que había entre ellos. Pero no tenía suficiente experiencia para hacer una cosa así, y no pensaba ponerse en ridículo, y menos hablando a través de una pared.

En cuanto a la pared, se le iba a quedar la oreja plana si seguía con ella allí pegada intentando escuchar. Warren estaba aprendiendo a luchar de esa manera tan divertida en que lo hacía Taishi. Se estaba llevando bastantes golpes, pero Amy estaba segura de que disfrutaba de cada minuto de su ejercicio, mientras que ella no podía dejar de sufrir a cada quejido suyo que oía.

Ese día había tomado su paseo y se había bañado. Tendría que haberse sentido contenta, o por lo menos tranquila, dadas las circunstancias. Pero igual que había visto la tormenta prepararse en el horizonte, en su interior se estaba fraguando otra que no sería fácil de calmar.

Había sido una prisionera modélica últimamente, no había dado ningún motivo de queja a Taishi. Pero no era propio de ella resignarse y no hacer nada. El problema es que no había nada que pudiera hacer, ya había agotado todas las posibilidades, y saberlo la ponía furiosa.

Estaba enfadada con Taishi por no tomarla en serio, con Warren por su tozudez y su prolongado silencio, con Zhang por haberla arrastrado a aquel lío cuando podía haberla dejado libre en el momento en que tuvo a Warren. Y ya estaba harta de tomárselo con calma y resignarse, de aceptar el silencio de Warren, y la arbitraria voluntad de Zhang.

Taishi lo descubrió cuando le llevó la comida esa noche. En el instante en que abrió la puerta, Amy le arrebató el cuenco de comida, cogió un puñado de arroz con las manos y se lo colocó delante de la boca.

- No tengo tanta hambre estúpido - dijo al ver la expresión de asombro del chino- . Es que acabo de encontrar mi arma.

- ¿Me va a tilal comida?

Amy casi se decidió al escuchar aquella brillante deducción. Taishi tenía un curioso sentido del humor que no siempre resultaba fácil de entender; las más de las veces podía interpretarse como simple estupidez. Amy estaba empezando a sospechar que él fingía esa estupidez para que ella se enfadara, cosa que normalmente conseguía, también en ese instante.

- Ganas me dan, no lo dudes - dijo, haciendo un esfuerzo por mantener la voz baja.

No quería que Warren oyera lo que pensaba hacer, y tampoco creía que él estaría escuchando detrás de la pared, pero no quería correr ningún riesgo.

- Pero ya que ésta será seguramente mi última comida, la tomaré.

Taishi se puso serio.

- Taishi no la mátala de hamble, señolita.

- Lo harás si Zhang lo ordena ¿no? Y seguro que lo hace cuando oiga lo que puedo hacer con un poco de comida.

- No entendel.

- Ya va, así que escucha. Le vas a decir a tu señor que si no me permite ver al capitán Anderson de inmediato, me pienso ahogar con la comida. ¿Qué incentivo tendrá entonces para obligar a Warren a que le devuelva su maldito jarrón?

Taishi alzó su mano suplicante.

- Señolita espelal. Taishi aveligual y leglesal.

Amy permaneció mirando la puerta cerrada llena de asombro. ¿Había funcionado? ¿El pequeño hombrecito la había tomado en serio por una vez? No había contado con eso. ¿Y si Zhang la tomaba en serio también y le daba lo que pedía...?

¡No estaba preparada! No se había peinado, no llevaba su seductor vestido, y, maldita sea, estaba hambrienta. Amy devoró parte de la comida y buscó con rapidez su peine. Fue una suerte que se diera tanta prisa, porque Taishi no le llevó el problema a Zhang, que en esos momentos estaba cenando. No podía molestársele bajo ningún concepto.

Taishi se limitó a ir hasta la puerta de al lado a preguntarle a Warren:

- ¿Podel ahogalse con comida?

Warren estaba sentado contra la pared, acabándose su comida.

- ¿Quieres decir a propósito?

- Sí.

- Supongo que es posible si te embutes tanta comida que no te da tiempo a respirar. Pero no tengo intención de hacerlo si es eso lo que te ha hecho volver.

Taishi no respondió, se limitó a cerrar la puerta. Sus órdenes eran mantener a los dos prisioneros contentos durante el viaje, hacer lo posible por ellos. Llevar a la mujer de una cabina a la otra era ciertamente posible. Y era la opinión de Taishi que el americano se opondría al principio, pero no después. Si se equivocaba, tendría que soportar a un americano furioso durante bastantes días.

Más tarde verificaría lo sabio o precipitado de su decisión con Li Liang, pero por ahora...

Cuando la puerta se abrió de nuevo, Warren alzó la vista, y permaneció inmóvil al ver que Amy era empujada al interior y cerraban la puerta detrás. Dios, era peor de lo que había imaginado. Su cuerpo revivió instantáneamente al verla con aquella túnica negra tan provocativa, los pies descalzos y su cabellera negra cayendo como una cascada. No creía haberla visto nunca tan hermosa, y deseable... y no podía tomarla. ¡No podía tomarla! Era para ponerse a llorar. Para ponerse a matar. Y sería a Taishi a quien mataría por poner esa tentación en su camino.

Ella no dijo nada, pero no parecía recelosa o recatada... ¿Cuándo lo había sido? Se lo estaba comiendo con sus profundos ojos azules, y entonces se dio cuenta de que no llevaba puestos más que un par de pantalones que le habían encontrado, y que le iban tan cortos que había decidido cortarlos por las rodillas. Pero no se había sentido desnudo con ellos hasta ese momento.

Librodot

El silencio entre él y Amy se prolongaba. Warren estaba seguro de que su voz no podría salirle si no era en un gruñido. Pero decidió probar.

- ¿Con qué le has sobornado? Sólo tienes una cosa, y yo la estoy mirando en este momento.

- Eso pretendía ser rudo, ¿me equivoco? - le preguntó impávida- . No está mal, pero era innecesario. Debes haber olvidado ya lo difícil que es ofenderme, ya que sé por qué lo haces. Lo que lo hizo fue la amenaza de ahogarme.

- ¿Lo que hizo qué? - Warren dijo, incorporándose rápidamente del colchón sobre el que había estado sentado para mi- rarla- . ¿De qué demonios estás hablando?

- Le dije a Taishi que me ahogaría con la comida si no me dejaba venir aquí. Normalmente no es tan crédulo. No entiendo por qué lo creyó.

¡El muy estúpido del chino! Mira que no explicarle qué era todo aquel asunto de ahogarse. Warren tendría que haber añadido que si uno intenta ahogarse con la comida lo que seguramente consigue es que le dé un ataque de tos y nada más.

- ¡Vete de aquí, Amy!

- No puedo - y pareció complacerla mucho poder decir aquello- . Taishi no es tan negligente. ¿No has oído cómo echaba la cerradura?

No lo había oído, pero no dudaba de que era cierto. ¿Cuánto tiempo tendría entonces que soportar ese infierno antes de que la volvieran a sacar? Cinco segundos más ya sería demasiado.

- ¿No me vas a invitar a sentarme?

¿Sobre su cama, que era el único sitio posible? Estaba intentando precipitar las cosas otra vez, lo estaba haciendo, y no le importaba, seguro que lo hacía deliberadamente.

- Se trata de que hablemos - dijo Amy cuando vio que lo único que hacía Warren era mirarla- . ¿Creías que había venido para algo más?

Oh, por Dios, sus insinuaciones otra vez. No podía ignorarlas ahora, no con ella allí, tan atractiva, con su propio cuerpo tan tenso, listo para tomar lo que ella le había puesto delante tantas veces. ¿De qué demonios pensaba ella que estaba hecho?

Amy podía ver claramente de qué estaba hecho, de fuertes músculos y nervio, y un cuerpo que no se rendía. Dominaba la pequeña cabina con sus proporciones, lo colmaba todo... también a ella. Tenía tantísimas ganas de tocar aquella piel, probarla, correr hacia él, abrazarlo y no soltarlo nunca. No se movió. El estaba furioso por su intrusión, y parecía dispuesto a echarla si se le ocurría hacer lo que quería. Por una vez no lo iba a hacer.

- Tienes que hablarme, Warren - una nota de desesperación teñía su voz- . Si no fueras tan tozudo, si te hubieras molestado en decirme algo, lo que fuera, la vez que te pregunté, seguramente no estaría aquí ahora.

- ¿De qué estás hablando?

A principios de la semana ella se había rendido y había intentado hablar con él a través de la pared, prácticamente suplicando que le respondiera. Lo que Amy no sabía es que Warren no había podido oírla ese día porque fue cuando Zhang decidió ver cómo hacía ejercicio. Taishi era bueno, un experto en defensa, por eso lo habían elegido para que los vigilara. Pero sus habilidades en el ataque eran mediocres.

Pero la guardia personal de Zhang era diferente, ellos eran expertos tanto en ataque como en defensa, y Zhang decidió que sería divertido ver cómo uno de ellos se enfrentaba a Warren. Aún tenía los moretones que daban cuenta de lo poco agradable que había sido. Era extraño, pero en ese momento no le dolía ninguno.

- Cuando aporreé la pared hace unos días...

- Yo no estaba aquí, Amy.

- ¿Que no estabas?

Después del ridículo en que se había puesto aquella noche, saber que nadie más que ella misma lo había oído la hizo sentirse bastante mejor.

- Bueno, no importa ahora. Me alegro de haber perdido la paciencia por tu silencio. Esto es mucho mejor que hablar por las paredes.

- Y un cuerno. Amy, quiero que te des la vuelta ahora mismo, que abras esa puerta y salgas de aquí. ¡Ahora!

- Pero si acabo de llegar...

- ¡Amy! - le dijo amenazadoramente.

- Y no hemos hablado todavía...

- ¡Amy!

- ¡No!

La palabra cayó entre ellos como un guante, un desafío a que la obligara a obedecerle... si podía. No era el momento adecuado para mostrarse descarada.

Librodot

34

Warren avanzó hacia Amy con toda la intención de ponerla sobre sus rodillas y darle una buena zurra. Ella lo vio en sus ojos, en su expresión furibunda, pero no intentó escapar. El camarote era demasiado pequeño para intentar nada de todas formas... Y tampoco intentó disuadirlo. Permaneció en su sitio, apostando, muy arriesgadamente, a que no lo haría.

Lo que sucedió se parecía mucho a un ataque, aunque Amy lo recibió con agrado. Un simple roce, y Warren ya la estaba abrazando en vez de golpearla, aunque acabaría magullada de todas formas si seguía abrazándola de esa manera. Y su boca..., Warren estaba como hambriento, fuera de control.

Amy debiera haber sentido miedo. Aquella pasión era mucho más de lo que ella había pedido, más de lo que era capaz de dominar. Y sin embargo no lo hubiera detenido por nada del mundo.

Dos veces intentó él apartarla de sí, con la expresión iracunda, y sin embargo Amy también veía en su rostro la indecisión, el dolor, pero sobre todo la pasión. Amy sintió dos veces el desaliento y la rabia porque él seguía resistiéndose a lo que ella consideraba inevitable. Pero luego él gemía y la atraía de nuevo hacia sí, su boca tan voraz como antes, y ella se sentía inmensamente feliz. Al fin, después de tanto tiempo y tantas dudas, aquel hombre tan tozudo iba a ser suyo.

- Creo que nos vamos a abrasar antes de que me de tiempo a llevarte a la cama.

Amy hubiera reído de pura alegría si hubiera podido, pero él la estaba besando otra vez, y todo lo que podía hacer era continuar y cabalgar en la tormenta. Lo que él había dicho significaba que se había rendido. Ya fuera porque así lo había decidido o porque no había sido capaz de resistirse más, el caso es que Amy ya no tenía de qué preocuparse.

De alguna manera consiguieron llegar al colchón que había en una esquina del camarote. No era lo suficientemente ancho para los dos, pero no era dormir en lo que estaban pensando. Ella no llevaba ningún vestido que estorbara sus movimientos, y sus piernas pudieron separarse para recibir el peso de él donde más lo deseaba. Las sensaciones que recordaba de la última vez que se puso sobre ella de aquella manera habían sido reales, y estaban allí de nuevo para asombrarla y excitarla.

Warren no podía dejar de besarla, aún era demasiado intensa la necesidad de probarla. Ella no podía dejar de acariciarlo, la necesidad de conocer su cuerpo era compulsiva.

Pero pronto aquello ya no fue suficiente. Igual que sucedió la otra vez, cuando él había estado sobre ella en aquel camino vecinal, volviéndola loca con aquellos movimientos, Amy sabía que había mucho más que experimentar, y no podía esperar más para saber cómo era.

Tendría que decírselo con su cuerpo, porque él apenas si le daba tregua para respirar, menos aún para hablar. Pero Amy no sabía muy bien cómo hacerlo, sólo pudo llevar sus manos a sus nalgas y presionarlo contra su cuerpo.

Estaba segura de que le había hecho sufrir, por el fuerte gemido que dio. Pero de pronto la mano de él estaba entre ambos. Y por suerte para ellos, su túnica sólo estaba atada con un femenino lazo en vez de con un nudo y se soltó sin problemas, igual que el pequeño cordón de los pantalones. En unos segundos ella ya no tenía ropa encima, y los pantalones de él también cayeron, y él entró dentro de ella en una arremetida inesperada.

El dolor que sintió con su invasión no fue muy fuerte. El cuerpo de Amy estaba demasiado ansioso y preparado. Pero lo notó, lo suficiente como para ponerse algo rígida. El también debió de notarlo, porque retrocedió ligeramente para mirarla, y la sorpresa quedó marcada en su rostro.

Amy sintió miedo de que la fuera a dejar, justo en ese momento, cuando estaba empezando a sentir el calor y la plenitud de tenerlo dentro de ella. Lo mataría y tendría un ataque de nervios si lo hacía.

- No pienses, sólo siente - le susurró atrayéndolo de nuevo y besándolo.

Sólo un instante, y entonces él cedió a sus palabras y unió su lengua en aquella danza erótica. Su mano revolviendo su pelo, su otra mano bajando hasta las piernas de ella para

Librodot

guiarlas alrededor de su cuerpo, y empujando, haciendo que la penetración fuera tan intensa que los dos sentían fuego. Él empujó, más y más. Ella se abrió a él, y recibió, y dio.

Era más maravilloso que nada de lo que Amy pudiera imaginar, el torbellino de placer intenso que la precipitó en aquella tormenta, y sintió que estallaba de felicidad. Y él estaba allí para abrazarla, para compartir su felicidad y prolongarla, y ayudarla gentilmente a regresar.

- ¡Oh Dios! ¡Oh Dios! - le oía jadear contra su cuello. No podía haberlo expresado mejor.

- No me voy a casar contigo de todas formas.

Amy alzó su cabeza del pecho de Warren para mirarle. Llevaba bastante rato callado, pero ella sabía que no dejaba de pensar en lo que habían hecho. Y aun así no la había apartado de él, había continuado abrazándola, de hecho, lo cual la impulsó a permanecer callada también.

Pero las cavilaciones debían de haberle enturbiado la cabeza, porque sus palabras y el tono de su voz sonaban a declaración de guerra. Amy no estaba de humor para seguirle el juego esta vez.

- ¿Por qué será que eso no me sorprende nada? - fue todo lo que dijo.

- ¿Es por eso que has montado todo esto? - la acusó- ¿Para hacer que me case contigo?

- Hemos hecho el amor porque los dos lo queríamos.

- Eso no ha sido hacer el amor, era pura lascivia.

Amy le hubiera pegado cuando oyó eso. Pero se limitó a gruñir y dijo:

- Bueno, pues tu satisficiste tu lascivia y yo hice el amor.

Y sin apartar un momento los ojos de él, se inclinó y le pasó la lengua por la tetilla.

Warren se levantó de un salto del colchón. Amy casi se echa a reír. Iba a tener verdaderos problemas ahora que ella podía hacerle cosas como ésa. No pensaba dejar que se mantuviera alejado de ella mucho tiempo. Pero él aún insistía en mantener las cosas como estaban.

- ¡Maldita sea, Amy! ¡Eras virgen!

Así que eso era lo que tanto le había hecho cavilar. Amy le dedicó una sonrisa maliciosa.

- Ya te lo había dicho.

- Y tú sabías lo que yo pensaba al respecto.

- Sí, y fue muy poco atento por tu parte calumniarme de esa manera en tu mente. Pero, como puedes ver, nunca te lo he echado en cara.

- Ojalá lo hubieras hecho.

Los ojos de Amy recorrieron lentamente el cuerpo de Warren y volvieron para reposar sobre aquel espléndido derroche de masculinidad. Arqueó una de sus negras cejas y no pudo reprimir una sonrisa.

- ¿Estás seguro?

Warren suspiró con frustración, ya no había nada que pudiera ocultarle. Amy se compadeció de él, porque lo que quería era que volviera a la cama con ella para poder explorar mejor aquel magnífico cuerpo que tenía.

- Admito que esperaba que esto mejorara nuestra relación, pero si lo que quieres es que sólo seamos amantes, así será.

Eso no le dio el resultado que esperaba. El no pareció nada aliviado, y continuó con su ataque.

- ¡Maldita sea! ¿Cuándo te piensas comportar normalmente?

- ¿Cuándo vas a comprender que yo... soy así?

Y se estiró ante sus ojos, descaradamente provocadora. ¿Lo llevaría en la sangre?, se preguntaba Warren. ¿Cómo era posible que supiera exactamente cómo moverse, qué palabras decir, cuando resulta que no tenía experiencia en esas cosas? ¿Y cómo podía él resistirse cuando la tenía allí en la cama, desnuda, excitándolo deliberadamente? No podía.

Se arrodilló junto a ella, y puso sus manos sobre aquellos pechos que tanto le atraían. Ella se arqueó bajo sus manos, y de lo más hondo de su ser escapó un gemido de placer, al tiempo que acariciaba la espalda de Warren con una de sus piernas. Warren cerró los ojos, para sentirla sólo con sus manos, no podría hacerlo si la veía allí, tan hermosa y desinhibida.

Tan suave, tan delicada, tan femenina. No era una niña. Abrió los ojos de nuevo y contempló el oscuro vello entre sus piernas, la curva de sus caderas, la plenitud de sus pechos, la ardorosa mirada con que observaba cómo él la observaba...

Había utilizado la edad como excusa para mantenerse alejado de ella. Pero no había sido más que eso, una excusa, y ya no podría acudir a ella nunca más. Sin embargo, no había duda de que era una joven inocente, por bien que provocadora. Y no se había esforzado nunca demasiado por convencerlo de esa verdad. Los dedos de Warren se deslizaron entre las piernas de Amy, y se inclinó sobre ella para susurrar sobre sus labios:

- Después de esto te voy a dar una zurra por haberme engañado.

- Yo no...

- No te muevas, Amy. Te voy a querer como es debido, como se tiene que hacer con alguien inocente.

Ella suspiró mientras la besaba, en modo alguno preocupada por lo que tuviera que venir después. Lo amaría hasta el final de sus días por el lado tierno de su personalidad que estaba a punto de mostrarle.

Amy no podía dejar de tocar y acariciar a Warren. Y lo curioso es que él la dejaba hacerlo, a pesar de que ya estaba saciado y hubiera preferido con toda seguridad dormir un rato. Ella no estaba cansada, pero ¿cómo iba a estarlo después de todo lo que había experimentado esa noche?

No se había equivocado al pensar que hacer el amor cambiaría las cosas entre ellos. Iban a iniciar un nuevo tipo de relación, ya lo habían hecho. Aún no les llevaría al matrimonio, pero con el tiempo ya se vería. Amy estaba convencida de ello. Y mientras tanto, Warren se acostumbraría tanto a amarla que no sería capaz de vivir sin su amor. Ella se encargaría de ello.

Taishi había entrado hacía un rato para llevársela, pero Amy no hizo ademán de levantarse para ir con él, ni Warren hizo ningún movimiento para soltarla y dejarla ir. En realidad, Warren lo miró de una manera que el chino salió de la habitación sin decir una palabra y los dejó encerrados otra vez. Amy se había estado riendo un buen rato. Al final Warren la hizo callar cerrándole la boca con un beso.

Entonces ella preguntó en voz alta:

- ¿Te importa decirme qué haces en este barco?

- Podría preguntarte lo mismo.

- Pensaba seducir a este hombre adorable, pero nadie me avisó de que se había trasladado.

- Eso no tiene gracia, Amy.

- La verdad no suele tenerla - le respondió secamente- ¿Y cuál es tu excusa?

- El tío de esta jovencita insistió en que la rescatara de una situación de la que me consideraba responsable.

Amy suspiró.

- Debí haber imaginado que esto era cosa de tío James. Supongo que te debo una disculpa por eso.

- No, no me debes nada - dijo él, sintiéndose culpable por dejar que pensara que ésa era la única razón de que él estuviera allí, y aun así no le dijo la verdad.

- ¿Estás muy disgustado por tener que devolver ese dichoso jarrón?

- Lo hubiera estado no hace mucho. Pero ahora no me parece importante.

- ¿Y con eso se acabará todo?

- Me temo que no. Nos matarán en cuanto recuperen el jarrón.

Ella se incorporó sorprendida.

Librodot

- ¿De verdad crees eso?

- Sí.

- Vaya, qué poco deportivo.

El la volvió a apoyar contra su pecho.

- ¿Por qué no estás asustada?

- Seguro que lo estaré cuando llegue el momento, pero cuando tengo miedo no puedo pensar, así que lo dejaré para más adelante.

El la abrazó fuerte, diciéndole a su manera que le agradecía que no se hubiera puesto a gritar y a llorar por algo que no se podía evitar.

Pero tras unos momentos a Amy la asaltó una duda.

- Espero que no me vayas a decir que me dejaste seducirte porque pensabas que no viviríamos mucho más.

- Tú no me sedujiste. Yo te ataqué.

- Tonterías. Estaba todo planeado... o bueno, medio planeado, porque la verdad es que no esperaba que me dejaran entrar aquí... y responde a mi pregunta.

- No tengo intención de morirme por el momento. ¿Te sirve eso de respuesta?

- ¿Y cómo piensas evitarlo?

- El jarrón es mi única garantía. Así que tengo que pensar en la manera de devolverlo, pero seguir conservando la ventaja.

- ¿Ya lo has hecho?

- Todavía no.

- Zhang dice que le robaste el jarrón - dijo ella de repente.

- Es un mentiroso - respondió él con amargura- . Ese bastardo lo apostó contra mi barco en un juego de azar. Lo perdió, pero eso no era lo que él quería. Intentó matarme para recuperar el jarrón esa misma noche.

- Qué injusto, ¿no?

- Un hombre como Yat-sen no cree en la justicia. Sólo piensa que hay que coger lo que uno quiere. Un poco como tú, ¿no?

Amy se sonrojó de furia, no esperaba aquel ataque. Sabía que no debía haber sacado a relucir un tema que despertaría resentimiento en Warren, un resentimiento que podía precisamente volverse en su contra, como acababa de pasar. Pero Warren no había acabado aún.

- Tendría que darte una paliza por haberte tirado a las garras de Zhang. Si te hubieras quedado en tu casa como corresponde a toda dama respetable, ninguno de los dos estaría aquí.

- En eso seguramente tienes razón - dijo vacilante, y se arriesgó, poniéndose de nuevo sobre él- . Pero no creo que me vayas a pegar si en vez de eso me puedes hacer el amor.

- No - concedió él, ayudándola a colocarse- . Supongo que no.

Librodot

35

La tormenta que el día anterior habían visto hacia el sudoeste, los había alcanzado y estaba descargando sobre ellos con violencia. Warren no recibió su lección ese día. En realidad, Taishi parecía bastante cansado, y estaba empapado cuando fue allí con el resto de las cosas de Amy y algunos restos de la cocina.

Amy había empezado a quejarse por lo escaso de la comida, pero Warren la hizo callar, consciente de que con un tiempo así los hornos tenían que permanecer apagados. Le hubiera gustado estar en cubierta también, haciendo lo que mejor sabía. Y hubiera ofrecido sus servicios, si bien no creía que los aceptasen, de no ser por el miedo que Amy le tenía a la tormenta.

Era la primera vez que Warren la veía asustada, muy asustada. Y Amy intentaba combatir el miedo hablando y hablando sin parar, sobre las cosas más tontas, y caminaba nerviosa de un lado a otro, lamentándose de vez en cuando:

- No soporto esto. ¿Por qué no lo paras?

Era ridiculo y divertido, aunque procuró no reírse ni una sola vez. Se dio cuenta de que en el fondo no le gustaba verla asustada, y hubiera deseado poder parar la maldita tormenta para ella. Pero lo único que podía hacer era intentar tranquilizarla, cuando en realidad era consciente de que aquel tiempo podía acabar llevando a un barco a la deriva, y teniendo en cuenta que no habían recorrido ni la mitad del trayecto hasta su destino, eso significaba que podrían perfectamente morirse de hambre... si es que no se hundían.

Desde luego, eso no se lo dijo a su compañera. Y aunque hubiera preferido poder enfrentarse a los elementos, estar atado a Amy tenía sus ventajas ahora que se había rendido a la tentación. Procuró quitarse la tormenta de la cabeza por la necesidad de hacérsela olvidar a ella, y sólo había una cosa que pudiera hacer eso.

Pero tampoco pudieron ocuparse demasiado rato en la cama, por muy placentero que fuera, sobre todo porque cada vez era más difícil que no fueran a parar fuera del colchón con los tumbos que daba el barco. Amy, que era más ligera, acababa de deslizarse por segunda vez del colchón, cuando de repente entró Taishi, trayendo la lluvia consigo. Ni siquiera reparó en que estaba desnuda, porque sus ojos aterrorizados fueron directos hacia Warren.

- Debe venil lapido - gritó Taishi para hacerse oír en medio del bramido del viento, antes de conseguir cerrar la puerta- . No habel nadie en el timón.

Warren se puso en seguida las botas y los pantalones.

- ¿Dónde está el timonel?

- Se escapó en Londles. Mala pelsona.

- Entonces ¿quién ha estado llevando el timón?

- El capitán y el piloto.

- ¿Qué les ha pasado?

- Ola tilo capitán soble timón. Golpe en la cabeza. No podel despeltal.

- ¿Y el piloto?

- No podel encontlal. Posible él cael pol la bolda también.

- También.

- Otlos tles cael. Yo vel uno.

- Dios - exclamó Warren mientras se ponía el cinturón y se dirigía hacia la puerta.

Amy se interpuso en su camino.

- ¡No vas a ir, Warren!

Claro que iba a ir. Los dos sabían que no tenía elección. Pero simplemente ella no estaba en condiciones de aceptarlo en esos momentos.

Era evidente que ahora ella sentía miedo por él y no por sí misma, y eso era turbador. Dado que Warren nunca había tenido que enfrentarse a situaciones como ésa en compañía de su familia, no estaba acostumbrado a que se preocuparan por él. La verdad es que no podía recordar cuándo había sido la última vez que alguien tuvo miedo por él... excepto Amy, cuando se enfrentaron a aquellos ladrones. Aquello le había producido una extraña, y nada

Librodot

desagradable sensación que no había tenido tiempo de analizar. Tomó su menudo y pálido rostro con las manos y dijo con tanta calma como le fue posible:

- He hecho esto un montón de veces, Amy. Hasta podría hacerlo con los ojos cerrados, así que no tienes por qué preocuparte.

Ella no lo aceptó.

- Warren, por favor...

- Calla, ahora - le dijo gentilmente- . Alguien que sepa lo que hace tiene que guiar el barco, y yo sé lo bastante para agarrarme con fuerza al timón y no dejar que me suceda ningún accidente - la besó con fuerza- . Ahora, vístete. Métete entre el colchón y la pared, y trata de dormir un poco. No has podido descansar mucho desde que entraste aquí.

¿Dormir? Estaba loco. Pero no dijo más, y antes de que ella pudiera agarrarlo, ya se había ido. Amy se quedó de pie en medio de la habitación, apretándose las temblorosas manos. Esto no podía estar sucediendo. Warren no había salido a esa pesadilla que estaba haciendo zarandearse el barco como un juguete.

Pero lo había hecho, y nunca volvería a verlo. Alguna ola lo arrastraría, como al piloto, y quedaría sepultado bajo ese mar tumultuoso. La sola idea le hizo sentir pánico. Se tiró a la puerta y empezó a dar golpes, pidiendo a Taishi que la dejara salir.

En el fondo sabía que no podía oírla, que nadie podía oírla en medio de aquel estruendo de las olas y lluvia, pero siguió dando golpes, hasta que las manos le sangraron. Desde luego, nadie fue a abrirle la puerta, todos estaban demasiado ocupados luchando por mantener el barco a flote y lo más intacto posible. Pero a Amy no le importaban los demás. Tenía la certeza irracional de que si conseguía ver a Warren, él estaría bien. Y si ella sabía que él estaba bien, estaría bien. Pero para hacer eso primero tenía que salir de allí.

Al final se sentía tan furiosa por su impotencia que atacó literalmente a la puerta, dando golpes y patadas. Pero cuando se puso a tirar del picaporte, se vio de pronto arrojada al suelo, porque el viento forzó la puerta. No había nadie allí. Y no habían cerrado la puerta. Taishi lo habría olvidado, o habría dado por sentado que tendría que estar loca para querer subir a cubierta en un momento así.

- ¡Maldita sea! - murmuró mientras se levantaba del suelo.

Lo inesperado de haber conseguido lo quería le hizo recuperar el sentido unos momentos, lo bastante para darse cuenta de que estaba desnuda. Pero eso no la hizo cambiar de opinión, ni su idea de que Warren no estaría bien si ella no estaba allí para mirarle. Cogió lo primero que encontró, una camisa, y se la puso cuando salía por la puerta.

Eso fue lo más lejos que pudo llegar. El viento la arrojó contra la pared de la cabina, con tanta violencia que apenas si pudo moverse. Y luego llegó la ola, y la golpeó con fuerza antes de arrastrarla a cubierta y dejarla justo a punto de caer.

36

Warren tenía que gobernar el barco guiándose sólo por el viento, ya que la visibilidad era casi nula y, cuando la había, duraba poco, a pesar de que era media tarde. La intensa lluvia golpeaba su pecho desnudo como si fueran agujas, su largo cabello se le venía a los ojos constantemente, y las olas que se estrellaban contra su cuerpo y lo empujaban hacia la gruesa cuerda que lo mantenía atado al timón eran gélidas.

Ahora deseaba no haberse precipitado tanto antes, haberse tomado unos momentos para coger una camisa, y no sólo por el frío. La cuerda que le mantenía atado al timón le estaba destrozando la espalda.

Le había pedido a Taishi que le trajera un impermeable para la lluvia tan pronto como el viento amainara un poco, pero no amainaba. Tenía la sensación de que si la tormenta se prolongaba durante la helada noche iban a tener que arrancarle los dedos del timón.

Era una de las peores tormentas que había visto nunca, y eso que había visto muchas. Tenían suerte de que los palos mayores aún estuvieran en pie, y habían asegurado los aparejos antes de que empezara lo peor. Sólo uno de los barriles de agua se había soltado, aunque al rodar y caer al mar se llevó una buena porción de baranda.

Warren confiaba en su propia habilidad, pero no conocía este barco tan bien como el suyo, así que no sabía cuánto más podría resistir. No parecía que la tormenta fuera a amainar por el momento, aunque tampoco empeoró más. Y entonces, casi se le para el corazón. El viento arrastró la lluvia por unos momentos, lo justo para que pudiera ver cómo Amy era arrojada contra la baranda... la rota. Estaba a tan sólo unos centímetros de precipitarse al mar.

Amy no recordaba cómo había conseguido agarrarse a aquella baranda, cuando la ola que la había arrastrado se retiró. Pero seguía agarrada allí. De cuando en cuando una ola pasaba por encima de ella, y los minutos transcurrían angustiosos hasta que se sentía a salvo otra vez. Ni una vez se le ocurrió que podía intentar regresar al camarote.

Cuando la tormenta se calmara un poco, llegaría como fuera al alcázar del barco, o al menos se acercaría lo que pudiera para poder mirar a Warren sin que él lo supiera. Eso, claro, si es que podía ver alguna cosa. No había contado con esa lluvia tan intensa que no le dejaba ver más allá de sus pies. Eso le impidió ver que Warren avanzaba hacia ella, y lanzó un grito cuando sintió que la arrancaban de su precario asidero. Pero los fuertes brazos que la apretaron contra un pecho fornido eran firmes; el cuello al que se agarró, más seguro que la madera astillada, y la voz que gritó a su oído «Te voy a moler a palos esta vez» era la más dulce que había oído nunca.

Él estaba vivo. Ya no había nada de qué preocuparse... por el momento. Con voluntad y equilibrio, y la suerte que tuvieron de que las olas no entorpecieran su camino, Warren volvió al alcázar del barco sin ayuda de ningún asidero. No consideró la posibilidad de devolver a Amy al camarote, no sin una llave con la que pudiera tenerla encerrada y temiendo como temía que estaba lo bastante loca como para intentarlo otra vez.

No podía creer que se estuviera sintiendo tan furioso ahora que la había cogido, o el pánico que había sentido hasta que consiguió llegar a ella. ¿En qué tendría ella la cabeza para cometer la estupidez de dejar la seguridad de su camarote vestida sólo con un camisón? No había tiempo para castigarla. Apenas si tuvo tiempo de arrojarla a la cuerda que estaba atada al timón y apretarse junto a ella antes de que otra ola pasara barriendo el barco y volviera a sentir el dolor de la soga en su espalda.

No había tiempo para tranquilizarla. Había dejado el timón trabado, pero el barco seguía desviado de su ruta y él necesitaba de toda su fuerza y concentración para mantener el rumbo.

Cuando finalmente dispuso de un momento que dedicarle a Amy, ya no sentía ganas de castigarla. Sentir su pequeño cuerpo apretado contra sí lo apaciguaba como ninguna otra cosa. Y que ella necesitase su calor, su fuerza, satisfacía por completo la necesidad de Warren. Para que ella le oyera, Warren tuvo que gritar:

- Lo estás haciendo muy bien, pequeña. Sigue agarrada a mí, pase lo que pase.

- Lo haré, gracias - le pareció que respondía ella, pero no estaba seguro, porque la voz que había oído no sonaba atemorizada.

Ella lo tenía fuertemente abrazado, y apretaba su rostro contra el pecho de él. Buena parte de los cabellos de Amy estaban esparcidos sobre los hombros de Warren. Seguro que no estaba nada cómoda vestida sólo con esa camisa, calada hasta los huesos, pero no podía hacer nada hasta que Taishi apareciera con el impermeable.

Amy estaba más cómoda de lo que él pudiera imaginar. La nueva posición era sin duda mucho mejor que tener que mirarlo desde algún otro lugar. Incluso las olas que continuaban golpeándole la espalda y apretándola más contra él ya no eran tan terribles. Las oía venir, y contenía la respiración hasta que habían pasado. El calor de Warren estaba allí para hacer desaparecer lo peor del frío, y sentía reverencia por su fuerza. Mientras él luchaba contra aquel mar embravecido para mantener el control del barco, Amy pudo sentir la tensión en cada uno de sus músculos, desde las piernas hasta arriba.

Ahora ya no tenía duda de que saldrían salvos de la tormenta, porque Warren llevaba el timón. Tenía una fe inamovible en él, especialmente ahora, que sus instintos la habían empujado a arriesgarse de aquella manera para probarlo.

Pero aún tuvieron que pasar horas antes de que el viento se calmara y la lluvia cesara, cuando ya anochecía. Fue la alegría entre la tripulación lo que indicó a Amy que aquello no era sólo una pausa en la tormenta, que ya se había acabado. No soltó a Warren, sin embargo, ni siquiera cuando él sugirió que lo hiciera. Amy lo miró y dijo:

- Me quedaré aquí si no te importa.

No puso ninguna objeción. Desde que la lluvia había empezado a remitir, Warren no había podido evitar mirar en repetidas ocasiones la parte de la cubierta y la baranda en la que Amy había estado agarrada, y que ya no estaba. Ella no sabía lo cerca que había estado de la muerte, y él no se lo diría. Pero por el momento no quería perderla de vista.

Pasó aún otra hora antes de que encontraran a alguien que pudiera sustituirle, al cocinero, que parecía ser el único de la tripulación que tenía alguna idea de cómo llevar un timón. Los chinos no sabían hacer nada más que pequeñas tareas en el barco. No eran marineros, eran parte del séquito de Yat-sen. El capitán portugués que Zhang había contratado aún no estaba consciente, aunque su vida no parecía correr peligro, y Warren esperaba que pudiera tomar el timón al día siguiente.

Después de ser informado de esto por un agradecido Taishi, Warren sólo tuvo que decir:

- Es una pena que a Zhang no se lo llevara la misma ola que al timonel.

Taishi no respondió a eso.

- Tlael comida, y mantas, muchas mantas, y agua caliente tan plomo como funcionen los holnos.

El pequeño hombre se apresuró a hacer lo que había dicho. Warren no salió en seguida para el camarote, porque Amy seguía abrazada a él, aunque no tan fuerte.

- Te has dormido, ¿verdad? - se inclinó para preguntarle.

- Todavía no, pero poco me falta.

Él sonrió.

- ¿Te importaría decirme por qué saliste fuera?

Se movió inquieta antes de responder.

- Era sólo un presentimiento, pensaba que si no podía verte algo malo te pasaría.

- ¿Imagino que crees que podías haber hecho algo para evitar que algo malo me pasara?

- Pero lo hice - dijo en un tono que indicaba que eso ya tendría que haberlo visto él- . Mi presencia impidió que pasara nada.

Warren meneó la cabeza ante tan ilógico razonamiento.

- Tendrás que ir pensando en soltarme si es que tenemos que volver al camarote.

- Si tengo que hacerlo - suspiró ella.

Y al mirarse a sí misma añadió:

- Seguro que tengo la hebilla de tu cinturón marcada en mi estómago.

Librodot

La tenía, y sus pezones y cada línea de su cuerpo podían verse perfectamente. Aunque su cabello estaba empezando a secarse, aún tenía la camisa pegada al cuerpo.

- ¿Algo más? - le preguntó Warren intentando bromear.

- Bueno, ahora que lo dices...

Warren se puso a reír a carcajadas. Era incorregible, una descarada sin remisión. Acababa de pasar por una experiencia aterradora que podía haber tenido un final muy diferente, y sin embargo ahí estaba, todo olvidado, como si no estuvieran aún allí, empapados.

Amy le rodeó la cintura con el brazo para que volvieran juntos al camarote. Pero al oír que él se quejaba, miró su espalda para ver qué le había hecho. Obviamente ella no le había hecho lo que tenía allí. Le hizo sentir fatal pensar que había tenido que aguantar todo ese dolor durante la tormenta y no había dicho una palabra.

- ¿Cuáles son los daños? - preguntó, adivinando lo que ella estaba viendo.

Amy aguardó unos instantes hasta que hubo recobrado la compostura para ponerse ante él de nuevo y decirle como si nada:

- Unas cinco heridas y unos rasguños de nada. Yo diría que vas a estar más cómodo durmiendo boca abajo unos días, pero creo que podremos arreglarlo.

Él se sintió un poco decepcionado al ver que no armaba escándalo por eso.

- ¿Y tú qué tienes que ver con esto? Además, no me gusta dormir boca abajo.

- Lo harás, conmigo debajo de ti.

¿Había olvidado mencionar insaciable?

37

El tiempo se mantuvo apacible y no causó más contratiempos durante el resto del viaje, pero cuanto más se acercaban a América, más intranquilo se sentía Warren. No se le había ocurrido todavía ningún plan para devolver el jarrón y evitar que los mataran después.

Había diversas posibilidades, pero todas dependían de la situación cuando llegaran a Bridgeport: si alguno de sus hermanos estaba allí todavía; si alguno de los barcos de la Skylark estaba en puerto; si lan McDonell, o Mac, como le conocía todo el mundo, todavía le guardaba el jarrón, o si Clinton lo había cambiado de lugar cuando regresaron hacía unas pocas semanas.

Lo último era poco probable, pero sería una maldita desgracia si Warren no podía encontrar el condenado jarrón después de todo lo que había tenido que pasar. Zhang no creería una excusa como ésa, y ¿dónde le dejaba eso?

Amy, por otra parte, tenía plena confianza en que Warren los salvaría a los dos. Casi era molesto saber que sentía tanta confianza, y no se mostraba nada preocupada. Warren dudaba cada vez que pensaba en Amy. No sabía qué iba a hacer con ella... si conseguían salir de aquello con vida. Amy se comportaba como si no pensase que su pequeña aventura acabaría en cuanto llegaran a tierra, que es justamente lo que pasaría. Y tendría que mantenerse alejado de ella otra vez, muy alejado, porque aunque ya había podido probar sus encantos, seguía sin poder controlarse cuando ella estaba cerca.

Si antes le parecía difícil resistirse a Amy, eso no era nada comparado con esos momentos, porque ahora ya tenía la certeza de lo maravilloso e incomparable que era hacer el amor con ella. Ni siquiera estaba seguro de por qué hacerle el amor era tan diferente de todo lo que había experimentado antes. Por descontado, Amy era única. No había duda de que nunca había conocido a nadie como ella. El hecho era que Amy era todo lo que un hombre podría desear si quería una esposa. Warren no la quería.

También se preguntaba cómo fue posible que aquel día permitieran a Amy ir a su habitación. Un día, durante su clase, que es como Warren insistía en llamarla, a pesar de que Taishi no tenía ni idea de cómo enseñar nada y se limitaba a poner ejemplos, que no era la mejor manera de enseñar esos complicados movimientos, le preguntó a Taishi por qué Zhang había accedido a dejar que Amy pasara un rato con él.

- Decil mi señol que usté no tolelal señolita, que usté fulioso polque ponela al lado donde podel oila. El decil encélala con usted - dijo, y añadió algo disgustado- : Ayudalía, capitán, si no estal tan complacido con nuevo aleglo.

Warren no hubiera esperado esa clase de ayuda del hombrecito, y expresó su gratitud sugiriendo:

- Si alguna vez te cansas de trabajar para ese tirano, ven a pedirme trabajo.

- Vístete - le dijo Warren, sacudiéndola para que se despertase- Zhang ha hecho que fuéramos más deprisa para poder llegar a puerto por la noche. Supongo que cree que cuanta menos gente advierta su presencia aquí, más fácil le resultará marcharse en cuanto tenga lo que quiere.

- ¿Debo entender que ya hemos llegado a Bridgeport? - preguntó Amy aún medio dormida.

- Al fin.

- ¿Pero cómo han podido encontrar la ciudad sin tu ayuda? - preguntó.

- ¿Olvidé decirte que ya estuvieron aquí el mes pasado?

Amy lo miró con cara de reproche.

- Sí, lo olvidaste.

Warren se encogió de hombros.

- Taishi lo dijo. Zhang sabía de dónde soy. También conocía lo de nuestra compañía, la Skylark. Esa era la única pista que tenía, así que, claro está, el primer lugar donde buscó fue aquí.

- ¿Crees que aún quedará en pie algo de tu casa?

Librodot

El tono agrio de la voz de Amy le hizo esbozar una mueca.

- ¿Después del saqueo, quieres decir? Su gente es más meticulosa que eso, y por supuesto el jarrón no estaba allí. Pero averiguó que había partido para Inglaterra. Por eso se presentó allí.

- ¿Y dónde está ese jarrón?

- Se lo entregamos a un amigo de la familia para estar más seguros.

Ahora que casi todas sus preguntas habían recibido respuesta, Amy empezó a vestirse. Sólo le quedaba por hacer una pregunta que consideraba pertinente.

- ¿Qué plan tienes?

- Que montes un pequeño espectáculo.

- Suena interesante.

- Espero que sigas pensando lo mismo cuando lo hayas oído. Quiero que insistas en que te dejen venir conmigo.

- Lo hubiera hecho de todas formas.

- Pero yo insistiré en que te quedes...

- Maldita sea, Warren...

- Déjame terminar, Amy. A Zhang le encanta llevarme la contraria. Cualquier cosa que yo no quiera, él se encarga de que me pase. Así que pensará que no te quiero con nosotros. Pero diga yo lo que diga, tú tienes que luchar con uñas y dientes para conseguir que te lleven conmigo. Ahora date prisa. No creo que tengamos mucho tiempo.

- No me has dicho qué pasará si nuestro pequeño espectáculo no funciona.

- Si eso pasa, tendré que aceptar tu presencia de mala gana, pero no creo que eso sea necesario. Si se mantiene fiel a sus normas insistirá en que me acompañes.

- ¿Y entonces...?

- Entonces... todavía no lo sé.

Él esperaba que ella se preocupara al oír eso, pero Amy se limitó a sonreír y dijo:

- No te preocupes. Ya se te ocurrirá algo.

Pasaron unos pocos minutos antes de que Taishi, por primera vez con expresión seria, abriera la puerta. Li Liang estaba justo detrás de él. Y cuando salieron del camarote pudieron comprobar que Zhang se había dignado dejar sus lujosos aposentos para la partida. Sin duda, pensaba que sería la última vez que vería a Warren, y quería saborear personalmente la venganza que había planeado para él.

- Confiamos que no tomará mucho tiempo recuperar el jarrón, capitán - preguntó Li en nombre de Zhang.

- Depende de lo que me cueste a mí localizar al hombre que lo tiene. ¿Tengo que ir solo o con escolta?

- Le acompañarán, por supuesto. No se puede confiar en los americanos.

- ¿Y en los chinos sí? Era una broma - dijo Warren con desprecio.

Amy les interrumpió antes de que entraran en calor y dijeran más de lo que debían. Ya que se suponía que Warren confiaba en la palabra que le habían dado, era bastante estúpido que se descubriera demostrando que no era así.

- ¿Por qué no continuamos, caballeros, y dejamos los insultos para otra ocasión?

Warren se volvió hacia ella.

- ¿Continuamos? ¿Adonde demonios te crees que vas a ir tú?

- Contigo, por supuesto.

- Ni lo sueñes - dijo, y entonces se volvió hacia Zhang- Ya he tenido que soportar su compañía demasiado. Si mi hermana no me lo hubiera prohibido, le habría partido el cuello. Pero aquí estamos ahora, no tengo por qué aguantarla más, así que manténgala lejos de mí.

Amy imaginaba que todo aquello lo decía para Zhang, pero aun así le hirió oírlo

- Pienso ir contigo, capitán, si no me pondré a gritar tan fuerte que las autoridades estarán aquí en un tris para investigar qué sucede. Y sé que las ciudades pequeñas como ésta

Librodot

suelen tener guardias apostados en los muelles, y en los barcos, así que no pienses que no me van a oír.

Zhang dijo algunas palabras, y Li Liang tradujo:

- Ella va con usted, capitán. Comprenderá que no queremos llamar la atención.

Por supuesto que no la querían llamar, tenían planeado dejar dos cadáveres detrás, y aquel barco no estaba preparado para defenderse. Los chinos no estarían a salvo hasta que no estuvieran lejos de las aguas americanas.

Si Amy no hubiera formado parte del grupo, seguramente no habrían enviado a tantos hombres con ellos. Pero al venir ella, se añadieron seis hombres como escolta, incluyendo a Li Liang y a dos de los guardias personales de Zhang. Warren sabía que no podría con todos, ni siquiera con las lecciones de Taishi en su haber. Y por eso no hubo vez en su vida que se sintiera tan feliz de ver un barco de la Skylark en puerto como aquélla. No era un barco cualquiera el que estaba allí, era el The Amphitrite, el barco de Georgina. La situación se había vuelto completamente a su favor.

- Estamos de suerte - dijo para que Li Liang lo oyera cuando pasaban bajo la plancha del barco de su hermana- . ¡A del barco!

Li Liang se apresuró a preguntarle:

- ¿Su amigo está en el barco?

- Podría ser - respondió de modo evasivo, mientras esperaba que el vigía apareciese.

Pasaron unos angustiosos minutos, durante los cuales Li podía haberles matado, pero no lo hizo. La suerte de Warren parecía mejorar a pasos agigantados. Hasta conocía al hombre que finalmente asomó por la borda.

- ¿Es usted, capitán Anderson?

- Sí, soy yo, míster Cates.

- Pensábamos que estaba en Inglaterra.

- Cambio de planes. ¿Habéis visto el barco que acaba de amarrar justo detrás del vuestro?

- Imposible no verlo, capitán.

- Si no he regresado en una hora y he subido a bordo, húndalo. Cuente el tiempo, míster Cates, una hora exactamente.

Tras unos segundos, míster Cates respondió:

- Claro, capitán.

Pero Warren oyó algunas órdenes a sus espaldas, y al volverse vio a uno de los hombres de Zhang correr hacia su barco para avisar a su señor.

- Dile que vuelva - dijo Warren- , o haré que cumplan la orden ahora.

Tras otra orden furibunda, el hombre volvió corriendo con ellos. Warren le sonrió a Li.

- Es mi garantía, comprende. Puede tener el jarrón, pero no a la chica y a mí.

- ¿Y qué garantía tengo yo de que cuando usted esté a salvo en su barco no dará la orden de todas maneras? - quiso saber Li.

- Mi palabra es bastante.

- Inaceptable.

- Es lo único que tiene.

Amy le hubiera dado un buen golpe a Warren en ese momento. No les estaba dando mayor opción que la de hacer algo drástico.

Y le dijo a Li:

- Todo este asunto ha ofendido su orgullo, y no querría por nada del mundo que en su ciudad se supiera que se ha visto obligado a volver contra su voluntad. Si dejase el muelle lleno de cadáveres y un barco destrozado, tendría que dar alguna explicación y es probable que todo esto saliera a la luz, le gustase o no. Le dejará marchar con el jarrón, señor Li, puede estar seguro. Y ahora, ¿podemos continuar?

Warren la miró disgustado, le había arruinado su venganza, por poco que hubiera durado. Li, sin embargo, creyó sus palabras e indicó que podían continuar. Ahora el tiempo

Librodot

era fundamental, y como hasta la casa de lan MacDonell había menos de veinte minutos por la vía directa, Warren los llevó dando un rodeo, a través de un laberinto de calles y callejones. Eso suponían diez minutos más, y dejaba sólo treinta para regresar al puerto. Les iba a resultar muy difícil encontrar el camino de vuelta sin él, sobre todo si a Li se le había ocurrido volver corriendo en cuanto tuvieran el jarrón, para poder partir antes de que transcurriera una hora.

La casa de Mac no estaba muy lejos de la de Warren. Si Amy no hubiera estado allí, tal vez hubiera intentado escapar y eludir la guardia el tiempo suficiente para que Zhang volara por los aires. No era una idea nada despreciable, considerando lo que Zhang tenía planeado para él. Pero Warren no podía arriesgar así la vida de Amy.

Luego resultó que perdieron otros cinco minutos ante la puerta del escocés, llamando, hasta que el hombre se levantó de su cama para abrir.

- ¿Qué hora es? - fueron las primeras palabras disgustadas que salieron de su boca, hasta que se dio cuenta de quién llamaba.

- Ya sabemos la hora que es, Mac.

- ¿Eres tú, Warren?

- Sí, y te lo explicaré después. Ahora tenemos un poco de prisa, así que ¿podrías darme ese jarrón Tang?

Mac miró a Amy, que estaba junto a él, y luego a los chinos, que estaban detrás.

- Resulta que lo metí en el banco. Pensé que estaría más seguro allí.

Warren gruñó.

- Resulta que temí que hubieras hecho una cosa así. Pero ahora veo que no la hiciste. Está bien, Mac, tráela.

- ¿Seguro que quieres que lo haga?

- Sí. Esa maldita cosa ya ha traído suficientes problemas. Lo devolveré a su legítimo dueño. Y el tiempo apremia, Mac, date prisa.

Mac asintió y se alejó por el pasillo. Ellos esperaron en el vestíbulo. Todas las puertas estaban cerradas. Mac había dejado una única vela encendida, y era suficiente para ver que Li estaba indeciso.

Aún no estaba decidido, Warren lo comprendía. A Li le habían dado órdenes específicas de llevar a cabo dos ejecuciones, y los chinos eran muy fanáticos con eso de cumplir sus órdenes. El hombre estaba tratando de imaginar cómo podía hacerlo y evitar al mismo tiempo que mataran a su señor.

- No hay manera posible de hacerlo - dijo Warren, atrayendo hacia sí la furibunda mirada del chino- . Nunca conseguirás llegar a tiempo. ¿De verdad crees que Zhang está dispuesto a morir por una pequeña venganza... cuando en realidad lo más importante es el jarrón?

Li no respondió, y Mac llegó en ese momento con el jarrón. Li fue a cogerlo, pero el escocés lo apartó, y se lo entregó a Warren.

Amy se acercó para ver más de cerca aquella pieza responsable de que la hubieran hecho cruzar el mar, cosa de la que por el momento no podía quejarse, a pesar de la angustia que había pasado sola en su habitación y de que sabía que ella y Warren aún no habían salido de ese lío. Sin embargo, aquella pieza de porcelana era una obra de arte. Era tan delicada que casi era transparente, sobre el fondo blanco se había trabajado con oro una minúscula escena oriental. Debía de valer una fortuna, pero en esos momentos no valía lo que sus vidas.

Warren estaba pensando exactamente lo mismo, y recordaba en ese instante lo que Georgina había hecho con el jarrón cuando llegó de Inglaterra. Lo sostuvo en sus manos, volviéndolo lentamente de un lado a otro, y de repente dijo:

- Sería una pena si se me cayera, ¿verdad?

El chino se puso lívido.

- Moriría al instante.

- Ése no era el plan de todas formas, ¿no es cierto? - dijo, y entonces, sin mirarla, le dijo a Amy- : Amy, vete a esa habitación que hay detrás de Mac y enciérrate. ¡Ve!

Y a Liang, que intentó detenerla, le gritó:

- Olvídala. Ella nunca ha tenido nada que ver con esto, sólo pasó que a mi hermana le caía demasiado bien. Tendrás tu jarrón, pero volveremos a los muelles sin ella.

Y es lo que hicieron. Amy se había encerrado en un armario que no tenía cerradura, ni nada con lo que pudiera hacer palanca - estaba segura de que Warren sabía que iba a hacerlo así, y estaba deseando poder apartarla del camino- , estaba furiosa por haberse atado ella misma las manos sin haberse parado a pensar primero.

Mac le abrió la puerta.

- Ya puede salir, señorita.

- Es lo que iba a hacer - replicó ella- . Y no se quede ahí, hombre. Busque un arma, o las que tenga. Tenemos que volver a los muelles para asegurarnos de que no intentan nada en el último momento.

- Creo que a Warren no le gustaría eso - dijo Mac dubitativo.

- Y yo creo que me da igual lo que le guste en estos momentos. Encerrarme en un armario... A qué está esperando, vamos.

38

Tal como fueron las cosas, Amy y Mac llegaron demasiado tarde para ser de ayuda, pero en realidad no se había necesitado ninguna ayuda. Llegaron al The Amphitrite justo a tiempo de ver a Warren saliendo de él. El barco portugués no había perdido el tiempo en la partida y había sido engullido por la oscuridad que reinaba más allá de las luces del puerto.

Amy no se sintió en absoluto decepcionada al ver que su ayuda no había sido necesaria. Se arrojó a los brazos de Warren para compartir su alivio porque todo había acabado. No se dio cuenta de que él no le devolvía el abrazo.

Por encima de la cabeza de Amy, Warren le preguntó a Mac:

- ¿Qué hace ella aquí?

- Ella es tan mandona como tu hermana, no me importa decírtelo - fue la malhumorada contestación de Mac. Amy se apartó de Warren para mirar indignada al pelirrojo escocés.

- Desde luego que no lo soy, ¿pero y qué si lo fuera? El podía haber necesitado nuestra ayuda y ¿cómo podíamos ayudarle si no estábamos? Ande, dígamelo.

- No importa, Mac.

Warren suspiró.

- Seguramente no te gustaría tratar de comprenderla, créeme.

Y, dirigiéndose a Amy, añadió:

- Ven con nosotros y te llevaremos a la cama. Ya ha pasado todo. Mañana buscaremos un barco que te lleve de vuelta a casa.

Ella se tranquilizó sólo porque él había mencionado la «cama», y suponía que seguiría compartiendo la de Warren. En cuanto a lo de buscar un barco mañana, ella se encargaría de disuadirlo sin pérdida de tiempo. Tenía el deseo de conocer un poco su ciudad natal antes de que regresaran a Inglaterra. Mientras caminaba a su lado, ella le preguntó:

- ¿Qué pasó? ¿De verdad se creyó Li tu farol sobre lo de que les hundirías el barco?

- No era un farol, Amy.

- Oh - dijo ella algo sorprendida.

- Y, además, mientras yo retuviera el jarrón, ellos no iban a arriesgarse tratando de quitármelo. Volvimos aquí y yo simplemente le pregunté al señor Cates si los cañones estaban dispuestos para disparar. Cuando él me dijo que sí, le tiré el jarrón a Liang.

- ¿Se lo tiraste? - dijo ella con voz entrecortada- . No puede ser.

- Desde luego que lo hice, y su expresión antes de cogerlo casi hace que todo este incidente haya merecido la pena.

- No - fue todo lo que ella dijo.

El aceleró el paso, de modo que a ella se le hizo difícil mantener la conversación mientras caminaban. Nada a lo que ella no estuviera ya acostumbrada. Sin embargo, no comprendía el malhumor de Warren. Ella lo achacaba al anticlímax, y al hecho de que él no había conseguido nada de todo aquello, de hecho había perdido una antigüedad que no tenía precio. La había conseguido a ella, pero no creía que él lo tuviera en cuenta, especialmente porque ella había estado disponible cuando él se lo pidió.

En su casa, él la presentó brevemente a su ama de llaves, quien tuvo que salir de la cama para acomodar a Amy. La instalaron en la antigua habitación de Georgina y le dieron algunos de sus camisones. Había también algunos viejos vestidos que podría probarse por la mañana.

Cuando le preguntaron si quería algo de comer antes de retirarse, Amy dijo que cualquier cosa que no fuera arroz le iría bien. No se molestó en dar explicaciones, sobre todo porque le habían preparado un baño caliente y no podía pensar más que en sumergirse en él.

Pero una vez preparada para irse a la cama, no quiso acostarse, sola. Esperaba que Warren se reuniría con ella, pero fue una larga espera, porque él no tenía intención de hacerlo. Cuando Amy finalmente lo comprendió, inventó algunas excusas que justificaran su ausencia, pero ninguna de ellas aguantó un examen profundo, así que salió en su búsqueda.

La tercera habitación en la que miró resultó ser la suya. El todavía no se había acostado. Estaba sentado en un sillón con una botella de whisky entre sus brazos cruzados, mirando fijamente una chimenea apagada. No la había oído entrar y ella no supo si llamar su atención, porque se le hizo evidente que él no había tenido la intención de ir a ella esa noche.

No sabía qué pensar sobre aquello, pero ciertamente no pensó que fuera a ser una actitud permanente. Eso no entró ni por un momento en su mente.

Finalmente, determinada a averiguar qué era lo que andaba mal, dijo:

- ¿Warren?

El se limitó a volver la cabeza para mirarla.

- ¿Qué estás haciendo aquí?

- Te estaba buscando.

- Bueno, pues ahora que ya me has encontrado, vuélvete a la cama. Todo ha terminado, Amy.

- Todo lo desagradable, sí, pero nosotros no.

- Sí, hemos acabado.

- No puedes hablar en serio.

El se levantó como un rayo del sillón para mirarla de frente. No se tambaleaba. No faltaba mucho de la botella. Había estado demasiado ocupado cavilando como para beber.

- Maldita sea - casi gritó- . ¿Cuándo vas a dejar de esperar algo que no va a suceder nunca?

Amy se puso rígida ante aquel repentino ataque.

- Si te refieres al matrimonio, yo puedo vivir sin él si tú puedes.

- Por supuesto que puedes - dijo él con desprecio- . Y también tu maldita familia.

El tenía razón, por supuesto. Nunca conseguiría vivir con él en pecado.

- Entonces continuemos como amantes - sugirió ella, aunque era un tanto difícil decidir de qué manera podían hacerlo- . Nadie tiene por qué saberlo.

- Presta atención por una vez, Amy - dijo él lentamente, con precisión- . Ya he tenido bastante de ti, hasta demasiado. Ya no necesito lo que tú puedes ofrecerme.

Estaba siendo deliberadamente cruel, como lo había sido muchas veces antes. Sólo que esta vez a ella se enfureció, y se desquitó poniendo en práctica lo que Jeremy le había sugerido una vez.

- ¿Ah, sí? - dijo, mientras dejaba caer al suelo la ropa que llevaba.

Ella escuchó con satisfacción cómo él contenía el aliento.

- Pues entonces, mira por última vez, Warren Anderson, para que puedas recordar con exactitud lo que estás rechazando.

Amy se quedó desnuda y eso lo dejó exhausto. Avanzó hacia ella, en realidad se tambaleó, y cayó de rodillas frente a ella. Sus brazos rodearon sus caderas y hundió la cara en su vientre. Lanzó un sentido gemido. Amy olvidó rápidamente su desquite. Warren olvidó rápidamente sus resoluciones. Sólo hubo el fuego que se encendía cada vez que se tocaban. Ya los invadiría el arrepentimiento por la mañana. Ambos iban a arrepentirse aunque, desgraciadamente, no por las razones que hubieran esperado.

Librodot

39

- Creo que hemos llegado demasiado tarde - señaló Connie.

- Bueno, a mí no me mires - dijo Anthony- . Yo no fui quien nos metió en medio de aquella tormenta que casi nos llevó a Groenlandia. Mi querido hermano tiene ese honor.

- Será mejor que corras un tupido velo sobre el asunto, muchacho. Tu querido hermano está a punto de cometer un horrendo crimen.

Esa no era la verdad, pero se acercaba bastante a ella. James estaba de pie al otro lado de la cama, mirando a la pareja dormida, y deseaba que aquella maldita tormenta no se hubiera interpuesto entre él y su presa. Les había llevado dos semanas volver a reducir distancias, pero seguían estando a ocho horas de su estela, razón por la cual no habían amarrado hasta aquella mañana y por la que no había ni rastro del otro barco. Demasiado para sus planes de abordar a los astutos bastardos.

Ni siquiera se le había ocurrido pensar que el Nereus podía llegar antes. Después, supuso correctamente que Warren se las había arreglado para solucionar el problema con los chinos con éxito y que podrían encontrarlo en su casa. Los dos hermanos y Connie habían ido allí directamente, incapaces de mitigar su preocupación hasta que se aseguraran de que Amy estaba bien. El ama de llaves de los Anderson les aseguró que así era y que el capitán y su huésped todavía dormían.

Ella se había retirado para prepararles el desayuno. Ellos subieron las escaleras para encontrar a la pareja desaparecida. No esperaban encontrarlos juntos.

James estaba fuera de sí, pero era plenamente consciente de que no podía matar a aquel hombre por haber tomado la inocencia de Amy, cuando él mismo había hecho lo propio con Georgina, la hermana de Warren, y la había dejado embarazada de paso. Lo que más le irritaba era que aquello cerraba el círculo. Ahora habría que dar la bienvenida a aquel presuntuoso en la familia, y no simplemente como un cuñado que podía ser tolerado e ignorado, si llegaba el caso, sino como sobrino político de James. ¡Su sobrino! Mil veces maldición.

- Podríamos ser generosos, supongo, y presumir que se han casado - dijo Anthony, pero su sugerencia atrajo sobre sí dos rápidas miradas de disgusto- . Bueno, no es tan descabellado.

Connie retrocedió para salir de en medio antes de decir:

- ¿Por qué no se lo preguntas a él?

- Permíteme que lo haga.

Pero no llamó a Warren precisamente con amabilidad. Como era quien estaba más cerca de él, se inclinó y le propinó un golpe con el revés de la mano para llamar su atención. Lo consiguió rápidamente. Y con semejante llamada, Warren se despertó defendiéndose.

Anthony ya se había apartado de la zona de peligro, pero fue el primero que Warren vio.

- ¿De dónde demonios has salido?

- Yo tengo una mejor para ti, viejo - replicó Anthony- ¿Estáis casados?

- ¿Qué clase de condenada pregunta es...?

- Una pertinente en estos momentos. Ah, veo que acabas de recordar que no estás durmiendo solo. ¿Y bien?

- No me he casado con ella - contestó Warren.

Anthony chasqueó la lengua.

- Deberías haber mentido, yanqui, o al menos haber añadido «todavía». Muy estúpido de tu parte no haberte dado cuenta.

- ¿Quién dijo que fuera inteligente?

Warren se volvió y vio a Connie al pie de la cama, y después a su cuñado, que era quien acababa de decir aquello.

- Maldita sea - siseó y se dejó caer de nuevo en la almohada- . Dime que estoy soñando.

Fue Amy quien contestó, porque al caer Warren le había golpeado el hombro y la había despertado al fin.

- ¿Qué...?

Librodot

- Tenemos compañía - la interrumpió Warren con fastidio.

- Y un cuerno tenemos... - pero hizo una pausa al ver a su tío Tony de pie junto a la cama y, con los ojos muy abiertos, concluyó con una nota consternada en su voz- ... compañía.

- Me alegra ver que estás bien, gatita - dijo Anthony, y añadió- : Al menos, en su mayor parte.

Amy gimió y enterró su cara en el hombro de Warren. Pero la pesadilla aún se hizo peor.

- No es necesario que hagas eso, querida niña - dijo James a su espalda- . Todos sabemos a quien hay que culpar de esto.

- Es un sueño - le aseguró ella a Warren- . Desaparecerán en cuanto despertemos.

El suspiró.

- Me gustaría que por una vez dejaras de engañarte, Amy.

- Oh, muy bonito - dijo Amy.

Y se incorporó para mirarlo.

- Es simplemente espléndido. Y no creas que no recuerdo que anoche trataste de hacerme desistir. Hemos terminado, ¿no? ¿Quién engaña a quién?

- Se echa la culpa bastante bien, ¿no es así? - señaló Anthony.

- Me recuerda a Regan y su inclinación a manipular cada pequeña situación - observó Connie.

- Y las dos tienen el mismo gusto atroz en cuestión de hombres, desgraciadamente - concluyó James.

- Muy divertido, caballeros - dijo Warren- . Pero, por respeto a la dama, ¿por qué no hacen el favor de largarse de una vez para que podamos vestirnos antes de seguir discutiendo el asunto?

- No pensarás en escaparte por las ventanas, ¿verdad? - respondió Anthony.

- ¿Desde un segundo piso? - contestó Warren- . No tengo ningún interés en romperme el cuello, gracias.

- Esto sí que es divertido, yanqui - rió Anthony- . Tu cuello es la menor de tus preocupaciones en este momento.

- Ya es suficiente, Tony - dijo James; y, dirigiéndose a Warren, aclaró- : Según recuerdo, el estudio es el mejor lugar para estas discusiones. No tardes mucho.

Warren saltó de la cama en cuanto se cerró la puerta y empezó a ponerse la ropa a tirones. Amy se sentó más despacio, sujetando la sábana contra su pecho. Todavía no había perdido el sonrojo. No creía que pudiera perderlo nunca. No se hubiera sentido más mortificada si sus propios padres la hubieran encontrado. Hablar de seducir a un hombre era una cosa, pero que la sorprendieran en ello era totalmente diferente. No quería volver a mirar a la cara a sus tíos, nunca. Pero no tenía elección.

- Si no fuera porque conozco los hechos mejor, pensaría que todo esto lo habías planeado tú - dijo Warren mientras se ponía la chaqueta.

Amy se puso rígida al escuchar el tono amargo con que pronunció aquellas palabras. No podría hacer frente a otro de sus ataques, no podría.

- Yo no te obligué a hacer el amor conmigo anoche - señaló ella.

- ¿No lo hiciste?

La acusación la hirió profundamente, pero aún más, la hizo verse a sí misma con los ojos del hombre. Él tenía toda la razón. Ella había recordado lo que una vez le contó Jeremy y lo había usado contra Warren. Había sido completamente egoísta desde el comienzo de su campaña para conquistarlo, no había tomado en cuenta ni una sola vez sus sentimientos, sólo lo que ella pensaba que sentiría después. Pero esa seguridad suya se había revelado poco positiva, no importaba cuan fuertes fueran los sentimientos de ella al respecto. Había sido injusta.

Levantó la mirada para decirle cómo lo sentía, para decirle que no volvería a manipularlo, pero él ya había salido de la habitación.

- ¿Así que aquí es donde te dieron la paliza? - le preguntó Anthony a su hermano cuando entraron en el amplio estudio del piso de abajo- . Bien, ciertamente había suficiente espacio para hacerlo.

- Cállate, Tony.

Pero Anthony era de los que nunca aceptaban un consejo a menos que le conviniera. En el mismo tono, agregó:

- Tienes que enseñarme la infame bodega también mientras estemos aquí, para que pueda explicárselo todo a Jack algún día. Estoy seguro de que se sentirá fascinada al saber que su tío casi cuelga a su padre.

James dio un paso adelante, pero Connie se interpuso entre ellos. Y en aquel momento entró Warren, que preguntó:

- ¿No podíais esperar a que llegara?

Los dos hermanos se separaron bruscamente. Connie le enderezó la chaqueta y le dijo amablemente:

- Llegas a tiempo, yanqui. Estaban a punto de olvidar que es a ti a quien quieren estrangular.

- ¿Quién quiere tener el placer? - preguntó Warren, mirándolos a los dos.

- Yo no, viejo - replicó Anthony- . Yo ya he pasado por esto, aunque no tenía a mano a mis familiares. En realidad no había ninguno. Tuve que cumplir con el honor por mi propia cuenta.

Warren se volvió hacia James.

- ¿Vas a comportarte como un hipócrita, entonces?

James aguardó un momento antes de responder.

- No. Mientras hagas las cosas bien, no te pondré las manos encima. Y, dadas las circunstancias, en vista de que te hemos sorprendido, me parece que no tienes elección.

Warren era consciente de ello, y por eso estaba tan furioso consigo mismo. Una cosa era disfrutar de los encantos de Amy mientras su familia no se enterara, pero la situación cambiaba ahora que ellos estaban al corriente.

- Me casaré con ella - dijo rechinando los dientes- , pero maldita sea si vivo con ella, y maldita sea si tolero más interferencias de vosotros dos, condenados bastardos.

- Bueno, hombre, no tienes que ser tan complaciente - dijo Anthony- . Nos hubiéramos conformado sólo con la parte del matrimonio.

- ¿Quieres casarte conmigo?

Warren se volvió y vio a Amy de pie en la puerta. Se había puesto su vestido arrugado. Sus pies estaban descalzos y se había arreglado aquella hermosa mata de cabello negro con los dedos. Aquella efervescencia tan particular de su forma de ser había desaparecido.

Estaba demasiado enojado para advertir la tensión en su pecho y lo ansiosa que estaba Amy por oír su respuesta.

- Ya conoces la respuesta a esa pregunta. Nunca te he hecho creer otra cosa.

Amy tendría que haber estado preparada para aquella respuesta, pero oírla, después de todo lo que habían compartido recientemente... después de la noche anterior... El dolor era insoportable, se extendía por su pecho, su garganta. Pero él permanecía allí, furioso y obstinado como nunca, y Amy hubiera preferido morir antes que demostrarle lo mucho que la había herido.

- Eso lo resuelve todo.

- Un cuerno, querida niña - le dijo James- . Las preferencias de él no cuentan.

- Claro que cuentan. No me casaré con él.

Incrédulo, James preguntó:

- ¿Tienes idea de lo que va a decir tu padre de esto?

Pero ella no cedía.

- No me casaré a menos que me lo pida.

- Eso se llama ser obstinada, gatita - dijo su tío Anthony, atrayendo su atención.

Y James añadió:

- Te lo pedirá maldita sea. Te lo garantizo.

- Si me lo pide de esa manera no cuenta. Tiene que quererlo de verdad, y yo tengo que saber que lo quiere. Ya te lo he dicho antes, no lo quiero si ha de venir forzado al altar. Y ya se ha acabado la discusión. Ahora, me gustaría volver a casa lo antes posible, si alguno de vosotros puede arreglarlo.

No volvió a mirar a Warren. Simplemente, se marchó tan silenciosamente como había llegado. Pero la exasperación que dejaba detrás podía palparse, al menos en dos de las personas de la habitación.

- ¡Maldita sea! - exclamó James.

- Bueno, eso te deja libre, yanqui - fue el comentario disgustado de Anthony- . Pero también significa que no volverás a acercarte a ella o te haré tragarte el suelo que pisas.

A Warren no le impresionó aquella amenaza, porque no tenía intención de volver a acercarse a Amy nunca más. Pero no estaba muy seguro de que lo que estaba sintiendo en esos momentos fuera alivio, y si no, ¿qué demonios podía ser que hacía que se le revolvieran las tripas y que sintiera ganas de salir corriendo detrás de ella? Aunque no pensaba ceder ante esta desconocida emoción.

Para sacárselo de la cabeza se volvió hacia James y le dijo:

- ¿Cómo llegasteis aquí tan rápido?

- En tu barco.

En otras circunstancias se hubiera puesto como loco al oír una cosa así, pero por esta vez se sintió encantado de tener su barco a su disposición. Se trasladaría allí en seguida.

- Entonces tendrán que disculparme, caballeros. Siéntanse como si estuvieran en su casa. Yo voy al Nereus a ver qué queda de él.

La daga llegó al corazón de marinero de James, y se desquitó respondiendo:

- No mucho.

Warren no mordió el anzuelo.

- Dadas las circunstancias, comprenderéis que no me ofrezca a transportaros de regreso a Inglaterra.

- Como si tuviéramos nosotros intención de ponerte otra vez en un barco con Amy - protestó Anthony.

Tampoco mordió el anzuelo esta vez.

- Entonces es posible que no nos volvamos a ver.

Bien podían todos esperarlo.

40

Los hermanos de Warren habían partido de nuevo hacia Inglaterra a principios de aquella semana, con el nuevo administrador. Si partía inmediatamente, tal vez pudiera alcanzarlos y evitar así tener que llegar hasta Inglaterra para dar explicaciones.

No partió de inmediato. También hizo averiguaciones para saber qué otros barcos zarpaban para esa parte del mundo en breve. Uno debía partir en tres días. Esperaba que Amy viajaría en él. Y ya que ella y sus tíos partirían tan pronto no había necesidad de que él también zarpara para Inglaterra. Ellos podían dar las explicaciones a sus hermanos. El nuevo administrador ya estaría instalado en la oficina. No, no tenía nada que hacer en Inglaterra... excepto estar cerca de Amy, para conservar la paz mental.

La idea lo convenció de que debía mantenerse lejos de Inglaterra durante algunos años, sobre todo porque ahora que la tenía aún cerca, veía lo difícil que le estaba resultando mantenerse alejado de ella. Aún seguía teniendo aquella desagradable sensación de que no debiera haber dejado que las cosas acabaran de aquella manera, de que tenía que haberle explicado por qué a pesar de todo seguía sin poder casarse con ella; que no era ella, sino el matrimonio lo que él no podía tolerar.

En todo caso, ella seguramente ya sabía eso, porque conocía su pasado, incluyendo su historia con Marianne, pero no hubiera estado de más explicarle él mismo por qué no podía tomarla como esposa.

Y no podía apartar de su cabeza la imagen de Amy, la última vez que la vio, con aquella mezcla de dolor, derrota y obstinación que la habían hecho aparecer tan distinta a sus ojos. Parecía mayor de lo que era, y sintió deseos de consolarla. Ella había ido a rescatarle, se negó a casarse con él si no era con sus condiciones. Y él le estaba agradecido... o debería estarlo. Pero el hecho es que ella lo había rechazado.

Jesús. No iba a dejar que también eso le preocupara. Warren se entregó de lleno al trabajo y a hacer vida social con sus amigos. El día que Amy zarpó se puso como una cuba y se pasó todo el día siguiente en la cama deseando no haberlo hecho. Luego continuó con su vida. Se instaló de nuevo en su casa, pero no en su habitación, porque los recuerdos que despertaría en él no podría soportarlos. Proyectó un viaje a las Indias Occidentales que le ocuparía varios meses, compró las mercancías, y pasó su última noche en la ciudad con Mac, que sabiamente se abstuvo de mencionar a los Malory.

En la mañana de su partida, estuvo paseando por el muelle para disfrutar del agradable tiempo de finales de estío, pero en su presente estado de ánimo no pudo encontrar ningún placer en ello. Ya habían pasado cinco días desde que Amy se fue, y se le empezaba a hacer más fácil no pensar en ella... No, eso no era cierto. No podía dejar de pensar en ella. Pero más adelante le resultaría más fácil. Tenía que ser así, porque los recuerdos empezaban a hacerle daño.

Aquella caminata no fue muy tranquila. Al volver una esquina de camino al muelle, Warren vio a Marianne, y toda su antigua amargura revivió en esos momentos para atormentarlo más. Iba vestida con un traje amarillo y llevaba una sombrilla a juego. Tenía todo el aspecto de la esposa de un rico, aunque había oído decir que se habían divorciado. No sabía qué era exactamente lo que pensaba del asunto, si es que pensaba algo, porque no se había parado a considerarlo.

Tendría que pasar junto a ella para llegar a los muelles. Y un cuerno iba a hacerlo. Se volvió para cruzar la calle, pero ella lo había visto, y cuando lo llamó, él se puso rígido. No fue hacia ella. Esperó que fuera ella quien se acercara. En otros tiempos hubiera corrido ante la más ligera indicación de ella, pero ahora casi no podía soportar verla, aunque se conservara tan hermosa como antes, con su pelo rubio y sus ojos azules.

- ¿Cómo estás, Warren?

- No de muy buen humor para conversaciones insustanciales - le dijo con tono cortante-. Así que si me disculpas...

- ¿Aún estás disgustado? Esperaba que no fuera así.

- ¿Por qué? ¿Pensabas empezar otra vez donde lo dejaste?

- No. Ya conseguí lo que quería, no depender de ningún hombre. No renunciaría a eso por nada.

- Entonces, ¿para qué estamos hablando?

Ella le sonrió para que tuviera paciencia. Había olvidado eso de Marianne, su paciencia inquebrantable, su no alterarse nunca por nada. Pero ahora que lo pensaba era más bien falta de emoción, muy diferente de la paciencia de Amy o de su tolerancia, mejor, porque Amy era todo menos paciente.

- Estuve a punto de ir a tu casa, ¿sabes? - le dijo ella- Cuando me enteré de que habías vuelto. Pero no me atreví. Así que me alegro de que nos hayamos encontrado, porque ahora puedo decirte que lamento mucho lo que te hice con Steven. No podía decírtelo antes, pero sí ahora que me he divorciado.

- ¿Y quieres que me crea eso?

- No importa. Sólo necesito tranquilizar mi conciencia. No es que me arrepienta de lo que hice, pero no me sentí muy bien, ¿sabes?

- ¿Hacer qué? ¿De qué demonios estás hablando, Marianne?

- Stenven lo había planeado todo... tú y yo. Todo estaba preparado antes de que tú y yo nos conociéramos. Y tú picaste. Tú eras joven e inocente, y el plan era bien simple. Conseguir que te enamoraras de mí y entonces dejarte por tu peor enemigo. El bebé era parte del plan, y el divorcio. Como te he dicho, él lo tenía todo planeado. Lo único que necesitaba era una mujer, y ésa fui yo, era demasiado bueno lo que me ofrecía para rechazarlo. Ser rica e independiente y no tener que dar cuentas a ningún hombre. Ése era el anzuelo. Por eso lo hice.

A Warren todo aquello le resultaba demasiado increíble por el momento para enfadarse.

- ¿El niño también era parte del plan?

- Sí. Y lo que Steven pensaba decir si tú lo reclamabas era en parte verdad. Yo me acostaba con él. Insistió, y no porque yo le gustase ni nada por el estilo, sino para asegurarse de que había niño. Le daba igual de quién fuera. Lo importante era que tú creyeras que eras el padre.

- ¿Y de quién era el niño entonces?

Ella se encogió de hombros con gesto indiferente.

- La verdad es que no lo sé. No pensaba quedármelo (eso también formaba parte del trato), así que procuré no apegarme mucho a él.

- ¿Steven lo mató?

Aquello la sorprendió.

- ¿Es eso lo que pensabas? No. Eso es lo más curioso. Steven quería mucho al muchacho. Se quedó deshecho cuando ocurrió el accidente.

- Seguro.

Ella frunció el ceño.

- Le dejaste ganar, ¿no? Has dejado que todo sucediera como estaba planeado.

- No tenía muchas opciones, además, con lo tonto e inocentón que era.

- Me refiero a ahora. ¿Crees que no veo lo amargado que estás? ¿Por qué no pudiste olvidar el pasado y seguir viviendo? ¿No sabes que el único motivo por el que estuvimos casados tanto tiempo fue porque él pensaba que aún me querías? El trato era que yo tendría el divorcio después de unos años, pero no pensaba concedérmelo mientras creyera que nuestro matrimonio te estaba haciendo sufrir al menos un poco. Si me lo ha concedido finalmente es porque no estás casi nunca por aquí y no puede disfrutar de su venganza.

- Así que has estado con él más de lo que esperabas. ¿Y crees que me importa algo eso?

- Quizá te interese saber que él nunca me gustó, y él ha sentido lo mismo por mí todos estos años.

- Veo que hay algo de justicia después de todo.

- También te gustará saber que se cansó del plan, y estaba pensando otro.

- ¿De verdad crees que caeré dos veces en el mismo error?

- No. Sólo quería que supieras que por lo que a él respecta la cosa no ha terminado todavía. Te odia a muerte, ya ves. A menudo me preguntaba si no estaría trastocado cuando se enfurecía tanto al hablar de vuestras rencillas de la infancia, y de los ojos morados. Pero también vi que se enfurecía tanto porque sus peleas contigo no habían hecho más que avergonzarlo ante su padre, y su padre lo ridiculizaba y lo humillaba por perder siempre frente a ti. También odiaba a su padre, aunque nunca lo admitirá... lo mezclaba con su odio hacia ti. Tú eras más fácil de odiar, y así no tenía que sentirse culpable de nada.

- Pues por lo que a mí respecta, Steven se puede ir al infierno, pero tú... Tenías que haberme dicho que te vendías por dinero, Marianne. Yo podía haber igualado su precio.

El insulto la hirió, e hizo que se sonrojara.

- ¿Tienes idea de lo que significa ser pobre y no tener nada? Tú siempre has tenido todo lo que querías. No me gustó tenerte que engañar de aquella manera. No esperaba que fueras tan amable y divertido... antes. Pero había hecho un trato, y tenía que ceñirme a él.

- Sí, por el dinero - dijo él con disguto.

- Bueno, pues ésta para redimirme. Esa joven que estuvo alojada en tu casa. Se comentaba por toda la ciudad que la habías comprometido y que ella no quiso casarse contigo. Steven se fue en el mismo barco que ella. Ya te he dicho que estaba buscando una nueva forma de herirte, y cree que ya la ha encontrado.

41

Georgina no esperó a que la anunciaran ni a que Amy bajara a atenderla a la sala. Se fue directamente escaleras arriba a la habitación de la muchacha, y como estaba tan enfadada, tampoco llamó a su puerta.

- Amy Malory, no puedo creer con quien te he visto hoy. ¿Tienes alguna idea... no sabes quién... cómo puedes haber salido con ese hombre?

Amy se dio la vuelta en su cama, donde había estado mirando las últimas láminas de moda que su madre le había traído.

- Yo también estoy encantada de volver a verte, tía George. ¿Cómo está Jack?

- Puedes usar esos trucos sucios para despistar con tus tíos. Pero no lo intentes conmigo, señorita. Era Steven Addington con quien ibas.

- Sí, ya lo sé.

- ¿Pero no sabes quién es?

- Claro que lo sé. Por si no lo recuerdas, tú me lo explicaste todo sobre él. Es el hombre que se casó con Marianne. A propósito, se han divorciado.

Georgina se quedó boquiabierta.

- Lo sabías y aun así dejas que te pretenda.

- Por ahora sí.

- Pero ¿por qué? - quiso saber Georgina- . Y no me digas que es porque te gusta.

- Es muy guapo, ¿no te parece?

- ¡Amy!

- Está bien - gruñó- . Es muy sencillo. Steven me presta atención, me corteja desde que salimos de Bridgeport. Al principio me pareció sospechoso, sobre todo porque parecía saber que había rechazado a Warren. Y ¿cómo podía saber eso sin saber el resto?

- No podía.

- Exacto. Así que ¿cómo podía estar haciéndome la corte cuando sabía que otro hombre me había comprometido ya?

- ¿Porque pensó que serías una conquista fácil, quizá?- sugirió Georgina.

- Ya lo pensé. Pero no. Lo que quiere es casarse conmigo.

- ¿Qué?

Amy asintió con la cabeza.

- Como lo oyes.

- ¿Te lo ha pedido?

- No, pero ha estado insinuándolo. Creo que espera a que Warren llegue para decidirse.

- ¿Y qué tiene que ver Warren con esto?

- Todo. Piensa en lo que tú misma me explicaste sobre ese individuo, lo enemigos que eran él y Warren de pequeños, cómo siempre querían y luchaban por las mismas cosas. Warren quería a Marianne y Steven se la quitó. Steven cree que Warren me quiere a mí también y por eso está aquí.

- Supongo que tienes razón - concedió Georgina.

- Pero aquella espía...

- ¿Qué espía?

- Una de las criadas de la casa de tu hermano... La pillé un par de veces escuchando detrás de la puerta en los días que estuve allí. Pero yo diría que no consiguió oírlo todo el día que llegaron mis tíos, sólo las peores partes. Al menos creo que no oyó cómo Warren decía que no tenía intención de casarse conmigo.

- ¿Por qué?

- Porque Steven ha expresado su pesar por Warren (el muy mentiroso) porque yo no lo acepté. Así que es obvio que eso es lo que cree.

- Y no lo has sacado de su error.

- No estaba segura de lo que pretendía en aquellos momentos, así que dejé que pensara lo que quisiera.

- Pero ¿por qué continúas con esto?

- Por Warren.

- ¿Perdona?

Amy sonrió ante la expresión confundida de Georgina, y se explicó:

- Mira, tía George. Lo intenté a mi manera y no funcionó, mi franqueza y mi honestidad, no las apreció en absoluto. Así que ahora voy a intentar atraer a Warren con algo tan antiguo como los celos.

- No será nada sencillo si Steven está metido en ello.

- Eso es además. Le estoy dando a Warren un motivo para desafiar a ese hombre, así que al final podrá desahogarse de toda esa amargura que lleva dentro.

Georgina suspiró, no tenía más remedio que darle la razón.

- Amy, veo que asumes que Warren aún te quiere. ¿Cómo puedes estar tan segura después de lo que ocurrió en Bridgeport?

- Tienes razón. Es posible que no le importe un comino si me caso con Steven. Pero no hago más que guiarme por mi instinto.

- Pero es posible que ni siquiera regrese a Londres. No tiene ningún motivo para hacerlo.

- Vendrá - fue todo lo que dijo Amy.

- ¿Cómo puedes estar tan segura? Es igual, lo sé. Tu instinto.

Georgina volvió bastante desanimada a su casa, convencida ahora de que Amy iba de cabeza hacia otro desengaño. Si conocía a su hermano, y lo conocía, sabía que se mantendría lo más alejado que pudiera de la chica, lo que significaba en algún lugar en la otra punta del mundo. Así que le causó bastante sorpresa reconocer la voz de Warren proveniente del estudio de James, y confirmar su impresión al verlo allí cuando abrió la puerta.

- ¿Pero por qué no haces nada? - decía en ese momento- Se está poniendo en ridículo.

- A mí me parece que por fin ha recobrado el sentido común - le dijo James bruscamente- Eres tú el que se está poniendo en ridículo.

- ¿Tienes idea de quién es ese hombre? Se casó con una mujer, y la obligó a tener un niño sólo para vengarse de mí. Seguramente va detrás de Amy por la misma razón, porque piensa que puede herirme si la consigue.

- ¿Lo haría?

- Eso no es asunto tuyo - le espetó, y se llevó las manos a la cabeza completamente desesperanzado antes de añadir- Mira, si me enfrento a Addington es probable que lo mate. Me ha dañado demasiado para que lo ignore.

- No sé qué pretendes que haga, yanqui. Sabes de sobras que Amy no escuchará ningún consejo bien intencionado si se trata de sus sentimientos.

- Entonces ahuyenta a ese tipo. Tú eres su tío, ya tendrías que haberlo hecho.

James arqueó una ceja al sentirse atacado.

- No sabía que fuera un enemigo tuyo. Y si lo hubiera sabido, tampoco veo qué importancia puede tener. Durante el viaje se comportó admirablemente.

- Ya te he dicho de lo que es...

- Según tu opinión. Pero ¿qué pruebas tienes?

- Su ex esposa me lo confesó todo antes de que partiera de Bridgeport, cómo le había pagado para que me persiguiera y para que después me dejara. Que lo de tener un niño y hacerme creer que era mío también era parte del trato, lo mismo que lo de casarse con él y obtener después el diviorcio.

James resopló.

- ¿Y esperas que me crea eso, que crea en la palabra de una mujer divorciada que seguramente alberga demasiado odio hacia ese hombre?

- ¡Vete al infierno entonces! - exclamó Warren.

Y se levantó para salir disparado de la habitación, pero al reparar en su hermana, que estaba junto a la puerta añadió:

- ¡Georgie!

Ella se acercó hasta el escritorio de su marido, y le preguntó:

- ¿Qué te pasa, James? Si otro te hubiera dicho lo que acaba de decirte Warren hubieras salido disparado a buscar a Addington. ¿Por qué no le crees?

- Al contrario, querida. Estoy convencido de que Addington es tan perverso como lo ha pintado tu hermano.

- Entonces ¿por qué no has dicho nada de ir a matar a ese hijo de puta?

- ¿Y negarle ese placer a tu hermano? Ni se me ocurriría. Su mal humor me divierte demasiado.

42

Era una fiesta al aire libre bastante tediosa, con unos cien invitados tratando de divertirse con juegos sobre el césped y charadas, y los anfitriones rezando para que no lloviera. James no hubiera asistido, aunque Georgina quisiera, de no ser porque había oído que Amy estaría allí, y Steven Addington también.

No porque esperara que las cosas fueran a ponerse interesantes... a menos que Warren hiciera acto de presencia. Pero James tenía la sensación de que él vendría. Fue una sensación que fue quedando relegada a medida que transcurría la tarde; al caer la noche se dispusieron unas mesas sobre el césped para alimentar a la horda. La cena fue aburridísima, y los invitados fueron llevando los últimos chismes de mesa en mesa, en realidad ninguno que no se hubiera comentado ya en el club de James. Ya estaba a punto de arrastrar a su esposa a casa cuando Warren salió de la casa a la terraza.

Inmediatamente, James buscó con la mirada a Amy. Como esperaba, la pequeña damisela estaba sentada a la mesa con Addington. No parecía estar divirtiéndose mucho, se limitaba a escuchar lo que fuera que el americano le estaba explicando. James se volvió otra vez para ver cuánto tiempo le llevaría a Warren localizarlos. No mucho, desde luego.

- Estúpido- impulsivo - murmuró James- . ¿Es que no sabe que este tipo de asuntos deben resolverse en privado?

Georgina se inclinó hacia él para preguntarle en voz baja:

- ¿Qué refunfuñas?

- Tu hermano.

- ¿Cuál de ellos?

- El que está a punto de darnos un buen espectáculo.

Georgina se volvió y vio a Warren avanzando a grandes pasos por el césped, directamente hacia la mesa que ocupaba Amy. Quiso levantarse, pero James la obligó a sentarse de nuevo.

- ¿Adonde crees que vas? - le preguntó a su impetuosa esposa.

- A detenerlo, por supuesto.

- Muérdete la lengua, George. Esto es lo que he venido a ver aquí, aunque pensé que él se limitaría a desafiarlo. Pero tenía que haber imaginado que tu hermano no resolvería este asunto de una forma civilizada.

Georgina se sintió ofendida en nombre de Warren.

- Todavía no ha hecho nada... y, el diablo te lleve, ¿cómo sabías que él vendría?

- Quizá porque recibió un anónimo que le decía que Amy y su galán estarían aquí.

- ¡No puedes haber hecho eso!

Él arqueó una ceja, en lo más mínimo impresionado por el evidente disgusto de Georgina, y sin molestarse en admitir que había aceptado el hecho, por deplorable que fuera, de que Warren tenía que casarse con Amy después de haberla comprometido tan seriamente. Y, como el único inconveniente parecía ser la tardanza de Warren en «pedírselo», James había decidido divertirse un poco empujándolo en aquella dirección... a su manera.

Pero todo lo que le dijo a su esposa fue:

- ¿Y por qué no?

- ¡James Malory!

- Cállate un momento, querida - le aconsejó- . Ya ha alcanzado su objetivo.

Desde luego que lo había alcanzado. Y Warren no perdió el tiempo con «holas», «qué tal está», o siquiera «largo de aquí». Demasiados años alimentando su odio lo hicieron ir directo al grano. Levantó a Amy de su asiento simplemente para quitarla de en medio, y luego derribó a Steven del suyo. Steven se levantó inmediatamente y retrocedió tambaleándose.

Las damas lanzaron gritos de sorpresa, mientras que sus caballeros se acercaron rápidamente para observar y hacer apuestas. James se acercó y se colocó junto a Amy. Estaba listo para evitar que ella interviniera si es que se le ocurría hacerlo, pero no fue así.

- ¿Qué se siente al ver a dos hombres peleándose por ti, querida niña? - preguntó cuando Steven volvió a caer sobre su trasero por segunda vez.

- No estoy segura - replicó ella- . Pero ya te lo diré cuando vea quién gana.

- Eso es bastante obvio, ¿no crees?

Amy no contestó, pero James detectó la sonrisa discreta que bailaba en sus labios. Suspiró para sus adentros al ver que la pequeña damisela era demasiado leal y estaba demasiado profundamente apegada a aquel engreído para renunciar a él.

¿Por qué diablos no había podido ser ella inconstante, como la mayoría de las mujeres, y haber perdido el interés por Warren antes de que el daño irreparable estuviera hecho? La pelea estaba derribando mesas y poniendo nerviosos a los invitados, pero ya estaba remitiendo. Warren le dio a Steven un par de puñetazos rápidos y secos en el estilo que le había enseñado Anthony, pero era evidente desde el principio que no necesitaba ninguna estrategia elaborada para vencer a Steven. El hombre no estaba en forma, pronto estuvo sin resuello y, finalmente, quedó fuera de combate.

Warren no había terminado con él, de todas maneras. Cogió un vaso de una de las mesas que aún quedaban en pie y arrojó su contenido a la cara de Steven.

El hombre tosió y escupió durante unos momentos antes de abrir los ojos para ver cómo lo levantaban en vilo cogiéndolo por la pechera y le decían, con un tono perentorio:

- Si sabes lo que te conviene, Addington, te mantendrás alejado de ella. Además, vas a salir en el próximo barco que zarpe de la ciudad. Y sólo te lo pienso decir una vez. Interfiere en mi vida otra vez y desearás estar muerto.

Warren enfatizó esta advertencia volviendo a golpear a Steven. No había recibido ni un solo puñetazo. Pero no se quedó allí para celebrar su victoria. Sin decir una sola palabra a Amy ni a ninguno de los presentes, volvió a atravesar el césped y salió.

- ¿Ya has averiguado cómo te sientes, gatita? - preguntó James mientras Amy contemplaba perpleja la figura de Warren alejándose.

Ella suspiró.

- Tendrás que reconocérselo. Él da un nuevo significado a la palabra «obstinado».

James se rió.

- Ciertamente.

Amy estuvo en ascuas toda la noche. Las cosas habían funcionado como ella esperaba con Addington... hasta cierto punto. Se suponía que Warren no tenía que marcharse al final. Se suponía que él se arrodillaría y le suplicaría que se casara con él... bueno, quizá no de una forma tan dramática, pero al menos se suponía que se le declararía. Pero no, ni siquiera le había dicho hola.

No importaba qué razonamiento siguiera, sabía que ya había jugado su última carta. Ya se le habían acabado las ideas y casi no tenía esperanza. Malditos instintos, los suyos evidentemente se habían perdido en algún lugar del camino. Lo peor era que dudaba que lo volviera a ver. El partiría, de vuelta a América, sin siquiera venir para decirle adiós. Y ella le dejaría irse esta vez. No trataría de detenerlo, ni lo iría a buscar. Y nunca más aquellas seducciones no deseadas, no importaba lo bien que habían funcionado al final.

Tenía que aceptarlo, no podía seguir manteniendo aquel cortejo sola. Y Warren lo había dejado perfectamente claro, así que ¿cuántos rechazos tenía que soportar antes de comprenderlo?

Pero era muy doloroso comprender, muy doloroso.

Librodot

43

James se detuvo ante la mansión de Grosvenor Square de camino a su club, pero su hermano había ido a resolver unos negocios, Charlotte había salido a hacer sus recados matinales y Amy estaba indispuesta para las visitas.

Se rió mientras volvía a su carruaje. Esas habían sido las palabras exactas del mayordomo, «indispuesta para las visitas», y no tenía ninguna duda de que ella le había ordenado al hombre decir justo aquello. La muchacha llevaba la honestidad hasta el extremo.

Estaba subiendo al carruaje cuando otro se detuvo detrás del suyo. No lo hubiera advertido de no ser porque Warren bajó de un salto y se dirigió hacia la casa. James se volvió y lo interceptó.

- No estás de suerte - le dijo- . Ella no recibe hoy.

- A mí sí me verá - replicó Warren lacónicamente y pasó junto a su cuñado.

- Un momento, yanqui. No habrás venido para pedirle que se case contigo, ¿verdad?

- No.

- Me alegra oírlo.

James no pudo resistir la tentación de aguijonearlo.

- Temí que lo hicieras, después de que probaras anoche que estás enamorado de ella.

Warren se puso rígido.

- Addington se lo merecía.

- Claro que se lo merecía, querido muchacho. Y tú recorriste todo el camino hasta aquí para asegurarte de que recibía su merecido, ¿no?

- ¿Quizá quieres recibir el tuyo también?

- Te sientes afortunado después de tu victoria, ¿no? Bien, vamos allá. Llevamos mucho tiempo posponiéndolo.

Se quitaron las chaquetas y se colocaron en medio del sendero de entrada a la casa. James, como de costumbre, colocó el primer puñetazo. Warren retrocedió tambaleándose varios pasos.

- Deberías haber sido más diligente en tus lecciones - se burló James.

Warren no perdió los estribos. Dijo:

- Vaya, ¿por qué no tratas de hacerlo otra vez?

Esta vez estaba preparado y el puñetazo de James pasó sobre su hombro.

- ¿Qué decías? - se burló Warren a su vez.

Después de eso ya no hubo más conversación; aquélla no era una pelea fácil como la de ayer. Warren todavía no había aprendido lo suficiente de Taishi, y ciertamente nada sobre el ataque. Pero pudo defenderse y le hizo perder el equilibrio más de una vez a James, colocando algunos sólidos puñetazos antes de que el otro se recuperara, y esquivando él sus puños cuando necesitaba recobrarse. De todas formas, fue una lucha brutal. Diez largos minutos. Casi al mismo tiempo, ambos llegaron a la misma conclusión. No habría ganador.

- Un maldito empate - dijo James con enojo- . No puedo creerlo.

Warren recogió su chaqueta.

- No sé tú, pero yo tomaré lo que puedo conseguir, y un empate me satisface por el momento.

- Por el momento - gruñó James, y entonces lo miró con sospecha- . Tony no te enseñó esos movimientos.

- Me los enseñó mi nuevo camarero.

- ¿Un camarero? Muy divertido, yanqui.

Warren así lo creía. Pero su buen humor no duró mucho después de la partida de James, ya que el mal genio que lo había llevado hasta allí volvió cuando el mayordomo le negó categóricamente la entrada... al menos hasta que Warren amenazó con echar la puerta abajo.

Ahora se paseaba impaciente por el salón, preguntándose si el hombre había ido a informar de su presencia a Amy o a buscar refuerzos para echarlo de la casa. Sus mejillas

palpitaban, sus nudillos le ardían y sentía como si todavía le estuvieran golpeando. Esperaba que James disfrutara lo mismo de su ojo morado y de su labio partido.

Amy estaba sin aliento cuando llegó al salón, después de haber bajado corriendo las escaleras. No podía creer que no le estaban gastando una broma hasta que lo viera con sus propios ojos. Y allí estaba él... Cielo santo, habría jurado que Steven no le había puesto la mano encima el día anterior.

Sin una palabra de saludo, él se dirigió con determinación a ella, haciendo que su corazón latiera desbocado. Y cuando la alcanzó, cerró la puerta, la agarró de la mano y la arrastró hasta el sofá. Todo aquello le pareció bien, hasta que él se sentó y la puso boca abajo sobre su regazo.

- ¡Espera! - gritó Amy- . ¿Qué estás haciendo? Se supone que debes darme consejo... ¡Warren!

El primer azote resonó como una bofetada.

- Este es por tratar de ponerme celoso deliberadamente - dijo él.

- ¿Y si no fue deliberadamente? - se lamentó ella.

- Entonces, éste porque no lo fue. Otro azote.

- Debería haber hecho esto - uno más- en el barco - aún otro- , cuando engañaste a Taishi para que te dejara entrar en mi camarote.

Decir eso en aquel momento fue un error, porque le devolvió el cúmulo de recuerdos de aquella noche de felicidad compartida. Su mano no volvió a caer otra vez. En vez de eso gimió y la puso boca arriba.

- Déjate de chantajes - dijo él con brusquedad- . Los dos sabemos que no te he hecho daño.

El alboroto que estaba armando Amy cesó abruptamente. Ella lo miró.

- Pero podrías habérmelo hecho.

- No, no hubiera podido.

La puerta se abrió de repente. Ambos se volvieron y vieron al mayordomo, y dijeron al mismo tiempo:

- ¡Fuera de aquí!

- Pero, lady Amy...

- Era un condenado ratón - interrumpió ella con una cara perfectamente seria- . Ya ha desaparecido, pero puede ver que no corro ningún peligro.

Movió sus pies sobre el sofá para mostrar las precauciones que había tomado.

- Y cierre la puerta cuando salga.

Perplejo, el mayordomo hizo lo que se le ordenaba. Amy volvió a mirar a Warren y vio que la miraba con el ceño fruncido.

- ¿Siempre mientes con tanta inocencia?

- Eso es algo de lo que no tendrás que preocuparte, porque he jurado que siempre seré honesta contigo. Pero no espero que lo creas, señor escéptico. ¿Sólo has venido para calentarme el trasero?

- No, he venido para decirte que me embarco mañana.

Flechas en su corazón, cruelmente certeras. Se levantó de su regazo. Deseó que él tratara de detenerla, pero no lo hizo.

- Suponía que sería pronto - dijo.

- ¿No vas a tratar de hacerme cambiar de opinión?

Amy escuchó la pregunta más que la afirmación.

- ¿Te gustaría que lo hiciera?

- No serviría de nada - insistió él.

- Lo sé. He estado engañándome a mí misma. Y no he sido lo que se dice justa contigo, no he tomado en cuenta ni una sola vez tus sentimientos. Bastante egoísta por mi parte, ¿no?

Eso era exactamente lo que esperaba oír, y las palabras tuvieron un extraño efecto sobre él.

- ¿Qué es lo que estás diciendo, Amy? ¿Que abandonas?

Ella se volvió antes de echarse a llorar. Aquello era demasiado doloroso.

- ¿Qué otra elección tengo?

De repente, él se puso detrás de ella, la obligó a volverse y la cogió por los hombros.

- ¡Maldita sea, no puedes darte por vencida!

- ¿Qué?

El no había querido decir eso. De hecho, ni siquiera podía imaginar de dónde habían salido aquellas palabras.

- Yo no quería decir...

- Oh, no, no lo harás - cortó ella rápidamente y le echó los brazos al cuello- . No vas a retirar eso, Warren Anderson. Quiero oírtelo decir.

Su aspecto pareció algo mortificado por unos momentos. La rabia lo había llevado hasta allí, pero aquello era sólo una excusa, y ya era hora de que lo reconociera. Ella sonreía, expectante, con cada promesa que le había hecho escrita en la mirada, la alegría, la risa, el amor... No podía negar por más tiempo que quería esas cosas, tanto como la quería a ella.

Las palabras que nunca pensó que diría no eran tan difíciles de pronunciar después de todo.

- Nos vamos a casar.

Pero ella lo sorprendió al agitar su cabeza negativamente.

- No, no hasta que no me lo pidas.

- ¡Amy!

- Puedes estar agradecido de que no te lo haga pedírmelo de rodillas - dijo inflexible- . ¿Y bien?

- ¿Quieres casarte conmigo?

Amy aspiró hondo cuando él lo dijo, pero no pensaba darle la respuesta tan pronto.

- ¿Qué más?

- No sé cómo lo has hecho, pero has invadido mi mente, mi corazón, y me temo que hasta mi alma.

Y era cierto. Amy lo veía en sus ojos y en la adorable sonrisa que le dedicó antes de añadir casi con reverencia:

- Estoy enamorado de ti, Amy. Creo que no podría soportar estar otro día más sin ti.

Amy se acercó a él y le rodeó el cuello con sus brazos. Con una voz más suave le dijo:

- ¿Ha sido tan difícil?

- Dios, sí - suspiró, pero no lo había sido.

- Después será más fácil, te lo prometo.

Ahora él no tenía duda. Pero después de todo lo que le había hecho pasar a Amy, no fue extraño que esperara con el corazón en vilo su respuesta.

- ¿Cuál es tu respuesta?

Amy se sentía demasiado feliz y llena del amor de él como para hacerle esperar más.

- La tienes desde hace meses, tozudo. Es sólo que no estabas preparado para escucharla.

El alivio que Warren sintió brotó en su risa, en el abrazo, y en el beso apasionado que le dio a Amy.

44

Charlotte organizó una cena para la familia y los amigos, para anunciar el compromiso, aunque la feliz nueva ya había sido comunicada a los familiares. Anthony y James hicieron acto de presencia porque sus esposas les habían intimidado, no por nada más.

Pero una vez allí, pusieron buena cara para los extraños. Anthony incluso le estrechó la mano a Warren para felicitarle, aunque lo que pudo decir para hacer que Warren se echara a reír nadie lo sabía.

Jeremy arrinconó tres veces a Amy durante la velada para preguntarle si estaba segura, absolutamente convencida de que no estaba embarazada. Era el día de su compromiso, y sería compasiva con él. Le diría que la apuesta no iba en serio.

Pero no, mejor no. Un mes de abstinencia no perjudicaría a ese picaro, hasta podía hacer que se dedicara más a sus estudios, cosa que necesitaba urgentemente... si conseguía que no lo expulsaran el próximo semestre.

Drew no dejó de bromear porque no lo había elegido a él, y lo hizo a propósito para provocar a Warren. Pero el genio de Warren estaba lejos esos días, y Drew finalmente se rindió cuando comprendió que no conseguiría fastidiar a su hermano.

Cuando al fin Amy pudo encontrarse un momento a solas con Warren, preguntó:

- ¿Cómo llevas la bienvenida al clan de los Malory?

- Por suerte soy un hombre tolerante.

Ella rió por la cara que puso.

- ¿Qué te dijo tío Tony antes?

- Ahora que ha visto el ojo morado de su hermano, quiere que yo le dé clases.

Ella también había reparado en el ojo.

- ¿No vas a luchar con tío James nunca más, verdad?

- Ni se me ocurriría. También será mi tío ahora, así que he decidido mostrarme respetuoso con él.

- Dios santo, te matará.

Warren rió y le dio un abrazo. Ella suspiró y puso sus brazos alrededor de él. Se preguntaba si era posible que alguien pudiera ser más feliz de lo que ella era en esos momentos.

Al mirar hacia la sala llena de sus familiares, dijo:

- Esto me hace recordar la primera vez que te vi, cuando me enamoré de ti. Tú ni siquiera me debiste ver aquella noche.

- Te vi, pero eras demasiado joven...

- ¿No iremos a empezar con eso otra vez?

- Absolutamente no.

Ella le susurró a un oído:

- No voy a ser capaz de esperar.

- ¿A qué?

- Para que nos entreguemos a la lujuria. No puedo estar tan cerca de ti sin desearte.

Y todo su cuerpo reaccionó ante aquellas palabras. Warren la corrigió con delicadeza:

- Lo que hacemos es el amor.

- Ah, al fin lo has entendido - bromeó Amy.

- Deja tu ventana abierta esta noche.

- ¿Piensas escalar para entrar por ahí?

- Desde luego.

- ¡Qué romántico...! Pero no puede ser. No pienso arriesgarme a que te caigas y te rompas el cuello. Nos veremos en el jardín.

- ¿Para hacer el amor en un lecho de rosas? No te gustará.

Amy recordó en ese instante la conversación que tuvo con Georgina, sobre flores, y sonrió.

- ¿Qué te parece debajo de un sauce, sobre unas pieles, con frambuesas y...

- Si sigues diciendo esas cosas te sacaré de aquí ahora mismo - le susurró al oído.

- Ni lo pienses. Mis tíos pensarían lo que no es y vendrían corriendo al rescate. Eso empeoraría considerablemente las cosas, ¿no crees?

Warren se puso serio y le preguntó:

- ¿Qué te parece un rapto?

- En realidad... me suena estupendamente. Pero ¿eres tú quien me rapta a mí, o te tengo que raptar yo a ti?

Warren se puso a reír.

James, que los miraba desde el otro lado de la sala, le comentó a su esposa:

- Jesús, Jesús, ¿qué le ha hecho a ese pobre hombre?

Georgina sonrió. Sí, su hermano había cambiado por completo.

- Es feliz. Ella dijo que lo haría.

- Es repugnante, George.

Ella le dio una palmadita cariñosa en la cara.

- Déjalo ya, James.

Fin